



ANO IV

NÚM. XLI

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
MAYO — 1892  
~~~~~

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

EXTRAÑA HISTORIA

Hace unos quince años (nos refirió M. C...), los deberes de mi cargo me llevaron á la capital de la provincia de T..., donde hube de pasar algunos días. Encontré una fonda bastante buena, establecida sólo de seis meses á la fecha por un sastre judío que se había hecho rico. Según he oído decir, la casa no conservó mucho tiempo su buena fama, accidente bastante común entre nosotros. Entonces estaba en pleno auge. Los muebles nuevos resonaban y crujían durante la noche; parecía aquello un fuego graneado. Las sábanas, los manteles, las servilletas olían á jabón; los pintados pisos de madera exhalaban un fuerte olor á aceite de linaza, lo cual era excelente remedio contra la propagación de los insectos, según dicho del primer camarero, mocetón muy presumido, aun cuando no muy limpio. El susodicho mozo, ayuda de cámara en otro tiempo del príncipe G..., se distinguía por sus buenos modales y por lo fiel. Portador de un traje que no se había hecho para él, de unos zapatos descalzañados, de una servilleta en el brazo, de una cara con barros y de unas manos sudorosas, gesticulaba sin cesar, lanzando algunas frasecillas insinuantes. Desde un principio me dispensó su protección, juzgándome capaz de apreciar su mérito y sus hábitos de sociedad. En cuanto á su porvenir, era un ánimo desilusionado.

— Si quiere V. saber nuestra situación — me dijo un día — imagínese V. unos arenques en el secadero.

Llamábase Ardalion.

Tuve que hacer visitas á los funcionarios de la ciudad. Gracias á Ardalion, conseguí proporcionarme una calesa y un lacayo, desprovistos de frescura, muy deslustrados uno y otra; pero, en cambio, el lacayo tenía librea y el carruaje un escudo de armas. Después de mis visitas oficiales, fui á casa de un antiguo amigo de mi padre, establecido en T... de mucho tiempo atrás. Hacía lo menos veinte años que

yo no le había visto. Habíase casado, era padre de familia, viudo y muy rico, esto último á consecuencia de sus especulaciones en arrendamientos de aguardiente; es decir, prestaba á los arrendatarios, con hipoteca y crecidos intereses. Dicen que « correr riesgos es hacer profesión de nobleza » (1). En realidad, no corria ningún riesgo. Mientras que estaba yo hablando con él, una jovencita de unos diez y seis años, pequeña y endeble, entró en el salón andando sobre las puntas de los piés, con paso ligero aunque un poco inseguro.

— Es mi hija mayor — me dijo mi amigo; — le presento mi Sofía. Ha reemplazado á mi pobre mujer; lleva la dirección de la casa y cuida de sus hermanos y hermanas.

Mientras que ella se dejaba caer sobre una silla, pensé al saludarla que en nada se parecía á una señora de su casa ni á una institutriz. Su rostro era pueril en absoluto, regordetillo, con unas facioncitas agradables pero inmóviles. Sus azules ojos, protegidos por unas cejas primorosamente dibujadas é inmóviles también, miraban con una atención de extrañeza cual si viesen algo inesperado. Su boca, un poco abultada y con el labio superior algo saliente, no se sonreía, ni parecía habersè sonreído nunca. Dos largas manchas de color de rosa teñían sus delicadas mejillas. A cada lado de su estrecha frente pendían, formando tirabuzones; sus cabellos rubios y finos.

(1) Proverbio ruso.

Su pecho apenas tenía relieve, y los brazos se pegaban al talle con una especie de rígido desmañamiento. Llevaba un vestido azul, que caía sin pliegues hasta sus piés, como la envoltura de un niño. La impresión que producía aquella jovencita no era la de una naturaleza enfermiza: era un enigma que adivinar. En cuanto á mí, no la tuve por una provincianita tímida, sino que creí ver en ella un carácter singular, que yo no me explicaba, por el cual no sentía ni atracción, ni repulsión; lo único que me pareció fué que jamás había encontrado un alma más sincera que la suya. Una especie de lástima (sí, de lástima), despertábase dentro de mí al pensar en aquella joven existencia, tan seria ya y tan preocupada ¡sabe Dios por qué!

« No es de este mundo », decía yo para mí, por más que en la expresión de su rostro no hubiese nada de ideal. Era evidente que la señorita Sofía sólo entraba en el salón por cumplir con sus deberes de ama de casa, que su padre le había atribuido.

Este se puso á hablarme de la vida que se llevaba en T..., de los placeres y diversiones que ofrecía.

— Aquí se está muy tranquilo, el gobernador es un poco melancólico, el mariscal de la nobleza... es soltero. Y, á propósito: pasado mañana hay un gran baile en la asamblea de la nobleza. Le comprometo á V. para que vaya. Verá V. allí lindas mujeres y también todas nuestras *inteligencias*.

Mi amigo, como hombre que había estudiado en la Universidad, gustaba

de emplear expresiones pretenciosas. Las empleaba con una apariencia de ironía entre la cual notábase su respeto al estilo elevado. Aparte de eso, es cosa averiguada que las especulaciones sobre arrendamientos desarrollan en las personas que á ellas se dedican, á la vez que gran firmeza de principios, cierta tendencia á la profundidad.

—No sé si me atreva á preguntar á V. si irá á ese baile — dije á la señorita Sofía. Tenía ganas de oír el timbre de su voz.

—Papá tiene que ir, y yo le acompañaré.

Su voz era dulce y lenta al hablar; pronunciaba las palabras como si no hubiera comprendido por completo.

—Permítame V. en ese caso que la invite para bailar la primera contradanza.

Bajó la cabeza en señal de consentimiento, pero sin favorecerme con la más mínima sonrisa.

Un instante después me despedí; y recuerdo el singular efecto que produjo en mí su atenta mirada que me seguía. Involuntariamente volví la cabeza, creyendo que detrás de mí había alguien ó algo.

De regreso en la fonda, donde me aguardaban la eterna sopa de hierbas, las chuletas con guisantes y una polla socarrada, comí al vuelo; después, sentado en un diván, me entregué á mis pensamientos. Versaban acerca de la enigmática Sofía; pero Ardalion, que acababa de alzar los manteles, explicóse á su manera mi meditación.

—Hay muy pocas distracciones en

esta ciudad para los señores viajeros que pasan por ella —dijo con su aire garboso, quitando el polvo á los respaldos de los sillones con una servilleta sucia, ocupación predilecta de los criados pulcros, como es sabido. — ¡Muy pocas distracciones! — Y un gran reloj de sobremesa, de esfera blanca y cifras de color de violeta, parecía apoyar con su monótono tictac la advertencia de Ardalion y repetir: « ¡Pocas, pocas! »

—No hay conciertos ni teatros... (Había viajado con su señor por el extranjero, quizá había estado en Paris, y por eso sabía que no debe decirse *treatos*, como pronuncian los paletos.) No hay bailes, ni reuniones entre los señores de la nobleza. ¡Nada de eso! — Detúvose un instante, de seguro con el fin de que pudiese admirarme de la pureza de su estilo. — En cuanto ya no se ve, cada mochuelo á su olivo. ¿A dónde pueden ir los señores viajeros? En verdad, á ninguna parte.

Ardalion me dirigió una mirada oblicua, y al cabo de un breve silencio continuó:

—Oiga V., si por casualidad se encuentra V. en disposición de... — Me miró de nuevo de reojo, pero probablemente no me encontró en la disposición que era menester. El cortés camarero dirigióse hacia la puerta é hizo ademán de reflexionar; volviéndose después, se acercó á mí; se puso junto á mi oído, y con alegre sonrisa me dijo:

—¿Querría el señor ver muertos?

Me le quedé mirando con asombro.

—Sí — continuó en voz baja — tene-

mos aquí un hombre para eso. Es un pobre muchacho, sin instrucción; y sin embargo, hace cosas extraordinarias. Por ejemplo: si se presenta V. á él y quiere ver á cualquier difunto de sus conocimientos, se lo enseña tal cual era.

—¿Y cómo es eso?

—Es su secreto; pues aun cuando es un hombre sin estudios y que, á decir verdad, no sabe cuánto son [dos y dos... tiene fe, está fuerte en las cosas divinas. Los mercaderes le respetan mucho.

—¿Y se sabe eso por la ciudad?

—Los que lo necesitan lo saben. Pero, no obstante, á causa de la policía hay que andar con piés de plomo, pues por más que se haga, están prohibidas esas cosas, y para las gentes del pueblo... eso es un escándalo. Las gentes del pueblo, el populacho... ¿sabe V.? Siempre acaba aquello á puñetazos.

—¿Le ha hecho á V. que viese muertos?—pregunté á Ardalion. No me atreví á tutear á un mortal tan distinguido.

Ardalion bajó la cabeza.

—Sí señor, me los ha hecho ver: me ha mostrado mi padre como si hubiese estado vivo.

Le miré con atención. Se sonreía y jugaba con la servilleta. Sostenía mi mirada con afabilidad, pero también con firmeza.

—¡Es muy curioso!—exclamé por fin.—¿Y no podría conocer yo á ese hombre?

—No es imposible, pero ante todo hay que comenzar por la madre. Es una anciana respetable, que vende

manzanas al aire libre en el puente. Si quiere V., la avisaré.

—Sí, hágame V. ese favor.

Ardalion tosió, tapándose la boca con una mano.

—Hágale V. un regalito, ya se entiende que poca cosa, pues á la vieja es á quien hay que obsequiar. Yo, por mi parte, la explicaré que no tiene nada que temer; que V. es un viajero, una persona distinguida, que comprende cómo todo esto tiene que permanecer secreto, y que no quisiera ocasionarla ningún contratiempo.

Ardalión cogió la bandeja con una mano, y comunicando á la vez un balanceo gracioso á su espina dorsal y á aquella bandeja puesta en equilibrio en la punta de los dedos, dirigióse hacia la puerta.

—¿De modo que puedo contar con V.?—le dije cuando se retiraba.

—Quede V. tranquilo—respondió con acento de seguridad.—Vamos primero á la vieja, y ya le contaré á V. su respuesta con toda exactitud.

Paso por alto los pensamientos que me sugirió la revelación del camarero de la fonda; sólo confesaré que estuve esperando la contestación con impaciencia. Por la noche, bastante tarde, me anunció, corrido, Ardalión que no había visto á la vieja. Para animarle le dí un billete de tres rublos. A la mañana siguiente entró también en mi cuarto, pero con la sonrisa en los labios: la vieja consentía en verme.

—¡Eh, chiquitín!—gritó en el corredor.—¡Eh, aprendicito, ven acá!

Al oírle entró un niño de seis años,

embadurnado de hollín como un limpiachimeneas, con la cabeza trasquilada y falta de pelo á trechos, vestido con una blusa de rayas hecha girones y con zuecos en sus desnudos piés.

—Mira, vas á llevar al señor donde tú sabes—dijo Ardalión encarándose con el granujilla y señalándome con el dedo.—Cuando llegue V., señor, no tiene más que preguntar por Mastridia Karpovna.

El niño dejó oír un gruñidito y nos pusimos en camino.

Después de haber caminado bastante tiempo por las no adoquinadas calles de la ciudad de T..., nos encontramos en una de las más desiertas y miserables. Mi guía se detuvo en una vieja casucha de madera, de dos pisos, y sonándose las narices con la manga de su chamarreta, me dijo:

—Aquí es, en la puerta de la derecha.

Subí la escalera, entré en un pequeño vestíbulo y llamé á la derecha. Entreabrióse una puerta baja con herrajes herrumbrosos y me encontré en presencia de una vieja gorda, vestida con una casaca de color de canela, forrada de piel de liebre, y con un pañuelo de color en la cabeza.

—¿Mastridia Karpovna?—pregunté.

—Para servirle, caballero—respondió con voz chillona.—Bien venido sea V. ¿Quiere sentarse el señor?

La habitación estaba atestada de un sinnúmero de ropas viejas, trapos, almohadas, colchones, talegos, tanto que allí no había donde revolverse. Apenas entraba el sol por dos ventani-

llas cubiertas de polvo. Un ruido extraño salía de un rincón, por detrás de un rimero de cestos colocados unos encima de otros. Suspiraban, gemían. ¿Era un niño enfermo, un perrito?... Tomé asiento, y la vieja continuó de pié delante de mí. Su rostro estaba amarillo, casi diáfano, y como si fuese de cera. Sus labios habían desaparecido, y sólo se reconocía su boca por una hendedura transversal perdida entre sus arrugas. Por debajo de su pañuelo de cabeza veíase salir un mechón de pelo blanco. Aun cuando muy hundidos bajo la prominencia de su frente, brillaban como ascuas sus ojos grises, ribeteados de rojo. Su nariz, más puntiaguda que una lezna, husmeaba el aire con cazurrería.

«¡Ah, comadre (dije para mí), buena mosca eres!»

Olía un poco á aguardiente.

La expuse el objeto de mi visita, de la cual ya estaba prevenida. Me escuchó parpadeando con muchos guiños los ojos, al paso que su nariz parecía alargarse como el pico de una gallina que trata de picotear un grano de trigo.

—Sí, sí—me dijo á la postre—Ardalion Matveitch nos ha dicho eso mismo... que el señor tendría gusto en ver lo que sabe hacer nuestro hijo... No hay más sino que tenemos miedo de que...

—En cuanto á eso—le dije interrumpiendo—podéis estar bien tranquila... No soy ningún polizonte secreto.

—¡Oh, padrecito! ¿Quién habla de eso?—exclamó la vieja.—¿Quién se

atrevería á pensar semejante cosa de un caballero como V.? Y además, ¿á propósito de qué habían de vigilarnos? ¿Hacemos algo malo? Señor, mi pobre hijo no es de los que pretendieran hacer lo que no se debe... ni mezclarse en torpes brujerías... ¡Ah, Dios nos libre y la Santísima Madre de Dios! (Aquí se santiguó tres veces la vieja.) En toda la provincia no hay otro como él, señor, para ayunar y rezar. Precisamente por lo mismo ha conseguido aquella gracia... ¿Qué quiere V.? No es obra de sus manos; eso viene de arriba, mi buen señor... Sí...

—Bueno, asunto concluido. ¿Cuándo podré ver á su hijo?

La vieja empezó de nuevo á parpadear, y dos veces sacó el moquero de una de las mangas y lo puso en la otra.

—Señor, es que tenemos miedo...

—Mastridia Karpovna, haga V. el favor de tomar esto— dije, dándola un billete de diez rublos.— Con sus dedos engarabitados y nudosos como las carnosas garras de un buho, tomó la vieja el billete y lo introdujo en su manga; luego, después de haber hecho como que reflexionaba, golpeó las rodillas con las manos, cual si tomase una resolución brusca.

—Vente acá esta noche, mi querido señor— me dijo, no con su voz habitual, sino con un tono más grave y solemne.— No á este cuarto de aquí, sino que tendrás la bondad de subir al segundo. A la izquierda hay allí una puerta; ábrela y entrarás, mi buen señor, en una habitación vacía; y en esa

habitación verás una silla. Siéntate en esa silla y espera; y aunque veas lo que vieres, no digas una palabra y no hagas nada. Y no se te ocurra hablarle á mi hijo, porque... es demasiado joven, y con eso le da el ataque epiléptico. Se asusta con facilidad... Tiembla, tiembla como una gallina... ¡Pobre niño! Me quedé mirando á Mastridia.

—Dice V. que es muy joven; pues, si es hijo suyo...

—¡Hijo del alma, padrecito, hijo de mi alma! He tenido muchos huérfanos yo— añadió, haciendo un ademán con la cabeza hacia el rincón donde oí los gemidos.— ¡Ay, Señor Dios mío, Santísima Madre de Dios! Y V., padrecito mío, mi buen señor, yo le ruego que antes de venir tenga la bondad de pensar un ratito con un poco de fijeza en cualquiera de sus difuntos parientes ó amigos, ¡que en gloria estén! Repase V. á solas un poco la lista de sus difuntos, y aquel que hubiera V. elegido, téngalo bien dentro de la cabeza, consérvelo bien para cuando venga mi mocito.

—¿Habrá que decir á su hijo la persona que?...

—¡De ningún modo, padrecito mío; de ningún modo, ni una palabra! El sabrá descubrir bien entre sus pensamientos lo que necesite saber. Nada más le encargo sino que grave bien en su espíritu la persona del difunto, y además que á la comida tome un poquitín de vino... un vaso, dos, tres vasos. El vino nunca echa á perder nada.

La vieja se sonrió, relamióse los la-

bios, y poniéndose la mano delante de la boca, exhaló un suspiro.

—¿Con que á las siete y media?—la pregunté, levantándome.

—A las siete y media, padrecito y señor mío—me respondió con certeza Mastridia Karpovna.

Me volví á mi fonda. No me cabía duda de que me preparaban una mixtificación; pero el cómo se las arreglarían, es lo que excitaba mi curiosidad. Sólo hablé pocas palabras con Ardalion.

—¿Ha consentido?— me preguntó frunciendo el entrecejo, y al oír mi respuesta afirmativa, exclamó:—¡Es todo un ministro esa vieja!—Siguiendo el consejo del ministro, me puse á reparar los muertos á quienes conocí; y al cabo de una larga meditación, me detuve y elegí un anciano fallecido mucho tiempo ha, un francés que había sido mi preceptor. Al elegirlo no lo hice por una particular afición al personaje, sino porque siendo una figura original y sin parecido con las de estos tiempos, era imposible falsificarla. Tenía una enorme cabezota, rodeada de espesos y blancos cabellos peinados hacia atrás, cerradas cejas negras, nariz de pico de loro y un par de verrugas de color de lila en medio de la frente. Gastaba un traje verde con botones de metal brillantes, chaleco á rayas, chorrera y manguitos.

«Si me hace ver á mi viejo Deserre (dije en mi interior), entonces sí que digo que de veras es brujo.»

Conforme al consejo de la vieja, al comer bebí una botella de vino de La-

fitte *de primera*, según Ardalion, con un sabor intenso á corcho quemado, y que dejaba en el culo del vaso un abundante precipitado de palo de campeche.

A las siete y media en punto llegué frente á casa de la respetable Mastridia Karpovna. Todos los postigos estaban cerrados; pero el portal estaba abierto. Penetré en la casa, subí por una escalera que se bamboleaba, y en el segundo piso, después de abrir la puerta de la izquierda (como la vieja me había recomendado), me encontré en una estancia bastante espaciosa, pero desamueblada, donde apenas se veía con la débil luz de una vela de sebo puesta en el poyo de la ventana. Frente á la puerta había una silla de paja, arrimada á la pared. Despavilé la candela, tomé asiento en la silla y me puse á esperar.

Los diez primeros minutos pasaron bastante pronto. En aquella habitación no había absolutamente nada que pudiera distraer; pero al menor ruido que oía, miraba á la puerta. Palpitábame el corazón. Después de los diez primeros minutos transcurrieron otros diez, media hora, tres cuartos... y sin chistar. De vez en cuando tosía, á fin de advertir allá mi presencia. Comenzaba ya, aburrido, á golpear el suelo con el pié. No entraba en mis cuentas el que se burlaran de mí de aquel modo. Diéronme ganas de levantarme, tomar la vela y bajar... Miré la candela, cuya larga mecha había adquirido en su punta la forma de una seta ancha, y volviendo la vista hacia la puerta, me estremecí involuntariamente... Contra

ella estaba apoyado de pié un hombre. Entró tan rápido y tan quedo, que no había yo visto ni oído nada.

Llevaba puesto un simple capote azul; era de estatura mediana y, al parecer, bastante robusto. Me miraba con fijeza, con las manos atrás y alargando el cuello. El débil resplandor de la vela de sebo no me permitía distinguir bien sus facciones; sólo veía una maraña de cabellos revueltos y caídos encima de su frente, unos labios gruesos y torcidos, unos ojos casi blancos. Iba á dirigirle la palabra, cuando recordé el encargo de Mastridia y no abrí la boca. El hombre continuaba mirándome siempre sin pestañear, y lo mismo yo á él, cuando de golpe (¡cosa extraña!) me sentí presa de un impulso de pavor, y dócil involuntariamente á la lección que me habían dado, me puse á pensar en mi viejo preceptor. Mi hombre permanecía delante de la puerta, respirando con trabajo como quien trepa por una montaña ó lleva una carga á cuestras; pero sus ojos parecían ensancharse y aproximarse á mí, hasta el punto de que me encontraba á disgusto bajo el peso de aquella mirada inflexible, fatigosa y amenazadora. Sus ojos encendíanse por momentos interiormente con una lumbré siniestra, tal como yo la había notado en los ojos de un galgo próximo á *coger* una liebre; y, lo mismo que un lebrél, mi hombre obstinábase en seguir mis miradas cuando intentaba yo un *extraño*, es decir, cuando de pronto volvía yo los ojos á otra parte.

No puedo afirmar cuánto tiempo

duró aquello, si un minuto ó quizá un cuarto de hora; él mirándome siempre con fijeza, yo siempre intranquilo, asustado y pensando en mi francés. Dos ó tres veces traté de decirme á mí mismo: «¡Qué necedad, qué farsa!» Quise reír, encogerme de hombros... Pero no: mi voluntad paralizábase como si se hubiese *cuajado* (no encuentro otro término para expresar lo que ocurría dentro de mí.) Sentíame cautivo, encadenado. De repente mi hombre abandonó la puerta y dió uno ó dos pasos hacia mí; luego me pareció que saltaba á piés juntillas y se acercaba más... y más... y más... Sus amenazadores ojos permanecían obstinadamente fijos en los míos, mientras que continuaba con las manos cruzadas detrás de la espalda y respirando cada vez con más fuerza... Esos saltos me parecían ridículos; pero mi espanto no era menor por eso, y á la vez (sin podérmelo explicar) me sentía acometido por cierta soñolencia. Cerrábanse mis párpados... Aquella cara, con los cabellos desgredados y los ojos blanquizcos, pareció irse borrando ante mí, y en seguida desapareció... Me removí un poco. De nuevo estaba entre la puerta y yo, y cada vez más cerca... Volvió á desaparecer... como entre una neblina... Un instante después volví á verle... Luego, nada... Otra vez le vi más cerca, ¡cada vez más cerca!... Su respiración anhelosa, convertida en una especie de estertor, me daba de lleno en el rostro. Nuevamente lo confundió todo una bruma, y de entre esa niebla vi surgir los blancos

cabellos peinados hacia atrás, y la cabeza entera de mi viejo preceptor. ¡Sí, allá estaba, con sus verrugas, sus cejas negras y su nariz ganchosa; con su casacón verde, sus botones de metal, su chaleco listado y su chorrera!... Dí un grito y me levanté de la silla... El viejo había desaparecido, y en su lugar veía yo al hombre del gabán azul. Dirigiase vacilante hacia la pared, donde se apoyó con la cabeza y las manos, y roncando como un caballo que cocea, exclamó con voz sorda:

—¡Té!

En seguida corrió junto á él Mastridia, que vino de no sé dónde.

—¡Vasinka, Vasinka!—le dijo secándole con premura el sudor que caía á mares de su frente y de sus cabellos. Iba yo á acercarme, cuando con voz desgarradora exclamó ella:

—¡Por amor de Cristo, mi buen señor, padrecito querido, no le mate V.; márchese!

Obedecí. E inclinándose ella hacia su hijo,

—¡Oh, tú que me sustentas, palomita mía—le decía para calmarle,—en seguida tendrás el té, en seguida! Y V. también, mi padrecito; váyase V. á su casa á tomar una tacita de té.

Salió de allá.

De vuelta en la fonda, seguí el consejo de Mastridia, é hice que me llevarán té. Estaba fatigado, rendido.

—¿Y qué? ¿Ha estado V. allí? ¿Ha visto V.?—me preguntó Ardalion.

—Me han enseñado algo que... lo confieso... no me esperaba de ningún modo—contesté.

—Es un hombre de una gran sabiduría—dijo Ardalion dejando la tetera.—Los mercaderes le tienen mucho respeto.

Al meditar en mi cama acerca de mi aventura, imaginé haber dado con la explicación de ella. Es indudable que aquel hombre poseía un gran poder magnético. Obrando sobre mis nervios por medios para mí desconocidos, había evocado la imagen de mi preceptor de una manera tan viva y tan precisa, que habíame parecido verla proyectada fuera de mí y que la tenía delante de mis ojos... La ciencia conoce esas *metastasis*, esas traslaciones de la sensación. Muy bien. Pero el hecho es que la fuerza productora de tales efectos continúa siendo siempre un misterio inexplicable. «Lo cierto es, me dije, que he visto con mis propios ojos á mi viejo preceptor, que está muerto.»

El siguiente día se daba el baile en la asamblea de la nobleza. El padre de Sofía vino á verme y me recordó la invitación que había yo dirigido á su hija. A las diez de la noche estaba en mi puesto con ella en medio de un salón muy alumbrado, bailando contradanzas francesas á compás del estrepitoso ruido de una música militar. Había gran gentío, muchas damas y muy lindas; pero entre todas se llevaba la palma mi pareja, aun cuando había en su rostro un no sé qué de extraño. Advertí que rara vez se bajaban sus párpados para pestañear, y que la expresión de franqueza de sus ojos apenas compensaba lo que de raro había en ellos; pero era muy bien formada,

y sus movimientos graciosos, aunque tímidos. Cuando se cimbreaba su talle al valsar é inclinaba su flexible cuello sobre su hombro derecho, como para alejarse de su caballero, no hubiera podido imaginarse nada más joven y más casto. Iba toda de blanco, con una cruz de turquesas pendiente de una cinta negra.

La invité para la mazurka y traté de conversar con ella, pero me respondía con monosílabos y como á regañadientes; en cambio escuchaba con atención, y sus facciones expresaban aquel asombro pensativo que tanto me había chocado la primera vez que la vi. Ni la más mínima sombra de coquetería en toda su persona, ni tampoco la menor sonrisa nunca; y ¡aquellos ojos fijos con serenidad en los de su interlocutor, aquellos ojos que, en ese mismo momento, parecían ver otra cosa diferente de lo que veía todo el mundo!... ¡Extraña criatura! Al fin, no sabiendo cómo interesarla, se me ocurrió la idea de contarle mi aventura de la víspera.

Me escuchó con manifiesta curiosidad; pero, contra lo que yo esperaba, no demostró sorpresa alguna con mi relato, y sólo me preguntó si el hombre se llamaba Vassili. Me acordé de que la vieja le había llamado delante de mí Vasinka.

— Sí — contesté — se llama Vassili. ¿Le conoce V. acaso?

— Hay aquí un santo hombre llamado Vassili. Pensaba que debía de ser él.

— La santidad nada tiene que ver

con eso — repliqué. — Es un efecto del magnetismo, un hecho interesante para los doctores y los naturalistas.

Traté de exponer qué es aquella fuerza particular denominada magnetismo, y por medio de la cual se ve sometida la voluntad de un individuo á la de otro, etc.; pero, á decir verdad, mis argumentos, un poco confusos, no parecieron producir ninguna impresión en ella. Sofía me escuchaba, dejando caer sobre las rodillas las manos entrecruzadas, que sostenían un abanico. Estaba inmóvil en absoluto, no movía ni un dedo, y parecíame que todas mis palabras rebotaban lejos de ella, cual si hubiesen caído sobre una estatua de mármol. Las comprendía, pero era evidente que tenía sus ideas particulares, fijas é incommovibles.

— ¿Pero no admite V. los milagros? — exclamé al fin.

— ¡Claro está que los admito! — respondió con tranquilidad. — ¿Cómo no admitir los milagros? ¿No nos dice el Evangelio que con un tantico de fe como una semilla de mostaza pueden transportarse las montañas? Que haya fe, y se harán milagros.

— Preciso es — respondí — que en estos tiempos haya muy poca fe, pues no se oye hablar ahora de milagros.

— Y, sin embargo, los hay: V. mismo ha visto alguno. No, la fe no ha desaparecido aún; pero el fundamento de la fe...

— El principio de la sabiduría — interrumpí — es el santo temor de Dios.

— El comienzo de la fe — continuó

ella sin turbarse — es la abnegación, la humildad...

— ¿La humildad también?

— ¡Sí, la humildad! El orgullo, la soberbia, la vanidad: he aquí lo que es preciso destruir, arrancar de cuajo. Hablaba V. hace un momento de la voluntad...; también hay que aniquilarla.

Envolví con mis miradas el rostro entero de aquella jovencita que predicaba así: «La pequeña no se guasea» (dije para mis adentros.) Miré á las otras parejas próximas de la mazurka; me estaban observando, y me pareció que les divertía mi asombro. Uno de ellos se me sonrió con aire simpático, cual si me dijera: «¡Ve V.! ¿No tenemos nosotros también nuestra correspondiente señorita fenómeno? ¡Vaya! La conocemos bien.»

— ¿Y V., señorita, ha tratado de destruir su voluntad?

— Todos estamos obligados á hacer lo que nos parece la verdad — respondió con tono un si es no es dogmático

— Permítame V. que le pregunte — repliqué al cabo de un momento de silencio: — ¿cree V. posible el evocar á los muertos?

Sofía meneó suavemente la cabeza y dijo:

— ¡No hay muertos!

— ¿Cómo que no los hay?

— No hay almas muertas. Son inmortales y pueden aparecérse nos siempre que quieran. Vagan sin cesar en torno nuestro.

— ¡Cómo! ¿Supone V., por ejemplo, que junto á ese comandante cuartelero

de nariz colorada puede haber un alma inmortal?

— ¿Y por qué no? La luz del sol alumbra su nariz; y la luz del sol, como toda luz, es obra de Dios. ¿Y qué significan las apariencias? Para quien es puro, no hay nada impuro. Sólo es necesario encontrar un maestro, hallar un guía.

— Permita V., permita — dije, no sin un poquillo de socarronería. — Dice V. que quiere un guía... ¿Pues para qué le sirve el confesor?

Sofía me miró con frialdad.

— Me temo que se quiere V. divertir á mi costa. Mi confesor me dice lo que debo hacer, y yo necesito un guía que me muestre él mismo con su ejemplo el sacrificio.

Levantó los ojos hacia el techo. Aquel rostro de niña adolescente, con su inmóvil expresión de ensueño, de continuo éxtasis profundo, me recordaba las *Madonas* de Rafael... no las de su última manera, y las cuales prefiero entre todas.

— No sé dónde he leído — continuó sin volverse hacia mí y sin mover casi los labios — que un gran señor quiso ser enterrado bajo el umbral de una iglesia, á fin de que cuantos entraran le hollasen con sus piés... ¡He aquí lo que debe hacerse en vida!...

— *Bum, bum, tarararará...* Retumbaron los instrumentos de cobre.

Confieso que nuestra conversación era muy excéntrica en medio de un baile. Involuntariamente despertaba en mí pensamientos... de una naturaleza opuesta en absoluto á la devoción. Me

aproveché de que invitaron á mi pareja durante una de las figuras de la mazurka, para dejar que decayese nuestro diálogo casi teológico. Un cuarto de hora después devolví la señorita Sofía á su padre. Dos días después me ausenté de allí. Bien pronto se borró de mi memoria la imagen de aquella personita de rostro infantil y de un alma impenetrable como el mármol.

Transcurrieron dos años, y aquella imagen volvió á reproducirse. He aquí cómo. Hablaba yo con uno de mis camaradas, quien regresaba de una expedición por la Rusia meridional. Había pasado unos días en T... y me daba noticias de ese país.

— A propósito — exclamó: — ¿no conoces á V... G... B?...

— Mucho.

— Y á su hija Sofía, la conoces también?

— Dos veces la he visto.

— Pues asómbrate: ¡tomó soleta!

— ¿De veras?

— Sí; hace tres meses que ha desaparecido y que no hay noticias de su paradero. Y lo más gracioso es que nadie puede decir con quién se escapó. ¡Imposible descubrir nada! Ni la más mínima sospecha. Era la modestia, la reserva en persona. ¡Anda, fiate de mogigatas y devotas! Ha sido un escándalo de órdago en toda la provincia de T... Su padre está que trina... ¿Y qué necesidad tenía de hacerse *raptar*? Su padre hubiese hecho cuanto ella quisiera. Pero lo más incomprensible de todo es que entre los tenorios de la provincia... ¡no falta ni uno á la lista!

— ¿Y no la han pescado aún?

— Chico, como si se hubiese caído á un pozo. ¡Una linda muchacha casadera de menos: eso es lo triste!

Aquella noticia me sorprendió muchísimo; echaba abajo todas las ideas que me había forjado acerca de Sofía B... ¡Pero suceden tantas cosas singulares!

Durante el otoño de aquel mismo año, asuntos del servicio me obligaron á ir á la provincia de S..., camino de T..., como es sabido. Con lo lluvioso y frío del temporal, los rocines de la posta pasaban grandes trabajos para tirar de un ligero carricoche por entre los barrizales de un camino socavado. Recuerdo que el día fué de los de más mala sombra. Tres veces nos atollamos hasta los cubos. A cada paso mi cochero se metía en una profunda rodeira, y cuando á fuerza de gritos y juramentos lograba salir del atascadero, al punto volvíamos á caer en otro más hondo; tanto que al atardecer, habiendo llegado molido al relevo, me resolví á pasar la noche en la casa de postas. Lleváronme á una estancia donde encontré un banco viejo de madera, un entarimado casi de canto y hecho girones todo el papel de las paredes. Aquello trascendía á *Kvass*, á estera vieja, á cebolla y hasta á trementina. Revoloteaban allí enjambres de moscas; sin embargo, se estaba al abrigo de la lluvia, que á la sazón caía á cántaros por fuera.

Dije que me trajeran un té, y, sentándome en el banco, me entregué á esos pensamientos... no de color de rosa...

familiares á todos los que viajan en Rusia. Los interrumpió un gran estrépito en la sala común, separada de mi cuarto nada más que por un tenue tabique. Era un rechinamiento agudo de cosas de hierro, así como el roce de una cadena, pero dominado por la estridente voz de un hombre que decía á grito pelado:

—¡Dios bendiga á todos los habitantes de este aposento! ¡Dios bendiga! ¡Dios bendiga! ¡Amén! ¡Amén! ¡Atrás, Satán!

La voz prolongaba la última sílaba de cada palabra de una manera semi-salvaje; luego oí un profundo suspiro y como si un cuerpo muy pesado se desplomase sobre un banco, haciendo resonar la cadena.

—¡Akulina! ¡Sierva de Dios, ven aquí!—continuó la voz.—Mira: ¡miseria y bendición! ¡Ja, ja, ja! ¡Puf!... ¡Señor Dios mío, Señor Dios mío, Señor Dios mío! (*Hubiérase dicho que era un diácono en el coro.*) ¡Señor Dios, soberano de mi corazón, perdónanos nuestras culpas! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Puf!... ¡Fi! ¡Y bendice esta casa en la séptima hora!

—¿Qué es eso?—pregunté á la mesonera que me traía el té.

—¡Ah, Dios mío!—respondió cuchicheando de prisa.—Es un santo varón de Dios. No hace mucho tiempo que ha venido á nuestro país. ¡Se ha dignado visitar mi casa, y con un temporal como el que hace! ¡Está chorreando, mi buen señor, está como un río!... ¡Y las cadenas que lleva!... ¡Da una lástima!

—Bendice á Dios, bendice á Dios—prosiguió el hombre; —Akulina, Akulina-Akulinuchka, amiga mía! ¿Dónde está nuestro paraíso... nuestro dulce paraíso?... ¡Que esta morada, para regalo de nuestro siglo, reciba la paz!... ¡Oh, oh, oh!

La voz murmuró algunas palabras incomprensibles, y de pronto, después de un prolongado bostezo, oí como una risa enronquecida. Esta risa parecía involuntaria; y cada vez que resonaba, escupía el hombre con indignación, como si se echase en cara su acto jovial (1).

—¡Ay, Dios mío!—dijo la posadera, hablando á solas con mucha emoción.—¡Y no estar aquí mi marido, mi Esteban! ¡Vaya una mala sombra! Dice cosas tan consoladoras, ¡y yo, pobre mujer, no entiendo ni pizca de ellas!

Y salió á escape.

Había una grieta en el tabique, arriqué el ojo y vi un «inocente» (2) sentado en un banco y dándome la espalda. No veía más que una cabeza enorme, tamaño como una caldera de cerveza, con los cabellos erizados, y un torso ancho, encorvado, cubierto de harapos con remiendos y chorreando agua. De rodillas ante él, sobre el suelo de tierra apisonada había una mu-

(1) Costumbre supersticiosa de los eslavos. Después de su risa involuntaria, el loco escupe, como indignado contra sí mismo por haber cedido á una tentación del demonio.

(2) *Iurodivyi*, loco por devoción, que lleva una vida errante, imponiéndose rudas penitencias. El pueblo otorga un religioso respeto á esos seres *tocados por la mano de Dios* y que menosprecian todos los bienes terrenos.

jer de apariencia enfermiza, con un capisayo mojado, y en la cabeza un pañuelo oscuro que le caía hasta los ojos. Hacía mil esfuerzos para quitar las botas al inocente; pero sus dedos resbalaban sobre el cuero empapado y cubierto de barro. La dueña de la casa, con las manos cruzadas sobre el pecho, contemplaba con beatitud al santo varón, quien seguía masculleando frases ininteligibles.

Al fin logró la mujer quitarle las botas, y poco faltó para que no se cayese de espaldas. Sin descansar, se puso á deshacer las vueltas de venda que en lugar de calcetas cubrían los piés del inocente. Tenía una llaga en la caña del pié... Abandoné con asco la hendedura de la pared.

—Pero ¿no toma V. una tacita de té, mi buen padre?—le preguntó con humildad la maestra de postas.

—¡Qué cosas se le ocurren! ¡Cuidar de una oruga pecadora!...—respondió el inocente.—¡Oh, oh, oh! ¡Yo quisiera romper todos mis huesos, y ella... té!... ¡Oh, oh, mi respetable y buena señora, Satanás es fuerte entre nosotros!... Sobre él cae el frío, sobre él el hambre y las cataratas del cielo, las lluvias que calan; pero él vive siempre... ¡Acuérdate del día de la intercepción de la Madre de Dios! ¡Tú verás lo que te sucede!... ¡Tú verás!...

La hospedera lanzó un ligero suspiro de asombro.

—Sólo que, escúchame: Dalo todo; da tu cabeza, da tu camisa... No se pide; ¡da siempre! porque Dios te ve. ¿Necesita mucho tiempo para disemi-

nar tu techumbre? El te ha dado, el Bienhechor te ha dado el pan... Mételo en el horno... Sí, todo lo ve El, todo... Ya lo sabes; el ojo dentro del triángulo (1). ¿A quién?

La ventera se santiguó á escondidas por debajo de su pañoleta.

—¡Viejo enemigo, duro como diamante!—exclamó el inocente.—¡Diamante, diamante!

Y rechinaba los dientes con furor.

—¡Vieja serpiente! Pero Dios resucitará, sí; resucitará y dispersará á sus enemigos... Yo despertaré á los muertos... Marcharé contra el enemigo de Dios... ¡Ja, ja, ja! ¡Puf!

—¿Si tuviera V. un poquitito de aceite?—preguntó otra voz que apenas se oía.—Quisiera ponerle un poco en su llaga... Llevo encima un trapo de lienzo limpio.

Miré de nuevo por la hendedura. La mujer estaba aún ocupándose de la pierna del inocente. «Es la Magdarena», me dije.

—En seguida, en seguida, palomía—dijo la patrona, y corrió á mi cuarto para tomar una cucharada de aceite de la lámpara encendida delante de las imágenes.

—¿Quién es la mujer que le acompaña?—pregunté.

—Padrecito, no sabemos quién es; pero es para su salvación... ¡Quizá lo haga por sus pecados; pero él qué santo varón que es!

(1) El ojo de Dios, que se encuentra dentro de un triángulo en la mayoría de las imágenes griegas.

—Akulinuchka, mi querida niña, hija mía muy amada...—dijo el inocente, y de pronto se deshizo en lágrimas. Su compañera, siempre de rodillas ante él, alzó los ojos...

«¡Cielos!, pensé. ¿Dónde he visto yo esos ojos?»

La mesonera entró con el aceite. La mujer acabó la cura, y, levantándose, preguntó si sería posible obtener un rincón en un granero con un poco de heno...

—A Vassili Nikititch le gusta mucho acostarse sobre el heno.

—¡Cómo! ¡Pues no faltaba más!—respondió la posadera.—Venga V., padrecito—dijo al inocente.—Séquese V. y descanse.

El loco se levantó gimiendo y con lentitud del banco donde estaba sentado. La cadena que llevaba se puso á sonar, y al volverse en busca de las santas imágenes, y de lleno su rostro mientras se hacía grandes cruces con el revés de la mano.

Al instante le conocí: era aquel Vassili que me había hecho ver á mi difunto preceptor. Sus rasgos fisionómicos habían cambiado poco, pero su expresión era aún más salvaje, aún más feroz. Sus mejillas flácidas estaban cubiertas por unas barbas erizadas. Sus harapos llenos de fango y su aspecto disforme, inspiraban asco más que terror. Continuaba santiguándose, á la vez que paseando sus miradas estúpidas por el suelo y por los rincones de la habitación: parecía estar esperando alguna cosa.

—¡Vassili Nikititch!—dijo su com-

pañera, saludándole con humildad.

—Levantó él la cabeza, y al tratar de dar un paso, vaciló y faltóle poco para caerse. Se adelantó ella en seguida y le sostuvo, agarrándole de un brazo. La voz y el talle de aquella mujer indicaban que era joven, mas no podía vérsese la cara.

—¡Akulinuchka, amiga mía!—dijo el inocente, arrastrando la voz y abriendo una boca enorme; al mismo tiempo se daba golpes de pecho y dejaba oír un largo gemido que parecía salir del fondo del alma.

Ambos salieron en seguimiento de la mesonera.

Permanecí aún algún tiempo sobre mi duro banco, reflexionando acerca de lo que acababa de ver. Mi magnetizador había concluido por convertirse en un «inocente». He ahí á dónde le había llevado ese poder, que era imposible no reconocerle.

Por la mañana quise ponerme en camino; no había cesado la lluvia, pero no podía detenerme más tiempo. En la cara de mi sirviente, que me traía los avíos para afeitarme, advertí una especie de sardónica sonrisa reprimida, cuya causa comprendí bien. De seguro que acababa de saber alguna cosa extraordinaria y que no sería en prestigio de sus amos. Era evidente que sentía impaciencia por comunicármela.

—Bueno, ¿qué hay?—le dije al fin.

—¿Ha visto el señor al inocente de ayer?...

—Sí. ¿Y qué?

—¿Y á su compañera también la ha visto el señor?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues es una dama... de la nobleza.

—¡Quita allá!

—Como tengo el honor de decírselo á V. Unos mercaderes de T... han pasado por aquí y la han conocido. Han nombrado su familia, sólo que se me olvidó cómo la llaman.

Me pareció que pasaba un relámpago ante mi vista.

—¿Aún está aquí el inocente?—pregunté.

—Sí, señor; todavía no se ha marchado. Allá, bajo la puerta, está mi bellaco sirviéndoles un plato de su guiso. Les cuenta mil pataratas, pues bien sabe cuánto le producen éstas.

Mi doméstico pertenecía á aquella clase de sirvientes ilustrados, de la cual formaba parte Ardalion.

—¿Y la señorita, está con él?

—Sí, también cumple con su oficio.

Salí á la escalera y vi al inocente. Estaba sentado bajo la puerta en un banquillo que sostenía con ambas manos, haciendo oscilar su cabeza baja á derecha é izquierda, como una fiera enjaulada. Los espesos y crespos mechones de sus cabellos iban y venían, lo mismo que sus gordos labios colgantes, de donde brotaba un murmullo extraño, y que en nada se parecía á la voz humana. Sin embargo, su compañera se estaba lavando la cara en un cubo suspenso junto al pozo. Aún no se había puesto el pañuelo á la cabeza, y acababa su tarea á pocos pasos de la puerta, teniéndose de pié sobre una tabla pequeña encima del estercolero. La miré, y entonces, que estaba con

la cabeza descubierta, palmoteé de asombro. ¡Delante de mí estaba Sofía B.!... Al oír el ruido, volvió la cabeza y se me quedó mirando con sus azules ojos inmóviles, como en otro tiempo. Estaba muy cambiada. La solana había dado á su cutis un matiz uniforme amarillo-rojizo, su nariz habíase afilado y sus labios estaban encogidos. Eso no obstante, no se había vuelto fea; pero á su antigua expresión meditabunda y asombrada, uníase otra nueva: un aire de resolución, casi de atrevimiento y de entusiasmo reconcentrado. Sobre ese rostro ya no había el más mínimo vestigio de gracia infantil.

Me acerqué y dije:

—¡Sofía Vladimirovna! ¿Pero es V., con este traje y esta compañía?...

Estremecióse y me miró con mayor fijeza aún, como para reconocer quién la dirigía la palabra; pero sin chistar echó á correr junto á su compañero.

—Akulinuchka—balbuceó el inocente con un profundo suspiro—nuestros pecados, nuestros pecados...

—Vassili Nikititch, partamos en seguida, á escape, ¿entiende V.?—le dijo, poniéndose con una mano el pañuelo en la cabeza, mientras con la otra levantaba por el codo al inmundo ser agachado delante de ella.—¡Vamos, Vassili Nikititch, aquí hay peligro!

—¡Voy, voy, madrecita mía!—respondió el inocente con sumisión; y doblando hacia adelante todo el cuerpo, levantóse de su asiento.—Sólo que necesito alguna cosa para colgarme la buena cadenita.

Corrí junto á Sofía, me dí á conocer

diciendo mi nombre, y la rogué que me escuchara, que me oyese nada más que una palabra. Traté de retenerla, diciendo que la lluvia que caía á torrentes pudiera hacerles mucho daño á ella como á su acompañante. La hablé de su padre... Todo fué inútil. Una animación terca é impávida habíase apoderado de ella. Sin hacer el menor caso de mis palabras, con los labios apretados y la respiración entrecortada, daba prisa á su compañero, enteramente aturdido, dirigiéndole en voz baja algunas frases con imperioso tono; le pasaba un brazo alrededor, y con el otro le sostenía la cadena. En un instante le caló hasta las cejas una mala gorra de niño, le puso el cayado en la mano, le echó las alforjas al hombro... y á escape se pusieron en camino. Yo no tenía derecho para detenerla; y además, ¿qué hubiera podido hacer? Oyó ella mi postrer llamamiento desesperado, y ni siquiera volvió la cabeza atrás. Sosteniendo á su *santo varón*, iba á paso largo con una lluvia torrencial, en medio del negro fango que cubría la carretera. Por un instante seguí con la vista las dos figuras de Sofía y del loco á través de la brumosa lluvia; desaparecieron por un recodo, y no volví á verlos más.

Entré en mi estancia consternado, aturdido. No podía comprender que una señorita, joven, bien educada y rica, abandonase de aquella suerte su casa, su familia, sus amistades, renunciase todos sus hábitos, todo el

bienestar de la existencia... ¿y para qué? ¡Para correr tras de un vagabundo imbécil y convertirse en sierva de él! Era imposible concebir ni por un instante la idea de que una pasión caprichosa, un amor antinatural, fuese el móvil de su resolución. Bastaba ver la innoble figura de su santo varón para rechazar semejante hipótesis. No, Sofía continuaba siendo pura; y, como una vez me lo dijo, para ella no hay nada impuro. Yo no comprendía su chifladura, pero no la condenaba; como tampoco condeno á otras almas jóvenes que se han sacrificado por lo que ellas creían ser la verdad, por lo que juzgaban vocación suya. Deploro su insensata fuga; pero no puedo negarla cierta admiración, ni el testimonio de mi respeto. Tenía sinceridad al hablarme de abnegación y de humildad... y para ella pensar y obrar eran una misma cosa. Había buscado un director, un guía... y lo encontró. ¡Pero en quién, gran Dios!

Había querido sufrir humillaciones, ser hollada con los piés... Más adelante oí decir que su familia la había encontrado por fin, y que la oveja extraviada había vuelto al aprisco. Pero no permaneció en él mucho tiempo: bien pronto murió en silencio, llevándose su secreto.

¡Paz á tu corazón, pobre ser incomprendible!

Vassili Nikititch probablemente pasea todavía por el mundo su locura. Esas gentes tienen una salud de hierro.

IVÁN TURGUENEFF.

MIS MEMORIAS

HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

(Continuación.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

Yo seguí siendo, como siempre, radical y demócrata para Europa, y sobre todo para Inglaterra. Pensaba que la preponderancia de las clases aristocráticas, de la nobleza y de la fortuna, en la constitución inglesa, era un mal, que merecía que se empeñase la batalla para destruirlo, no á causa de algún inconveniente ó error superficial y de poca monta, sino por la acción desmoralizadora que ejerce sobre el país. Desmoralizadora, en primer lugar, porque hace de la conducta del Gobierno un ejemplo de inmoralidad pública del peor género, pues se ve claramente la dominación del interés privado sobre el interés público, y el abuso del poder legislativo en provecho de determinadas clases. Después, porque la multitud respeta siempre con preferencia á lo que el estado social actual lleva más fijamente hacia el poder, y como en la constitución inglesa la riqueza hereditaria ó adquirida, es casi la única

f fuente de la importancia política, la riqueza y los signos de la riqueza constituyen casi lo único que se respeta, y la vida de las gentes se reduce á tratar de obtenerla. Pensé que mientras las clases inferiores y ricas acaparen el poder, la instrucción y progreso de la masa del pueblo serán contrarias á un interés particular de clases dominantes, porque tienden á dar fuerza al pueblo para sacudir su yugo. Pero si la democracia obtuviese una gran parte en el ejercicio del poder, tendrían interés las clases opulentas en activar su educación, para prevenirse contra los peligros reales que nacerían de los errores, y sobre todo de los que podrían conducirla á atacar la propiedad. No sólo era yo, sobre estas bases, tan ardiente defensor como antes de las instituciones democráticas, sino que esperaba seriamente que las doctrinas owenistas, sansimonistas y otras, opuestas á la propiedad, se extenderían entre las

clases pobres; no que las creyese yo verdaderas, ni que desease que se pusieran en práctica, sino para que las clases superiores se vieran obligadas á abrir los ojos y á aperebirse de que había más que temer del pobre sin educación que del pobre instruído. Tal era el estado de mi espíritu, cuando estalló en Francia la revolución de Julio.

Me sentí entusiasmado al recibir, por decirlo así, una nueva existencia. Me fui á París. Me presentaron á Lafayette, é hice amistad, que conservé mucho tiempo, con algunos de los jefes del partido liberal avanzado. Después de mi regreso, empecé con nuevo afán las antiguas discusiones políticas, que fueron más vivas por haber entrado en el poder el Ministerio de lord Grey y haberse propuesto el *bill* de reforma. Durante los años que siguieron escribí mucho en los periódicos. En aquella época Fonblanque, que había escrito hacía tiempo unos artículos políticos en el *Examiner*, se hizo propietario y director de este periódico. Nadie habrá olvidado el talento, la agudeza de espíritu y la prudencia con que lo dirigió durante todo el período del Ministerio de Grey y la importancia que adquirió este periódico, como principal representante de las opiniones radicales de la prensa. El carácter distintivo del periódico de Fonblanque provenía de sus propios artículos, que componían las tres cuartas partes del original de cada número. Yo contribuí, por mi parte, más que ningún otro, á la redacción de la otra cuarta parte durante muchos años.

Escribía casi todos los artículos que se ocupaban de asuntos franceses y un sumario semanal de la política francesa, que á veces hacía muy extenso; al mismo tiempo daba numerosos artículos de fondo sobre la política general, sobre la legislación comercial y de hacienda, y diversos artículos sobre cuestiones que me interesaban, y algunas veces también críticas sobre libros. A principios de 1831 traté de reproducir en una serie de artículos titulados «Espíritu del siglo» algunas de mis nuevas opiniones, y sobre todo de indicar, en el carácter de nuestro tiempo, las anomalías y los males que resultan del paso de un sistema de opiniones desgastadas á un sistema nuevo que no está todavía completamente constituido. Estos artículos eran secos, desprovistos de animación y demasiado poco excitantes para hacerse tolerables por los lectores de periódicos; pero aunque hubiesen sido más interesantes, en la época en que aparecieron, cuando eran inminentes los grandes acontecimientos políticos que ocupaban la atención general, resultaron inoportunos y no tuvieron éxito. No hicieron efecto más que á Carlyle, que vivía entonces en el fondo de Escocia. Los leyó en la soledad, y pensó (él mismo me lo ha contado después): «He aquí un nuevo místico.» Al ir á Londres en el invierno siguiente averiguó quién era el autor, y de resultas nos conocimos.

Ya he dicho que los primeros escritos de Carlyle me habían hecho conocer algunas de las ideas nuevas, que

ensancharon el horizonte demasiado estrecho de mis primeras creencias; pero no pienso que estos escritos, por sí mismos, hayan producido nunca efecto sobre mis opiniones. Aunque eran de la misma naturaleza que las que recibía de otras partes, las ideas que encontré en ellos se presentaban bajo una forma y de una manera poco propia para abrirse camino en un espíritu educado como el mío lo había sido. No encontré en ellos más que un borrador de poesía y de metafísica alemanas, donde sólo veía claro una fuerte animosidad contra la mayor parte de las opiniones que yo profesaba: el escepticismo en materia de religión, el utilitarismo, la doctrina de las circunstancias, el gusto de la democracia, de la lógica y de la economía política. Lejos de aprender nada de Carlyle, sólo á medida que vi sus mismas ideas, al través de los medios más apropiados al estado de mi espíritu, reconocí que eran las de sus escritos. Sin embargo, el maravilloso talento con que los expresaba, me hacía gran impresión, y por mucho tiempo fui uno de sus más fervientes admiradores; pero el bien que sus escritos me procuraron, consistía menos en darme ideas filosóficas que en animarme por la poesía de esas ideas. Aun en la época en que empezaron nuestras relaciones, no había yo hecho bastantes progresos en mi nuevo modo de ser para apreciarle en todo su valor; buena prueba de ello es que hice poco caso del manuscrito que me enseñó de su *Sartor resartus*, su mejor y su más grande obra, que ter-

minó entonces y que sólo publicó dos años después en el *Fraser's Magazine*; yo lo leí con una admiración entusiasta y con el mayor placer. No buscaba yo á Carlyle, ni cultivaba su amistad, á causa quizá de las diferencias fundamentales que separaban nuestras doctrinas. El se apercibió pronto de que yo era un «nuevo místico»; y cuando le escribí una profesión de fe clara y precisa, en que expresaba todas mis opiniones, que sabía que no le gustaban, me contestó que la principal diferencia entre nosotros era que yo «no tenía aún conciencia de mi misticismo.» No sé en qué época se convenció de que yo no sería nunca místico; pero aunque sus opiniones y las mías sufrieron en los años siguientes cambios considerables, no nos acercamos nunca más de lo que estábamos en los primeros años de nuestras relaciones. Yo no creía, sin embargo, ser un juez competente de Carlyle; sentía que él era poeta y que yo no lo era, y que él era hombre de intuición y que yo no la tenía, que por esta cualidad, no sólo descubría él en mí cosas que yo no podía ver sino después que me las había señalado y que las había yo probado por medio del tanteo, sino que probablemente veía cosas que eran invisibles para mí, aun después que me les señalaba. Yo sabía que no podía hacer lo mismo que Carlyle, y no estaba convencido de llegar á mayor altura que él; nunca tuve la presunción de juzgarle definitivamente, y esperaba que alguien me explicase quién era superior de nosotros dos, uno que fuese

más poeta que él y más pensador que yo, cuya inteligencia y cuyo genio contuviese sobradamente el de Carlyle.

Entre los hombres de espíritu filosófico que yo conocía de tiempo atrás, aquel con quien mejor convenía era Austin el mayor. He dicho que siempre censuró nuestro espíritu de secta; más tarde sufrió como yo el efecto de las nuevas influencias. Nombrado profesor de Jurisprudencia en la Universidad de Londres (hoy Colegio de la Universidad), pasó algún tiempo en Bour para preparar su curso; las influencias de la literatura, del carácter alemán y de la sociedad de Alemania habían modificado de una manera muy sensible sus ideas sobre la vida; su humor se había suavizado; era menos ardiente en la polémica; sus gustos se inclinaban á la poesía y á la contemplación. Daba menos importancia que antes á los cambios exteriores de la sociedad, á menos que fuesen acompañados de una cultura mayor de la naturaleza interna; sentía gran aversión hacia las costumbres de la vida inglesa, á esa ausencia de ideas amplias y de deseos generosos, á esos objetos mezquinos sobre los cuales las facultades de todas las clases de Inglaterra se fijan, á esa especie de interés público que preocupa á los ingleses y que él estimaba en tan poco. Pensaba que existía un gobierno mucho mejor bajo el punto de vista político, y lo que sí es cierto, que pusiera mucho más cuidado en la educación y en el perfeccionamiento del espíritu en todas las cla-

ses del pueblo, bajo la monarquía prusiana, que bajo el régimen representativo de Inglaterra; pensaba, como los economistas franceses, que la seguridad real de un buen gobierno, «es un pueblo instruido», lo cual no es siempre el resultado de las instituciones populares, y que si se podía obtener sin ellas sería preferible á todo.

Aunque aprobó el bill de Reform, predijo, como sucedió después, que no produciría grandes mejoras en el gobierno que de él se esperaba. Los hombres que podían hacer estas grandes cosas, decía, no existen en el país. Había muchos puntos de simpatía que le unían conmigo, tanto en las opiniones nuevas que yo había adoptado, como en las antiguas que él conservaba. Como yo, no dejó nunca de ser *utilitario*; y con todo su amor á los alemanes y su afición á su literatura, no se concilió nunca con la metafísica de los principios innatos. Se abandonaba cada vez más á una especie de religión germánica, compuesta de poesía y de sentimiento, con algunos dogmas positivos; en política, que era donde más me alejaba yo de él, había contraído una indiferencia muy cercana del desprecio hacia el progreso de las instituciones populares, pero le gustaban los del socialismo; en ellos veía el medio más eficaz de obligar á las clases poderosas á extender la educación del pueblo, y también de hacer comprender á los proletarios que no hay más que un medio real de mejorar de un modo permanente su condición material, y es el de limitar su número. No

hacia él entonces una oposición radical al socialismo, considerado como resultado definitivo del progreso. Trataba con muy poco respeto lo que llamaba «los principios universales de la naturaleza humana de los economistas», é insistía sobre la prueba dada por la historia y por la experiencia diaria en favor de la «flexibilidad extraordinaria de la naturaleza humana» (expresión que he tomado de él): no creía posible señalar límites positivos á las aptitudes morales que podían desarrollarse en la humanidad, bajo el impulso de una dirección esclarecida de las influencias de la sociedad y de la educación. ¿Ha profesado sus opiniones hasta el final de su vida? No lo sé, pero seguramente las ideas de sus últimos años, y sobre todo de sus últimas publicaciones, eran más aristocráticas que las que sostenía entonces.

Llegado á este punto, me pareció que estaba muy lejos de la manera de pensar y de sentir de mi padre, más de lo que una explicación tranquila y una revista completa de nuestras respectivas opiniones podría demostrarlo. Pero mi padre no era hombre con el cual pudiese entablarse una discusión sosegada y profunda sobre los puntos fundamentales de doctrina, y menos que nadie podía hacerlo yo, á quien consideraba como á un desertor de su bandera. Por fortuna estábamos siempre perfectamente de acuerdo sobre las cuestiones políticas del día, que absorbían su atención y eran casi el único tema de sus conversaciones. Hablábamos poco sobre las cuestiones en

que no estábamos de acuerdo. Mi padre sabía que la costumbre de pensar por mi cuenta, que me había dado por un sistema de educación, me conducía á veces á pensar de un modo diferente al suyo, y se apercibía de vez en cuando de que yo no le había dicho cuanto me había alejado de sus ideas. No esperaba yo ningún bien, sino, al contrario, muchos disgustos para él como para mí, de una discusión sobre estas diferencias; yo no las expresaba más que cuando él formulaba una opinión ó un sentimiento, incompatibles con los míos de tal modo, que mi silencio le hubiera hecho dudar de mi lealtad.

Réstame hablar de lo que escribí durante estos años, y de los artículos que publiqué en los periódicos; éste fué un trabajo considerable. En 1830 ó en 1831 escribí los cinco ensayos que publiqué después bajo el título de *Ensayos sobre algunas cuestiones pendientes de economía política*; eran entonces, con corta diferencia, lo que son hoy, sólo que en 1833 rehice una parte del quinto ensayo. Yo los había escrito sin intención de publicarlos inmediatamente, y cuando después de algunos años se los ofrecí á un editor, no los aceptó. No se imprimieron hasta 1844, después del éxito de mi *Sistema de Lógica*. Había empezado de nuevo mis meditaciones sobre la lógica; me interesaba, como tantos otros antes que yo, en la gran paradoja del descubrimiento de verdades nuevas por el raciocinio. El hecho no dejaba duda ninguna. Tampoco podía dudarse de que todo razonamiento puede expresarse por si-

logismos, y que en todo silogismo la conclusión está contenida efectivamente en las premisas. ¿Cómo, pues, si está contenida en ellas, puede considerársela como una verdad nueva? ¿Cómo es posible que los teoremas de la geometría, tan diferentes en apariencia de las definiciones y de los axiomas, estén contenidos en las premisas? Había allí una dificultad que, en mi opinión, no había nadie sentido suficientemente, y que nadie había logrado vencer.

Las explicaciones dadas por Whately y por otros lógicos, que satisfacen algo más sobre este asunto, dejan, sin embargo, una duda inmensa que no se desvanece. Por último, al leer por segunda ó por tercera vez el capítulo sobre el raciocinio de Dugald Stewart, reflexionando sobre cada punto llegué á comprender en toda su extensión las ideas que el libro contenía. Encontré una sobre el uso de los axiomas en el raciocinio, que no recordaba haber visto nunca al leer á ese filósofo, pero que me pareció, cuando medité sobre ella, verdadera no sólo para los axiomas, sino para todas las proposiciones generales, cualquiera que sea su naturaleza, y muy propia para servir de clave á la solución del enigma. Este fué el germen de la teoría del silogismo, que propuse en el segundo libro de mi *Sistema de lógica*; la fijé sin pérdida de tiempo, redactándola por completo. Entonces, contento con la esperanza de que podría escribir un libro original y de algún valor sobre la lógica, me puse á escribir mi primer

tomo, con arreglo al plan imperfecto que había ya trazado. Lo que escribí fué la base de la primera parte del tratado siguiente, pero no contenía la teoría de los géneros, que le añadí más tarde, y que me fué sugerida por dificultades que sin ella no podían vencerse y que encontré cuando quise tratar la cuestión que sirve de tema á los últimos capítulos del tercer libro. Después de esto, hice una pausa que duró cinco años. Había agotado todos mis recursos; no pude hacer nada que me gustase sobre la inducción en aquella época. Seguí leyendo los libros que me prometían dar alguna luz á este asunto, y seguí asimilando los resultados lo mejor que podía; pero pasó mucho tiempo sin que se abriese un campo nuevo á mis meditaciones.

En 1832 escribí varios artículos para la primera serie del *Tait's Magazine*, y para un periódico trimestral llamado el *Jurist*, fundado y sostenido durante algún tiempo por una asociación de amigos, jurisconsultos todos y partidarios de la reforma de la legislación, algunos de ellos muy amigos míos. Este artículo trataba sobre los deberes y derechos del Estado relativamente á las propiedades de las corporaciones y de la Iglesia, que se halla á la cabeza de la colección de mis *Disertaciones y Discusiones*, en que también se encuentra uno de mis artículos escritos para el *Tait's Magazine*, *La farsa de la circulación*. Esto es todo lo que escribí antes de estos dos artículos, que haya conservado suficiente valor para merecer la reimpresión. El artículo del *Jurist*,

que es, y aún lo creo así, una discusión muy completa de los derechos del Estado sobre las fundaciones, presentaba las dos caras de mis opiniones; afirmaba en él, con tanta energía como podía haberlo hecho en otro tiempo, que toda dotación es una propiedad nacional, que el gobierno tiene el poder y el deber de reglamentar; pero contrariamente á lo que antes hubiera hecho, no condenaba las dotaciones de un modo absoluto, y no proponía que el Estado se apoderase de ellas para pa-

gar la deuda nacional; sostenía, por el contrario, enérgicamente, que importaba conservar un recurso para la educación, que sólo dependiese de la simple demanda en el mercado, es decir, del conocimiento y del juicio medio de los padres; pero con el objeto de establecer y de mantener un tipo de instrucción más elevado que el que demandaban los compradores de este artículo de cambio. Con el tiempo mis reflexiones han seguido confirmando y fortificando estas opiniones.

CAPÍTULO VI

Principio de la amistad más preciada de mi vida.—Muerte de mi padre.
Mis escritos y mi papel hasta 1840.

En aquel momento del desarrollo de mi espíritu, trabé la amistad que ha sido la honra más grande y la mayor felicidad de mi vida, así como también el origen de casi todo lo que he hecho hasta ahora, ó que espero aún hacer para el mejoramiento de las condiciones de la humanidad. En 1830 fui por primera vez presentado á la mujer que, después de una amistad de veinte años, consintió en casarse conmigo. Yo tenía entonces veinticinco años, ella tenía veintitrés. Esta presentación reanudó antiguas relaciones entre mi familia y la suya. Su abuelo vivía en Newington Green en una casa contigua á la de mi padre,

y durante mi niñez me invitó ese señor con frecuencia á jugar en su jardín. Era un hermoso tipo de escocés, viejo, puritano, grave, severo, enérgico, pero muy bueno para los niños, sobre quienes los hombres de esta especie producen siempre gran impresión. Pasaron varios años después de mi primera presentación á misstres Taylor sin que se estableciera entre nosotros gran intimidad ni confianza completa; pero yo sentí desde el principio que era la persona más admirable que había conocido en mi vida. Evidentemente no era aún la mujer superior que fué después y á la edad que tenía no hubiera sido fácil que se elevara á tanta altura.

Parecía que por ley de su propia naturaleza hacía espontáneamente progresos de todo género y del orden más elevado, por una especie de necesidad, resultado del ardor con que avanzaba hacia el progreso: de la tendencia natural de su espíritu que no observaba ni experimentaba nada sin hacer de ello ocasión para aproximase al ideal de la sabiduría. Cuando la vi por primera vez, no se había desarrollado aún su hermosa naturaleza sino con arreglo al tipo aceptado del género femenino. Para el mundo era una mujer hermosa y de ingenio, con un aire de distinción natural que asombraba á todos los que la veían. Para sus amigos era una mujer de un sentimiento profundo y enérgico, de una inteligencia penetrante y rápida, de una naturaleza meditativa y poética. Casada desde muy joven con un hombre leal, excelente y muy considerado, de opiniones liberales y de buena educación, pero que no tenía para las cuestiones del espíritu y para las artes un gusto que hubiese podido colocarle al nivel de su mujer, encontró en él un amigo seguro y tierno; por su parte ella le demostró el aprecio más sincero, la más sólida atención durante su vida y el más profundo dolor después de su muerte. Excluida por la incapacidad legal que pesa sobre las mujeres de todo empleo digno de sus altas facultades, que le hubiere permitido influir en el mundo, pasaba en la meditación una vida que sólo encontraba variedad en el comercio familiar que entretenía con unos cuantos amigos.

Entre ellos una mujer de genio, la

única que se parecía á ella por la inteligencia y por el corazón; pero los demás participaban en mayor ó menor grado de sus sentimientos y de sus opiniones. Yo tuve la suerte de ser admitido en este círculo, y pronto me apercí de que mistress Taylor poseía reunidas las cualidades que yo no había encontrado sino aisladas en las demás personas. Por encima de toda especie de superstición, sin exceptuar la que atribuye una perfección supuesta al orden de la naturaleza y del universo, protestaba ella enérgicamente contra los numerosos abusos que forman parte todavía de la constitución de la sociedad. Esta libertad de pensamiento y estas protestas no provenían de la lógica de su entendimiento riguroso, sino de la fuerza y de la elevación de sus pensamientos, que se unían además á un espíritu sencillo y respetuoso. El carácter general de su inteligencia, su temperamento y su organización me han llevado con frecuencia á compararla, tal como era entonces, al poeta Shelley; mas por razón de la inteligencia y de la profundidad de los pensamientos, Shelley, á quien una muerte prematura arrebató del mundo, no era más que un niño, comparado con lo que ella llegó á hacer después. En las más altas regiones de la especulación filosófica, como en las más íntimas cuestiones de la vida diaria, su espíritu era un instrumento que conservaba siempre la misma perfección; profundizaba hasta el corazón, llegaba hasta la medula de todo asunto; nunca se le escapaba el principio ni la idea esencial.

Esta precisión, esta ejecución rápida que caracterizaba todas las facultades de su espíritu y de su sensibilidad, unida á sus dones de sentimiento y de imaginación, hubieran podido hacer de ella una artista modelo. Su alma ardiente y tierna, su hermosa elocuencia hubieran podido constituir un gran orador. Por último, si la carrera política hubiese estado abierta á las mujeres, su profundo conocimiento de la naturaleza humana, el discernimiento y la sagacidad de que daba pruebas en la vida práctica, le hubieran asegurado un puesto eminente entre los jefes de la humanidad.

Estos dones de la inteligencia estaban al servicio del carácter moral más noble y mejor equilibrado que he visto en toda mi vida. No había señal de egoísmo en ella, no por efecto de un sistema, sino á causa de un corazón que se identificaba con los sentimientos ajenos y llegaba al exceso de presentarlos con su imaginación en toda la fuerza de los suyos. Hubiérase dicho que la pasión de la justicia era en ella la más poderosa; tenía una generosidad sin límites, una ternura siempre dispuesta á manifestarse. Las demás cualidades morales que la caracterizaban estaban en armonía con estas perfecciones del espíritu y del corazón. A la más noble altivez unía la modestia más franca; presentábase siempre con una sencillez y una sinceridad absoluta ante todas las personas capaces de apreciar estas cualidades. Sentía gran desprecio hacia todo lo que era bajo ó cobarde; se indignaba en presencia de una acción

que revelaba en la conducta de su autor inclinaciones brutales, tiránicas, pérfidas ó vergonzosas. Sin embargo, hacía perfecta distinción entre las faltas que son *mala in se* y las que son *mala prohibita*, entre los actos que atestiguan un fondo de perversidad en el sentimiento y en el carácter y los que sólo son violencias de una conversación buena ó mala, faltas que pueden ser de mayor ó menor importancia, pero que pueden ser emitidas por personas dignas de aprecio y de admiración.

No era posible que fuese yo admitido á trabar relaciones morales con una persona dotada de tan preciosas cualidades, sin sentir en ello una influencia bienhechora; sin duda el efecto se produjo paso á paso, y pasaron algunos años antes de que su espíritu y el mío llegaran á la comunidad perfecta que con el tiempo realizaron. De este comercio me vinieron mayores ventajas de las que podía haber esperado. Ella, que había llegado á sus opiniones por la energía y esfuerzo continuo del sentimiento moral, podía indudablemente encontrar ayuda en una persona que había conseguido los mismos resultados por el estudio y el razonamiento: en el rápido progreso que hizo su espíritu, su actividad intelectual que transformaba toda idea en noción precisa, tomó de mí, como también de otras fuentes, gran número de materiales que aprovechó. No acabaría á querer detallar todo lo que le debo, aunque sólo fuera bajo el punto de vista de la inteligencia. Sólo diré algunas pala-

bras que darán alguna idea general y bien imperfecta de los servicios que me ha prestado. Dos puntos de vista hay para aquellos que, como los sabios, están descontentos del estado actual de la sociedad, de hacer en ella una reforma radical.

Los unos fijan su vista sobre los fines últimos, sobre los elementos esenciales del ideal más elevado que pueda realizarse en la sociedad; los otros se preocupan de las mejoras de utilidad práctica é inmediata. Bajo estos dos puntos de vista he ganado más en su enseñanza que en todas las demás lecciones.

Evidentemente, toda verdad reside en estos puntos extremos. Toda mi fuerza provenía del estudio de las ciencias morales y políticas, región intermedia, incierta, peligrosa; yo había aceptado relaciones hechas, las había encontrado en economía política, en psicología analítica, en lógica, en filosofía de la historia y en otras ciencias, y no es el menor favor que mi inteligencia debe á esta noble mujer, el de haberme conducido á un sabio excepcionalismo en estas soluciones. No renunciaba yo por eso á sacar de las cuestiones á que aplicaba lealmente las facultades de mi espíritu todas las soluciones que se me ocurrían, pero aprendí á ser reservado, á no afirmarlas ni proclamarlas con una confianza que este género de especulación no debe admitir. Más aún, esta misma influencia dispuso á mi espíritu, no sólo á recoger, sino á abrazar y á buscar con ardor todo lo que podía encontrarse

bien probado, aun en aquellos asuntos que habían sido el objeto favorito de mis meditaciones. Con frecuencia me han elogiado, y en mi opinión no lo merecía más que en parte, por haber dado á mis escritos, según dicen, un espíritu más práctico que el que se encuentra en la mayor parte de los pensadores que se han ocupado de las cuestiones más generales. Las obras que merecieron esta alabanza no fueron obra de un entendimiento único, sino de la fusión de dos entendimientos, con los cuales aportaba tanto sentido práctico en sus juicios sobre la época presente, como elevación y audacia en sus previsiones relativas á un porvenir lejano.

Sin embargo, en el momento en que estamos, la influencia de mistress Taylor, era sólo de aquellas que contribuían á dar á mis progresos el carácter que presentaron en lo sucesivo; y aun después de convertirse esta influencia en el principio que dirigió los adelantos de mi espíritu, no me hizo cambiar de vía, sólo que al prestarme más audacia, me inspiraba al propio tiempo mayor sabiduría. La única revolución efectiva que se inició en mi manera de pensar, se ha realizado ya. Mis nuevas tendencias necesitaban ser robustecidas en algunos puntos y moderadas en otros. Pero el único cambio que debía operarse aún en mis ideas se refería á la política. Consistía por un lado en hacerme mirar el porvenir de la humanidad como un socialismo moderado, por otra parte en alejarme un poco de mi ideal político de la democracia

tal como sus partidarios la comprenden de ordinario, para acercarnos á la democracia que he descrito en mis *Consideraciones sobre el Gobierno representativo*.

Este último cambio, que se hizo muy lentamente, empezó en la época en que leí, ó mejor dicho, estudié *La Democracia en América*, de M. de Tocqueville, que compré al poco tiempo de su aparición. En esta obra notable señala M. de Tocqueville las ventajas de la democracia de un modo más decisivo, porque era más específico que los que había encontrado en los escritos más entusiastas. El autor presentaba de un modo claro todos los peligros que amenazaban á la democracia; consideraba como el gobierno de la mayoría numérica y los sometía, uno tras otro, á un análisis magistral, no para encontrar razones de combatir una forma de gobierno, que consideraba como el resultado inevitable del progreso humano, sino para señalar los puntos débiles del régimen democrático y para indicar los correctivos que permiten obrar con libertad á sus tendencias bienhechoras y neutraliza ó debilita sus tendencias perjudiciales. En aquella época estaba yo bien preparado para estudios de este género, y mis ideas se desarrollaron más y más en la misma corriente. Sin embargo, las modificaciones operadas en mis creencias políticas, consideradas bajo el punto de vista práctico, necesitaron años para verificarse; obsérvese esto comparando el primer examen de *La Democracia en América* que escribí y publiqué

en 1835 con el de 1840, impreso en mis *Disertaciones*, y este último escrito con las consideraciones sobre el Gobierno.

Del estudio de Tocqueville saqué también gran provecho en una cuestión que toca de cerca á la democracia; me refiero á la centralización. El poderoso análisis filosófico que aplicaba á la experiencia que se hacía en América y en Francia, le llevaba á dar la mayor importancia á la doctrina política que pretende que se deje á los ciudadanos hacer por sí mismos casi todos los asuntos colectivos de la sociedad, que puede sin inconveniente abandonarse á su iniciativa y en los cuales no interviene nunca el poder ejecutivo, ni para anularlos ni para imponerles el modo de ejecutarlos. Consideraba el libre ejercicio del ciudadano en el dominio político, no sólo como el medio más eficaz de la educación de los sentimientos sociales, y de acostumbrar á los negocios la inteligencia del pueblo, cosas ambas de tan grande importancia y tan indispensables á un buen gobierno, sino también, como el remedio específico de algunos vicios característicos de la democracia y como un medio que la preserva de llegar por degeneración al único despotismo que en el mundo moderno es un peligro real, el gobierno absoluto del jefe del poder ejecutivo sobre un grupo de individuos que no están unidos por lazo alguno, todos iguales, pero todos esclavos. Indudablemente no era inmediato este peligro en Inglaterra, puesto que la mayor parte de los

negocios interiores, que en otras partes son incumbencia de los gobiernos, se trataban aquí por órganos que no dependían de él; donde la centralización era y es el objeto de una desaprobación racional y de una preocupación irracional, donde el afán de intervenir el gobierno era un sentimiento ciego que prevenía y hasta combatía la más ventajosa iniciativa de la autoridad legislativa para corregir los abusos de la administración en los gobiernos de provincia que con demasiada frecuencia son una explotación de los intereses locales en provecho del interés de partido, por una oligarquía de campanario.

Pero cuanto más se exponía el público á los peligros del sistema opuesto á la centralización, más había que temer que los filósofos reformadores cayesen en el error contrario y desconociesen los inconvenientes que la experiencia presenta. Yo mismo me ví en aquella época comprometido á defender activamente algunas importantes medidas, como la gran reforma de la ley de los pobres de 1834, contra las recriminaciones irracionales, fundadas en la preocupación anticentralizadora. Sin las lecciones de Tocqueville, no sé si me hubiera dejado llevar, como otros reformadores anteriores á mí, á un exceso opuesto al que tenía que combatir, porque era el único que reinaba en mi país. Me mantuve con cuidado entre los dos errores; no sé si habré conseguido quedar á igual distancia de ambos peligros, pero sí señalé con igual insistencia los males que acarrea cada

uno de los errores y procuré hacer un estudio serio de los medios de armonizar las ventajas de las dos tendencias.

Entre tanto tuvo lugar la elección del Parlamento que seguía la reforma. Varios personajes notables del partido radical, amigos míos, Grote, Roebuck, Buller, Sir William Molesworth, John y Edward Romilly y algunos más, formaban parte de él, con Warburton, Struts y otros que ya estaban en el Parlamento. Los que pensaban por cuenta propia, á quienes sus amigos llamaban radicales filósofos, tenían en perspectiva, según parecía, una ocasión magnífica; se encontraban en una situación más ventajosa que nunca para demostrar la extensión de su capacidad. Como mi padre, fundé en ellos grandes esperanzas, que tuve después que abandonar. Los hombres eran leales y fieles á sus opiniones, al menos al votar, y con frecuencia á pesar de estar muy descorazonados. Cuando se proponían medidas que estaban en evidente desacuerdo con sus principios, como por ejemplo, el bill para reducir á Irlanda ó el bill para reducir el Canadá en 1837, pelearon valerosamente, imponiéndose á la opinión pública y al odio antes que desertar de la causa del derecho. En conjunto hicieron poco para el adelanto de sus opiniones; eran poco emprendedores, poco activos; dejaron la dirección de la fracción radical de la Cámara de los Comunes á manos envejecidas, á Hume y á O'Connell. Hay que hacer una excepción en favor de uno ó de dos de los más jóvenes; hay que de-

cir. que Roebuck, acreedor á una gratitud eterna, creó, desde el primer año en que se sentó en el Parlamento (ó hizo renacer después de una tentativa infructuosa de Brougham) el movimiento parlamentario en favor de la educación nacional. Fué el primero que emprendió una lucha, que durante muchos años tuvo que sostener sólo, en favor del *self government* de las colonias. Ningún otro, ni aun de aquellos de quienes más se esperaba, ha hecho nada que equivalga á estas dos cosas. Hoy, cuando echo una mirada tranquila sobre el pasado, reconozco que esa insuficiencia no consistía, como suponíamos, en la falta de los hombres; habíamos esperado demasiado de su presencia en el Parlamento. Estaban en circunstancias desfavorables. Llegaban en un período de inevitable reacción, que duró diez años. La excitación de la reforma había pasado, y una vez realizadas algunas mejoras legislativas, que el público realmente pedía, volvió el poder por una pendiente natural á las manos de los que pensaban que debían conservarse las cosas como estaban; el espíritu público aspiraba al reposo y se sentía menos dispuesto que nunca á dejarse llevar por los esfuerzos que se hacían para poner otra vez en juego el sentimiento reformista en favor de otros objetos. Hubiera hecho falta un gran agitador político (y á nadie puede censurarse por no haber estado á la altura de esta obra) para realizar por medio de la discusión, en el seno del Parlamento, estos grandes hechos, mientras la nación se entre-

gaba á la indiferencia y á la apatía. Mi padre y yo esperamos que apareciese algún jefe capaz de estos movimientos, un personaje con ideas filosóficas y dotado de un talento que pudiese conquistarse el favor del pueblo, que diese ánimo y valor á los miembros más jóvenes y menos importantes del Parlamento, para que le rodeasen y pudiese emplearlos, en la medida de su valer, en presentar al público las ideas avanzadas; que se sirviese de la Cámara de los Comunes como de una tribuna ó de una cátedra para educar el espíritu público y lanzarle, que obligase á los whigs á recibir de sus manos las medidas legislativas y á votarlas, ó que les arrancase la dirección del partido de la reforma. Este jefe político se hubiera encontrado si mi padre hubiese estado en el Parlamento. Por falta de este jefe se vieron reducidos los radicales ilustrados á no ser más que la izquierda del partido whig. Penetrado de un sentimiento vivo, y aun creo que exagerado, de las probabilidades de éxito que se ofrecían á los radicales si hacían un esfuerzo, aunque no fuese muy grande, en favor de sus ideas, trabajé después de esta época hasta 1839, con mi influencia personal sobre algunos y con mis escritos sobre los demás, para comunicarles ideas y proyectos. Saqué algún provecho de Carlos Buller, otro poco de sir William Molesworth, que prestaron eminentes servicios, pero que desgraciadamente se fueron cuando empezaban á ser útiles. Resultó por fin que mis propósitos no se realizaron.

Sólo hubiera podido tener éxito si mi posición hubiese sido diferente. Esta tarea no podía emprenderse sin ocupar un sitio en el Parlamento, estando siempre entre los radicales, pudiendo tomar la iniciativa, y en lugar de obligar á otro á que se pusiese á la cabeza, convenciendo á los demás de seguirle á uno.

Lo que pude hacer con la pluma lo hice. Durante el año 1833, seguí trabajando para el *Examiner* con Fonblanque, que en aquella época luchaba enérgicamente en favor del radicalismo contra el ministerio whig. Durante la legislatura de 1834, escribí unos comentarios sobre los acontecimientos del momento, una especie de artículos de periódico, bajo el título de *Notas sobre los periódicos*, y que aparecieron en el *Monthly Repository*, revista dirigida por Mr. Fox, muy conocido como propagandista y orador político, y más tarde como miembro del Parlamento, donde representaba á Oldham. Yo acababa de conocerle, y á causa de él escribí en su Revista. Le di varios artículos, de los cuales el más importante (*Teoría de la poesía*) está reimpresso en mis *Disertaciones*. Reunidos los escritos (sin contar los artículos de periódico) que publiqué de 1832 á 1834, forman la materia de un tomo voluminoso. Además publiqué extractos de varios diálogos de Platon, con notas preliminares, que había escrito algunos años antes, pero que no di al público hasta 1834. Después tuve ocasión de ver que se leían y que habían contribuido más que nin-

guno de mis escritos anteriores á dar á conocer el nombre de su autor. Para completar la historia de mis escritos de aquella época, puedo añadir que en 1833, por complacer á Bulwer que acababa de terminar su obra *Inglatera y los ingleses*, obra entonces más avanzada que el espíritu público, escribí para él una crítica de la filosofía de Bentham; él no insertó en su texto más que una parte pequeña, pero imprimió el resto, tributándome grandes elogios en un apéndice. De este modo di por primera vez á la prensa, al lado de mis juicios favorables sobre la filosofía de Bentham, los juicios desfavorables que me inspiraba una doctrina en que no me era posible reconocer una filosofía completa.

Mas pronto se ofreció una ocasión que me dió el poder de ayudar y de estimular el partido de los «radicales filósofos» de un modo más eficaz que lo había hecho hasta entonces. Uno de los proyectos de que me había ocupado á veces con mi padre y con algunos radicales del Parlamento y de fuera de él, que frecuentaban su casa, era la creación de un periódico, órgano del radicalismo filosófico destinado á ocupar el lugar que la *Revista de Westminster* hubiera debido llenar según la intención de sus fundadores. Llegamos á discutir el dinero que podría reunirse, la elección de un director. Mas por esta vez no tuvo resultado práctico la idea. Pero en el verano de 1834, sir William Molesworth, hombre de estudio, pensador y metafísico riguroso, capaz de ayudar á la causa con su plu-

ma y con su bolsillo, nos ofreció fundar la Revista, con tal de que yo consintiese en ser el director efectivo, si no podía ser el director ostensible. Una proposición de este género no era de desechar, y la Revista quedó fundada, primero con el título de *London Review*, y más tarde con el de *London and Westminster Review*, después que Molesworth hubo comprado la *Revista de Westminster* á su propietario el general Thompson, fusionando de este modo las dos Revistas. En los años de 1834 á 1840, ocupó la dirección de la Revista casi todo mi tiempo de descanso. Al principio no representaba en su conjunto mis opiniones. Me vi obligado á hacer muchas concesiones á mis asociados. Se había fundado la Revista para representar á los radicales filósofos, la mayor parte de los cuales estaban en desacuerdo conmigo sobre muchos puntos esenciales, y no podía yo pretender entre ellos el papel principal. El concurso de mi padre como escritor nos pareció á todos indispensable; él contribuyó mucho á la redacción de la Revista hasta que empezó su enfermedad. Por los asuntos que trataba, por la fuerza y decisión con que se expresaban sus opiniones, dieron los artículos de mi padre á la Revista en su principio un tono y un color que no pudieron darle los artículos de los demás colaboradores. Yo no podía ejercer sobre los artículos de mi padre el poder de mi dirección, y alguna vez tuve que sacrificarles parte de los míos. Las doctrinas de la antigua *Revista de Westminster*, un tanto modificadas, fueron el almacén de que se surtió la nueva Revista; pero yo esperaba introducir, al lado de estas ideas, otras ideas y otro tono, y obtener con el colorido que me era propio un lugar conveniente á la misma altura del de los demás miembros del partido. Por esta razón hice una cosa que fué uno de los caracteres distintivos de nuestra obra. Todos nuestros artículos llevaban una inicial ó un signo distintivo como firma, y no significaban sino las opiniones de sus autores. Como editor, mi responsabilidad se limitaba á saber si valían la pena de ser publicados ó si estaban en contradicción con las ideas en cuyo favor se había fundado la Revista. Yo tenía una ocasión de poner en práctica mi sistema de conciliación entre el antiguo *radicalismo filosófico* y el moderno, eligiendo el sujeto de mi primer artículo. El profesor Sedgwick, hombre de mucho mérito en determinadas ramas de las ciencias naturales, pero que no había pisado el terreno de la filosofía, acababa de publicar su discurso sobre los estudios de Cambridge. El rasgo más característico de esta obra era un ataque enérgico contra la psicología analítica y la ética utilitaria, bajo la forma de una crítica de Locke y de Paley. Mi padre y algunos otros con él, se habían indignado de resultas, y yo opino que con razón. Con este motivo rechacé yo este ataque injustificado, introduciendo en mi defensa doctrinas de Hartley y del utilitarismo, y algunas de las ideas que constituían mi manera especial de ver sobre estas cuestiones y que me distin-

guían de mis antiguos colaboradores. Tuve éxito en parte, si bien á causa de mi padre me fué siempre duro é imposible á veces, en aquella época, decir en una Revista en que escribía él, todas mis ideas sobre esos asuntos.

Me inclino, sin embargo, á pensar que mi padre no se oponía tanto como parecía á las ideas sobre las cuales creía yo separarme de él; perjudicaba sus propias opiniones por las exageraciones inconscientes á que se abandonaba su espíritu enérgico en la polémica, y cuando pensaba sin tener un adversario á la vista, confesaba gran número de verdades que parecía negar. Con frecuencia he observado que en la práctica reconocía gran número de principios que no admitía en teoría. Su *Fragmento sobre Mackintosh*, que escribió y publicó poco tiempo después de esta época, aunque admiré algunas de sus partes, me causó, cuando lo leí, más pena que placer; sin embargo, cuando lo volví á leer mucho tiempo después, no encontré en las opiniones que sustenta esa obra más que ideas justas en el fondo; yo mismo participo del sentimiento de disgusto que expresaba mi padre por el lenguaje de Mackintosh, aunque la aspereza con que lo decía mi padre, pasaba de los límites de una crítica razonable y de un juicio imparcial. Lo que sí me pareció de buen pronóstico, fué el favor con que acogió *La Democracia en América*, de Tocqueville. Es verdad que en sus pensamientos y en sus discursos se fijaba más en lo que Tocqueville decía en favor de la democracia que en lo que decía en contra de

ella. Yo me sentí, sin embargo, muy animado al ver su aprecio por una obra que era, después de todo, un ejemplo del modo de tratar la cuestión del gobierno opuesto al suyo, completamente inductivo y analítico, mientras que el de mi padre era puramente deductivo. También aprobó un artículo que publiqué en el primer número que siguió á la fusión de las dos Revistas, un ensayo que reimprimí en las *Disertaciones* bajo el título de *Civilización*, en que introduje muchas de mis nuevas ideas y en que critiqué muy vivamente las tendencias intelectuales y morales del tiempo por medio de razonamientos que no había aprendido en la escuela de mi padre.

Pero todas las conjeturas sobre los futuros desarrollos de las opiniones de mi padre, y sobre las probabilidades de un acuerdo duradero entre él y yo, para una acción común en la propagación de nuestras ideas, hubieron de sufrir una brusca detención. Durante el año 1835 se resintió visiblemente su salud; no había duda, los síntomas que presentaba eran los de una congestión pulmonar; llegó hasta el último grado de aniquilamiento y murió el 23 de Junio de 1836. Exceptuados algunos días, los últimos de su vida, el vigor de su inteligencia no se debilitó. La proximidad de la muerte no llevó ninguna indecisión á sus ideas en materia de religión, cosa imposible en un espíritu tan enérgico y tan firme. Su mayor satisfacción, cuando supo que se acercaba su fin, era pensar en lo que había hecho para que el mundo

fuese mejor de lo que él lo había encontrado, y lo que más le apenó, fué el no vivir más tiempo para haber hecho mayores beneficios á la humanidad.

Le pertenece un lugar eminente en la historia literaria y política de su país, y no ha sido una gran honra para la generación que ha aprovechado su genio, que su nombre haya resonado tan poco comparado con los nombres de otras personalidades muy inferiores á él. A dos causas obedece quizá este hecho. En primer lugar, su nombre queda oscurecido al lado del nombre con justicia más celebrado de Bentham. El era, después de todo, un discípulo de Bentham. Precisamente porque fué uno de los pensadores más originales de su tiempo, fué el primero que apreció y adoptó lo más importante de las ideas nuevas de la generación que le había precedido. Su inteligencia y la de Bentham, eran de una estructura esencialmente diferente. No poseía todas las grandes cualidades de Bentham, pero tampoco tenía Bentham todas las suyas. Seguramente sería ridículo reclamar para él el honor de haber prestado á la humanidad servicios tan evidentes y grandes como Bentham. No ha reorganizado y mucho menos creado uno de los mayores dominios del pensamiento. Pero si dejamos al lado esta parte de sus trabajos en que se aprovechó de los de Bentham, y si consideramos lo que ha hecho en el terreno que Bentham no ha pisado, en el de la psicología analítica, nos resulta para la posteridad una de

las más grandes figuras en este ramo de la filosofía que es, en definitiva, la base de las ciencias morales y políticas, y su nombre marcará una de las etapas fundamentales del progreso de esta ciencia. La otra razón que ha impedido que su renombre se eleve á la altura que merecía, es que, aunque la mayor parte de sus ideas han sido después adoptadas gracias á sus propios esfuerzos, existía, sin embargo, gran oposición entre su espíritu y el espíritu de nuestro tiempo. Así como Bruto era llamado el último de los romanos, así mi padre era el último pensador del siglo XVIII. Quiso imponer el tono de sus ideas y de sus sentimientos al siglo XIX, no sin modificarlas algo y mejorándolas; permaneció extraño á las buenas y á las malas influencias de la reacción contra el siglo XVIII, que fué el principal carácter de la primera mitad del siglo XIX. El siglo XVIII fué un gran siglo, un siglo de hombres enérgicos y honrados; mi padre fué un émulo digno de los más fuertes y de los más intachables. Por sus escritos y por su influencia personal fué para su generación un brillante foco de luz. Durante sus últimos años fué para los radicales filósofos de Inglaterra lo que Voltaire había sido para los filósofos en Francia, un jefe y un director.

Uno de sus menores méritos fué el de haber sido el iniciador de una política sana para el país que había sido el objeto de todo su estudio. No escribió sobre ningún asunto sin enriquecerle con ideas de gran valor, y exceptuando sus *Elementos de economía política*, obra

muy útil en la época en que la publicó, pero que perdió más tarde su oportunidad, ha de pasar mucho tiempo antes de que ninguno de sus libros sea remplazado completamente ó deje de ofrecer una lectura instructiva á las personas deseosas de estudiar las cuestiones de que tratan. Por el poder con el cual, sin más influencia que la fuerza de su entendimiento y de su carácter, obraba sobre las convicciones y sobre los proyectos de los demás, y por el uso atrevido que hacía de este poder en favor de la libertad y del progreso, no tenía, en mi opinión, igual entre los hombres y no tenía más que un émulo entre las mujeres. Aunque yo á su lado sentía palpablemente mi inferioridad en estas cualidades, traté de ver lo que podría hacer sin su ayuda. La Revista fué el instrumento sobre el cual elevé mi principal esperanza de ejercer una influencia útil sobre la fracción liberal y democrática del espíritu público. El golpe que me privó del concurso de mi padre, me libró también de la sujeción con que tenía que honrarle. No había ningún otro escritor, ningún otro hombre político radical á quien me viese obligado á guardar esa deferencia, por lo cual me vi independiente y dueño de emitir con entera libertad mis opiniones propias. Yo tenía toda la confianza de Molesworth; resolví, pues, dar rienda suelta á mis ideas y abrir la Revista á todos los escritores que tenían simpatías por el progreso tal como yo lo concebía, aunque fuese á costa de recibir el apoyo de mis antiguos colaboradores.

A consecuencia de esta resolución escribió Carlyle á menudo en la Revista. Poco después dió Sterling un artículo de actualidad. Estos artículos eran, como antes, la expresión de los sentimientos particulares de sus autores, lo cual no impedía que el color general de la Revista concordarse de un modo casi perfecto con mis opiniones. Para conducirla de este modo bajo mi dirección, me asocié á un joven escocés que se llamaba Robertson, hombre de talento y de ilustración, muy activo, y cuya cabeza incansable imaginaba constantemente proyectos para aumentar la venta de la Revista. Yo fundé grandes esperanzas sobre su inteligencia en esta clase de negocios; por eso á principios de 1837, cuando Molesworth se cansó de sostener la Revista, por las pérdidas que le ocasionaba, y quiso deshacerse de ella (hábiale prestado grandes trabajos personales y no pequeños sacrificios pecuniarios), me decidí, arriesgando imprudentemente mis intereses, pero á causa de la confianza que me inspiraban los planes de Robertson, á continuarla por mi cuenta y riesgo, hasta que esos planes hubiesen sufrido una prueba suficiente. Eran buenos, y nunca cambié después de opinión sobre este asunto. Pero no creo que ningún arreglo pueda dar á una Revista radical y democrática los medios de cubrir sus gastos, comprendidos los honorarios de un director ó subdirector pagado y una remuneración suficiente para los autores. Yo mismo y algunos de los escritores que dimos á menudo

artículos, entregamos gratuitamente nuestro trabajo, como lo habíamos hecho en tiempo de Molesworth, pero los colaboradores retribuidos seguían percibiendo sus honorarios con arreglo á la tarifa establecida en la *Revista de Edimburgo* y en la *Quarterly*, y los productos de la venta no eran suficientes.

Durante el curso del año de 1837, en medio de estas ocupaciones, volví á detenerme en la Lógica. Hacía cinco años que no había escrito una palabra sobre este asunto; me había visto obligado á hacer una parada brusca ante la entrada en el campo de la inducción. Había descubierto poco á poco lo que me faltaba para vencer las dificultades de esta parte de mi estudio, es decir, una vista comprensiva y al mismo tiempo exacta del círculo entero de la ciencia física, cuya adquisición había de costarme tan largos estudios. En efecto, yo no conocía ninguna obra, ningún guía, que desplecase ante mis ojos las generalidades y los métodos de las ciencias, y temía verme obligado á extractarlos yo mismo de los detalles que presentaban. Felizmente para mí, al principio de este año publicó Whewell su *Historia de las ciencias inductivas*. Yo la leí con avidez y en ella encontré casi todo lo que necesitaba. Muchos puntos de la filosofía de esta obra, por no decir casi todos, me parecían contestables, pero los materiales quedaban á mi disposición y yo podía servirme de ellos con arreglo á mis propias ideas; además, el autor no las había dado ese primer grado de elabora-

ción que facilita y abrevia tanto el trabajo de los que vienen después. Yo poseía ya lo que deseaba. Obligado por las ideas que Whewell despertaba en mí, leí de nuevo el discurso de Sir John Herschel sobre el *Estudio de la filosofía natural*. Pude medir el progreso que había hecho mi entendimiento por la ayuda que recibí entonces de esta obra, que en otro tiempo había leído y extractado sin sacar de ella gran provecho. En seguida me dediqué á mi obra con la meditación y con la pluma. El tiempo que á ello consagré tuve que quitárselo á ocupaciones más urgentes. Tenía yo en aquel momento dos meses de tiempo que me dejaban los intervalos de los escritos que daba á la *Revista*. Durante esos dos meses completé el borrador de una tercera parte, la más difícil del libro. Lo que ya había escrito ocupaba un tercio también; no me quedaba, pues, más que otro tercio para completar la obra. Lo que escribí en aquella época componía el resto de la doctrina del raciocinio (la teoría de las series de raciocinios y la ciencia demostrativa). Hecho esto, me pareció haber resuelto los problemas más difíciles, y la terminación de mi libro sólo era ya cuestión de tiempo. En aquel momento tuve que escribir dos artículos para el número siguiente de la *Revista*. Escritos esos artículos volví á la Lógica, y entonces leí por primera vez el *Curso de filosofía positiva* de Comte, ó mejor dicho los dos volúmenes de ese curso, los únicos que se habían publicado entonces.

Mi teoría de la inducción era completa en sustancia antes de que conociese los libros de Comte, y quizá fué un bien que llegase á ella por un camino distinto del que sigue él, puesto que resultó de lo que mi tratado contiene, lo que no está en el suyo, una reducción del procedimiento inductivo á reglas estrictas y á un criterio científico que es á la inducción lo que el silogismo es al raciocinio. Comte es siempre preciso y profundo cuando habla de los métodos de la investigación científica, pero no trata siquiera de dar una definición exacta de las condiciones de la prueba. Su libro demuestra que no ha llegado nunca á formarse una idea justa de ella. Y sin embargo, era el problema de la prueba el que trataba yo de resolver al tratar de la inducción. De todos modos saqué bastante provecho de la lectura de Comte: me serví de él para enriquecer los capítulos que había escrito ya y que rehice por completo, y me fué muy útil para algunos de los puntos que traté después. A medida que aparecieron los tomos siguientes, fuí leyéndolos con avidez; pero cuando llegó Comte á la ciencia social, cambié de opinión sobre su mérito. El cuarto tomo me hizo perder la ilusión. En él se exponen las opiniones de Comte sobre las cuestiones sociales, y con ellas no estoy en manera alguna conforme. Pero el quinto tomo, que contiene una exposición sistemática de la historia, encendió de nuevo mi entusiasmo. El sexto (ó último) no lo enfrió del todo. La única idea dominante que debo á Com-

te en lógica, es la del método deductivo invertido que se aplica sobre todo á los asuntos complicados de la historia y de la estadística. Es una operación que difiere de la forma más común del método deductivo, en que en vez de llegar á las conclusiones por el raciocinio general y de comprobarlas por una experiencia específica, según el orden natural seguido en los ramos de la ciencia física, cuyo método es la deducción, llega á sus generalizaciones por una comparación de experiencias científicas y las comprueba averiguando si son capaces de resultar la consecuencia de principios generales conocidos. Esta idea era enteramente nueva para mí cuando la descubri en Comte, y sin él no la hubiera poseído tan pronto, caso de que hubiese llegado á formularla.

Fuí durante mucho tiempo ardiente admirador de las obras de Comte, sin haber tenido ningún trato con él, y después no le vi nunca personalmente. Pero durante algunos años sostuvimos una correspondencia seguida hasta el momento en que degeneró en controversia y se enfrió nuestro ardor. Yo fuí el primero en detenerlo y Comte fué el primero en darlo al olvido. Yo encontraba, y quizá encontraba él también que no había yo de procurar ningún bien á su entendimiento, y que todo lo que él podía hacer en mi beneficio lo había hecho ya por medio de sus escritos. Pero esta convicción no hubiera llevado consigo la cesación de nuestra amistad, si las diferencias que nos separaban se hubieran limitado á

cuestiones de doctrina. Consistían principalmente en opiniones que en él y en mí se confundían con los sentimientos más arraigados y determinaban por sí solas la dirección de nuestras aspiraciones. Yo estaba plenamente de acuerdo con él cuando sostenía que la masa de la humanidad, comprendidos en ella los que la gobiernan y dirigen sus negocios, debe recibir necesariamente la mayor parte de sus opiniones sobre las cuestiones políticas y sociales, como las recibe sobre la física, es decir, de la autoridad de aquellos que han estudiado las materias más de lo que han podido hacerlo ellos mismos. Esta enseñanza había sido profundamente impresa en mi espíritu por la primera obra de Comte de que ya he hablado. Nada admiraba yo más en este libro que la notable exposición que hace de los beneficios obtenidos por las naciones de Europa, en el curso de la historia de la separación que se hizo en la Edad Media entre el poder temporal y el espiritual de la organización de este último en poder aislado. Yo reconocía con él que la influencia moral é intelectual, ejercida en otro tiempo por el clero, debe pasar á manos de los filósofos y creo que pasará naturalmente cuando estén de acuerdo entre sí y cuando sean por otros conceptos dignos de poseerla. Pero cuando vi que forzaba estas ideas para sacar de ellas un sistema social práctico, en que los filósofos estaban organizados en forma de jerarquía, investidos con una supremacía espiritual parecida á la que tenía la Iglesia católica, aunque sin tener el poder secular; cuando vi que contaba con esta autoridad espiritual, como con la única garantía de un buen gobierno, como con la única muralla que podía defender la sociedad contra una opresión efectiva y que esperaba que por efecto de esta institución, el despotismo que establecía él en el Estado y en la familia serían inofensivos y beneficiosos, no es extraño que si, como lógicos estábamos casi de acuerdo, no nos fuese posible como sociólogos seguir caminando juntos. Comte vivió lo bastante para llevar estas doctrinas á las más extremas consecuencias, al trazar el plan de su última obra, el *Sistema de política positiva*. Es el sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que ha salido jamás de cerebro humano, exceptuando quizá el de Ignacio de Loyola. Un cuerpo organizado de maestros y gobernantes espirituales hace pesar el yugo de la opinión general sobre todas las acciones, y mientras está en el poder del hombre, sobre todos los pensamientos de cada uno de los miembros de la comunidad, lo mismo en lo que á él solo atañe, que en lo que concierne los intereses de los demás. Hay que decir, sin embargo, que esta obra realiza un progreso considerable en muchas cuestiones de sentimiento sobre los escritos anteriores que Comte había consagrado á las mismas materias. Pero al hablar de progreso en la filosofía social, su único título en mi opinión es el de afirmar que ninguna autoridad moral

puede continuar reinando sobre la sociedad sin el apoyo de las creencias religiosas. En efecto, Comte no reconoce otra religión que la de la humanidad. Deja en el espíritu una convicción irresistible de que toda creencia moral sostenida por la adhesión general de la comunidad puede adquirir sobre la conducta de sus miembros una fuerza y un poder que asusta concebirlo. El libro de Comte es un ejemplo memorable que advierte á los pensadores ocupados de cuestiones sociales y políticas lo que sucede cuando se pierde de vista, al especular en estas materias, el valor de la libertad y de la individualidad.

Pero volvamos á mí. La Revista absorbió durante algún tiempo todos los momentos desocupados que podía consagrar á escribir ó á meditar para escribir más tarde. Los artículos que publicó la *London and Westminster Review* reimpresos en mis *Disertaciones*, no llegan á formar la cuarta parte de lo que escribí.

El sistema que seguí en la dirección de la Revista tenía dos objetos: primero, librar el radicalismo filosófico de la censura de ser un benthamismo estrecho. Yo quería, conservando la exactitud de la expresión, la claridad del sentido, el desprecio á las frases declamatorias y á las vagas generalidades, cualidades que tanto distinguían á Bentham y á mi padre; dar una base más ancha, un carácter más libre y más franco á las doctrinas radicales, y mostrar que existía una filosofía radical mejor y más completa

que la de Bentham, reconociendo y abrazando todo lo que debe quedar en pié de las doctrinas de Bentham. Bajo este primer punto de vista, tuve un éxito bastante completo. El otro objeto que me proponía, era el de ejercitar á los radicales instruídos del Parlamento, como á los de fuera, en hacer esfuerzos para constituirse, como en mi opinión podían hacerlo, empleando medios convenientes, formando un partido poderoso, capaz de tomar en las manos el gobierno del país, ó al menos de dictar las condiciones con arreglo á las cuales podían compartirlo con los whigs. Este objeto fué desde su principio quimérico, pues no eran los tiempos favorables para conseguirlo: el fervor reformista estaba en su período de descenso; las influencias aristocráticas se unían con fuerza, pero sobre todo, porque como Austin decía con tanta precisión, «no había hombres en el país». Entre los radicales del Parlamento, había varios que hubieran podido llegar á ser miembros útiles de un partido radical ilustrado, pero ninguno era capaz de formar y de conducir un partido de ese género. Las exhortaciones que yo les dirigía no tuvieron efecto. Una ocasión única se presentó en que parecía que el radicalismo hubiera podido dar un golpe de suerte. Lord Durham acababa de separarse del ministerio, se suponía que por no encontrarlo bastante liberal, y había recibido la misión de estudiar y de hacer cesar la insurrección del Canadá. Había demostrado disposiciones para hacerse ro-

dear de consejeros radicales. Una de las primeras medidas que adoptó, buena por la intención como por los efectos, fué desaprobada y revocada por el gobierno de la metrópoli.

Entonces renunció á su cargo y declaró abiertamente la guerra á los ministros. Había un jefe posible para los radicales en ese personaje de elevado rango, á quien aborrecían los torys y á quien acababan de herir los whigs. Cualquiera que tuviese las nociones más elementales de la táctica de los partidos debiera haber utilizado esta ocasión favorable. Lord Durham se veía atacado por todas partes, recibiendo recriminaciones de sus enemigos y abandono de sus amigos tímidos; y los que deseaban defenderle, no sabían cómo hacerlo. Tuvo que volver á Inglaterra batido y menospreciado. Yo había seguido desde su principio los acontecimientos del Canadá, yo había sido uno de los consejeros de las personas que inspiraban á lord Durham; su política había sido exactamente lo que hubiera sido la mía y me encontré en disposición de defenderle. Escribí é inserté en la Revista un manifiesto en su favor, en que elevé á gran altura el debate, reclamando para él, no sólo una satisfacción, sino un elogio. En seguida se ocuparon del asunto otros escritores. Había, sin duda, algo de verdad en lo que lord Durham me dijo algún tiempo después, por una exageración de cortesía, que á mi artículo debía la recepción triunfal que se le hizo á su llegada á Inglaterra. Yo creo que ese artículo fué la palabra

oportuna que en el momento crítico contribuye más que ninguna otra cosa á producir el resultado, el pequeño golpe que decide si una piedra movida en la cumbre de una eminencia, rodará al valle del uno ó del otro lado. Todas las esperanzas fundadas sobre lord Durham como hombre político, se desvanecieron pronto. Mas para el Canadá, y en general para la política colonial, se había ganado la causa. El informe de lord Durham, escrito por Charles Buller, en parte bajo la inspiración de Wakefield, abrió una nueva era. Las medidas que recomendaba y que llegaban hasta á dar á las colonias un *self-government* interior completo, estaban en plena ejecución en el Canadá á los dos ó tres años, y se extendieron después á casi todas las colonias algo importantes de raza europea. En cuanto á mí, puedo asegurar que el éxito que obtuve al sostener el honor de lord Durham y de sus consejeros en el momento más oportuno, no contribuyó poco á ese resultado.

Otra circunstancia que se presentó mientras yo dirigía la Revista, dió un ejemplo análogo del efecto que se obtiene por una iniciativa rápida. Yo creo que los primeros éxitos y la reputación de la *Revolución francesa* de Carlyle recibieron un gran impulso de un artículo que sobre esta obra escribí en la Revista. Poco después de su publicación, y antes de que todos esos críticos que se inspiran en lugares comunes, de que esas gentes cuyas reglas y maneras de juzgar

se veían condenadas en esta otra, tuviesen tiempo de imbuir en el espíritu público la desaprobación con que la habían digerido, hice yo mi crítica, en que saludaba el libro de Carlyle, como una de esas producciones del genio, que se elevan por encima de toda regla y son una ley para ellas mismas. Ni en este caso, ni en el de lord Durham, atribuyo la impresión, que en mi opinión fué el efecto de mis escritos, á ningún mérito particular de la ejecución. Al contrario, de uno de estos artículos, del que daba cuenta de la obra de Carlyle, creo que la ejecución no fué buena. En ambos casos estoy persuadido de que toda persona capaz de hacerse leer, que hubiese expresado la misma opinión exactamente en el mismo momento, y hubiese hecho una exposición suficiente, fundándola en verdaderas razones, hubiera producido el mismo efecto. Pero después de haber caído por completo las esperanzas que yo había abrigado de dar una vida nueva á la política radical por medio de la Revista, me siento feliz al echar una mirada atrás sobre los dos éxitos que obtuve al intentar lealmente prestar un servicio inmediato á las obras y á las personas que lo merecían.

La esperanza de formar un partido radical se había desvanecido; ya era hora de que pusiese yo término á los grandes gastos de tiempo y de dinero que la Revista me producía. Hasta cierto punto había yo encontrado en esta publicación el vehículo que deseaba para mis opiniones. Gracias á esta Re-

vista había podido expresar, por medio de la prensa, gran parte de los cambios que habían sufrido mis ideas, y romper de un modo señalado con el benthamismo más estrecho de mis primeros escritos. Lo hice de una manera general por el tono de todos mis artículos, sin exceptuar mis artículos puramente literarios, pero sobre todo en dos artículos (reimpresos en mis *Dissertaciones*), traté de apreciar, bajo el punto de vista filosófico, á Bentham y á Coleridge. En el primero de estos artículos, no sin hacer justicia á los méritos de Bentham, señalé lo que para mí constituía los errores y las faltas de su filosofía. Aún creo que esta crítica es perfectamente justa en el fondo, pero algunas veces dudé si había hecho bien ó mal en publicarla en aquella época. Con frecuencia pensé que la filosofía de Bentham, como instrumento de progreso, había sido desacreditada hasta cierto punto antes de haber completado su obra, y que, lejos de servir á la causa del progreso, era detenerle el ayudar á los que herían su reputación. Ahora que una reacción en el sentido opuesto parece que trata de devolver su favor á la parte sana de las ideas de Bentham, puedo dirigir la vista con más satisfacción sobre la crítica que hice de sus defectos, sobre todo porque la he compensado con una defensa de los principios fundamentales de la filosofía de Bentham, que está reimpresa al lado de mi crítica en la misma colección. En el ensayo sobre Coleridge, traté de caracterizar la reacción europea contra la filosofía ne-

gativa del siglo XVIII, y no considerando más que el efecto de este artículo, podría creerse que me engañé, poniendo de relieve la parte favorable, como al tratar de Bentham lo hice de la parte desfavorable. En ambos casos, el impulso, con el cual me separé de lo insostenible de las doctrinas de Bentham y del siglo XVIII, puede haberme llevado á demasiada distancia en el lado opuesto. Este error fué, sin embargo, más aparente que real. Mas por lo que al artículo de Coleridge se refiere, mi excusa es que escribía para radicales y liberales, y que tenía que insistir preferentemente sobre las opiniones de los escritores de una escuela diferente, que les era provechoso conocer.

El número de la Revista que contiene el artículo sobre Coleridge, fué el último que se publicó mientras yo fui el propietario. En la primavera de 1840 cedí la Revista á Mr. Hickson, que durante mi dirección había sido un colaborador asiduo y muy útil, sin exigir por ello retribución alguna. Yo estipulé que el cambio se señalaría por

la adopción del antiguo título de *Revista de Westminster*. Bajo ese nombre la dirigió Mr. Hickson durante diez años. Había adoptado el sistema de distribuir el producto líquido de la Revista; él en cambio prestaba gratuitamente su trabajo de redactor y de director. Con la dificultad de encontrar escritores cuando se paga tan poco, es un honor para Mr. Hickson el haber conservado á la Revista el carácter de órgano del radicalismo y del progreso. Yo no dejé del todo de escribir para la Revista; seguí enviando algún artículo, pero no de un modo exclusivo. En efecto, la gran publicidad de la *Revista de Edimburgo* me obligó después de esta época á enviarle artículos, sobre todo cuando tenía que decir alguna cosa que este órgano podía divulgar fácilmente. Los últimos tomos de *La Democracia en América* acababan de aparecer; me estrené, como colaborador de la *Revista de Edimburgo*, con un artículo sobre esta obra. Este artículo está á la cabeza del segundo tomo de mis *Disertaciones*.



CAPÍTULO VII

Relación del resto de mi vida.

Desde esta época los acontecimientos de mi vida, que valen la pena de ser contados, entran en un cuadro muy estrecho. No sufrí en adelante cambios de ideas dignos de mencionarse; sólo

tengo que referir el progreso intelectual continuo, cuyo resultado se verá mejor en mis escritos. Abreviaré, pues, mucho la historia de los años siguientes.

El primer uso que hice del tiempo

libre que adquirí al separarme de la Revista, fué el de acabar mi *Lógica*. En Julio y en Agosto de 1838 encontré tiempo para ejecutar la parte que no había aún compuesto del manuscrito primitivo del tercer libro. Al elaborar la teoría lógica de estas tres leyes de la naturaleza que no son leyes de causación, ni corolarios de estas leyes, reconocí las especies y las realidades de la naturaleza, pero no como puras distinciones convencionales; era una luz nueva, que no me aclaraba aún en la época en que escribí el primer libro y que me obligó á modificar y á aumentar los diversos capítulos de este libro. El que trataba del lenguaje y de la clasificación, así como el capítulo de la clasificación de los sofismas, los escribí en el otoño del mismo año, y el resto de la obra en el verano y en el otoño de 1840. Desde Abril de 1841 hasta el final del año, consagré todo mi tiempo libre á escribir de nuevo mi libro, desde el principio hasta el fin. De este modo he compuesto todos mis libros, escribiéndolos al menos dos veces por completo. Primero hice un borrador de la obra, en el cual llegué hasta el fin de la materia; después empecé la obra de nuevo, pero hice entrar en la segunda redacción todas las frases ó trozos de frase del primer borrador que en mi opinión convenían á mi objeto, como también todo lo que acababa de escribir para reemplazarlos. Encontré grandes ventajas en este sistema de doble redacción. Mejor que otro medio cualquiera de composición, une la frescura y el vigor de un primer pensamiento á

esa precisión y perfección que son fruto de las largas meditaciones. Por lo que á mí hace y como resultado de mi experiencia, añadiré que la paciencia que exige la elaboración atenta de los detalles de la composición y de la expresión, cuesta menores esfuerzos cuando se llega al final de la materia, y que de este modo conseguí verter sobre el papel todo lo que sobre el asunto tenía que decir. Lo que sí procuré fué hacer mi borrador con gran esmero y darle toda la perfección que pude. Si resulta malo, se enredan después los vínculos que unen las ideas. Cuando se colocan las ideas en un orden defectuoso, no pueden luego exponerse de manera que concuerden con un orden conveniente, y un primer borrador que tenga este vicio original, resulta inútil cuando quiere aprovecharse después para una exposición definitiva.

Mientras ponía en limpio mi *Lógica*, apareció la filosofía de las ciencias inductivas de Whewell, circunstancia feliz para mí, porque me procuró lo que tan ardientemente deseaba: un tratado completo de la inducción, escrito por un adversario, que me permitió presentar mis ideas con mayor claridad y con más vigor, así como también con un desarrollo más completo y más variado, defendiéndolas contra opiniones definidas, ó poniéndolas simplemente enfrente de la teoría opuesta. Al escribir de nuevo mi libro, introduje por primera vez en él mi controversia con Whewell y los materiales que tomé de Comte.

A fines de 1841 estaba la obra dis-

puesta para la imprenta. Se la ofrecí á Murray, que la guardó demasiado tiempo para que pudiese publicarse en la misma estación, y que después la rechazó, alegando razones que pudo haberme dado desde el primer día. Pero yo no tuve lugar de apenarme por esta negativa, que me dió ocasión para ofrecer mi libro á Mr. Parkor, que lo publicó en la primavera de 1843. En un principio fué muy limitada mi esperanza de éxito. Whately había reabilitado el nombre de la Lógica, de la ciencia que se ocupa de las formas, de las reglas y de los errores del raciocinio. Después de él, los escritos de Whewell habían empezado á despertar el interés sobre la otra parte de mi asunto: la teoría de la inducción. No podía, sin embargo, esperarse que un tratado sobre una cuestión tan abstracta se hiciese popular; este libro no podía encontrar lectores sino entre los hombres dedicados al estudio; y los hombres que se engolfan en estas cuestiones eran, en Inglaterra al menos, poco numerosos, y aun estos pertenecían á la escuela metafísica opuesta á la mía, es decir, á la escuela de la ontología y de los *principios innatos*. No esperé, pues, que mi libro tuviese muchos lectores y aficionados, y no me propuse otro efecto que el de seguir la tradición de la filosofía que apreciaba como la mejor. Las esperanzas que tenía de despertar un poco la atención en aquel momento, se fundaban sobre todo en el afán de discusión que tenía Whewell. Recordando la conducta que había observado en otras circunstancias, pen-

saba yo que daría á conocer mi libro contestando sin pérdida de tiempo al ataque que yo dirigía contra sus opiniones. No contestó hasta 1850, á tiempo precisamente para que pudiese yo replicar en mi tercera edición. ¿Cómo pudo tener mi libro, dado su género, un éxito tan grande, y á qué clase pertenecen los que lo compraron, no me atrevo á decir los que lo leyeron? Nunca llegué á comprenderlo. A causa quizá de las circunstancias que nos prueban la existencia de un renacimiento de la filosofía, de una filosofía independiente, bajo diversos aspectos, en los lugares en que menos lo hubiera yo esperado, en las universidades, se explica acaso el éxito de mi libro. Nunca acaricié la ilusión de que impresionase considerablemente la opinión filosófica. Las doctrinas alemanas que explican el conocimiento humano, y las facultades de conocer por principios *a priori*, reinarán aún probablemente mucho tiempo sobre los espíritus que se dedican á estos estudios en Inglaterra y en el continente. Pero el *Sistema de Lógica* llenó un verdadero vacío, formó un manual de la doctrina opuesta, es decir, de la que hace derivar todo conocimiento de la experiencia y todas las cualidades morales é intelectuales de la dirección dada á las asociaciones de los hechos de conciencia. No tengo mejor opinión de la que merecen de los servicios que un análisis de las operaciones lógicas ó de las pruebas puede prestar por sí mismo para guiar y enderezar las operaciones del entendimiento. Combinado con otras condiciones, es-

toy seguro de que puede ser muy útil, pero cualquiera que sea el valor práctico de una teoría sana sobre estas cuestiones, nunca se exagerarán bastante los inconvenientes de una teoría falsa. La noción de que las verdades exteriores al espíritu pueden ser conocidas por intuición en la conciencia, independientemente de la experiencia y de la observación, es en nuestro tiempo, y de ello estoy persuadido, el más firme apoyo de las doctrinas falsas y de las malas instituciones. Gracias á esta doctrina, toda creencia inveterada, todo sentimiento intenso, cuyo origen se pierda en el olvido, puede sustraerse de la obligación de dar sus pruebas ante la razón, y se erige altivamente en garantía y en demostración perentoria de sus propias afirmaciones. Nunca se ha imaginado un arma más poderosa en favor de las preocupaciones arraigadas. La fuerza principal de esta filosofía falsa en moral, en política y en religión, consiste en el ejemplo que suele traerse á colación de la evidencia de las matemáticas y de las ramas de la ciencia física que con ellas se relacionan. Echarla de estas ciencias, es expulsarla de su fortaleza; por no haberlo hecho adquirió nuevo vigor la ciencia intuitiva, al menos por lo que aparece en los libros publicados, aun después de haber salido el *Análisis del Espíritu* de mi padre. Haciendo luz sobre las verdaderas razones de la evidencia de las verdades matemáticas y físicas, el *Sistema de Lógica* atacaba á los filósofos de la escuela intuitiva sobre el terreno en que

hasta entonces se habían creído invulnerables, y explicaba á su modo por la experiencia y la asociación el carácter particular de los principios que se llaman necesarios, carácter de que se valen para probar que en evidencia debe derivar de una fuente más elevada que la experiencia. ¿He conseguido lo que me había propuesto? Esto no puede juzgarse aún, pero aunque se pudiese ya decidir, aunque yo hubiese derribado la única base filosófica de un modo de pensar tan profundamente arraigado, faltaría mucho para quitarle todo su influjo. No habríamos dado más que un paso, pero seguramente un paso indispensable. En efecto, puesto que sólo por medio de la filosofía pueden combatirse con éxito las preocupaciones, no será fácil conseguir sobre ellas nada duradero, mientras no se demuestre que la filosofía no está de su parte.

Entonces, que no estaba obligado á tomar una parte activa en la política del día y que no tenía ninguna ocupación literaria que me obligase á frecuentar el trato de los colaboradores y de otras gentes, podía dejarme llevar por una inclinación natural en las personas que se dedican á los trabajos del pensamiento, cuando ha pasado la edad de una vanidad pueril, de no ver más que á muy pocas personas. La sociedad en general, tal como existe hoy en Inglaterra, es una cosa tan insípida, aun para las personas que contribuyen á que sea así, que si no se deja uno morir, no es seguramente por el placer que ella procura. Como toda

discusión seria sobre temas en que difieren las opiniones pasa por ser efecto de mala educación, y como la falta de sociabilidad de los ingleses les impide cultivar el arte de hablar sabrosamente sobre pequeñeces, arte en que demostraban tanta superioridad los franceses del pasado siglo, el único atractivo que la sociedad ofrece á las personas que no ocupan los más altos lugares, es la esperanza de encontrar en ella un apoyo que los permita subir más; en cuanto á los que ya están en la cumbre, los deberes de sociedad no son para ellos más que una condescendencia con las costumbres y una exigencia de su posición. Pero un espíritu que se eleva sobre lo vulgar de las ideas y de los sentimientos, si no se vale de la sociedad para los fines que se propone, no es posible que encuentre en ella el menor atractivo. Hoy la mayor parte de las personas de inteligencia superior, mantienen con la sociedad relaciones tan poco frecuentes y continuadas, que resulta lo mismo que si se retirasen de ella. Las personas de gran mérito que obran de diferente manera disminuyen constantemente. Sin ocuparme del tiempo que pierden en ello, diré que el nivel de sus sentimientos se rebaja y acaban por profesar con menos fe aquellas opiniones sobre las cuales tienen que guardar secreto ante la sociedad que frecuentan. Llegan á considerar como impracticables sus más elevadas aspiraciones ó al menos como si, lejos de poderse realizar, fuesen visiones quiméricas ó teorías abstractas. Y si más felices que otros,

conservan la integridad de sus principios superiores, toman insensiblemente, por respeto á las personas y á las cosas de su tiempo, las maneras de sentir y de juzgar que les procuran las simpatías del mundo que frecuentan. Una persona de gran inteligencia no debe entrar nunca en una sociedad que no se ocupa de las cosas del espíritu, á menos que entre como un apóstol; de ese modo podría hacerlo sin que peligrase la elevación de sus sentimientos. Los que tienen preocupaciones intelectuales harían mejor de elegir, si pueden, para su compañía habitual, personas que se pareciesen á ellos ó que fuesen superiores por sus conocimientos ó su inteligencia, como también por la elevación de los sentimientos. Además, cuando el carácter está formado y el entendimiento se ha fijado sobre las cuestiones fundamentales que comparten las opiniones de los hombres, el acuerdo de las convicciones y de los sentimientos sobre estos puntos, y así se ha comprendido en todo tiempo, es para un espíritu serio una condición esencial de unión que merece el nombre de amistad. Todas estas circunstancias reunidas hacían que el número de personas cuyo trato y cuya intimidad buscaba yo voluntariamente, disminuyese cada vez más.

Entre estas personas estaba la incomparable amiga de que ya he hablado. En aquella época pasaba la mayor parte del año con su hija en un barrio tranquilo de los afueras, y no venía más que de tarde en tarde á la ciudad á ver á su primer marido, Mr. Taylor.

Yo iba á verla al campo y á la ciudad, y le debía mucho agradecimiento por la fuerza de carácter con que despreció las falsas interpretaciones que podían darse á las frecuentes visitas que le hacía mientras vivía alejada de su marido, así como á los viajes que á menudo hice con ella. Pero todo el resto de nuestra conducta durante estos años no dió pretexto alguno para suponer cosa distinta de la verdad, es decir, que nuestras relaciones en aquella época eran sólo las de un vivo afecto y de una intimidad fundada sobre la más completa confianza. Porque si no consideráramos como obligatorias las reglas de la sociedad en una materia tan exclusivamente personal, nos imponíamos el deber de que nuestra conducta no mancillase en lo más mínimo el honor de su marido y por consiguiente el suyo.

En este tercer período (puedo muy bien llamarle así) del desarrollo de mi espíritu, que en adelante caminó al mismo paso que el suyo, ganaron mis opiniones en extensión y en profundidad. Mi entendimiento se abrió á nuevos horizontes, y los que ya conocía los abracé de un modo más completo. Empecé á volver sobre mis pasos, renunciando á lo que había de exagerado en mi reacción contra la filosofía de Bentham.

En el momento en que cedía más á esta reacción, fui más indulgente para las opiniones comunes de la sociedad y del mundo, me incliné á limitar mis esfuerzos y á secundar las mejoras superficiales que habían empezado á ha-

cerse en las opiniones comunes; esto no convenía ciertamente á un hombre cuyas opiniones se separaban de ellas en tantos puntos de un modo radical. Yo estaba más dispuesto de lo que podría suponerse á abandonar las ideas más heréticas de mis aspiraciones, á las que miro hoy como á las únicas cuya afirmación tiende á regenerar la sociedad. Pero debo añadir que nuestras opiniones eran mucho más heréticas de lo que habían sido las mías aun en la época en que estuve más engolfado en el benthamismo. En aquel tiempo no pasaban mis miradas más allá de la antigua escuela de los economistas en lo que se refería á las reformas posibles en los fundamentos de las instituciones sociales. La propiedad privada, tal como generalmente se la comprende y la herencia, me parecían, como á los economistas, *la última palabra* de la legislación; y no veía más remedio que el de suavizar las desigualdades que resultan de estas instituciones, aboliendo el derecho de primogenitura y las sustituciones. La idea de que fuese posible ir más lejos para hacer desaparecer la injusticia de esta desigualdad, pues hay en ello una injusticia, sea ó no susceptible de completa separación, en el hecho de que algunos nazcan ricos y la gran mayoría en la pobreza; esta idea, repito, la encontré entonces quimérica y sólo esperaba que los efectos de la instrucción universal, y sobre todo el que contribuyese á una restricción voluntaria de la población, harían la suerte del pobre más llevadera. En una pala-

bra, yo era demócrata, pero no socialista. En la época en que estoy de mi vida, éramos Mme. Tylor y yo bastante menos demócratas de lo que yo lo había sido, porque temíamos la ignorancia y sobre todo el egoísmo y la brutalidad de las masas, mientras la educación no cambiase su modo de ser grosero y deplorable. Pero nuestro ideal de progreso último iba más allá que el de la democracia y nos clasificaba en la denominación general de socialistas. Por una parte detestábamos con la mayor energía esta tiranía de la sociedad sobre el individuo, que, según la opinión general, está en el fondo de la mayor parte de los sistemas socialistas; por otra parte dirigíamos la mirada hacia una época en que la sociedad no estará ya dividida en dos clases, una de ociosos y otra de trabajadores; en que la regla de que los que no trabajen no coman, no sólo se aplique á los pobres, sino á todo el mundo, sin distinción de personas; en que el reparto del producto del trabajo, en vez de depender, como ocurre ahora, del accidente del nacimiento, se fije en un acuerdo fundado sobre el principio reconocido de la justicia; en fin, en que no sea imposible á los hombres trabajar enérgicamente para adquirir beneficios que no serán exclusivamente para ellos, sino en parte para la sociedad en que vivan. Pensábamos que el problema social del porvenir consistía en conciliar la mayor libertad de acción del individuo con el derecho de todos sobre la propiedad de las materias brutas que nos ofrece el

globo, y con una participación de todos en el beneficio del trabajo común. No teníamos la pretensión de creer que podíamos desde luego prever la forma exacta de las instituciones que han de conducir con mayor seguridad á este fin, ni en qué época, próxima ó lejana, será posible aplicarlas. Veíamos claramente que para verificar una transformación tan grande, ya fuese posible ó sólo deseable, era menester que se operase un cambio igualmente enorme en el carácter del rebaño inculto que forman hoy las masas del pueblo, como también en la inmensa mayoría de la clase que emplea su trabajo. Es necesario que estas dos clases aprendan por la práctica á trabajar y á unir sus esfuerzos en la consecución de fines generosos, concebidos siempre para el interés público y social, y no como hasta ahora, con el objetivo estrecho del interés privado. Pero la aptitud para hacer estos esfuerzos ha existido siempre en la humanidad; no se ha extinguido y probablemente no se extinguirá jamás. La educación, la costumbre y la cultura de los sentimientos llevarán al hombre á labrar y á tejer para su país, como ahora le llevan á combatir para su patria.

Sin duda esto no se hará sino lentamente y por efecto de un sistema de educación continua, durante una larga serie de generaciones. Pero no es la constitución esencial de la naturaleza humana la que opondrá obstáculos á la obra. Si el interés por el bien común es hoy un motivo tan débil para la masa de los hombres, no es porque

tenga que serlo necesariamente así, sino porque el entendimiento no está acostumbrado á aplicarse á él, como se aplica constantemente á otros asuntos que no tienen precisamente el interés personal por único objeto. Puesto en juego el interés público, como lo está hoy el interés personal en el curso diario de la vida, y aguijoneado por el amor á la lisonja y el temor á la censura, es capaz de producir, hasta en los hombres ordinarios, los esfuerzos más enérgicos y los más heroicos sacrificios. Si el egoísmo estrecho que forma el estado actual de la sociedad, está tan arraigado, es únicamente porque el conjunto de las instituciones existentes favorece su crecimiento, y las instituciones modernas tienen esta tendencia, bajo ciertos aspectos, más que las antiguas, porque las ocasiones en que el individuo está llamado á hacer algo para el público sin recibir su inmediata recompensa, son menos frecuentes en la vida moderna que en las pequeñas repúblicas de la antigüedad. Estas consideraciones no nos hacían desconocer la locura que suponía el ensayar prematuramente la supresión de los móviles de interés privado en los negocios sociales, antes de haber encontrado lo que pueda reemplazarlos. Pero considerábamos todas las instituciones existentes y la organización social de nuestro tiempo como *puramente provisionales* (expresión que oí á Austin), y encontrábamos placer é interés en ver todas las experiencias socialistas tentadas por personas heroicas, las sociedades cooperativas por

ejemplo, experiencias que con mayor ó menor resultado contribuían con provecho á la educación de los que en ellas tomaban parte y al desarrollo de sus facultades en el trabajo de obrar por móviles dirigidos hacia el bien público, así como también á revelarles los defectos que los hacen incapaces de obrar en ese sentido.

Yo expresaba estas opiniones en mis *Principios de economía política* con menos claridad y amplitud en mi primera edición, un poco mejor en la segunda, y por último, de un modo que no daba lugar á duda en la tercera. Las diferencias provenían en parte de los cambios que el tiempo había operado en mí. La primera edición la había escrito y publicado antes de la revolución francesa de 1848. Pero después de este acontecimiento se mostró el espíritu público más accesible á las ideas nuevas, y parecían moderadas las doctrinas que hubieran parecido anarquistas poco tiempo antes. En la primera edición puse tan de relieve las dificultades del socialismo, que el tono de la obra más bien le parecía hostil. En los dos años que siguieron consagré mucho tiempo al estudio de los principales escritores socialistas del continente; meditaba y discutía ampliamente todas las cuestiones que se debatían. Como resultado de este trabajo borré todo lo que había escrito en la primera edición sobre este asunto, y lo reemplacé por argumentos y reflexiones que expresaban una opinión más avanzada.

La *Economía política* fué escrita con

mayor rapidez que la *Lógica* y que todas las demás obras importantes que había escrito antes. La empecé en el otoño de 1845, y la tenía dispuesta para la imprenta á fines de 1847. Durante este período de poco más de dos años, hubo un intervalo de seis meses durante los cuales dejé á un lado esta obra para escribir en el *Morning Chronicle* que entraba de un modo inesperado en mis principios. Quise apresurar la formación de pequeñas propiedades para los proletarios en las tierras incultas de Irlanda. Fué, durante el invierno de 1846-1847, cuando las duras necesidades del tiempo parecían ofrecer una ocasión para atraer la atención del público en favor del único medio que me pareció propio para aliviar por el momento la miseria del pueblo irlandés y para mejorar de un modo permanente su estado social y económico. Pero la idea era nueva y extraña, no había en la historia de Inglaterra ningún precedente que estuviese en favor de una medida semejante. La profunda ignorancia de los hombres de Estado de Inglaterra y del público inglés, relativa á los hechos sociales que no ocurrían en nuestro país, aunque fuera de él eran comunes, hizo fracasar por completo mi tentativa. En lugar de una gran operación sobre las tierras incultas y de la conversión de los campesinos en propietarios, votó el Parlamento una ley de pobres que los conservaba en el mismo estado de pobreza. Si la nación inglesa no se ha encontrado después con las insolubles dificultades que debían nacer de la

acción combinada de los antiguos males y del tratamiento empírico que á ellos se aplicaba, consiste en que se ha salvado de ellos por el hecho más inesperado y más sorprendente, por la despoblación de Irlanda, empezada por el hambre y continuada por la emigración.

El rápido éxito de mi *Economía política*, ha demostrado que el público necesitaba un libro de este género y estaba preparado para recibirlo. La primera edición, una edición de mil ejemplares, publicada en 1848, se vendió en menos de un año. Otra edición del mismo número de ejemplares apareció en la primavera de 1849, y una tercera de mil doscientos cincuenta se publicó á principios de 1852. Desde el principio se mencionó y se citó esta obra como una autoridad, porque no era sólo un libro de ciencia abstracta, sino de aplicación, y porque la economía política no se trataba en él como una ciencia que subsiste aisladamente y por sí misma, sino como un fragmento de una cosa más grande, como una rama de la filosofía social, unida á otras ramas por vínculos tan estrechos, que las conclusiones que presenta aun en su propio dominio, sólo son verdaderas de un modo condicional y quedan sometidas á la intervención y á la influencia de causas que no caen directamente bajo su esfera de acción, ni tienen más derecho á constituirse en guías prácticas, que otras consideraciones de diferente orden de ideas. En realidad la economía política no ha tenido la pretensión de dirigir la

humanidad por medio de sus luces, aunque algunas personas que sólo conocen la economía política y que por consiguiente no la conocen bien, hayan decidido darle consejos por cuenta de esta ciencia. Pero los enemigos de la economía política por sentimiento, y sus enemigos interesados, que son más numerosos y se cubren con el velo del sentimiento, han conseguido hacer creer que esta acusación tiene su fundamento, como otras muchas inmerecidas. Los *Principios*, que á pesar de la libertad con que en ellos expreso mis opiniones, son en el día el tratado de economía política más popular, han contribuído á desarmar á los enemigos de una ciencia tan importante. En cuanto al valor de mi libro como exposición de la ciencia económica, bajo el punto de vista de las diversas aplicaciones que sugiere, dejo á otros el juicio que de él deba formarse.

Después de la publicación de los *Principios de economía política*, estuve mucho tiempo sin publicar ninguna obra; escribí algunas veces en los periódicos, y mi correspondencia, en gran parte mantenida con personas que me eran completamente desconocidas, sobre cuestiones de interés público, adquirió una extensión considerable. Durante el curso de estos años escribí ó empecé varios ensayos para publicarlos cuando fuesen oportunos, sobre cuestiones fundamentales de la vida del hombre y de la sociedad; en algunos de ellos exageré el cumplimiento del precepto de Horacio. Seguí observando con gran interés la marcha de

los acontecimientos políticos, que no tenían, sin embargo, ningún atractivo para mí. La reacción europea de 1848, y el triunfo de un usurpador inmoral en Diciembre de 1851, parecieron poner fin por el presente á toda esperanza de libertad y de mejoramiento de las condiciones sociales en Francia y en el continente. En Inglaterra veía aun gran número de las opiniones de mi juventud aceptadas por la generalidad y muchas reformas por las cuales había yo combatido efectuadas ó en curso de ejecución. Pero estos cambios no habían sido seguidos de tantas ventajas para el bienestar de los hombres como yo había imaginado en un principio, porque habían producido muy poco mejoramiento en la condición esencial de que depende todo progreso verdadero de la condición de los hombres: me refiero á un estado intelectual y moral. Era, pues, cosa de averiguar si las diversas causas de degradación que habían obrado en aquel tiempo se habían limitado á compensar las tendencias hacia el progreso. La experiencia me ha enseñado que las opiniones falsas ocupan con frecuencia el lugar de las ideas sanas sin que por eso se cambien los hábitos del espíritu cuya mala educación debía ser el resultado de esas ideas. El público inglés, por ejemplo, es tan incapaz de juzgar las cuestiones de economía política desde que la nación se ha convencido de la conveniencia del libre cambio, como le era antes de este convencimiento; y no ha adquirido mejores hábitos de espíritu, ni se ha preca-

vido contra el error en puntos de índole más elevada; pues, aunque se han rechazado algunos errores, no ha cambiado la disciplina de su espíritu bajo el punto de vista moral é intelectual. Yo estoy convencido de que ningún progreso de este género de la humanidad podrá realizarse mientras no se opere un gran cambio en la constitución fundamental de sus modos de pensar. Las antiguas opiniones religiosas, morales y políticas están tan desacreditadas en el concepto de los entendimientos ilustrados, que han perdido casi toda su eficacia para el bien, conservando, sin embargo, bastante vitalidad para servir de obstáculo serio al desarrollo de ideas mejores sobre los mismos objetos. Cuando los espíritus filosóficos no pueden ya creer en la religión del mundo, ó no creen en ella sino haciendo cambios que transformen radicalmente su carácter, principia un período de transición, período de débiles convicciones, de inteligencias paralizadas, de principios más ó menos aceptados ó abandonados, que termina necesariamente en una revolución del fundamento de las creencias, que favorece el desarrollo de alguna nueva fe religiosa ó puramente humana á que puedan adherirse los espíritus ilustrados: cuando están las cosas en este estado, los pensamientos y los escritos que no tienden á promover esta renovación, tienen poco valor después del primer momento. En el estado aparente del espíritu público había pocas señales de una tendencia hacia una renovación, hasta

el punto de que dejó de interesarme el estudio de las mejoras de los negocios públicos. Recientemente ha soplado un aire más propicio para el pensamiento libre, se han abierto horizontes más anchos para la emancipación gradual del espíritu en Inglaterra, y al mismo tiempo empieza en Europa, bajo los mejores auspicios, el movimiento en favor de la libertad política, que da un aspecto tan alegre al estado actual de los negocios humanos.

Entre este tiempo á que me refiero y el momento en que escribo han ocurrido los acontecimientos más importantes de mi vida privada. El primero fué mi casamiento, en Abril de 1851, con la mujer cuyo incomparable mérito contribuyó más que ninguna otra causa á mi felicidad y al desarrollo de mi entendimiento, durante tantos años en que no pensamos unirnos con vínculos más estrechos. Aunque hubiésemos aspirado á esta unión completa de nuestras existencias, sentimos deberlo á la muerte prematura de un hombre por el cual sentía yo el respeto más sincero y á quien ella demostraba vivo afecto. Este acontecimiento ocurrió en Julio de 1849; nada me impedía convertir esta desgracia en el origen de mi felicidad más grande, añadiendo á un lazo moral de sentimientos y de trabajos literarios, que existía desde antiguo, otro nuevo lazo que confundiese nuestras existencias. Siete años y medio gocé de esta felicidad; ¡que tiempo tan corto! No encuentro frase que exprese lo que para mí fué esta pérdida, y lo que es aún. Pero como sé que ella lo

hubiera deseado así, trato de hacer del tiempo el mejor uso posible, y trabajar en favor de sus aspiraciones con esta fuerza aminorada que pretendo sacar de las ideas que me venían de ella y de un íntimo enlace con su memoria.

Cuando existe entre dos personas una comunión completa de ideas y de reflexiones; cuando todo lo que puede interesar el espíritu y el corazón se discute entre ellas todos los días, con mayor profundidad de lo que acostumbra los autores que escriben para el vulgo; cuando parten de los mismos principios y llegan á las mismas conclusiones por vías que recorren juntas, importa poco, para conservar la originalidad, que los dos manejen la pluma. La que tomó menos parte en la composición tomó quizá más en el pensamiento; los escritos que salieron de esta colaboración fueron el producto combinado de ambos, y es con frecuencia difícil separar los trozos respectivos y decir: esto es del uno, esto es del otro. Bajo este punto de vista elevado puede decirse que después de mi casamiento, y aun muchos años antes, cuando no estábamos unidos más que por la amistad y por la confianza, eran tanto de mi mujer como mías las obras que publicaba; la parte que tomaba ella en mis trabajos crecía de año en año. Hay ocasiones, sin embargo, en que se distingue y se reconoce lo que le pertenece á ella. Además de la influencia general que su espíritu ejercía sobre el mío, me vinieron de ella las ideas y los rasgos más

importantes de estas obras comunes, los que han producido resultados más fecundos y mayores, y que han contribuido más al éxito y á la reputación de estas mismas obras; emanaban de su inteligencia, y la parte que me correspondía no era mayor sino por las ideas que yo encontraba en autores anteriores y que no me apropiaba sino incorporándolas en el organismo de mis propias ideas. Durante la mayor parte de mi vida de autor hice con ella lo que siempre consideré como el trabajo más útil del pensamiento, el de interpretar á los pensadores originales y servir de mediador entre ellos y el público. En efecto, siempre tuve una opinión mezquina de mi entendimiento como pensador original, escepto en las ciencias abstractas (lógica, metafísica y principios teóricos de economía política y de política), pero me creía muy superior á la mayor parte de mis contemporáneos por mi aptitud para aprender de todo el mundo; nunca encontré personas que se creyesen en el deber de examinar todo lo que se ha dicho de una opinión cualquiera, antigua ó nueva, con la convicción de que aun siendo erróneas, podría haber en ellas un fondo de verdad, y la verdad siempre gana con el descubrimiento de razones que hacen más plausibles las teorías examinadas. Yo había, pues, marcado este trabajo como una esfera de utilidad á que me sentía especialmente obligado á emplear mi actividad: el conocimiento que había adquirido de las ideas de los Coleridgiens, de los pensadores alemanes y de Car-

lyle, todos ellos enemigos jurados de las creencias en que yo me había educado, me convenció de muchos errores; poseían gran parte de la verdad que permanecía velada para entendimientos capaces, sin embargo, de recibirla, con un lenguaje transcendental y místico, en que tenían costumbre de envolverla, y del cual no querían ó no sabían desprenderla. Yo confío en separar la verdad del error y en que la expondré en términos que la hagan inteligible quitándole lo que tenga de repugnante para los partidarios de mi escuela filosófica. Fácilmente se comprenderá que con esta preparación, cuando me relacionaba intelectualmente con una persona de facultades muy superiores, cuyo genio á medida que se agrandaba y se desarrollaba en el dominio del pensamiento, para mí desconocidas, sin que yo pudiese descubrir en ellas ningun error; se comprenderá repito, que la mayor parte de mi desarrollo mental consistió en asimilar estas verdades, y que la parte más preciosa de mi trabajo intelectual se redujo á establecer puentes, á abrir pasos que los pusiesen en comunicación con mi sistema general de pensamiento.

La primera de mis obras en que fué notable su participación, fué los *Principios de economía política*. El *Sistema de Lógica* (1) le debe poco, fuera de los

(1) La única persona de la cual recibí una ayuda directa en la preparación del *Sistema de lógica*, fué Mr. Bain, que después se hizo célebre por sus escritos filosóficos. Leyó atentamente mi manuscrito antes de que lo en-

detalles de la composición. Sobre este punto aproveché mucho en todos mis escritos, grandes y pequeños, de sus críticas llenas de justicia y de sagacidad.

El capítulo de la *Economía política* que ha ejercido sobre la opinión más influencia que todo el resto del libro, el que trata del «porvenir probable de las clases trabajadoras», es todo entero debido á ella. En el primer plan del libro no existía este capítulo. Ella me hizo comprender lo necesario que era un capítulo sobre este asunto, y lo incompleta que quedaría la obra sin este trabajo: por su consejo lo escribí. La parte más general de este capítulo, la exposición y la discusión de las dos teorías opuestas sobre la condición particular de las clases trabajadoras, es una reproducción completa

viase á la imprenta, y lo enriqueció con gran número de ejemplos é ilustraciones adicionales sacadas de las ciencias, que yo inserté casi textualmente, con otras anotaciones que añadió para apoyar mis ideas sobre la lógica.

Yo no debía á Comte más que el servicio que me prestaron sus escritos. Me refiero á la parte de su *Sistema de filosofía positiva*, que se había publicado ya. Mi primer tomo, que contiene todas las doctrinas fundamentales de la obra, estaba terminado en su parte esencial, antes de que yo hubiese leído el tratado de Comte. He tomado de él importantes pensamientos, sobre todo para mi capítulo de la Hipótesis y para la exposición de las ideas sacadas de la lógica del Algebra. Pero sólo al último libro que trata de la lógica de las ciencias morales, le debo mejoras radicales introducidas en mi manera de concebir la aplicación de los métodos lógicos. Ya he referido y caracterizado esta mejora en las presentes memorias.

de sus ideas, y con frecuencia en los mismos términos que lo recogía de sus labios. No aprendí de ella la parte puramente teórica de mi economía política, pero á su influencia debe mi libro el tono general que le distingue de los tratados anteriores sobre la economía política, y que, procurándole lectores que los demás no habían conseguido, la han hecho tan útil. Resulta este tono, porque tracé una línea de demarcación entre las leyes de la producción de la riqueza, que son en realidad leyes de la naturaleza y dependen de las propiedades de los objetos, y los modos de distribuir la riqueza, que bajo ciertas condiciones dependen de la voluntad humana. La mayor parte de los economistas confunden estos dos órdenes de leyes bajo el nombre de leyes económicas, que ningún esfuerzo humano puede, según ellos, anular ni modificar; atribuyen la misma necesidad á las leyes que dependen de las condiciones inmutables de nuestra existencia terrestre, que á las que no siendo consecuencia necesaria más que de determinados arreglos sociales, no van más allá de estos arreglos. Bajo el imperio de ciertas instituciones, de ciertas costumbres, los salarios, los beneficios y la renta se determinan por causas ciertas; pero los economistas abandonan una cosa tan indispensable y sostienen que estas causas deben determinar, por efecto de una necesidad intrínseca, contra la cual no serviría ningún medio humano, las partes que corresponden en la división del producto, á los trabajadores, á los capitalistas y á los propietarios. En los *Principios de economía política* no hice menores esfuerzos que los que me precedieron para evaluar científicamente la acción de las causas, bajo el imperio de las condiciones que suponen; pero es el primer libro que no considere estas condiciones como definitivas. Las generalizaciones económicas que no dependen de las necesidades de la naturaleza, sino de estas necesidades combinadas con los arreglos actuales de la sociedad, las presento en mi libro como provisionales y susceptibles de ser modificadas por el curso del progreso social. Mis miras sobre la economía política me venían en parte de las ideas que despertaron en mí las doctrinas de los sansimonianos; pero bajo la influencia de mi mujer se convirtieron en el espíritu que anima mi libro. Este ejemplo da una idea perfecta del carácter general del papel que ella hacía en mis escritos. En general, lo abstracto y puramente científico es mío, y el elemento verdaderamente humano procede de ella. En todo lo que se relacionaba con la aplicación de la filosofía á las necesidades de la sociedad y del progreso, era yo su discípulo; de ella procedía el atrevimiento de mis juicios y la circunspección de mis opiniones sobre asuntos de práctica. En efecto; ella tenía más valor que yo cuando era menester representarse anticipadamente un orden futuro de acontecimientos, en el cual la mayor parte de las generalizaciones limitadas, que con tanta frecuencia se confunden con los principios universales,

no pueden aplicarse. Estos escritos míos, sobre todo los de la *Economía política*, que estudian las instituciones posibles del porvenir que los economistas han rechazado con furor cuando los socialistas las afirmaron, no hubieran encontrado cabida en mi libro á no ser por ella, sino en una forma más tímida y velada. Pero mientras me hacia más atrevido en la expeculación de los negocios humanos, su espíritu práctico y su juicio casi infalible de los obstáculos prácticos, reprimia en mí todas las aspiraciones verdaderamente quiméricas. Su inteligencia revestía todas las ideas de una forma concreta, y se representaba claramente el modo que tendrían de obrar en la realidad; su noción exacta de los sentimientos de la época y de la conducta de los hombres era tan completa, que rara vez se le escapaba el punto débil de una idea impracticable (1).

Durante los años que pasaron entre mi boda y la catástrofe que me hizo enviudar, los principales acontecimientos de mi existencia (no cuento una enfermedad y un viaje de seis meses que hice á Sicilia y á Grecia para recobrar la salud) se refirieron á mi situación en la oficina de la Compañía de Indias. En 1856 fuí ascendido á jefe del servicio en que había estado

empleado durante más de treinta años. El destino que obtuve de *Examinar* de la correspondencia de India, era el más elevado, después del de secretario, en las oficinas de la Compañía de Indias Orientales. Toda la correspondencia con los gobiernos de la India, escepto las cuestiones de hacienda, marítimas y militares, pasaba por mi mano; yo seguí en este puesto todo el tiempo que duró el cargo, es decir, un poco más de dos años, al cabo de los cuales el Parlamento ó, mejor dicho, lord Palmerston suprimió la Compañía de las Indias Orientales como rama del gobierno de la India bajo la autoridad de la corona, y transformó la administración de este país, convirtiéndolo en presa de los hombres de Estado de segundo orden. Yo dirigí la resistencia que hizo la Compañía para librarse de la medida política que había de destruirla. El lector encontrará en las cartas y en las peticiones que escribí para la Compañía, y en el capítulo final de mi libro sobre el gobierno representativo, mi opinión sobre la locura de este cambio irreflexivo y los daños que tenían que resultar. Por lo que á mí hace, gané con ello; había consagrado bastantes años de mi vida al servicio de la India; no me disgustaba retirarme con la honrosa recompensa que me concedieron. Después de este cambio, lord Stanley, primer secretario de Estado de la India, me hizo el honor de ofrecerme un puesto en el Consejo, y más tarde se me propuso la primera vacante que ocurríese en el mismo Consejo. Pero el esta-

(1) Unas líneas de dedicatoria en que reconocía lo que mi libro le debe, habían sido puestas á la cabeza de algunos ejemplares de la *Economía política*, destinados á ser regalados á mis amigos; pero como ella no quiso aparecer ante el público, no salió la dedicatoria en los demás ejemplares.

do del gobierno de la India bajo el nuevo régimen me hacía augurar que serian inútiles mis esfuerzos, por lo cual renuncié y nunca me arrepentí de ello.

Durante los dos años que precedieron al final de mi carrera de funcionario, mi mujer y yo trabajamos juntos en mi libro la *Libertad*. Yo había ya trazado el plan de esta obra en un corto ensayo escrito en 1854. Subiendo las gradas del Capitolio en Enero de 1855, se nos ocurrió escribir este volumen. Ninguno de mis escritos había sido compuesto con tanto cuidado ni corregido con tanto esmero. Después de haberlo leído dos veces, según mi costumbre, lo guardamos para no leerlo sino de tarde en tarde, criticando y pesándolo frase por frase. La revisión definitiva de este libro determiné hacerla en el invierno del 858-1859, que nos disponíamos á pasarlo en el Mediodía de Europa. Esta esperanza, como todas las demás, se deshizo por la desgracia más inesperada y más cruel: la muerte de mi mujer, que ocurrió en Avignon, por un ataque de congestión pulmonar que le dió en el camino de Montpellier.

Después de este acontecimiento busqué el alivio que mi estado necesitaba, arreglando mi vida de modo que me pareciese que seguía viviendo aún con mi mujer. Compré una pequeña casa de campo tan cerca como pude del sitio en que mi mujer estaba enterrada, y en aquel sitio pasé gran parte del año con su hija, compañera de mi dolor, y entonces ya mi único consuelo.

Los objetos de mi vida son los que habían sido los suyos; mis trabajos, mis ocupaciones, aquellas en que ella había tomado parte, y que le habían gustado, quedaban para mí asociados á su persona por un vínculo indisoluble. Su memoria es para mí una religión, y su aprobación la norma de mi conducta; ella reunió todas las virtudes, y con arreglo á ellas trato de ajustar mi vida.

Después de esta pérdida irreparable, fué mi primer cuidado hacer imprimir y publicar el libro que había sido en gran parte obra de ella, y dedicarlo á su memoria. Ni cambié ni añadí nada; siempre lo dejaré como está. Su mano no pudo ultimarle; la mía no tratará de hacerlo en su lugar.

La Libertad era, más que ninguna otra, nuestra obra común. No hay en ella una frase que no hayamos leído juntos, que no hayamos corregido y purgado de toda falta que descubriamos en la idea ó en la expresión. Gracias á este trabajo y á pesar de no haber revisado la obra como hacía con otras, resultó, bajo el punto de vista de la composición, mejor que todo lo que he hecho antes y después. En cuanto á las ideas, sería difícil señalar un punto que perteneciese á ella más que los demás. La manera de pensar que reflejaba el libro, le pertenecía por completo; pero yo estaba tan embebido en su sistema, que las mismas ideas se nos ocurrían con frecuencia á los dos. A ella debo, sin embargo, lo mejor de mis ideas. Hubo un momento en que hubiera yo sido fácilmente

arrastrado á seguir al partido del gobierno á pesar de las cuestiones sociales y políticas, como también hubo un momento en que, por reacción contra un exceso opuesto, hubiese sido menos radical y menos demócrata de lo que soy. Bajo estos dos puntos de vista, como bajo otros muchos, me hizo un gran bien por retenerme en la verdad cuando estaba en ella y por abrirme los ojos á nuevas verdades, librándome de los errores por la facilidad y el afán con que aprendía de todos y con que hacía lugar entre mis opiniones á toda nueva adquisición; acomodando las antiguas y las nuevas en un mismo sistema, me hubiera dejado llevar, á no impedirlo mi mujer, y hubiera modificado demasiado mis antiguas opiniones. Por el tacto exquisito con que apreciaba la importancia relativa de las diversas consideraciones, contribuyó tanto al desarrollo de mi entendimiento; gracias á eso me preservó de mi inclinación á apropiarme las ideas y á aceptar las verdades con facilidad.

La Libertad vivirá probablemente más tiempo que ningún otro de mis escritos (esceptuando quizás la *Lógica*), porque la unión de la inteligencia de mi mujer con la mía ha hecho de este libro una especie de manual filosófico que trata de una verdad única, y que los cambios que se operan progresivamente en la sociedad moderna tienden á poner de relieve. Me refiero á la importancia que tiene para el hombre y para la sociedad la existencia de un gran número de caracteres diferentes, y á lo útil que es para la naturaleza humana

desarrollarse en todas direcciones, por opuestas que sean. Nada demostraría mejor la solidez de los fundamentos de esta verdad, que la gran impresión que produjo cuando la expuse en un tiempo en que un observador superficial no hubiera creído necesaria esta lección. Los temores que sentíamos de que el desarrollo inevitable de la igualdad social y del gobierno de la opinión pública impusiese á la humanidad el yugo insostenible de una opinión y de una práctica uniformes, estos temores, repito, han podido parecer quiméricos á los que atienden más á los hechos presentes que á las actuales tendencias. En efecto; la revolución que se opera gradualmente en la sociedad y en las instituciones ha favorecido hasta ahora de un modo marcado el desarrollo, de las nuevas opiniones y les ha procurado un público más libre de preocupaciones que los que antes habían tenido. Pero esta ventaja es propia de las épocas de transición, cuando las nociones y los sentimientos antiguos han caído en desuso y las doctrinas nuevas no las han reemplazado aún. En estas épocas, las personas dotadas de actividad mental han abandonado sus antiguas creencias, y no están seguras de si modificarán las que conservan; por eso acogen con avidez las nuevas opiniones. Pero este estado de cosas es necesariamente transitorio; un determinado cuerpo de doctrina une de vez en cuando á la mayoría, formando el tipo sobre el cual se organizan las instituciones y la acción de la sociedad. La educación impone estas

nuevas creencias á las nuevas generaciones, sin hacerlas pasar por las operaciones mentales que las han producido, de modo que esta creencia adquiere poco á poco la misma fuerza de compresión que la que han ejercido durante tanto tiempo las creencias que sustituye. ¿Se pondrá en ejercicio este poder tan poderoso? Esto depende de que la humanidad sepa en aquella época, que no es posible ejercer este poder sin impedir el crecimiento de la naturaleza humana y sin condenarla á permanecer estacionaria. Entonces tendrán su mayor valor las enseñanzas del libro *La Libertad*, y quizá lo conserven durante mucho tiempo.

En cuanto á la originalidad de este libro, es la que todo espíritu pensador da á su manera de proceder y de concebir y de expresar verdades que son propiedad de todo el mundo. El pensamiento dominante del libro es de aquellos que son privilegio quizá de algunos pensadores aislados, pero de los cuales la humanidad no ha estado totalmente privada, ni aun en los comienzos de la civilización. En cuanto á la última generación, está claramente contenida en la corriente de las grandes ideas relativas á la educación y á la enseñanza que se ha extendido por Europa, gracias á los trabajos y al genio de Pestalozzi. La adhesión absoluta que le prestó Guillermo de Humboldt la he hecho constar en mi libro, pero fué el único de su país que se adhirió. Durante la primera mitad de este siglo, la doctrina de que los derechos del individuo y de la persona mo-

ral se desarrollasen á su capricho, ha sido sostenida por una escuela de escritores alemanes hasta la exageración. Los imitadores de Goethe, el más ilustre de los escritores alemanes, aunque no perteneció á ninguna escuela, se presentan completamente embebidos en las ideas sobre la moral y la conducta que, en mi opinión, no pueden siempre defenderse, pero no dejan de apelar á todo lo que puede decirse en favor del derecho y del deber que cada hombre tiene de desarrollar su personalidad. En Inglaterra, antes de que se escribiera el libro *La Libertad*, había sido enérgicamente defendido el individualismo con un ectilo vehemente y elocuentísimo que recuerda á veces el de Fichte, por William Maccall, en una serie de escritos, de los cuales el más importante se titula *Elementos de individualismo*. Un americano eminente, Mr. Warren, había fundado un sistema de sociedad apoyado en la *soberanía del individuo*; muchos habían seguido su doctrina y se llegó á comenzar el establecimiento de un pueblo-comunidad (no sé si aún existe), que á pesar de tener un parecido superficial con algunos proyectos socialistas, era en principio diametralmente opuesto á ellos, porque no reconocía en la sociedad ningún derecho sobre el individuo, excepto para hacer respetar al derecho, á todos igualmente reconocido, de desarrollar libremente su personalidad. Como mi libro no tiene la pretensión de dar sus ideas como originales, y no tenía por objeto el hacer su historia, el único autor que

las afirmó antes que yo y del que me ha parecido útil decir algo, fué Guillermo de Humboldt, de cual tomé el título del libro. Una sola vez he tomado de los warrenistas su expresión de *soberanía del individuo*. No es necesario hacer notar aquí que hay numerosas diferencias de detalle, entre la concepción de la doctrina de la libertad por los antecesores míos que he mencionado y la que he expuesto en mi libro.

Las circunstancias políticas del momento me llevaron poco tiempo después á completar y á publicar un pequeño libro titulado *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, del cual había escrito ya una parte algunos años antes, con ocasión de uno de los bills que no tuvieron éxito. En esta época lo había aprobado y revisado mi mujer. Los principales puntos de este escrito eran mi oposición al escrutinio secreto (habíamos cambiado de opinión sobre este punto, y mi mujer antes que yo) y una reclamación en favor de los derechos de las minorías. En esta época, sin embargo, no íbamos más allá del voto acumulativo propuesto por Mr. Garth Marshall. Al terminar este escrito para que apareciese cuando empezaba la discusión del bill de reforma propuesto por el ministerio de lord Derby y de Mr. Disraeli en 1859, le añadí un tercer punto pidiendo que se concediesen varios votos, no á la propiedad, sino á una superioridad de educación probada. Esta medida me parecía propia para satisfacer la pretensión irresistible de todo hombre y de

toda mujer á ser consultado y á tener un voto en el arreglo de los asuntos que le tocan de cerca, dando una preponderancia justa á las opiniones fundadas sobre conocimientos superiores. Era esta, sin embargo, una de esas ideas que no había consultado nunca con mi consejera, de cuya infalibilidad podía casi siempre estar seguro, y no tengo ninguna prueba de que fuese de mi opinión en este punto. Como he visto después, no ha tenido eco esta proposición. Todos los que quieren algún género de desigualdad en el voto electoral, desean establecerlo en favor de la propiedad y no de la inteligencia y de los conocimientos. Si mi proposición vence el sentimiento que hay contra ella, no será sino después del establecimiento de una educación nacional sistemática, por la cual puedan definirse claramente los diversos grados de conocimiento útil para ejercer los derechos políticos. Sin esto podrán hacérsele objeciones serias, quizá objeciones decisivas; y adquirida esta condición, quedaría vencido todo obstáculo.

Poco después de la publicación de las *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, conocí el admirable sistema de representación personal de Mr. Hare, que acababa de publicarse por primera vez en su forma actual. Yo reconocí en esta grande idea, práctica y filosófica á la vez, la mayor perfección de que es susceptible el gobierno representativo, perfección que ataca y cura el enorme defecto del sistema representativo y que hasta entonces parecía in-

herente á este sistema: me refiero al vicio que consiste en dar á una mayoría numérica toda la fuerza, en lugar de no dársela sino proporcionadamente á su número; lo cual coloca al partido más fuerte en estado de impedir que los partidos más débiles hagan oír su voz y sus opiniones en la asamblea de la nación, excepto en algunas ocasiones que pueden presentarse por una desigualdad accidental en la distribución de las opiniones en diferentes localidades. A estos inmensos males no se creía poder oponer otra cosa que paliativos. El sistema de Mr. Hare procura un remedio radical. Este nuevo desubrimiento en el arte de la política, pues el plan de Mr. Hare es un descubrimiento, me inspiró, como creo que inspiró á todas las personas reflexivas que lo adoptaron, esperanzas nuevas y más confianza en el porvenir de la sociedad humana, porque libra la forma de instituciones políticas, á la que el mundo civilizado tiende con una fuerza irresistible, al vicio capital que parecía reducir á muy poco sus beneficios y á hacer dudar de que los hubiese. Las minorías no cuentan ni deben contar para nada en el escrutinio; pero si se admiten arreglos que permitan á todo grupo de electores enviar un representante suyo, no será posible suprimir las minorías. Las opiniones independientes se abrirán paso para entrar en los Consejos de la nación y para hacerse oír, cosa hoy con frecuencia imposible bajo las actuales formas de la democracia. La asamblea legislativa, en vez de estar únicamente

compuesta por hombres que representan el credo de grandes partidos políticos y religiosos, contendrá muchos entendimientos originales, los más eminentes del país, que serán elegidos sin acepción de partido por electores que sólo aprecian su valor individual. Comprendo que algunas personas inteligentes no acepten el plan de Mr. Hare, porque no se han fijado bastante en él y creen que su mecanismo es muy complicado. Pero el que no comprenda el mal que el plan de Mr. Hare está destinado á curar; el que lo rechace como una teoría sutil ó como un error que no puede producir resultado beneficioso ni merece atención de los hombres prácticos, no es, y esto puede decirse muy alto, sino un hombre de Estado incompetente que no está á la altura de la política del porvenir. Esto lo digo si no es ministro ó no aspira á serlo; pues estamos muy acostumbrados á ver á un ministro profesar absoluta hostilidad contra una reforma, hasta el día en que su conciencia ó su interés le lleva á emprenderla como una medida de utilidad pública y á practicarla con éxito.

Si yo hubiese conocido el sistema de Mr. Hare antes de la publicación de mi escrito sobre la reforma parlamentaria, hubiera tratado de él. Como esto no fué posible, escribí con este objeto un artículo para el *Fraser's Magazine* (reimpreso en mi colección), pero le añadí un examen de otras dos publicaciones sobre la cuestión del día: una de ellas era una semblanza de mi antiguo amigo, Mr. John Austin, que

en sus últimos días se había convertido en enemigo de toda nueva reforma del Parlamento; la otra era una obra escrita con talento y fuerza, aunque en parte errónea, de Mr. Lorimer.

Durante el verano del mismo año, cumplí un deber que me estaba impuesto: el de contribuir con un artículo de la *Revista de Edimburgo* á dar á conocer la obra profunda de Mr. Bain sobre el espíritu, que acababa de completarse con la publicación del segundo tomo. Envié á la prensa algunos de mis escritos de segundo orden, que forman los dos primeros tomos de mis *Disertaciones y discusiones*. Esta elección se había hecho cuando aún vivía mi mujer, pero la revisión que teníamos que haber hecho juntos para publicarlos, apenas había empezado. Después, cuando ya no tuve para guiarme la luz de su claro juicio, desesperé de seguir adelante, é hice reimprimir los artículos como estaban, no quitando más que los trozos que ya no estaban de acuerdo con mis opiniones. Mi obra literaria del año se terminó con un ensayo insertado en el *Fraser's Magazine* (reimpreso en el tercer tomo de mis *Disertaciones y discusiones*), titulado *Algunas palabras sobre la no intervención*. Me escitó á escribir este artículo el deseo de vengar á Inglaterra de una acusación que se la hace con frecuencia en el continente. Se la censura de no inspirarse en su política exterior más que en el egoísmo. Yo quería que conociesen los ingleses las causas que originan esta opinión, á saber: el estilo poco elevado con que

los hombres de Estado tienen costumbre de hablar de la política de su país, que sólo consideran bajo el punto de vista de los intereses ingleses; y sobre todo la política de lord Palmerston, que en aquel momento se oponía á la apertura del istmo de Suez. Yo aproveché la ocasión para expresar ideas que me había formado antes, algunas de las cuales provenían de mi experiencia de los negocios de la India, y otras de cuestiones internacionales que ocupaban entonces al público europeo. Estas ideas se basaban sobre los verdaderos principios de la moralidad internacional y sobre las modificaciones que á ellos han llevado las diferencias de los tiempos y de las circunstancias. Es un asunto que ya había tratado con alguna extensión en la defensa del gobierno provisinal francés de 1848, contra los ataques de lord Brougham entre otros, ensayo que publiqué primero en la *Revista de Westminster* y que está impresa en mis *Disertaciones*.

Yo había arreglado mi existencia, ó al menos lo creía así, de manera de poder consagrar el resto de mi vida á ocupaciones literarias, si puede aplicarse esta palabra á ocupaciones que tienen por objeto principal la política, no sólo la política teórica sino también la práctica. Es verdad que pasaba la mayor parte del año á gran distancia del principal teatro de la política de mi país, al cual yo me dirigía y para el cual componía mis escritos. Pero en nuestros días la facilidad de comunicaciones no sólo ha suprimido todos los inconvenientes que resultaban para

un escritor político del alejamiento de la escena en que se verifican los negocios del Estado, sino que los ha convertido en ventajas. Recibe sin retraso y con regularidad los periódicos y las revistas, y está al corriente hasta de los acontecimientos políticos más insignificantes; se forma una idea más correcta del estado de la opinión y de sus progresos que por medio de un contacto directo y personal con los individuos. Nuestras relaciones están siempre limitadas á determinadas clases y á grupos particulares, de los cuales recogemos los informes sin otra impresión, y yo sé por experiencia que las personas que sacrifican su tiempo á las absorbentes exigencias de lo que se llama sociedad, no lo tienen para mantener extensas relaciones con los órganos de la opinión, é ignoran más el estado general del espíritu público que un hombre que vive retirado y que lee los periódicos. Indudablemente no es bueno estar demasiado tiempo separado de su país, no refrescar de vez en cuando las impresiones sobre los hombres y sobre las cosas que se presentan; pero el juicio reflexionado hecho á distancia, cuando no está turbado por la pasión, es el más seguro aun para servir de guía en la práctica. Pasando sucesivamente por ambas situaciones, me aproveché de las ventajas de las dos. La que había inspirado mis mejores ideas ya no estaba á mi lado, pero yo no estaba solo: me había dejado una hija, mi nuera.....

.....cuyo talento, que crecía y se

consolidaba, se había consagrado al estudio de las mismas cuestiones.....

Nadie ha tenido tanta suerte como yo, después de una pérdida como la mía, pues obtuve un segundo premio en la lotería de la vida.....

.....Cualquiera que piense hoy ó más tarde en mi obra, no debe olvidar que no es producto de una sola inteligencia, ni de una sola conciencia, sino de tres.....

..... Mi obra del año 1860-1861, consistió principalmente en dos tratados, de los cuales sólo uno estaba destinado á la publicación inmediata: el de las *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, en que exponía metódicamente el sistema que después de muchos años de reflexión consideré como la mejor forma de una constitución democrática. Después de haber dicho de la teoría general del gobierno todo lo que es necesario para que se comprenda esta forma particular de la práctica del gobierno, desarrollé las ideas que había madurado sobre las principales cuestiones que se agitan en nuestro tiempo en el dominio de las instituciones puramente orgánicas, y propuse anticipadamente otras cuestiones que por su creciente importancia llaman la atención de los hombres prácticos. La más importante de ellas es la distinción entre dos funciones: la de hacer las leyes, para la cual es impropia una asamblea popular y numerosa, y la de procurar que se hagan leyes buenas, que este es su deber, pues ninguna

otra autoridad puede llenarlo de un modo satisfactorio. Es, pues, necesario establecer una comisión legislativa, elemento permanente de la constitución de un país libre, compuesta de un número reducido de hombres políticos de una educación superior, á los cuales se encargase de la tarea de redactar la ley, después de haber decidido el Parlamento que la ley debía hacerse; guardando el Parlamento el poder de adoptarla ó de rechazarla cuando estuviese redactada, sin tener el de elaborarla más que enviando enmiendas á la comisión, para que esta hiciese de ellas el uso que tuviera por conveniente. Esta proposición relativa á la más importante de las funciones públicas, la de la legislación, es un caso particular del gran problema de la organización política moderna concebido por primera vez en toda su extensión por Bentham, aunque en mi opinión no estaba siempre resuelto de un modo satisfactorio; no establecía una intervención completa del pueblo en los negocios públicos, ni presentaba una organización perfecta para el porvenir.

La otra obra que escribí en esta época es la misma que publiqué algunos años más tarde (en 1869) bajo el título de *La Esclavitud femenina*. La escribí..... para que quedase algo escrito de mis opiniones sobre esta grave cuestión, tan completa y tan concluyente como yo pudiera hacerla. Mi intención era conservar este libro entre otros papeles que no publiqué, para mejorarlo de

vez en cuando, si podía, y publicarlo cuando me pareciese que sería más útil. Tal como lo publiqué.....

..... en la parte que es obra mía, lo más profundo que contiene es de mi mujer; lo saqué del fondo de ideas que nos era común, por nuestras conversaciones y nuestras innumerables discusiones sobre una cuestión que ocupaba tanto lugar en nuestro espíritu.

Poco después saqué, del depósito en que esperaban, varios papeles que no había publicado aún y que había escrito durante los últimos años de mi matrimonio; hice con ellos un opúsculo titulado el *Utilitarismo*, que apareció por primera vez en el *Fraser's Magazine*, y que más tarde se reimprimió en un volumen.

Antes de esta época, el estado de los negocios públicos se había hecho muy crítico, de resultas de la guerra civil de América. Toda mi alma estaba empeñada en esta lucha, que como yo pensé en un principio, estaba destinada á abrir una era nueva para el bien ó para el mal, en el curso de los negocios humanos, por un tiempo cuya duración nadie podía prever. Yo había seguido con interés la contienda empeñada sobre la cuestión de la esclavitud en América durante los años que precedieron á la ruptura. Yo sabía que en el fondo sólo se trataba de una tentativa de los propietarios de esclavos para agrandar el territorio de la esclavitud bajo la influencia combinada de los intereses de dinero, de la pasión, de la dominación y del fanatismo de

una clase por sus privilegios de casta, influencia que mi amigo el profesor Cairnes ha descrito con tanta perfección y energía en una obra admirable titulada *El imperio esclavista*. El triunfo de los esclavistas, si se verificaba, sería la victoria de los poderes del mal que animaría á los enemigos del progreso y amortiguaría el celo de sus amigos en todo el mundo civilizado; crearía además un poder militar formidable, fundado sobre la forma peor y más antisocial de la opresión del hombre por el hombre, destruiría por mucho tiempo el prestigio de la gran república democrática y daría á todas las clases privilegiadas de Europa una falsa confianza que no podría ahogarse más que en sangre. Por otra parte, si los espíritus estaban en el Norte bastante escitados para sostener la guerra hasta el momento del triunfo, y si este término no llegaba demasiado pronto y con demasiada facilidad, preveía yo como consecuencia de las leyes de la naturaleza humana y por la experiencia que tengo de las revoluciones, que cuando venciese el Norte, sería decisiva su victoria. Yo comprendía que la masa de la población del Norte, cuya conciencia no había despertado más que á la cuestión de resistir á la extensión de la esclavitud, pero que por fidelidad á la constitución de los Estados Unidos desaprobaba toda intervención del gobierno federal en el asunto de la esclavitud en los Estados en que ya existía, estas poblaciones, pensaba yo, concebirían sentimientos de otra índole cuando la cons-

titución se hubiese infringido por medio de una rebelión armada, y tratarían de acabar con la maldita institución; yo preveía que se unirían con la noble falange de los abolicionistas, de quienes Garrison era el valiente y sincero apóstol, Wendell Phillips, el elocuente orador, y John Brown el mártir voluntario (1). Entonces el genio de los Estados Unidos, libre de enojosos vínculos, no padecería la influencia corruptora de una pretendida necesidad de hacer la apología, ante los extranjeros, del más horrendo atentado que puede hacerse á los principios liberales de su constitución; la tendencia inherente á todo estado normal de sociedad á inmovilizar un grupo de opiniones nacionales se vería atacada, y dejaría al país en libertad de reconocer lo que hay de malo en las instituciones y en las costumbres del pueblo. Estas esperanzas, mientras se referían á la cuestión de la esclavitud, se realizaron por completo; las que se refieren á otros puntos van á pasar al dominio de los hechos. Como yo preveía desde el principio que estas serían las consecuencias del éxito ó del fracaso de la rebelión, podrá comprenderse el sentimiento con que veía las simpatías que inspiraba el partido del Sur á casi todos los que pertenecían á las clases superiores y medias de mi

(1) Brown, este verdadero héroe, después de haber sido hecho prisionero, dijo que valía más para el patíbulo que para otra cosa, frase que recuerda por la mezcla de ingenio, de habilidad y de abnegación, otra de Tomás Moro.

país, hasta á los que pasaban por liberales. Las clases trabajadoras y algunos escritores y sabios formaban la única excepción en este delirio general. Nunca sentí más vivamente lo débil que era en nuestras clases influyentes el progreso del espíritu y el poco valor de las opiniones liberales que profesan. Ninguno de los liberales del continente cometió este error monstruoso. Pero la generación que había arrancado á los plantadores de nuestras Indias Occidentales la emancipación de los negros había pasado; la sustituyó otra que no había aprendido, en largos años de discusión, á sentir enérgicamente la monstruosidad de la esclavitud. Además, la poca atención que prestan los ingleses á todo lo que pasa fuera de su isla, los mantenía en una ignorancia profunda de todos los antecedentes de la lucha, hasta el punto de que durante los dos primeros años que siguieron al principio de la guerra, no creía casi nadie en Inglaterra que la disensión tenía por causa la esclavitud. Había personas de principios elevados y de un liberalismo incontestable que no veían en esta contienda más que una disputa sobre tarifas, ó un ejemplo de esas luchas con que tenían costumbre de simpatizar, con las de un pueblo que pelea por su independencia.

Era un deber para mí el de colocarme del lado de la débil minoría que protestaba contra este extravío de la opinión. Yo no fui el primero que protestó. No hay que olvidar, por honor de Hughes y de Ludlow, que fueron los

primeros en hacerlo por medio de escritos que publicaron desde el principio de la guerra. Mr. Bright siguió su ejemplo con uno de sus más elocuentes discursos. Otros vinieron después y no hicieron menor efecto. Yo iba á juntar mi voz con la de aquellos que habían hablado ya, cuando á fines de 1861, detuvo un oficial de los Estados Unidos á unos enviados del Sur á bordo de un barco inglés. Aunque los ingleses olvidan con facilidad, recordarán la explosión de cólera que levantó á Inglaterra. Durante algunas semanas no se pensaba más que en la guerra con los Estados Unidos, y en nuestra nación empezaron los preparativos militares. Mientras duraba este estado de cosas, no conseguía hacerse oír ninguna voz favorable á la causa americana. Yo estoy de acuerdo con los que cuentan este acto ilegal, y apruebo que Inglaterra exigiese una reparación. Obtenida esta reparación, disipada la alarma, escribí, en Enero de 1862, el artículo titulado *La lucha en América*.....

.....Escrito y publicado en ese momento, contribuyó á animar á los liberales que se sentían ahogados bajo el peso de la opinión antiliberal y á formar en favor de la buena causa un germen de opinión que creció poco á poco al principio, y rápidamente después, cuando el triunfo del Norte parecía seguro. Al volver de nuestro viaje escribí un segundo artículo, un examen del libro del profesor Cairnes, que apareció en la *Revista de Westminster*. Inglaterra expía actualmente, por una serie de conflictos, el resentimiento

miento que las clases directoras han despertado en los Estados Unidos, por la ostentación con que hacía votos por la ruina de la nacionalidad americana; pero debe agradecernos que un pequeño grupo de ingleses, de escritores y de oradores, se han puesto enérgicamente del lado de los americanos en la época de sus mayores conflictos, han distraído sus sentimientos de amargura impidiendo que Inglaterra se hiciera del todo odiosa á los americanos.

Cumplido este deber, mi principal ocupación durante los dos años que siguieron no se refirió á cuestiones políticas. La publicación de las *Lecciones sobre la Jurisprudencia*, de Mr. Austin, después de su muerte, me procuró la ocasión de pagar un tributo justo á su memoria, y al mismo tiempo de expresar algunas ideas sobre un asunto que me había interesado ya en la época de mi pasión por el benthamismo. Pero mi obra principal durante estos años fué el *Examen de la filosofía*, de sir William Hamilton. Las *Lecciones* de sir W. Hamilton se habían publicado en 1860 y en 1861. Yo las había leído á fines del año anterior, y me había propuesto dar cuenta de ellas en una Revista. Pero pronto conocí que ese trabajo no serviría de nada, y que no se podía tratar ese asunto sin escribir sobre él un volumen. Después tuve que pensar si me convendría encargarme de esa tarea. Examinado el asunto con detención, me pareció que había poderosas razones en favor de mi proyecto. Las *Lec-*
ciones me habían desanimado, aunque yo las leí sin prevención ninguna con-

tra sir W. Hamilton. Diferí hasta entonces el estudio de las notas que había escrito para su edición de Reid, porque no están terminadas; y aunque sabía que el sistema de Hamilton se diferenciaba del que á mí me gustaba más, sentía, sin embargo, simpatía por algunas de sus ideas á causa de su vigorosa polémica contra los trascendentalistas, y de la energía con que afirmaba el principio de la relatividad de los conocimientos humanos. Yo pensaba que una sana psicología ganaría poniéndose á la sombra de su autoridad y de su reputación. Las *Lecciones* de sir W. Hamilton, y sus *Notas sobre Reid* disiparon esta ilusión. Las *Discusiones*, á la luz que las *Lecciones* proyectaron sobre ellas, perdieron á mis ojos gran parte de su valor. Reconocí que las semejanzas que parecían existir entre sus opiniones y las mías consistían más en las palabras que en el fondo de las cosas. Los grandes principios filosóficos que creí que reconocía él, no eran, tal como los expresaba, sino muy poca cosa ó casi nada; no los perdía nunca de vista, y al mismo tiempo enseñaba, casi en todos sus escritos filosóficos, doctrinas radicalmente incompatibles con estos principios. Yo cambié de opinión, y en vez de mirarle como á un pensador colocado á igual distancia de dos filosofías rivales, tomando principios de las dos escuelas y prestándoles á ambas poderosas armas para la defensa y para el ataque, no veía ya en él más que á una de las columnas, y gracias al renombre filosófico de que goza en Inglaterra, á la

primera columna de la filosofía que me parecía falsa.

La diferencia que separa estas dos escuelas filosóficas, la de la intuición y la de la experiencia y de la asociación, no es una cuestión de especulación abstracta; está llena de consecuencias prácticas, y se encuentra en la base de todas las diferencias de opinión sobre cuestiones prácticas en una época de progreso. El reformador práctico no deja de reclamar cambios en cosas que se apoyan en sentimientos poderosos y muy esparcidos; siempre tienen que demostrar que los hechos establecidos son necesarios é indefectibles, y con frecuencia se ve obligado á demostrar cómo se han formado esos sentimientos poderosos y cómo se ha llegado á considerar estos hechos necesarios é indefectibles. Hay, pues, una hostilidad natural entre el reformador y una filosofía que no quiere que se explique los sentimientos morales por las circunstancias y por la asociación, que prefiere considerarlos como elementos primeros de la naturaleza humana. Ve levantarse ante él una filosofía que da sus doctrinas favoritas como revelaciones de intuición, que reconoce en la intuición la voz de la naturaleza y la de Dios, hablando con una autoridad superior á la de la razón. En cuanto á mí, hace tiempo que he pensado que la tendencia reinante, en virtud de la cual miramos las diferencias de los caracteres de los hombres como innatas y en general como indelebles, y que nos lleva á no ocuparnos de las pruebas irresistibles que demuestran que la inmen-

sa mayoría de estas diferencias, tanto en los individuos como en las razas y en los sexos, no sólo podrían producirse naturalmente por efecto de las circunstancias, sino que se producen, así he pensado, repito, que esta tendencia es uno de los principales obstáculos que impiden tratar las grandes cuestiones sociales de un modo racional y el mayor impedimento del progreso de la humanidad. Esta tendencia trae su origen de la metafísica intuicionista, que caracteriza la reacción del siglo XVIII. Es una tendencia tan conforme con la apatía del hombre y con los intereses conservadores en general, que de no atacarlo en su raíz, es seguro que se extenderá más allá de lo que realmente la autorizan los sistemas más moderados de la filosofía intuicionista. Pues bien: esta filosofía, y no siempre la más moderada, ha dirigido en nuestro siglo el pensamiento de Europa. El *Análisis del espíritu*, de mi padre, mi misma *Lógica* y la gran obra del profesor Bain, son tentativas (más felices de lo que podía esperarse) para poner otra vez en escena un sistema filosófico mejor. Pero yo comprendía que no bastaba limitarse á poner en contraste dos filosofías; que era menester empeñar una lucha cuerpo á cuerpo; que al lado de las obras de exposición de doctrina hacían falta obras de controversia; en fin, que había llegado ya el momento de iniciar una contienda provechosa. Yo estaba convencido de que los escritos y la fama de sir W. Hamilton eran la gran fortaleza de la filosofía intuicionista en Inglaterra,

y una fortaleza que haría aún más formidable el carácter imponente y el gran mérito personal del hombre. Yo pensaba que sería prestar un servicio real á la filosofía al tratar de hacer una crítica á fondo de sus doctrinas principales, y pasar sus pretensiones al rango de filosofía de primer orden. Lo que me confirmaba en mi resolución fué el ver que uno de los discípulos de sir W. Hamilton, el que más valía, se servía en sus escritos de las doctrinas de su maestro para justificar ideas sobre la religión, que yo considero como profundamente inmorales, á saber: que debemos inclinarnos, adorándole, ante un ser cuyos atributos morales son, según dicen, desconocidos, y quizá muy diferentes de los que nombramos con los mismos nombres cuando hablamos de nuestros semejantes.

A medida que avanzaba en mi trabajo, el daño que hacía á la reputación de sir W. Hamilton iba siendo mayor de lo que creí en el primer momento, á causa de las innumerables consecuencias que me saltaban á la vista, cuando comparaba entre ellas las diversas partes de sus escritos. Yo tenía, sin embargo, el deber de presentar las cosas con exactitud, y lo cumplí como debía. Siempre he hecho los mayores esfuerzos para tratar al filósofo que criticaba con la mayor lealtad. Yo sabía que no faltarían discípulos y admiradores suyos que me corregirían si me ocurriese por descuido cometer con él alguna injusticia. En efecto; algunos de ellos me han dado ya contestaciones más ó menos estudiadas.

En la última edición (la tercera) he corregido las faltas que habían señalado, por lo menos las que la crítica me había hecho conocer, y he replicado á otros críticos por creerlo así necesario. En resumen: el libro ha cumplido su cometido, ha fijado la atención sobre los lados débiles de sir W. Hamilton, ha encerrado su gran reputación de filósofo en límites más estrechos. Además, por las discusiones que contiene este libro, y sobre todo por dos capítulos dogmáticos sobre las nociones de la materia y del espíritu, ha vertido quizá un poco más de luz sobre ciertas cuestiones debatidas de psicología y de metafísica.

Cuando hube terminado el libro de Hamilton, me ocupé de un trabajo que, por muchas razones, parecía incumbirme de un modo especial: el de resumir y de apreciar las doctrinas de Augusto Comte. Yo había contribuido más que nadie á dar á conocer estas doctrinas en Inglaterra; por eso tuvo, gracias á lo que dije de él en mi *Lógica*, lectores y secuaces entre los pensadores de este país, en una época en que su nombre en Francia no había salido aún de la oscuridad. Era tan desconocido y tan poco apreciado en la época en que yo escribí mi *Lógica*, que era inútil criticar los puntos débiles de sus doctrinas; era, al contrario, un deber dar á conocer los importantes servicios que prestaba á la filosofía. Pero no ocurre lo mismo en el momento actual. El nombre de Comte era universalmente conocido; todo el mundo sabía en qué consistían sus doctrinas.

Comte había ocupado su lugar entre sus amigos y entre sus adversarios. Había llegado á ser una de las más grandes figuras de la filosofía contemporánea. La parte más sana de sus expeculaciones filosóficas ha hecho grandes conquistas en los espíritus que por su cultura y por sus tendencias eran capaces de recibirlas. Encubiertas con las suyas, otras doctrinas menos buenas que desarrolló considerablemente en sus últimos escritos, hicieron también camino, tienen adeptos activos y entusiastas, y entre ellos personas de gran mérito, en Inglaterra, en Francia y en otras naciones. Por estas razones, no sólo es de desear que se critiquen las teorías de Comte para separar lo bueno de lo malo, sino que lo creo una obligación mía particular. La llené publicando dos ensayos en la *Revista de Westminster*, que reimprimí en un pequeño tomo titulado *Augusto Comte y el positivismo*.

Los escritos que acabo de mencionar, algunos artículos que no he juzgado dignos de ser conservados, es todo lo que salió de mi pluma durante los años transcurridos de 1859 á 1865. A principios de este último año, para satisfacer un deseo que me habían expresado con frecuencia algunos obreros, publiqué una edición popular de aquellos de mis escritos que me parecían más propios para encontrar lectores en las clases trabajadoras: son estos, los *Principios de economía política, La Libertad y el Gobierno representativo*. Hice con ello un gran sacrificio de mis intereses pecuniarios, porque renuncié

á sacar provecho de las ediciones baratas. Me enteraban los editores del precio más bajo á que podía venderse, para obtener una remuneración suficiente, partiendo del principio de dividirnos los beneficios el editor y yo; después les daba la mitad de lo que me correspondía para poder obtener un precio más bajo aún. Debo decir en honor de Mr. Longman, que decidió espontáneamente que después de cierto número de años, el derecho de autor volvería á mí, y que cuando se hubiese vendido cierto número de ejemplares, recibiría yo la mitad de los beneficios. Este número de ejemplares, que para la *Economía política* se elevó á diez mil, ha pasado ya de esta cifra, y las ediciones populares empiezan á producirme beneficios pequeños, pero inesperados, é incapaces de compensar la baja de los que me procuraban las otras ediciones.

Ahora llego á la época en que mi existencia tranquila de autor se interrumpe por ocupaciones menos conformes á mis gustos: las de miembro de la Cámara de los Comunes. La proposición que me hicieron algunos electores de Westminster, á principios de 1865, no fué lo que me hizo pensar en ello por primera vez. Tampoco fué la primera oferta de ese género que se me hizo. Más de diez años antes, de resultas de la publicación de unos escritos sobre la cuestión de la propiedad en Irlanda, Mr. Lucas y Mr. Duffy me ofrecieron, en nombre del partido avanzado de Irlanda, hacerme entrar en el Parlamento como representante de un

condado irlandés, cosa que les era muy fácil. Pero la incompatibilidad del cargo parlamentario con el que yo desempeñaba en la Compañía de las Indias me impidió aceptar ese ofrecimiento. Cuando dejé la Compañía, algunos amigos míos me propusieron que entrase en el Parlamento, pero á mí me pareció que esta idea no se realizaría nunca. Yo estaba convencido de que una fracción numerosa é influyente de un cuerpo electoral no deseaba ser representada por una persona de mis opiniones, y que un hombre sin relaciones, sin popularidad en ninguna parte, que no había de hacerse instrumento pasivo de ningún partido, tendría pocas probabilidades de ser elegido, como no fuera á fuerza de dinero. Y entonces como ahora pensaba yo que un candidato no debe gastar un céntimo para obtener un cargo público. Los gastos legítimos de una elección que no son especialmente aplicables á ningún candidato en particular, deberían figurar en los gastos de interés público del Estado ó de la localidad. Todo lo que tienen que hacer los partidarios de cada candidato para asegurar su triunfo en el colegio electoral, debería ser la obra de una agencia gratuita ó pagada por suscripciones voluntarias. Si conviene á miembros del cuerpo electoral ó á otras personas, dar dinero de su bolsillo con el objeto de hacer entrar en el Parlamento por medios legítimos á un hombre que suponen de gran utilidad, nadie podrá encontrarlo ilegal. Pero que la totalidad ó la mayor parte de los gastos incumban al candidato, es

un sistema esencialmente vicioso, porque equivale á la compra de un asiento en la Cámara. Hasta en la suposición más favorable relativa á los gastos, puede legítimamente pensarse que el que da dinero para obtener un mandato público, se propone valerse de él para fines que no son el bien general. Además, y esta consideración es de gran importancia, la costumbre de hacer soportar á los candidatos los gastos electorales, priva á la nación de los servicios que podrían prestarle en el Parlamento todas las personas que no pueden ó no quieren exponerse á estos gastos enormes. No quiero decir con esto que mientras no tenga más medio para entrar en el Parlamento un candidato independiente que el de someterse á esta práctica viciosa, deba siempre condenársele en nombre de la moral, por haber gastado dinero, aunque este dinero no se haya empleado directa ni indirectamente en corromper á los electores. Mas para justificar esta conducta, es menester asegurarse de que el candidato puede ser más útil á sus conciudadanos en el Parlamento que en otro camino abierto por sus propios esfuerzos. Yo no estaba convencido de que podría hacer más para el adelantamiento de las reformas á que dedicaba mis trabajos, sobre los bancos de la Cámara de los Comunes, que con mi simple papel de escritor. Me decidí, pues, á no pensar en mi elección para la Cámara y aún menos en gastar dinero para conseguirlo.

Pero la cuestión se presentó de diferente modo cuando un grupo de elec-

tores vino á pedirme que me presentase como candidato suyo. Como persistieron en sus deseos después de un cambio de explicaciones, conociendo mis opiniones y aceptando las únicas condiciones con que en conciencia podía yo entrar en la Cámara, ¿no me encontraba en presencia de uno de esos llamamientos que un miembro de la comunidad no tiene derecho de rechazar cuando sus conciudadanos se lo dirigen? Expresé, pues, mi resolución con una de las explicaciones más francas que se han dado á un cuerpo electoral por un candidato.

Escribí, en contestación á la oferta que se me había hecho, una carta destinada á la publicidad. Decía en ella que no tenía personalmente ningún deseo de entrar en el Parlamento, que en mi opinión un candidato no debía solicitar los sufragios, ni soportar los gastos electorales, y que yo no consentiría en hacer ninguna de las dos cosas. Decía además que si me elegían no consagraría mi tiempo ni mi trabajo á los intereses locales. En cuanto á la política general, declaré sucintamente lo que pensaba sobre gran número de puntos importantes, y como me habían pedido mi opinión sobre la cuestión de los derechos electorales, les declaré entre otras cosas mi convicción (tenía que hacerlo así, porque si me elegían, me veía obligado á regular por mis compromisos mi conducta) de que las mujeres tenían derecho de ser representadas en el Parlamento del mismo modo que lo tienen los hombres. Era, sin duda, la primera vez

que esta doctrina se afirmaba ante los electores ingleses. Por eso el éxito de mi candidatura, cuando sostuve la idea de esta reforma, dió tanto impulso al movimiento, que después fué tan vigoroso, en favor del sufragio de las mujeres. Nada parecía menos probable en aquella época que el triunfo de un candidato, si podía llamárseme candidato, que por sus declaraciones y por su conducta desafiaba todas las nociones de la práctica electoral. Un hombre de letras, muy conocido, había dicho que el Todopoderoso no tendría probabilidades de ser elegido con un programa semejante. Yo lo cumplí rigurosamente; no gasté dinero y no pedí sufragios. No tomé parte en la campaña electoral más que en la semana anterior á mi elección. Asistía entonces á unas reuniones públicas, donde formulaba mis principios y contestaba á las preguntas que los electores tenían derecho de hacerme para conocer mis ideas. Mis contestaciones eran tan francas y tan claras como mi carta. Sobre un punto, sobre mis opiniones en materia de religión, anuncié desde el principio que no contestaría á ninguna pregunta, y creo que mis electores aprobaron mi determinación. La franqueza con la cual contesté á otras cuestiones que se me propusieron, me hizo evidentemente más provecho que el daño que hubieran podido hacerme las contestaciones. Entre las pruebas que de ello tengo, hay una demasiado notable para que deje de referirla. En mi escrito titulado *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, había dicho en tér-

minos algo moderados, que las clases trabajadoras de Inglaterra, diferenciándose de las de otros países en que se sonrojan al mentir, no están, sin embargo, menos acostumbradas á la mentira. Un adversario mío recogió esta frase, la hizo imprimir y la fijó en las esquinas. Me la enseñaron en una reunión cuyos miembros pertenecían en su mayoría á la clase obrera, y me preguntaron si había yo escrito efectivamente esas palabras. Yo contesté en el acto afirmativamente. En cuanto lo hice, rompió mi auditorio en frenéticos aplausos. Era evidente que los obreros estaban tan acostumbrados á ver al hombre que solicita sus sufragios recurrir al equívoco y á medios evasivos, que cuando en lugar de esto oyeron una confesión completa de una idea que les era desagradable, en vez de ofenderse, comprendieron que tenían delante á una persona de quien podían fiarse. No conozco ejemplo más elocuente del carácter que atribuyen á la clase obrera los que, en mi opinión, la conocen mejor. El medio más seguro de conseguir su favor, es el de marchar derechamente al fin que se persigue. La rectitud hace sobre el espíritu del pueblo una impresión que desvanece las más intensas repugnancias, mientras que todas las demás cualidades reunidas no compensan su ausencia. El primer hombre del pueblo que habló después de este incidente, Mr. Odger, dijo que las clases trabajadoras no pedían que se les ocultasen sus defectos, que necesitaban amigos y no aduladores, y que debían

agradecimiento al hombre que les señalase los vicios de que tuvieran que corregirse. La reunión aplaudió entusiasmada estas palabras.

Si me hubiesen derrotado, no tendría razón por eso para no alegrarme del medio que la elección me había procurado de ponerme en contacto con grandes grupos de conciudadanos míos; no sólo ganaba con ello en experiencia, sino que conseguía vulgarizar más mis opiniones políticas y hacerme conocer en regiones en que no se había oído pronunciar mi nombre, con lo cual crecía el número de mis lectores y la influencia de mis escritos. Estas ventajas se hicieron, naturalmente, mayores cuando fuí elegido por una mayoría de algunos centenares de votos contra mi contrincante conservador, cosa que me sorprendió á mí más que á nadie.

Estuve en el Parlamento durante las tres legislaturas en que se discutió el *bill* de reforma, y durante este tiempo fué el Parlamento mi ocupación principal, excepto el tiempo de vacaciones. Hablaba con bastante frecuencia; pronunciaba unas veces discursos preparados, otras veces improvisaba. Pero no escogía las ocasiones, como lo hubiera hecho si mi objeto principal hubiese sido adquirir influencia sobre el Parlamento. Cuando gané el ánimo de la Cámara, á consecuencia del éxito de mi discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Gladstone, me dejé llevar por la idea de que no tenía necesidad de ocuparme de asuntos que otros podían resolver tan bien como yo, ó por lo me-

nos bastante bien. Como en otro tiempo, reservé mis fuerzas para obras que nadie hubiera emprendido; no intervine en la Cámara más que para cuestiones en que la masa del partido liberal, y aun la fracción más avanzada del mismo, no era de mi opinión ó se mostraba indiferente. Algunos de mis discursos, sobre todo el que pronuncié contra la proposición para abolir la pena de muerte y otro en favor del derecho de apoderarse de la propiedad del enemigo sobre los barcos neutrales (derecho de visita), estaban en oposición con las ideas que pasaban entonces y pasan aún por opiniones de los liberales avanzados. Mis discursos en favor de los derechos electorales de las mujeres y de la representación personal fueron considerados por muchas personas como rasgos originales de mi carácter. Pero el gran progreso que hicieron más tarde estas opiniones, y especialmente la contestación que á mi proyecto en favor del voto de las mujeres me enviaron de casi todas las poblaciones del reino, ha demostrado la oportunidad de estos pasos y ha transformado en un éxito personal lo que yo emprendí como un deber moral que tenía que cumplir. Otra obligación mía, como representante de un colegio metropolitano, era el de tratar de obtener para la metrópoli un gobierno municipal. Pero sobre este punto era tal la indiferencia de la Cámara de los Comunes, que no encontré apoyo en ninguno de sus miembros. Yo era, sin embargo, el jefe de un grupo activo é inteligente, que se ocupaba de este

asunto fuera de la Cámara. No fué de mí, sino de ese grupo de donde salió el plan; ellos hacían la propaganda y ellos redactaron el proyecto de ley. Mi compromiso era el de proponer estas leyes preparadas y defenderlas en la Cámara sin tomar parte activa en la comisión informadora, presidida por Mr. Ayron, que empleó casi toda la legislatura de 1866 estudiando esta cuestión. Puede atribuirse con justicia la diferente situación en que se encuentra hoy (1870) este asunto, á la preparación que recibió durante estos años, aunque nadie creía entonces que produciría efecto. Pero es cosa sabida que todas las cuestiones en que los intereses privados están de una parte y el interés público está sólo de la otra, tienen que pasar un largo período de incubación.

Por la misma razón de creer que mi presencia en el Parlamento debía aprovecharla para hacer lo que otros no pudieran ó no quisieran hacer, defendí el liberalismo avanzado, en circunstancias en que se censuraba de tal modo esta conducta, que retrocedían los más liberales de la Cámara. El primer voto que di en la Cámara fué en apoyo de la enmienda en favor de Irlanda, presentada por un miembro irlandés, y que sólo fué apoyado por cinco miembros ingleses ó escoceses, contando el voto mío: eran los otros cuatro, Bright, Laren, T. B. Potter y Hadfield. El segundo discurso (1) que

(1) El primero había sido una réplica á la contestación de Mr. Lowe á Mr. Bright sobre el bill de la peste bovina. Se pensó en esta

pronuncié se ocupaba del *bill* de la prolongación de la suspensión del *habeas corpus* en Irlanda. Al denunciar en esta ocasión el sistema que los ingleses aplicaban al gobierno de Irlanda, no hice más que lo que hoy encuentra justo la opinión general en Inglaterra. Pero el odio contra el fenianismo estaba entonces en todo su vigor. Bastaba combatir lo que los fenianos atacaban para ser sospechoso de fenianismo. Fuí tan mal recibido en la Cámara, que más de un amigo me aconsejó, y en esto estaba yo conforme, esperar ántes de pedir la palabra á que empezase el gran debate del *bill* de reforma. Durante este tiempo de silencio, creyeron muchos miembros del Parlamento que me había retirado derrotado y que no molestaría más con mis proyectos. Puede ser que los comentarios desfavorables hayan contribuido por reacción al éxito de mi discurso sobre la reforma. Dos circunstancias contribuyeron á hacer mejor mi situación en la Cámara: la primera fué un discurso en que insistí sobre la necesidad de pagar la deuda nacional antes de que los recursos hulleros se hubiesen agotado; la segunda, una respuesta irónica á unos miembros torys, que habían citado contra mí ciertas frases de mis escritos, y me habían pedido explicaciones sobre otras, especial-

mente sobre un párrafo de mis *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, en que decía que el partido conservador era, por razón de sus individuos, el partido más estúpido. Sólo ganaron, por fijar la atención en un párrafo que hasta entonces no la había despertado, el sobrenombre de *partido estúpido* que tardaron mucho tiempo en perder. En adelante no temí ya que no me escuchasen, pero me limitaba demasiado, y no tardé en conocerlo, á no hablar más que en las ocasiones en que me parecía que mis servicios eran reclamados de una manera especial, y me abstuve más de lo que hubiera debido de hablar sobre las grandes cuestiones que dividen á los partidos. Aparte de las cuestiones irlandesas y de las que interesaban á las clases trabajadoras, sólo tomé parte en los debates grandes y decisivos de la última de las tres legislaturas á que asistí, con un discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Disraeli.

Me satisface, sin embargo, mucho el recordar la parte que tomé en la discusión de las dos cuestiones de que acabo de hablar. Por lo que hace á las clases trabajadoras, el objeto principal de mi discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Gladstone era el afirmar su derecho de sufragio. Un poco más tarde, después de la dimisión del ministerio de lord Russel y de la llegada al poder de un ministerio tory, quisieron los obreros celebrar un *meeting* en Hyde Park; la policía los encerró y la muchedumbre rompió las verjas del parque. Aunque Mr. Beales y los hombres

época que mi discurso había servido para hacer rechazar una medida del gobierno que hubiera beneficiado á los propietarios con una indemnización doble, puesto que ya estaban indemnizados de la pérdida de ganados por el aumento de valor de los que conservaban.

influyentes de las clases trabajadoras se retiraron protestando de lo que había ocurrido, se trabó entre el pueblo y la policía una lucha de la que resultaron algunos obreros heridos. La exasperación de los trabajadores llegó á su colmo. Quisieron hacer otra tentativa de reunión en el parque, y muchos de ellos hubieran ido armados. El gobierno hizo preparativos militares para resistir; se temían graves acontecimientos. Yo serví en el momento crítico, así lo creo al menos, para impedir grandes desgracias. Me había puesto en el Parlamento del lado de los trabajadores, y había censurado duramente la conducta del gobierno. De resultas fui invitado con algunos otros miembros radicales á una conferencia con los principales miembros de la Liga de la reforma. Sobre mí cayó principalmente el peso de tenerlos que persuadir á que abandonasen el proyecto de reunión en el Hyde Park y la celebrasen en otra parte. Ni mister Beales, ni el coronel Dickson necesitaban que se les persuadiese, sino todo lo contrario. Era evidente que estos señores habían hecho ya grandes esfuerzos en este sentido, pero sin éxito hasta entonces. Los obreros querían salir adelante con su proyecto, y estaban tan resueltos á seguirle, que me vi obligado á recurrir á los *grandes medios*. Les dije que una conducta que traería consigo una colisión con las tropas no podía justificarse más que con dos condiciones: si el estado de los negocios era tal que pudiera desearse una revolución, y si se creían con fuerzas

para hacerla. Ante ese argumento acabaron por ceder, después de una larga discusión, y yo pude informar á mister Walpole que habían renunciado á sus intenciones. No olvidaré nunca la alegría que le produjo, ni la expresión de agradecimiento con que me contestó. Después de esta gran concesión que me habían hecho los obreros, me creí obligado á satisfacer su pretensión de que asistiese á la reunión del Agricultural-Hall, y hablase en ella. Fué la única reunión provocada por la Liga de la reforma, á la cual he asistido. Siempre me había negado á formar parte de la Liga, porque no aceptaba su programa de sufragio universal, ni el escrutinio secreto. En cuanto á este último, era de opinión completamente opuesta, y no podía consentir en levantar la bandera del sufragio universal, aunque se asegurase que no quedarían excluidas las mujeres; pues pienso que cuando no se contenta uno con lo que se puede obtener inmediatamente, y que se pretende tomar posición sobre un principio, debe llevarse hasta el final el propósito concebido. He entrado en tantos detalles porque mi conducta causó en esta ocasión gran disgusto á los periódicos torys y á los torys liberales, que me han acusado después de haberme presentado la vida pública vehemente y apasionado. Yo no sé lo que ellos esperaban de mí, pero indudablemente se hubieran mostrado conmigo más agradecidos, si hubiesen sabido de lo que yo los había salvado. En efecto, yo no creo que otro consiguiese lo que con-

seguí yo en esta ocasión. Nadie tenía en aquel momento la necesaria influencia para contener á los obreros, como no fuera Mr. Gladstone y Mr. Bright, y no podían hacerlo el uno ni el otro: Mr. Gladstone por muchas razones, Mr. Bright porque no estaba en Londres.

Algún tiempo después, cuando el ministerio tory presentó el *bill* para prohibir las reuniones públicas en los parques, no sólo hablé enérgicamente para combatirlo, sino que como estábamos al final de la legislatura, conseguí, con la ayuda de algunos liberales avanzados, que no se adoptase el *bill* aplazando continuamente su discusión. Por fin no fué presentado.

También me vi obligado á ocuparme de los asuntos de Irlanda. Yo había sido uno de los primeros diputados que obtuvieron de lord Derby el indulto de un feniano, del general Burke. La cuestión de la Iglesia la abordaron con tanto vigor los jefes del partido liberal, en la legislatura de 1868, que yo no necesitaba más que adherirme enérgicamente. Pero no estaba tan adelantada la cuestión de la propiedad inmueble. La superstición de la gran propiedad no había encontrado todavía adversario en el Parlamento, y lo que prueba lo atrasado que estaba este asunto, al menos en el espíritu de la Cámara, son las medidas anodinas que presentó en 1866 el ministerio de lord Russell, y que, sin embargo, no pudieron pasar. Con ocasión de este *bill* pronuncié uno de mis más estudiados discursos, en que traté de sentar los principios de la cues-

tion, con el objeto de conciliar y convencer á las oposiciones. La reforma parlamentaria que absorbía toda la atención impidió que se adoptase este *bill* y otro del mismo género que propuso después el ministerio de lord Derby. Estos *bills* no pasaron á la segunda lectura. Mientras tanto se acentuaban más en Irlanda los signos de descontento; la petición de separar por completo á la Irlanda de la Gran Bretaña tomaba un carácter amenazador, y casi todo el mundo pensaba que si había aún probabilidades de reconciliar la Irlanda con la unión británica, no se conseguiría sino adoptando medidas mucho más radicales en las relaciones territoriales y sociales del país, que todas las que hasta entonces se habían tomado. Me parecía llegado el tiempo en que sería útil decir mi pensamiento; y escribí mi opúsculo *Inglaterra é Irlanda*, que compuse durante el invierno de 1867 y que publiqué poco antes de la apertura de la legislatura de 1868. Los principales puntos de este escrito eran una discusión que tendía á demostrar que la separación no convenía á Inglaterra ni á Irlanda, y una proposición que resolvía el asunto de la propiedad inmueble, dando á los actuales colonos un arrendamiento permanente con una renta enfiteútica que se establecía con arreglo á una apreciación hecha por el Estado.

Mi opúsculo no tuvo éxito más que en Irlanda, donde no lo esperaba yo. Pero como no había medida menos radical que la que presentaba yo, que hiciese completa justicia á la Irlanda, ó

que ofreciese una esperanza de unirla con el pueblo inglés, era para mí un deber urgente el presentar la mía. Además, si había una medida menos radical que mereciese ser puesta en práctica, proponiendo una muy extremada, facilitaba la experiencia de una más moderada. Es difícil que una medida tan ventajosa para los colonos de Irlanda, como lo era el *bill* de Mr. Gladstone, fuese propuesta por un gobierno ó aceptada por un Parlamento, si antes no se había demostrado al público británico, que otra medida más enérgica podía encontrar circunstancias favorables, y quizá un partido formado que las tomase en su programa. Está en el carácter del pueblo inglés, ó al menos en el de las clases superiores y medias, que le representan, el no aceptar las soluciones si no se las presentan como moderadas. Todo proyecto les parece extremo y violento, mientras no oyen hablar de otro más radical, sobre el cual puedan descargar su antipatía por las medidas extremas. Esto ocurrió en el caso á que me refiero; mi proposición fué rechazada, pero todo proyecto de reforma de la propiedad inmueble de Irlanda, que no iba tan allá como el mío, parecía moderado y prudente. Atacaban á mi proyecto como si yo hubiese propuesto que el Estado comprase la tierra y se hiciese propietario universal. Estos ataques dan una idea muy errónea de mi proposición. El propietario, según mi proyecto, se veía obligado por el Estado á escoger entre dos alternativas: la de vender su dominio, ó la de guardarlo sometién-

dose á las nuevas condiciones. Yo preveía que la mayor parte de los grandes propietarios preferirían continuar poseyendo la tierra á ser rentistas del Estado, y conservarían sus relaciones con los colonos, casi siempre en condiciones más suaves que las de las enormes rentas sobre que se hubieran basado las compensaciones dadas por el Estado. Yo dí esta explicación con otras más en un discurso sobre Irlanda, en el curso de un debate sobre la proposición de Mr. Maguire, en las primeras sesiones de la legislatura de 1868. En Irlanda publicaron con mi permiso un estudio de este discurso unido á mi discurso sobre el *bill* de Mr. Fortescue.

Sobre mí recayó la obligación de cumplir un deber de un género más serio, tanto en el Parlamento como fuera de él. Se había alterado el orden público en Jamaica, con motivo de injusticias del gobierno; el odio y el miedo exageraron estos desórdenes, presentándolos como una revolución premeditada. Valiéronse de esta excusa para hacer perecer á centenares de personas inocentes, empleando para ello la fuerza militar, ó las sentencias de una especie de tribunal que se llamaba corte marcial; y las ejecuciones duraron aún algunas semanas, cuando los desórdenes ya se habían calmado.

Se habían cometido otras atrocidades, destruido fincas, azotado mujeres y hombres también, y se habían llevado á cabo todas las brutalidades que acostumbra poner en práctica la soldadesca desenfrenada. Los criminales autores de estos atentados encontraban

en Inglaterra defensores y aplausos entre las mismas personas que habían sostenido durante tanto tiempo la esclavitud de los negros. Hubo un momento en que hubiera podido creerse que la nación inglesa dejaría pasar, sin protestar siquiera, excesos de autoridad tan repugnantes como estos, y que no los castigaría con suficiente energía, por haberlos cometido un gobierno extranjero. Pronto se despertó, sin embargo, un sentimiento de indignación. Se organizó una asociación voluntaria, bajo el nombre de *Comité de la Jamaica*, para examinar el asunto y obrar en su consecuencia. De todas partes llegaron adhesiones al comité. Yo estaba en el extranjero en aquel momento, pero en cuanto supe que se había formado el comité, envié mi adhesión, y cuando volví tomé una parte activa en sus trabajos. Había algo más que hacer que el pedir justicia para los negros, por importante que fuera este deber. Era menester saber si las colonias inglesas, y quizá la misma Gran Bretaña, pasarían del régimen de las leyes al de la tiranía militar; si la vida y la persona de un súbdito inglés estaría á la merced de dos ó tres oficiales novicios, ignorantes, descuidados ó crueles, encargados por un gobernador de formar una corte marcial. Esta cuestión no podían decidirla más que los tribunales. El comité decidió encargarlos de ello. Esta determinación produjo un cambio en la junta del comité. El presidente mister Charles Buxton, aunque no encontró injusta nuestra proposición contra

el gobernador Eyre y contra los principales miembros de la corte marcial que habían contribuido á sus sentencias crueles, la juzgó inoportuna. Cuando una asamblea general de la asociación, á la que asistieron numerosos miembros, decidió este asunto contra él, se retiró Mr. Buxton del comité sin desertar de la causa, y yo que no lo esperaba, fui propuesto para presidente y elegido. Era, pues, mi deber representar al comité en la Cámara, haciendo preguntas al gobierno, ó resolviendo asuntos más ó menos importantes que los miembros del Parlamento me dirigían á mí; pero lo representé sobre todo como orador en el importante debate que se suscitó durante la legislatura de 1886 por Mr. Buxton. El discurso que pronuncié en esta ocasión es, á mi modo de ver, el mejor que hice en el Parlamento (1).

Sostuvimos la lucha durante más de dos años, abordando todas las vías legales que nos estaban abiertas, sin olvidar la persecución criminal. Empezamos por un tribunal de uno de los condados torys de Inglaterra. Fuimos más felices ante los magistrados de la Bow Street, donde tuvo ocasión el presidente de aquel tribunal de pronunciar su famosa sentencia en favor de la libertad, tanto al menos como

(1) Entre los miembros más activos del comité se encontraban Mr. P. A. Taylor, miembro del Parlamento, siempre fiel y enérgico cuando había que sostener los principios de la libertad, Mr. Goldwin Smith, Federico Harrison, Slack, Chamerovzow, Shaen y Chesson, secretario honorario de la asociación.

puede hacerlo una sentencia de un tribunal. Pero no pasó de ahí nuestra buena suerte, porque el jurado de Old Bailey rechazó nuestra petición, y no permitió que se sustanciara el proceso. Era evidente que las clases medias de Inglaterra no veían con agrado que se sentasen en el banco de los acusados los funcionarios ingleses, para dar cuenta del abuso de su poder contra negros y mulatos. Nosotros habíamos, sin embargo, levantado cuanto pudimos el honor de nuestro país, demostrando que había personas decididas á valerse de todos los medios legales para obtener justicia en favor de la parte lesionada. Habíamos obtenido de la mayor autoridad de la justicia criminal del país, la solemne declaración de que la ley era tal como nosotros la interpretábamos, y habíamos advertido seriamente á los que tuviesen intención de cometer en adelante el mismo crimen. Ahora saben que si se libran de la condenación de un tribunal, no podrán al menos evitar las penas ni los gastos que hay que hacer para librarse. Los gobiernos de las colonias y los agentes del gobierno tienen razones serias para no dejarse llevar en adelante á estos extremos.

Yo guardo, como objetos curiosos, algunas cartas injuriosas, casi todas anónimas, que recibí mientras proseguíamos estos trabajos. Son pruebas de la simpatía que á la parte brutal de nuestro país inspiraban las crueldades de Jamaica. Las había de todos géneros desde la sátira grosera y la caricatura hasta las amenazas de asesinato.

Entre las otras cosas importantes en que hice un papel activo, pero que interesaron poco al público, hay dos que merecen ser citadas. Me uní á varios liberales independientes para hacer rechazar el *bill* de extradición presentado al final de la misma legislatura de 1866. Este *bill* no autorizaba abiertamente la extradición para los delitos políticos, pero permitía extraer á los refugiados políticos, si estaban acusados por un gobierno extranjero de actos que son inevitables incidentes de toda tentativa de insubordinación, para ser juzgados por los tribunales del gobierno contra el cual habían conspirado. Esta concesión hacía al gobierno inglés cómplice de las venganzas de los gobiernos despóticos extranjeros. El fracaso de esta proposición hizo que se nombrara una comisión, de la cual formé parte, para examinar en su conjunto la cuestión de los tratados de extradición y dar sobre ella un informe. Nuestros trabajos produjeron una ley que fué adoptada por el Parlamento en una época en que yo no formaba ya parte de él, con arreglo á la cual todo refugiado, cuya extradición se pide, tiene derecho á que le oiga un tribunal inglés, para probar que el delito de que le acusan es realmente político. De ese modo fué salvada de un gran desastre la causa de la libertad en Europa, y nuestro país de una gran iniquidad. Por la otra cuestión empeñaron unos cuantos liberales avanzados una lucha durante la legislatura de 1868, con motivo del *bill* sobre la corrupción

electoral presentado por el ministerio de Mr. Disraeli, y tomé en ella una parte muy activa. Me había informado de la opinión de varias personas que habían estudiado con los mayores detalles esta cuestión, á saber: mister W. D. Christie, el sargento Pulling y Chadwick. Yo mismo había reflexionado mucho sobre ello, y quería presentar enmiendas y cláusulas adicionales para que el *bill* resultase eficaz contra los diferentes géneros de corrupción, directa ó indirecta, que pudiesen, y había razones para temerlo, aumentar en vez de disminuir por la aplicación de la ley de reforma. Queríamos también que en el *bill* se tomasen medidas que disminuyesen la enojosa carga de lo que se llaman gastos electorales legítimos. Entre nuestras numerosas enmiendas estaba la de mister Fawcett proponiendo que los gastos del *returning officer* fuesen pagados por el presupuesto local y no por los candidatos. Otra tendía á suprimir los agentes electorales asalariados, y á reducir su número á uno por candidato. Había una que reclamaba nuevas precauciones y penalidades contra la corrupción en las elecciones municipales, que son á los ojos de todo el mundo, no sólo una escuela en que se aprende á manejar la corrupción para las elecciones parlamentarias, sino que sirven para cubrirla. Pero el ministerio conservador, después de hacer pasar las principales disposiciones del *bill*, en cuyo favor yo había hablado y votado, á saber: el traslado de la jurisdicción de la Cámara á un tribunal

para las materias electorales, resistió á toda mejora, y después de haber obtenido mayoría una de las más importantes proposiciones, la de Mr. Fawcett, reunió todas sus fuerzas, y la hizo desechar en la siguiente lectura. El partido liberal de la Cámara se avergonzó de la conducta de gran parte de sus miembros, que no ayudaron en nada á nuestros esfuerzos para obtener las condiciones necesarias á la sinceridad de la representación del pueblo. Con la gran mayoría de que disponían en la Cámara, hubieran podido hacer pasar todas las enmiendas ú otras mejores que podían haber propuesto. Pero estábamos al final de la legislatura; los miembros del Parlamento ardían en deseos de ir á preparar las elecciones generales. Algunos, sir Robert Anstruther, por ejemplo, se honraron manteniéndose en sus puestos, á pesar de que sus rivales habían empezado ya á solicitar electores en colegios; pero eran más numerosos los que colocaron sus intereses electorales por encima de su deber público. Muchos liberales miraron con indiferencia una legislación sobre la corrupción electoral; veían en ello una proposición que apartaba la vista de la cuestión del escrutinio secreto, ó les parecía que era fácil remediar el mal. Por eso nuestra lucha no tuvo éxito, á pesar de haberla sostenido con energía durante varias noches, y las malas costumbres, que tratábamos de hacer más difíciles, reinaron más que nunca en las elecciones generales que se hicieron bajo el imperio de la nueva ley.

La parte que yo tomé en la discusión general del nuevo *bill* de reforma de Mr. Disraeli, se limitó á pronunciar el discurso que ya he mencionado. Me valí de la ocasión que me procuró este *bill* para proponer formalmente á la Cámara y á la nación las dos grandes reformas que están aún sin hacer en el gobierno representativo. La una, la representación personal, ó llamada con más propiedad, la representación proporcional. Sometí esta reforma al examen de la Cámara en un discurso en que expuse y defendí el sistema de Mr. Hare; más tarde apoyé activamente la medida muy imperfecta que en lugar de ese sistema adoptó el Parlamento para un pequeño número de colegios. Este desgraciado expediente no tenía más valor que el de ser una confesión del mal que no conseguía remediar. Le atacaron, sin embargo, con los mismos sofismas, y se le podía defender en nombre de los mismos principios, como una medida realmente buena. La adopción de esta medida para un corto número de elecciones parlamentarias, como también el establecimiento del voto acumulativo en las elecciones del consejo de las escuelas primarias de Londres, han producido buen efecto. La cuestión de la igualdad de los derechos de todos los electores á una parte proporcional en la representación, ha pasado de la región de la discusión teórica á la de la política práctica, antes de lo que hubiera podido hacerlo sin esta experiencia.

La exposición de mis opiniones sobre la representación personal no tuvo

ningún resultado práctico de consideración ó aparente. No ocurrió lo mismo con la otra proposición que hice bajo la forma de una enmienda al *bill* de la reforma, y que fué el servicio público más importante, y quizá el único verdaderamente importante que presté en calidad de miembro del Parlamento. Pedí que se borrasen las palabras que podían interpretarse como restrictivas del derecho electoral en favor de los hombres, lo cual equivalía á admitir al sufragio las mujeres que, como cabeza de familia ó de otra manera, poseían las condiciones requeridas á los electores varones. No pedir el sufragio para las mujeres en el momento en que se extendía grandemente el derecho electoral, hubiera sido renunciar á él por completo. Había empezado un movimiento sobre esta cuestión en 1866, cuando presenté una petición en favor del sufragio de las mujeres firmado por un número considerable de señoras distinguidas. Pero nadie creía que mi proposición obtuviese más que algún voto perdido; y cuando después de una lucha en que los defensores de la opinión contraria habían demostrado una debilidad extrema, subieron los votos en favor de mi proposición á 73(1), y aun á más de

(1) Contando, dice el texto, los *pairs* y los *tellers*. El *pair* es un miembro que no pudiendo, á causa de una ocupación, votar, conviene con un miembro del partido contrario en que este último se abstenga, bajando así, en igual cantidad, los votos de una y otra parte. Los *tellers* son dos miembros tomados cada uno de un bando, que cuentan los votos en el momento de la votación. (N. DEL T.)

80, fué la sorpresa general, y el aliento que cobramos considerable, pues Mr. Bright era uno de los que habían votado en pro, y esto sólo podía atribuirse á la impresión que en él habían producido las discusiones, pues antes de éstas declaraba que no prestaría su apoyo á la proposición...

Creo que he mencionado todo lo que merece la pena de contarse sobre mis actos en la Cámara; pero esta enumeración, aunque fuese completa, no daría más que una idea imperfecta de mis ocupaciones durante este período, y sobre todo del tiempo que absorbía mi correspondencia. Durante varios años antes de mi elección para el Parlamento, recibía continuamente cartas de extranjeros, casi todas dirigidas al filósofo; se me proponían dificultades ó me comunicaban ideas sobre cuestiones que se referían á la lógica ó á la economía política. Como todos los que tienen un nombre en economía política, llovían sobre mí teorías superficiales y proposiciones absurdas, porque siempre hay gentes que poseen un medio de dar á todo el mundo el bienestar y la felicidad, por alguna ingeniosa reorganización del sistema circulatorio. Cuando los autores de las cartas daban en ellas prueba de una inteligencia suficiente para que valiese la pena de tratar de llevarlos al buen camino, procuraba yo demostrarles sus errores. Esto duró hasta el momento en que el desarrollo creciente de mi correspondencia me obligó á despacharla con brevísimas contestaciones. Había, sin embargo, algunas comuni-

caciones que merecían más atención; me señalaban errores de detalle de mis escritos, que me obligaban á corregirlos. Este género de correspondencia se multiplicó, naturalmente, á medida que se multiplicaban los asuntos sobre que yo escribía, sobre todo los relativos á metafísica. Pero cuando entré en el Parlamento, empecé á recibir cartas sobre desgracias privadas y sobre toda clase de asuntos imaginables, relacionados con negocios públicos de todo género, aunque ninguno se relacionaba con mis conocimientos ni con mis ocupaciones. No eran mis electores de Westminster los que me imponían esta carga; éstos observaban con gran fidelidad las condiciones que les había impuesto para representarlos. También recibía de vez en cuando la petición de algún cándido joven de que le consiguiera un destino del gobierno; pero había pocas cartas de este género, y lo que prueba lo sencillos é ignorantes que eran los que las escribían, es que recibía igual cantidad de ellas, cualquiera que fuese el partido que estuviese en el poder. Yo contestaba siempre que era contrario á los principios con arreglo á los cuales me habían elegido, el solicitar favores de ningún gobierno. Mis electores fueron los que menos trabajo me dieron. Mi correspondencia crecía, sin embargo, de tal modo, que llegó á ser una carga insoportable.

.....
 Mientras fuí miembro del Parlamento, me vi reducido á no trabajar en mis obras más que en tiempo de vacacio-

nes. Durante este período escribí, además de mi opúsculo sobre Irlanda, que ya he citado, mi ensayo sobre Platón, publicado en la *Revista de Edimburgo* y reimpresso en el tercer tomo de mis *Disertaciones y discusiones*; también escribí el discurso que, según costumbre, pronuncié en la Universidad de Saint-Andrew's, de la cual había tenido la honra de ser elegido rector por los estudiantes. En este discurso expresé muchas ideas y opiniones que se habían acumulado en mi espíritu, relativas á los diversos estudios que constituyen una educación liberal, á su aplicación, á la influencia que ejercen, y á la manera de dirigirlos, si se quiere que su influencia sea ventajosa. Afirmaba en él que la suprema importancia que bajo el punto de vista de la educación tienen los antiguos estudios clásicos y los nuevos estudios científicos, estaba basada sobre razones más poderosas que las que emplean la mayor parte de sus defensores. Demostraba que únicamente la ineficacia y la tontería de la enseñanza habitual pueden presentar esos estudios como rivales, en lugar de no ver en ellos más que á dos aliados. Con esta argumentación me parecía que ayudaba y estimulaba el progreso, que felizmente se ha desarrollado en los institutos nacionales de alta educación, y propagué ideas más justas sobre las condiciones de la cultura más elevada del espíritu, que las que encontramos hasta en hombres de una educación superior.

En la misma época empecé un trabajo que acabé en cuanto dejé de ser

miembro del Parlamento; era para mí el cumplimiento de un deber hacia la filosofía y á la memoria de mi padre. Preparé y publiqué una edición del *Análisis de los fenómenos del espíritu humano*, de mi padre, á la cual añadí notas que colocaban las doctrinas de esta obra admirable á la altura de los más recientes progresos de la ciencia de la filosofía. Esta edición fué obra de varias personas. La parte psicológica fué tratada casi á medias por Mr. Bain y por mí; Mr. Grate suministró notas preciosas sobre cuestiones de historia de la filosofía que el texto trataba alguna vez; por último, Mr. Andrew Findlater llenó las lagunas del libro, que provenían de la imperfección de los conocimientos filológicos en la época en que el libro se escribió. El *Análisis* había aparecido en una época en que la corriente metafísica llevaba á una dirección opuesta á la de la psicología de la experiencia y de la asociación; por eso no obtuvo todo el éxito que merecía, aunque hizo una impresión profunda sobre gran número de inteligencias; había contribuido poderosamente á crear para la psicología asociacionista la atmósfera favorable de que gozamos ahora. Muy propia para servir de manual de la metafísica experimentalista, sólo necesitaba ser enriquecida en algunas partes, corregida con arreglo á los resultados de trabajos más recientes de la misma escuela filosófica, para estar, como está hoy, al lado de los tratados de Mr. Bain, y á la abeza de las obras dogmáticas sobre la filosofía analítica.

En el otoño de 1868, fué disuelto el Parlamento que había votado la ley de la reforma, y en las elecciones fuí derrotado en el colegio de Westminster. Esto no me sorprendió ni sorprendió á mis principales partidarios, aunque en los últimos días que precedieron á la elección tuvieron más confianza que antes. Mi derrota no necesita explicación; lo extraño es que fuese yo elegido la primera vez, ó que después de haber sido elegido, me hayan derrotado. Hay que decir que los esfuerzos que se hicieron para luchar contra mí fueron mayores la segunda vez que la primera. En primer lugar, el ministerio tory combatía por su existencia, y el triunfo, donde había que luchar, era para él de grandísima importancia. Además, todas las personas que tenían sentimientos aristocráticos, estaban más resentidas personalmente contra mí que la primera vez. Algunos que me habían sido favorables en un principio, ó que se habían mostrado indiferentes, se habían convertido en adversarios violentos de mi reelección. Como yo había demostrado en mis escritos políticos que no ignoraba los puntos débiles de las opiniones democráticas, se habían hecho la ilusión algunos conservadores de que yo era en el fondo un adversario de la democracia. Por ser yo capaz de examinar la cuestión bajo el punto de vista conservador, auguraban que como ellos sería incapaz de verla del otro lado. Si hubiesen leído bien mis escritos, hubieran sabido que después de reconocer todo el valor de los argumentos

serios que se dirigen contra la democracia, me pronunciaba sin vacilar en su favor deseando que se le procurasen instituciones que estuviesen en armonía con su principio, y combinadas de modo que previniesen sus desventajas. En el número de estos remedios estaba la representación proporcional, y en este punto ningún conservador me prestó su concurso. Algunos torys fundaron esperanzas en la aprobación que yo había dado al principio del voto múltiple, bajo ciertas condiciones; suponían que el pensamiento de una de las resoluciones que Mr. Disraeli propuso á la Cámara, y que no encontró favor, por lo cual no se insistió en ella, podía haber sido inspirado por lo que yo escribí sobre esta cuestión. Si esto es cierto, consiste en que olvidaron que yo había puesto por condición expresa del voto múltiple, que el privilegio de este voto se concedería á la educación, no á la propiedad, y que aun bajo la forma que yo aceptaba, no aprobaba la pluralidad de los votos más que en la hipótesis del sufragio universal. Si hubiese lugar á duda, fácilmente se vería que la pluralidad de votos es inadmisibile bajo el régimen inaugurado por la ley de reforma que rige en Inglaterra, sólo con considerar lo poco que pesan en nuestras elecciones las clases trabajadoras, aun bajo la ley que no da más votos á un elector que á otro.

Al mismo tiempo que me había hecho más odioso á los intereses aristocráticos y á muchos conservadores liberales, la línea de conducta que había

seguido en el Parlamento no era muy á propósito para inspirar simpatías á los liberales. Ya he dicho que las ocasiones en que más figuré nacían, sobre todo, de las cuestiones en que me separaba de la mayoría del partido liberal, ó de las cuales se ocupaba poco, y que eran pocas aquellas en que mi conducta hubiera podido hacerme valer como órgano de sus opiniones. Yo había hecho además muchas cosas que habían despertado en algunas personas una prevención personal contra mí. Otros se habían ofendido por lo que llamaban la persecución de Mr. Eyre. Cometí un crimen mayor al suscribirme para los gastos de la elección de Mr. Bradlaugh. Me había negado á hacer gastos para mi propia elección: todo lo que costó había sido pagado por otros; me creí, pues, obligado á suscribirme en favor de los candidatos cuya elección me era simpática, cuando faltaban fondos para los gastos de elección. Me suscribí para casi todos los candidatos de las clases trabajadoras y para Mr. Bradlaugh, entre otros. Tenía el apoyo de los obreros. Yo lo había oído; yo sabía que era todo lo contrario de un demagogo, puesto que se había colocado resueltamente en oposición contra la opinión dominante en el partido democrático en dos cuestiones importantes: el maltusianismo y la representación personal. Me parecen necesarios en el Parlamento hombres de su temple, que, participando de los sentimientos democráticos de las clases trabajadoras, juzgan las cuestiones políticas con indepen-

dencia y tienen el valor de afirmar sus convicciones contra la oposición popular. Tampoco creí que las ideas anti-religiosas de Mr. Bradlaugh, aunque las expresaba de un modo muy radical, fuesen una razón para excluirle. Quizá al suscribirme en favor de su elección hubiese cometido una gran imprudencia si me hubiera visto libre de considerar tan sólo los intereses de mi propia reelección. Como debí preverlo, se sacó de este acto todo el partido posible, por todos los medios legales é ilegales, á fin de excitar contra mí á los electores de Westminster. A estas causas vino á añadirse el abuso descarado de las distribuciones de dinero y de otro género de influencias de parte de mi competidor tory, mientras que por la mía no daba ni ofrecía nada. En cuanto se conoció el resultado de la elección recibí tres ó cuatro ofertas de otros tantos colegios, sobre todo en los condados. Aunque el éxito hubiese sido probable y pudiera haberlo obtenido sin gastos, no estaba yo dispuesto á privarme de la dulzura de entrar de nuevo en la vida privada. No me sentía humillado porque me hubiesen rechazado los electores, y en cambio las numerosas expresiones de sentimiento que recibía de toda clase de personas y de todas partes, sobre todo de los miembros del partido liberal del Parlamento, me compensaban el disgusto que me hubiera podido causar la derrota.

Después de esta época han pasado en mi vida pocas cosas que sea necesario consignar aquí. Volví á mis an-

tiguas ocupaciones y gocé otra vez del placer de la vida del campo en el Mediodía de Europa; placer que interrumpía dos veces al año, pasando unas semanas en Londres. He escrito varios artículos en publicaciones periódicas, sobre todo en la de mi amigo Mr. Morley *Fortnightly Review*. He pronunciado algunos discursos sobre acontecimientos públicos. He publica-

do la *La Esclavitud femenina*, escrito algunos años antes y enriquecido con algunas adiciones.

.
He empezado á preparar materiales para nuevos trabajos, de los cuales me ocuparé de un modo especial, si vivo bastante para concluirlos. Aquí deben, pues, terminar por el momento estas Memorias.

STUART MILL.

UNA GRAN FIGURA LITERARIA

Hace algún tiempo que me desasosiega una gran figura literaria; la de Sainte-Beuve. Años hace que el eminente crítico sucumbió, y me parece llegado el momento oportuno de decir, acerca de él, lo que piensa conmigo la generación presente. Pero, á la verdad, quien menos nos interesa es Sainte-Beuve: lo más interesante para nosotros es analizar el importante papel, por él desempeñado, en nuestra literatura de los últimos cincuenta años. Porque es indudable que Sainte-Beuve ha personificado una etapa literaria, la más interesante y decisiva de nuestros tiempos.

La crítica de este crítico se impone hoy, para señalar dónde se hallaba él hace veinte años y dónde nos encontramos hoy nosotros.

Desde principios del siglo, los períodos literarios se suceden con precipitación asombrosa. Cada veinte años el terreno social, como las obras que él produce, se modifican de tal manera, que es utilísimo y por demás instructi-

vo hacer el balance de cada período recorrido, á fin de poder determinar el que le ha de seguir. He aquí, pues, por qué yo me contraigo á Sainte-Beuve sintetizando, como sintetizó á mi juicio, su época literaria con gran inteligencia y con esfuerzó de sinceridad inimitable. Estudiando á Sainte-Beuve, obtendremos el exacto conocimiento del espíritu de la época que abarca, desde el año 1825 al año 1870. Bastará al objeto, reconstruir de nuevo algunos de los procesos literarios—en los cuales creyó Sainte-Beuve haber dicho la última palabra—para deducir si ha ó no lugar á admitir sus juicios. Para tal labor, apoyaremos en documentos ciertos nuestros modos de pensar actuales. Será, pues, éste el pasado comentado y juzgado por el presente.

Claro es que yo no me voy á ocupar más que de Sainte-Beuve crítico, dejando á un lado al poeta, al novelista y al historiador. Del mismo modo excogitaré, de entre el gran cúmulo de artículos escritos del momento por Sainte-Beuve, los que publicó acerca

de algunos de sus contemporáneos, para hacerme entender en materia de todos conocida. Porque lo que importa es colocar al crítico moderno frente á frente de la moderna producción; es decir, á Sainte-Beuve juzgando á los más ilustres escritores de su tiempo. Si yo me decido á examinar algunos de sus estudios sobre las obras de los siglos pasados, no será más que por buscar el origen de sus opiniones y mejor explicar sus tendencias, dentro del grupo literario en que sobresalió. En una palabra: voy á procurar sorprenderle en ese momento histórico, de tanta enseñanza para la crítica francesa, cuando comenzaron á separarse con Sainte-Beuve del oneroso yugo de la metafísica y de la retórica, aceptando la obra de los tiempos modernos, no sin hacer á cada paso sus retrocesos á través del pasado. Nada mejor que este proceder señalará la gran ventaja del punto de mira naturalista, por el cual se dirige nuestro siglo á pasos de gigante.

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS DEL

Sainte-Beuve mismo ha escrito esto: «Para el conocimiento del hombre no se ha tomado por punto de partida otra cosa, casi siempre, que sólo su espíritu. En tanto no se hayan hecho sobre un autor cierto número de indagaciones, no es posible conocerlo por entero.

¿Cómo piensa en materia de religión? ¿Cómo siente la naturaleza? ¿Cómo se ha conducido en el capítulo de las mujeres? ¿Cómo sobre el artículo del dinero? ¿Es rico? ¿Es pobre? ¿Cuál es su manera de vivir ordinaria? etc. Ninguna de las respuestas á estas preguntas, es indiferente para juzgar al autor de un libro y al libro mismo.»

Bueno: pues aplicando á Sainte-Beuve el método de Sainte-Beuve, este método, que ha servido de base á la crítica científica, se hace preciso empezar nuestro trabajo por algunas consideraciones biográficas. Mucho se ha escrito acerca de Sainte-Beuve; pero, á la verdad, ninguno de los escritos publicados han causado tan honda sensación como el volumen, recientemente dado á la estampa por M. A. J. Pons, titulado: *Sainte-Beuve íntimo* (1). M. Pons fué uno de los numerosos confidentes de Sainte-Beuve, circunstancia que da cierta autenticidad á sus noticias. Lo que con más ahinco parece trata de señalar M. Pons en su libro citado, es el temperamento amoroso del eminente crítico; es decir, la gran influencia en él ejercida por la mujer. M. Pons parece haberse propuesto responder á Sainte-Beuve, á esas mismas cuestiones que él ordenó y llevó á cabo en parte, al tratar de cada autor sometido á su aná-

(1) *Sainte-Beuve y sus inconnues*, dice el texto. En la imposibilidad de adaptarlo convenientemente en castellano, hemos adoptado *Sainte-Beuve íntimo*, porque, en realidad, el libro de M. Pons, á que se refiere Zola, no es otra cosa que una parte de las *Memorias íntimas* del eminente crítico.

lisis. ¿Cómo se condujo Sainte-Beuve en el capítulo de las mujeres? Y M. Pons nos responde con tal lujo de detalles, con tal abundancia de documentos, que han llegado á ser motivo de escándalo para muchos, creyendo que así se profanaba la memoria de un muerto ilustre. La nota sensible me es indiferente, y, por mi parte, prometo no terciar en el debate. Ahora bien; lo que hace falta averiguar es si esos documentos que M. Pons nos presenta son auténticos. Efectivamente; son de una autenticidad irreprochable. Porque M. Pons, con muy buen acuerdo, se ha contentado frecuentemente en su libro con dejar la palabra al mismo Sainte-Beuve. El es, pues, quien nos da su propia autobiografía en fragmentos, todos ellos interesantísimos, engendrados en los momentos en que el hombre sentía la necesidad de expansionarse confidencialmente. Por otra parte, y aun que esto no existiera, Sainte-Beuve se ha reflejado lo bastante en muchos lugares de sus escritos, si bien procurando ocultarse tras transparente velo. El trabajo, de pura compilación, hecho por M. Pons, podía haber sido hecho por todo el mundo; pero al fin él nos ofrece absoluta certidumbre. En cuanto á lo demás de la obra, el biógrafo parece haberse atendido solamente á los hechos por él conocidos ó presenciados, viviendo como vivió en la intimidad de Sainte-Beuve. Y, sin embargo, ciertos hechos del eminente crítico que M. Pons nos cuenta, han sido rebatidos calurosamente por otros confidentes que acusan al biógrafo de haber

adulterado ó cambiado las cosas. La materia es delicada. Pero más adelante veremos de qué parte se halla la razón.

Después de todo, no es mi intención aprovechar en este estudio los detalles puramente episódicos. Me contentaré sólo con los grandes rasgos, porque hay en éstos terreno bastante sólido para el análisis. Lo que nadie podrá negar es el papel importantísimo que la mujer ha jugado en la vida de Sainte-Beuve. Ya él era de complexión galante, en el verdadero sentido de la palabra, y nadie comprenderá bien su temperamento literario, que no analice su temperamento amoroso. Sainte-Beuve era todo un femíneo (1); como tal se ha caracterizado en el escritor como en el hombre. M. Pons nos relata la serie de sus amores: un primer afecto de niño sincero al principio, después los desbordamientos del joven abandonado al vicio de las seducciones callejeras de París; más tarde un efluvio de pasión que tuvo por un momento grande influencia sobre sus creencias literarias y religiosas; luego buscó afanoso el tibio nido de los *ménages à trois* (2): él añade una unión mundana á seguida de una tentativa de casamiento que fracasó, y mientras llega la edad de

(1) *Femenin* dice el texto. El autor usa de esta palabra en el sentido de gran sensibilidad física y psicológica, no en el concepto de adamado, como pudiera suponerse.

(2) Hemos conservado la frase en su originalidad por ser una de las más características del gran mundo parisién. Significa la triple colectividad de la mujer, el marido y el amante viviendo en plácida conformidad bajo el mismo techo.

la reflexión se suceden una serie no interrumpida de ayuntamientos con queridas y muchachuelas vividoras, sin perjuicio de los encuentros fortuitos de la calle. El caso fisiológico es patente y se nos presenta como el caso más notable que yo conozco. Sainte-Beuve se parece mucho al barón Hulot de Balzac; pero, entiéndase, aludo en cuanto al desenvolvimiento de la pasión y no al del drama. Si me decido á hablar de asunto tan delicado no es como crítico, sino como novelista. ¡Y qué documentos más preciosos, al efecto, nos suministra el libro de M. Pons! Nosotros somos incapaces de inventar nada parecido. Es preciso haber sentido palpitar la naturaleza viviente para crear tal drama humano, basado en hechos tan simples. Sí; he aquí la novela que yo pienso escribir ahora: una simple biografía, el análisis de un hombre.

Nada más curioso, al efecto, que las relaciones de Sainte-Beuve y Jorge Sand. Ella ama á diversos y él nunca fué más que el amigo complaciente de la autora de *Mauprat*. «Después que Sainte-Beuve se hubo dado de baja, á sí mismo—dice M. Pons—reservósele el papel de confidente, de consejero, de confesor... y no oso decir más: bien que será difícil contener la sonrisa al considerarle desempeñando tales servicios. Pero si él no se hubiera apresurado antes de morir á publicar las cartas que escribiera, sin duda con el consentimiento de Jorge Sand, jamás se hubiera enterado nadie hasta qué punto ellos habían llegado, el uno en su

complacencia, y la otra en su despreocupación.» En los extractos que siguen veráse á Jorge Sand pidiendo á Sainte-Beuve que procure atraerle sus amigos, y discutiendo si ella ha de decidirse por Alejandro Dumas ó por Alfredo de Musset, pareciendo por fin inclinarse hacia Jouffroy, el filósofo, para luego caer del lado de Musset. En cuanto á Sainte-Beuve, parece complacerse en proporcionarle el amante deseado, desde el momento en que ya él no puede serlo. Este es un placer, que conocen muy bien los femíneos, esos que viven eternamente entre las faldas de las mujeres. Ocuparse del bien de los otros, servir de intermediario en las intriguillas amorosas, atraer al amante rehacio, rendirle homenaje y conmoverle si se halla frío, lleno de gratitud y los ojos humedecidos por la ternura.

Esto es una *buenahombria* voluptuosa que delinea un temperamento. M. Pons cita á su vez estas líneas de Sainte-Beuve: «Algunas veces me hago la ilusión de Eliseo: cada uno de nosotros busca afanoso los dispersos restos de un grupo querido, al cual trata de unirse: el grupo mío, ya lo he dicho diferentes veces, es el de los adúlteros (*moechi*), esos que son tristes como Abbadona, misteriosos y soñadores hasta en el mismo seno del placer, y que viven siempre en una voluptuosa ternura.» Esto es toda una confesión; qué digo, más que una confesión, todo un desbordamiento de amorosa poesía. Sainte-Beuve, mucho más que un poeta fatalista, poseído de la melancolía ro-

mántica, parécese á un hombre que pretende instalarse en familia en busca sólo de su bienestar. M. Pons le pinta así: «Obteniendo poco, demanda menos, y por tanto, se halla satisfecho.» Tal se nos muestra en estos misterios de la alcoba donde él nos introduce. Jamás le he contemplado, mordido el corazón de la rabia celosa de Feydeau, tan pomposamente descrita en Fanny. Muy al contrario: el esposo, en su majestad olímpica, sólo le inspira deferente respeto. ¡Con qué arte sabe introducirse en su confianza! ¡Con qué sutileza sabe endulzarle la amarga copa! Sólo los que le hemos visto en acción podemos saberlo. El *foyer* que caldea sus sentidos y conmueve su ternura, es para él cosa sagrada. Ante la superioridad del marido, Sainte-Beuve se inclina humilde, haciendo sonar en su holocausto la aduladora trompeta, y repite sus dichos y palabras como el eco engañador. ¡Qué retrato más admirable del amante ilustrado, del amante conteniendo las violencias de la pasión, contrariando su propia naturaleza, doblegándola á todas esas sutilezas culpables que constituyen el embeleso de su vida. Pero es preciso ir hasta el fin. A medida que Sainte-Beuve envejece, los documentos se hacen más interesantes. He aquí un hecho para ejemplo. Sainte-Beuve vivía con una jovencueta, hija de familia, que, al fin de algún tiempo, sucumbe de una afeción al pecho. Al instante se presenta el padre, un aldeano...; pero dejo hablar á M. Pons: «En cuanto expiró la joven, presentóse el padre reclaman-

do su parte de herencia, los tapices, los muebles... ¡qué sé yo!, á pretexto de que su hija había juntado sus bienes, su fortuna, con la del amante: amenaza con entablar un proceso si no se le atiende, y aprovechándose de la inexperiencia de Sainte-Beuve en los negocios, consigue arrancarle doce mil francos.» Esto es Balzac puro; y eso que Balzac, en sus obras, no fué tan lejos en la rapacidad de un padre y en la turbación de un amante que paga por evitar un escándalo. Todo nuestro temperamento de novelista se enardece ante documento parecido: he aquí la verdad en el hombre; he aquí la descomposición producida en el mecanismo social al ímpetu de una pasión. Nosotros no hacemos más que señalarla. En casa de cada hombre, el hecho sólo tendría el valor de un documento aislado: en Sainte-Beuve, este documento tiene una significación más interesante, más trascendental, puesto que es un elemento de análisis, obrando en momento determinado sobre un hombre de letras, del cual estudiamos la inteligencia.

Tomaré ahora de M. Pons una anécdota. Hallábame una noche en el Teatro Francés con Sainte-Beuve y una dama, querida de éste. M. Eduardo Thierry, á la sazón director del teatro, vió al ilustre crítico instalado en un mal palco, y vino á ofrecerle otro mejor. Yo cito: «Levántase Sainte-Beuve para descender: el galante director ofrece el brazo á Jenny; Sainte-Beuve les sigue, llevando con toda precaución y miramiento el abrigo y el sombrero

de la amiga: yo cerraba la marcha... pero sin llevar nada, como el tercer paje de Marlborough, pero considerando entre mí qué distinguidos privilegios consigue en París la juventud y la belleza: porque esta mujer, á quien estos dos hombres sobresalientes prodigan ahora sus atenciones y homenajes, mientras ella los acepta pavoneándose por los corredores dándose aire de duquesa, era la misma que yo había visto, la noche antes, en el baile Constant, ¡y Dios sabe lo que es este baile!, polcando furiosamente y amorosamente estrechada por los brazos de un Alfonso de *barrera*. » (1).

¡Qué precioso estudio humano! ¡Qué caso más bello para el análisis! ¡El hecho es demasiado realista para que no sea exacto! Voy escogiendo las citas de modo que no pueda darse por aludida ninguna personalidad: porque hay en el libro de M. Pons otras escenas en las cuales los personajes que en ellas fueron actores aún viven. Pero volvamos á los grandes rasgos del carácter de Sainte-Beuve, que son los únicos que me son necesarios al fin del presente estudio.

Lo que en Sainte-Beuve es eterno es el deseo de la mujer, pero es menor el deseo físico el que en él domina que el deseo de conversación y compañía. A Sainte-Beuve le es necesaria la mujer hasta en el aire que respira; vive beatíficamente en medio de ellas, y cuanto más, sólo se contenta con el

aroma, con un gracioso gesto, con escuchar su voz. Ha realmente vivido entre la sociedad de las mujeres; sus relaciones de pura complacencia con Mad. Sand, son típicas. En adelante, sólo siente por las jóvenes que entretiene ternuras de padre: se le vuelve á encontrar embebido en esta adoración sexual pasiva, en los hogares donde él hace su nido y en las demás relaciones mundanas que añade. Lo brutal de la pasión no aparece en él sino cuando aguijón más excitante le arroja á la calle tras la conquista del vicio. Una célebre princesa decía de él: « ¡Oh! ¡Sainte-Beuve es un hombre á ellas! » Y la expresión es exactísima; porque él las ama á todas, vivió de su aliento y se hizo su doméstico cuando ya no puede ser su amante.

Réstame un último análisis sobre este punto. Sainte-Beuve, jovenzuelo, vive libre y á su gusto en una honestidad perfecta, rindiendo su inteligencia un alto respeto al talento y al trabajo. Solamente que, según yo creo, fué á buscar en su temperamento amoroso el rasgo característico de su talento de escritor. Le he llamado femenino; su flexibilidad de criterio, su honor por los extremos, su gusto por los matices, un refinamiento de análisis y estilo complicado, apoyan mi convicción. Añádase á esto el deseo constante de obtener la verdad en esta naturaleza de gata dengosa, rasguñadora y ronronante (1), y obtendréis la

(1) Como si dijera hombre de *barrio bajo*, amante soez y chabacano.

(1) Del *ron-ron* que hacen los gatos cuando se hallan satisfechos.

confirmación en el caso de Sainte-Beuve. Domina en él una inteligencia, aun en medio de los mayores transportes del deseo físico; jamás una aventura amorosa le ha hecho perder una hora de trabajo; esto es lo que más prueba el egoísmo de su pasión. El amante vive al lado del marido sin sentir el acicate de los celos; nunca se deja avasallar por las catástrofes fatales de sus enlaces mundanos; y si al pronto siente la herida, presto recobra la calma en su querido gabinete de estudio. He aquí, pues, á Sainte-Beuve de cuerpo entero: casero, viviendo con sus libros, adorando el mundo, sobre todo los salones donde reencuentra á las damas, atrayendo diariamente mujeres á su lado como cualquiera otro mete flores en un búcaro, que coloca sobre la mesa de trabajo, prosiguiendo tranquilamente la página comenzada, sea que él vuelva del lío mundano ó del vicio de la calle, sea que él vuelva de la morada vecina donde encontró un serrallo á su gusto. El deseo de comprender y de expresar eso que él creyó siempre la verdad, resta en definitiva al maestro después de la crisis de sus sentidos ya calmados. No guarda en sí más que una especie de dulce sensación de la última frase, más que una como percepción ligera, aminorada y apenas latente, que una representación visible del aroma de la mujer, del que se halla saturado merced al continuo contacto con ellas, gozando sus caricias, sufriendo sus perfidias y sus cóleras nerviosas. Vuelve, pues, á encontrarse la mujer, en ese

amor de la gracia que él ha confesado en todo tiempo; como si la mujer, que nada entiende de esa su comprensión extraña, engrandeciendo más y más el dominio de sus sensaciones, no hubiera muerto en él más que una cosa: el sentimiento y la admiración de la fuerza. Esto es lo que vamos á tratar de investigar en seguida.

Pero antes voy á indicar brevemente las grandes fases de la vida de Sainte-Beuve, que han podido tener alguna influencia sobre su talento crítico.

Después de haber hecho grandes estudios, dedícase algún tiempo al conocimiento de la medicina; el analista y el anatomista parten de aquí. Apasionase en seguida por el griego y trata de penetrar la antigüedad en su realidad viviente.

Puede decirse que, desde este momento, Sainte-Beuve se sitúa en equilibrio en medio de esa literatura clásica hacia la cual le inclinan sus estudios preparatorios, y esa otra literatura moderna que, en su examen de las ciencias, acierta á ver como próxima al triunfo. Sus artículos nos lo mostrarían siempre titubeando, salvándose á fuerza de equilibrio, aclamando las obras modernas, y luego, horrorizado, retrocediendo hacia las obras del pasado donde cree hallar reposo. Su hervor de fiebre romántica no fué más que un momento de pasión, de la cual logró curarse en breve. El poeta fué avasallado por el crítico, por el curioso investigador á quien consume el deseo de saberlo todo, de darse explicación de todo. De aquí sus cua-

renta años de crítico periodista, juzgando las publicaciones al día. Hoy por hoy, sólo la memoria del crítico subsiste; apenas nadie recuerda al poeta y al novelista; pocos tienen presente al maestro y se han olvidado por completo del historiador de Port-Royal, para ocuparse exclusivamente del crítico, que ha legado sus juicios al por mayor sobre nuestra literatura, si bien no completos y decisivos. Creo innecesario precisar más la vida de Sainte-Beuve, como por ejemplo: su paso por la biblioteca Mazarino; sus lecciones en Génova y Bruselas; su curso del colegio de Francia, interrumpido por un tumulto; su ingreso en la Academia; su asiento en el Senado, donde su defensa de Renan produjo un soberano escándalo; sus alardes de libre pensador que fueron imitados por la juventud escolar, etc.; es, en fin, su existencia entera, la de un escritor que da dictadura al libre examen, haciendo progresar las letras, después de todo, á impulsos de ese afán de la verdad que alimenta su vida entera. Sainte-Beuve es un hombre de salón á la vez que de biblioteca, un pié en el antiguo régimen y otro en el moderno; regodéale verse recibido en ciertas mansiones aristocráticas y desdeña lo que á la inteligencia no engrandece. En Sainte-Beuve había, lo repito, una extraña mezcla de pasado y de presente. En resumen: Sainte-Beuve señala en la historia de la crítica francesa un período de transición.

Esto último es lo que me propongo demostrar en adelante, apoyándome

en documentos de certeza indestructible.

II

¿Qué idea tenía Sainte-Beuve acerca de su papel de crítico? Encuentro datos preciosísimos, al efecto, en un artículo suyo publicado sobre Boileau. «Boileau—dice—es uno de los hombres que más me han preocupado desde que me dedico á la crítica, y con el cual más coincido yo en ideas. Pienso muy á menudo en lo que él significó, recordando al propio tiempo lo que ahora nos falta.»

El sentimiento de Sainte-Beuve, sutilmente esgrimido, es en este caso, no me cabe duda alguna, el de no haber podido él desempeñar, durante el período romántico, el papel que Boileau desempeñó, según Sainte-Beuve, durante el período clásico del siglo de Luis XIV. Su teoría es que Boileau ha resumido todo su siglo. «Los grandes talentos de su tiempo y sucesivos no le han rendido el debido tributo en lo que realmente ha constituido su más legítima gloria. Y sin embargo—yo así lo creo—Racine no hubiera pasado de *Beracine*, Lafontaine de sus *Fábulas y cuentos*, y aun el mismo Molière de sus *Scapins* (1), alcanzando después

(1) Hombres intrigantes: especie de bufones de la comedia italiana que Molière introdujo en la escena francesa.

la altura del *Misántropo*.» A la verdad que esta hipótesis, si muy seductora, es bien irregular. Nada más contrario á la verdad que suponer, como lo hace aquí Sainte-Beuve, que sin Boileau los genios de Molière, Lafontaine y Racine no hubieran podido llegar á desplegarse por completo. Atribuir á la crítica, aun á la crítica más sensata, tal influencia, me parece del todo exagerado; tanto más, cuanto el crítico — como le nombró Sainte-Beuve — es simplemente un retórico. Sainte-Beuve, siempre refractario á las hipótesis, nos encaja aquí una de marca mayor.

Pero lo más interesante está en las líneas que siguen.

«¿Saben Vds. lo que les hace falta á los poetas de nuestros días, sobrados por otra parte de facultades naturales, de esperanzas é imaginaciones sorprendentes?... Pues un Boileau y un rey ilustrado; el uno apoyando y consagrando al otro. Hoy los hombres de talento se mueven en medio de un siglo de anarquía é indisciplina, y ó se dirigen hacia el porvenir sin rumbo fijo, ó se dejan llevar, no como nobles genios, ni aun como hombres, sino como escolares. Ya estamos viendo el resultado.» Todo esto es radicalmente falso. Dejo á un lado lo del monarca ilustrado y voy á lo que interesa: imaginar un Boileau viniendo á imponernos la ley de 1830, es una idea indigna de un crítico que conoce la historia y que se da clara idea de los grandes movimientos literarios. Los Boileau sólo aparecen después de las grandes revoluciones literarias, cuando ya se ha con-

quistado el terreno y se hace preciso un sistema de buena policía. En 1830, un Boileau hubiera parecido tan fugaz como el relámpago, aun admitiendo que el tal pudiera producirse: porque cabalmente el motín tenía por objeto echar abajo las fórmulas de todos los Boileaus pasados y presentes. Así, pues, nada hubiese conseguido quien tal imposible intentara: hubiese servido tan sólo de mofa y escarnio, y quizás, pasada la tormenta, él mismo se hubiera abandonado á la invasión, como le ha sucedido á Sainte-Beuve mismo. He aquí la verdad de los hechos.

De todas estas hipótesis deslumbradoras del eminente crítico, puede deducirse que Sainte-Beuve soñó con ser el regente de nuestra literatura. La crítica fué para él arma que corrige, palmeta con que procuró en vano corregir á sus contemporáneos calentándoles los dedos para procurar la enmienda. Clama en nombre del buen gusto, y pretende imponer sus decretos. Es la misma idea de La Harpe: luego veremos aparecer la concepción de M. Taine. Puedo asegurar, entre tanto, que Sainte-Beuve se agitó entre ambos. Es la transición de la crítica pedagógica á la crítica científica.

Veamos de aclarar en lo posible eso de la crítica que corrige.

Cierto, sí, corrige; pero entendámonos. Cuantas veces se demuestra la verdad de su objeto, esa verdad tiene una utilidad práctica. Así, pues, he aquí que Sainte-Beuve en nada ha imitado á los románticos. Cuantas ver-

dades él les dijo, germinan hoy en contra arrancando á la nueva generación de la corriente de lirismo del año 1830. Pero, en realidad, jamás esas verdades han existido, y, por tanto, no han podido ser útiles á los románticos. Ni un escritor de genio, ni un gran talento literario, corrigen; porque sólo la personalidad es la que impone los defectos como las buenas cualidades. Los que pueden corregirse á impulsos de un escritor de genio y de un talento literario sobresaliente, no son más que torpes medianías, cuyo temperamento es de cera; y poco importa si los mediocres son ó pueden ser más ó menos mediocrementemente perfectos. Y al fin venimos á parar á esta conclusión: que estimar la crítica por el lado más insignificante y pretender sacar de ella un provecho problemático; supone que puede convertirse en maestro de los contemporáneos. El gran papel suyo es abrazar toda una época, ver de dónde viene y á dónde va, decir claramente lo que ella significa, no para cambiar un ciclo literario, pardiez, porque tal labor es imposible, sino para que la generación del mañana disfrute el espectáculo verdadero de la generación del presente. Sondead el precipicio del romanticismo, y seguramente que no podréis evitar ya que un solo romántico dé su última voltereta; en cambio podréis detener al borde del abismo á la juventud que por vuestro lado pasa. No otra misión tiene la verdadera crítica.

Hay que tener en cuenta, que el artículo citado sobre Boileau data del

año 1852, y no es, por tanto, uno de los primeros trabajos del crítico. Sainte-Beuve, á medida que avanza en edad, adquiere más flexibilidad de espíritu y gana en comprensión; pero avanza poco en el verdadero sentido moderno; muy al contrario, se retrae con más vivacidad hacia el pasado curso, asustado del presente, protestando contra un espíritu literario que él mismo vió nacer y en el cual ha tenido alguna parte. El que tanto se paga de abrir su inteligencia á las cosas más contradictorias, de poder dirigir su vista en todos sentidos, se inquieta ahora, vacila y no quiere ver más. Volveré sobre este caso singular, que es el fundamento del presente estudio.

Sin duda que Sainte-Beuve no carecía de condiciones para ser, como él pretendía, la entidad directiva de las letras modernas. Su amoroso temperamento estaba lejos de poder convertirle en un escritor arrogante y pedantesco, que usase de la literatura híbridamente. Vésele en su crítica, sobre todo la enderezada contra ciertos grupos literarios, usar la detracción minuciosa é insinuante, acompañada de la más perfecta política, preñada de discreteos flageladores, difrazando tras una continua sonrisa lo severo de los juicios.

Sainte-Beuve nos habla continuamente en sus artículos del gusto, del tacto, de la medida, no comprendiendo nunca, á pesar de sus esfuerzos de sinceridad, la potestad de la exactitud científica, la pasión rígida por la verdad aquilatada hasta poderlo decir todo

sin ambages. Eso sí; nos deja entreverlo todo, pero entre sombras, diluyendo sus juicios entre líneas para que los adivinemos. Para desentrañar bien los artículos de Sainte-Beuve, es preciso conocer, antes que lo que critica, el sujeto á que se refiere. Frecuentando constantemente el mundo del arte, huésped asiduo de los salones, pasa el tiempo del estudio de los libros á la conversación con las damas, sin disfrutar de la vida múltiple del gran París, sin estudiar al hombre entre los hombres. Sainte-Beuve habla más que juzga. Todo rigor positivista se conturba cuando se interpone entre las placenteras fluctuaciones de su flexible espíritu, produciendo elementos fijos. Podría multiplicar las pruebas al caso; pero me contentaré con copiar algunas líneas en donde él mismo define muy bien el espíritu literario que le anima.

«El espíritu literario — dice — con su vivacidad y su gracia, consiste en saberse interesar por eso que agrada en una delicada lectura, y por eso, que después de todo, es inútil en sí mismo y que sólo gusta al sentido vulgar, eso que no apasiona por un fin provechoso y positivo, eso, que no es otra cosa al fin, sino el adorno, la flor, la superfluidad inmortal y fugitiva de la sociedad y de la vida. El amor de las letras, en las edades de bella cultura, supone tiempo, curiosidad y desinterés; también supone exquisito gusto y libertad para ir en todos sentidos.» He aquí á Sainte-Beuve todo entero: él comprenderá á todo el mundo, pero jamás entenderá á Balzac. He aquí, pues,

al hombre que, en su efervescente curiosidad, ha fundado la crítica científica. Desentendiéndose de la gramática y de la retórica, ha comprendido al fin que era necesario, ante todo, conocer al hombre si ha de comprenderse al escritor. Son los mismos principios de esa crítica científica que más tarde M. Taine vino á concretar en fórmulas; crítica que se encuentra en Sainte-Beuve diluida en el gran número de sus artículos.

Voy á tomar de aquí y de allá algunos pasajes.

«Es utilísimo — dice — tomar las cosas del principio, sobre todo cuando se tiene la facilidad de estudiar al escritor distinguido y superior, en medio de su país y de su propia raza.» En otra parte escribe: «No seré yo quien vitupere al crítico que nos señale, con detalles precisos, la fisiología de un autor, y los grados de buena ó mala salud que influyen directamente sobre su moralidad y talento.» En otra parte, y esta cita es singularísima: «La mayor parte de los hombres aman poco la verdad, es decir, ese conjunto de cualidades y defectos, de vicios y virtudes que constituyen la verdadera personalidad humana. Ellos ven al hombre y á sus bienes á través en un espíritu, ó todo ángel, ó todo demonio. Esto es equivocar la idea del hombre; es lo mismo que mirar en un espejo la cara de un muerto. ¿Por qué retroceder ante la expresión entera de la naturaleza humana en toda su verdad? ¿Por qué desvirtuar el retrato afeándole ó hermoseándole? De ese

modo haremos el ídolo; jamás conoceremos el hombre » Desde este punto, lo afirmo, la crítica científica es un hecho. Una obra no será ya un libro de estilo sobre el cual combatan gramáticos y retóricos: toda obra es el producto de un hombre, de un temperamento, que es preciso analizar si quiere irse del productor á lo producido. De aquí la manera de proceder de Sainte-Beuve en adelante: todo escritor que toma por su cuenta, no se contenta sólo con leer sus obras; reconstruye su época, hace hablar á sus contemporáneos, á los testigos; agrupa documentos de todas clases, los analiza, y no formula su juicio hasta tanto no conoce el temperamento y los hábitos del autor, el tiempo y la sociedad en que ha vivido. Solamente cuando ya el crítico ha reunido los elementos necesarios, cuando ha desnudado á su autor en su presencia, entonces, entonces surge de pronto el femíneo con su flexibilidad de espíritu y comienza á perderse desorientado en deslumbradoras finezas, cubriendo con hojas de parra al desnudo, para al fin decirnos todo sin haber querido decirnoslo. El erudito por cima, el anatómico por bajo.

¡Qué contraste y qué choque tan característico el de Sainte-Beuve, al encontrarse, hacia el fin de su carrera, con M. Taine. Este último llega con un temperamento completamente opuesto al de Sainte-Beuve.

Gran escritor también, poseyendo la sensibilidad viva y nerviosa del artista, mira con desdén sus cualidades

puramente literarias, y se somete á la rigidez severa del geómetra y del mecánico. En el fondo, M. Taine, continúa á Sainte-Beuve: no hace sino reducir á fórmulas el método empleado por el primero. Ya conocemos esas fórmulas que someten las obras á la cuestión de raza, de medio y de circunstancias históricas, agrupándolo todo para deducir la facultad inteligente de cada autor. Sainte-Beuve también estudia la raza, el medio y las circunstancias históricas; pero no exige en leyes fijas estas influencias, porque es completamente refractorio á toda síntesis científica, como ya lo hemos señalado. En una palabra: Sainte-Beuve sólo admite lo vago, lo indeterminado, pero esplendoroso, deslumbrador del mundo literario; y la idea de que un día puedan servirse de sus propios trabajos para introducir en la crítica de las obras del espíritu las severas fórmulas de la ciencia, le consterna y hace retroceder violentamente hasta Boileau, á través de La Harpe. Lo que él defiende con desesperación y contra sus propios estudios, no es más, lo aseguro, que ese mundo refinado donde se agita, sus salones donde discretea, ese mismo espíritu literario de su tiempo, pero basado en el documento exacto y en las ciencias naturales y experimentales.

El choque fué inevitable entre Sainte-Beuve y M. Taine.

El primero persiste en su flexibilidad de espíritu, en su arte de fundir los genios en una sola hornada. Pero á seguida ataca su propio sistema por el

punto más flaco. La raza, el medio, considera las influencias ciertísimas, con lo que, como evidentemente deben existir algunas otras causas más, no debe formularse conclusión alguna con sólo las conocidas. Yo cito: «Lo que ha de responderse á M. Taine cuando formula una afirmación absoluta, es que entre hechos tan generales como el sol y el clima, y un resultado tan complicadísimo y tan diverso como lo es la variedad de especies é individuos que lo disfrutan, ha lugar á concebir cantidad de causas y fuerzas más singulares y más inmediatas que las conocidas; y en tanto no se logre suspender esas causas y fuerzas, nada se ha explicado.» Muy bien si Sainte-Beuve, al refutar las fórmulas tan absolutas de M. Taine, lo hiciera por rendir justo tributo á la verdad. Mas no creo yo fuese este su objetivo. Clame en contra por su capricho, por eso que él cree ser el bello adorno de las letras. En el fondo de la querella hay dos opiniones filosóficas, una frente á otra. Pero sin temor á equivocarme, puedo afirmar que, hoy por hoy, lo deducido por M. Taine es lo verdaderamente útil que en crítica hasta ahora poseemos, á pesar de sus fórmulas incompletas, á pesar de ciertos errores inevitables en un método que nació ayer mismo. En lo que estoy completamente del lado de Sainte-Beuve, es en esto que añade: «Si se pretende que un día puedan ser clasificados los talentos por familias y considerados bajo ciertos nombres genéricos que respondan ciertamente á sus cualidades personales, es preciso

antes, para conseguir este fin, observar con paciencia y sin espíritu de sistema; y reconocido el conjunto, estudiar uno á uno, ejemplar por ejemplar, comparando y descubriendo.» Sin duda alguna, hacen falta documentos; pero para que sea fácil la adquisición de documentos abundantes, precisa un método antes para encontrarlos. Nada progresa en las ciencias si no se apoya en algunas verdades fundamentales. A pesar de lo dicho, es forzoso emplear esas fórmulas de M. Taine, que, después de todo, son el resultado de las experiencias críticas hechas por el mismo Sainte-Beuve. La crítica científica ha tenido dos períodos: comienza á balbucir con Sainte-Beuve, se hace instructiva al principio y luego se afirma con las fórmulas absolutas de M. Taine; cosa que sucede en la primera etapa, siempre sistemática, de los innovadores. A nosotros nos concierne, entre tanto, aprovechar lo bueno del sistema, procurando mejorarlo, completándolo, haciéndolo verdaderamente útil para la conquista universal del siglo.

Hay un pasaje, en su estudio sobre M. Taine, donde Sainte-Beuve se espantanea una vez más. Refiérese á la facultad generatriz. «Esforzámonos en comprender esa palabra interior que cada cual lleva grabada en el fondo del corazón. Pero antes de articularla, qué de precauciones, qué de escrúpulos. Cuanto á mí, después que reuno y clasifico todas las circunstancias de raza, de familia, de educación y desarrollo; aun después de haber sorprendido al

individuo en sus momentos decisivos y en sus crisis de información intelectuales, siguiéndoles en todas sus variaciones hasta el fin de su carrera, leyendo, analizando todas sus obras... ni aun después de todo eso me atrevo á escribir esa palabra final; no la diré jamás, y sólo dejo adivinarla». Ciertamente; jamás ha dicho esa palabra: todo lo más que hizo es hacerla comprender. De esto, lo vago é indeterminado de sus juicios siempre. En el entretanto nadie puede saber si ama ó detesta lo que enjuicia. Sainte-Beuve, sea por exceso de prudencia ante los fallos de la verdad, sea porque le agrada esa indeterminación que tanto le cautiva, lo cierto es que se aleja siempre de la rectitud y de la veracidad. Conozco muy pocos juicios suyos que sean absolutamente definitivos y que se impongan por la sencillez de la exposición, por la altura del punto de mira, y sobre todo, por la solidez de la afirmación.

He aquí cómo termina Sainte-Beuve este artículo sobre M. Taine: «Ha de procurarse que el sabio no domine al literato. Ese es un consejo que debe propagarse en un país donde, más pronto ó más tarde, los hombres de talento, si ellos quieren producir los efectos naturales en sus obras, deben, ante todo, poner su empeño en agradar.» Sempiternamente reproduce la pluma de Sainte-Beuve ese su eterno deseo de agradar. Es un *Credo*, el eterno grito del *femíneo*, consumido siempre por el deseo de la gracia. Juzga por el momento bueno el procedimiento de conmovér á la villanía humana,

sin perjuicio de que siga ejercitando sus maldades y perversiones; él opta por el sistema de la mujer que muerde mostrando sus lindos dientes en encantadora sonrisa. Respecto á M. Taine, lo que le seduce es, ante todo, el escritor. Pero se enfurece contra el analista pacienzudo, contra el hombre de voluntad y de vigor; y al fin de su estudio, por puro cumplimiento, por toda admiración, sólo encuentra estas palabras que decirle: «Sea amable».

He aquí, pues, exactamente representadas las dos grandes figuras de la crítica moderna. M. Taine continúa y sistematiza á Sainte-Beuve. Indudablemente, este es un gran paso en la crítica científica. Al presente, no queda más que seguir adelante por este camino, agrupando, agrupando documentos y perfeccionando el método.

III

Tratemos de ver á Sainte-Beuve en la obra.

Acabo de releer un gran número de sus artículos, y lo que más me ha admirado en ellos es el esfuerzo evidente que el eminente crítico hizo en pro de la verdad. No se le puede negar á Sainte-Beuve el deseo ardentísimo que le animaba de ser justo, de haber combinado perfectamente sus documentos para expresar con exactitud su idea sobre eso que investiga. Esto es precisamente, y, como ya creo haberlo di-

cho, lo que realmente le caracteriza. Comprender y penetrar el sujeto á través de la flexibilidad de su inteligencia para dar su idea lo más aproximadamente posible, una idea indecisa, fluctuante, juguetona, equidistante de todo extremo. He aquí el espíritu de Sainte-Beuve. Cuantas veces se ha visto combatido por un temperamento fuerte y poderoso, ha pretendido condenarlo á nombre de la verdad: la verdad para Sainte-Beuve está siempre en razón directa del medio. El juzga la vida complejísima, indeterminada, un tanto plácida en su término medio, y dado este criterio, juzga justo execrar á los que no tienen su naturaleza flexible y galante que le lleva á llenarse de terror al primer paso rudo y violento ante toda exageración. Pero he aquí que su deseo de justicia, su flexibilidad de inteligencia y su amor por el equilibrio, le han llevado á negar el mérito de los más grandes hombres de su tiempo.

Conviene que yo exponga aquí, para precaver todo escrúpulo, que jamás traté personalmente á Sainte-Beuve. Sólo me escribió una carta en 1868 que ha aparecido en su correspondencia. Le había enviado yo una de mis primeras novelas, *Teresa Raquin*, y él me contestó, por medio de un artículo crítico, en el cual hallé, desde luego, su deseo, su eterno afán de verdad, basada en el justo medio á que antes me referí. Nada más sensato que ese artículo. Vaya un ejemplo. Se dice, refiriéndose á mi descripción del Puente Nuevo: «Eso no es verdad;

esa descripción es fantástica, es como la descripción de la calle Soli, de Balzac. El cuadro es trivial, incoloro, feo sobre toda ponderación; no tiene toda esa negrura pavorosa y esos tintes á lo Rembrandt que V. le ha prestado; es una pintura infiel.» Tenía razón; pero es forzoso admitir que los lugares descritos tienen la tristeza ó alegría que nosotros les damos. Sucede en esto lo mismo que con la emoción que nos produce la casa donde acaba de cometerse un asesinato, que la noche hace espantosa. Su crítica no persiste menos. Es muy cierto que en *Teresa Raquin* las cosas pasan durante un momento de pesadilla, y que la verdad, por tanto, se oculta entre un cúmulo de horrores. Al hacer yo mismo esta declaración pretendo demostrar que me coloco perfectamente en el punto de vista de la verdad equidistante donde se encuentra Sainte-Beuve. Le concedo igualmente razón cuando más adelante muestra su extrañeza porque Teresa y Laureano no satisfacen inmediatamente su pasión después de la muerte de Camilo, aunque podía argüirse sobre el caso. Pero la marcha ordinaria de las cosas determinan que caiga el uno en los brazos del otro, en el momento que lo hacen, ante la fiebre del remordimiento. Véase, pues, cómo yo respeto, aun en contra de mis obras, á la lógica y á la verdad, y no procuro defenderme personalmente contra las críticas que me parecen justas. Sí, cierto; es pecaminoso abandonar el terreno sólido de lo real para lanzarse en las exageracio-

nes del dibujo y del color. Pero también en crítica hay un escollo más insuperable ahora, y es el no hacer el balance de las cualidades y defectos el de no asombrarse ante los errores del temperamento ó de los procedimientos de escuela, de la pujanza formidable de los escritores, que deben un día determinar una evolución en la literatura nacional.

Tal ha sido la falta irreparable de Sainte-Beuve ante la gran figura de Balzac.

Sainte-Beuve ha sido, efectivamente, una de las inteligencias más vivas de su tiempo, que ha derramado mucha luz sobre varios asuntos; hombre que amó, por naturaleza, la verdad y la justicia, pero su ceguera y pasión contra Balzac, hacen poner en duda tan bellas cualidades. ¿Qué decir, en efecto, de un hombre que puso todo su empeño en hacer pasar los escritos más medianos, que ha puesto á contribución toda su habilidad y delicadeza para hacer valer las obras de los espíritus inferiores, y que olvidó, sobre este punto, al hombre cuyo impulso fué decisivo en la novela? Yo bien sé que en el fondo de esta hostilidad se trataba de una guerra de hombre á hombre: en Sainte Beuve había aún más; había, sobre todo, una cuestión de temperamento, pues le veremos igualmente irritarse contra los continuadores de Balzac. Y es que, indudablemente, carecía el eminente crítico de un sentido: á pesar de su esfuerzo de voluntad que le lleva á admitir la corriente que se inicia en la literatura,

como no puede hacer sobre la materia más que declaraciones esencialmente platónicas, en cuanto se halla ante un ejemplo y se dispone á juzgar á uno de los novadores, se amedrenta ante las exageraciones fatales, y demanda, con destreza, un poco de gracia (1).

Ya sabemos lo que Sainte-Beuve reprocha en Balzac. Le encuentra de pésimo gusto, enfático, oscuro y exagerado sobre todo. Le acusa, igualmente, de decir las cosas sin agrado y sencillez, de salirse siempre del término medio de las cosas. En una palabra: Balzac le molesta por su aire petulante, impropio de un espíritu verdaderamente elevado; por su risa sarcástica... tal vez por su persona más que por sus obras. La utopía debía ser al fin completa entre estos dos hombres, de los cuales el uno es un fémíneo jugueteando con la crítica como la arisca gatita con la pelota; y el otro, un Hércules abriéndose camino á puñetazo limpio. Nada más característico que esta aberración de la inteligencia de Sainte-Beuve. No tan sólo deja de ver en Balzac un gran maestro, si que también y hasta el fin de su vida negóse á reconocer la influencia triunfante del gran novelista sobre toda su época. Aun admitiendo que á Sainte-Beuve le fuera imposible dejar pasar los defectos como opuestos fatalmente á las cualidades, su espíritu era harto luminoso para no poder dejar á un lado

(1) Ya habrá comprendido el lector que esta palabra á que alude varias veces, no se refiere á *perdón*, sino á lo gracioso, deleitable en arte.

los defectos, reconociendo en Balzac, después de todo, el creador de un mundo, el innovador que lanza al siglo en una nueva evolución literaria, aplicando á la novela el método científico. Condenar á Balzac, en nombre del gusto, es transportarnos de un golpe á las épocas de Boileau y de La Harpe. Si frecuenta el pasado, si la admiración por un escritor del último siglo y por sus literatos, ha de darnos por único resultado la condenación de nuestro espíritu contemporáneo y de nuestros grandes hombres, por tanto, como en este caso sucedió á Sainte-Beuve, me atrevería yo á aconsejar á los críticos futuros erudición menos extensa, á fin de evitar esos retrocesos inútiles, y, sobre todo, esos juicios tan injustos que jamás pueden ser el nuestro.

Fácil me sería multiplicar las pruebas y citar páginas, donde Sainte-Beuve juzga á Balzac con más animosidad que justicia: pero bastarán, á nuestro fin, dos ejemplos. Copio de un artículo publicado en 1838, en donde se leen cosas como éstas: «Nada diremos de la casa Hucinger, pues á causa de una especie de *argot* que usan los personajes, nos ha sido imposible entender nada. Los actores que toman parte en la acción de esta novela, son los mismos que han figurado ya en la mayor parte de las novelas de M. Balzac.» Y luego: «La serie de *Estudios de costumbres* de M. Balzac parecese á la inextricable red de galerías subterráneas de ciertas minas ó hecatombes. Consigue uno perderse sin dar con la salida, no encontrando á su paso

sino la monotonía por todas partes.» ¡Monotonía en las obras de Balzac...! El artículo donde esto escribe es de los más antiguos, y pudiera creerse que después de las obras maestras del gran novelista, Sainte-Beuve ha abierto por fin los ojos. Nada de eso. Véase la página estupenda que escribe en 1863, en un artículo sobre Gavarny, doce años después de la muerte de Balzac. Copio la página con toda extensión para que pueda apreciarse el hecho de la injusticia de Sainte-Beuve, consciente ó inconsciente: «Queda plenamente demostrado — dice — que de esta comparación inevitable entre Balzac y Gavarny, desempeña éste último un papel más sobresaliente é incontestable. Balzac, á quien yo no pretendo quitar su mérito sobre el estudio de los artículos del día, y de ciertas costumbres más particularmente, en la práctica de las cuales es experto y aun puede concedérsele el título de maestro si se quiere; Balzac, como digo, carece de gusto en todos los momentos, se embriaga con el propio vino que derrama, el vaho se le sube á la cabeza, y su cerebro, saturado de él, se convierte en cómplice y compadre de todo eso que nos relata y pinta, no poseyéndose nunca. Esto es un gran paso, ya lo sé, para el que quiere pasar por un hombre de genio entre el vulgo, falto absolutamente del buen sentido de la práctica de la vida ó de la manera de conducirse el verdadero talento. Balzac tuvo esta ventaja. Gavarny, en cambio, se posee siempre; tiene en su manera de pintar las cosas esa facilidad desen-

vuelta que poseía el primer discípulo de Balzac (me refiero á Carlos de Bernard), que pudo ser superior á su maestro, si un discípulo pudiera serlo, y sobre todo, si hubiera vivido. Gavarny posee esa misma elegancia de Bernard en la pintura, doble fantasía y su inagotable fecundidad.» ¡Pero señor... si precisamente por esa elegancia, por esa misma inagotable fecundidad, es por lo que hoy Gavarny resulta un pigmeo al lado de Balzac! El paralelo no puede sostenerse ni un momento. Balzac tuvo la soberanía... la soberanía, entiéndase bien; esa fuerza creadora sin la cual no es posible el genio. Dejo aparte las perfidias del pasaje; pero yo pregunto de toda buena fe á Sainte-Beuve: pretender colocar á Gavarny al lado de Balzac, ¿no es demostrar plenamente que existe un desconocimiento absoluto de nuestra literatura moderna y que valdría más á Sainte-Beuve haberse encerrado en su biblioteca para vivir sólo en los siglos nuestros?

Vuelvo á insistir sobre esa idea deslumbrante de Sainte-Beuve, que supone pudo ser Carlos de Bernard superior á su maestro, y al efecto copio estas líneas que encuentro en un artículo suyo publicado en 15 de Octubre de 1838, viviendo aún Balzac y Carlos de Bernard. «M. de Bernard podía ser, si él quisiera, el Americo Vespucci de esa tierra donde M. de Balzac es el Cristóbal Colón.» Y el crítico parte de aquí para conceder á Bernard toda suerte de bellas cualidades que rehusa á Balzac. ¿Eh? ¿Qué tal? Este es caso que yo delato á

todos los críticos de espítitu severo. El empeño de colocar al discípulo junto al maestro no es sino con el fin de hacer á éste último más olvidable. Sainte-Beuve cae en esto, como en todo, en ese afán del término medio que es la nota característica de la crítica corriente, de esa crítica que llena los diarios. Ya he consignado diferentes veces, que considero á Sainte-Beuve una de las inteligencias más claras de este siglo. Pero venir en 1863 y resucitar la figura literaria de Carlos de Bernard, perfectamente olvidada y con razón, para oponerla á la de Balzac, rebajando á éste en todo género de restricciones, es la prueba más fehaciente de que en la inteligencia del eminente crítico, debió existir una sima profundísima en donde se precipitaban sus facultades de comprensión severas y enérgicas, que le impedían reconocer el nuevo espíritu literario del siglo, á cuyo nacimiento ha contribuido en no pequeña parte.

Ahora voy á ocuparme de Stendhal.

En 1854, después de la muerte de este escritor y cuando se publicaron sus obras completas, Sainte-Beuve publica dos artículos llamándole «escritor distinguido.» Pero añade: «He aquí que toda una generación nueva se dedica á investigar sus obras, estudiándolas en todos sentidos, como si se tratara de uno de los autores antiguos, un clásico, produciéndose en su nombre un renacimiento. Quieren hacérsenos pasar por un prodigio.» Esta frase de Sainte-Beuve, antójase nos bastante chusca. Más asombroso es él seguramente. Y qué

elocuente es esa exclamación suya: «como si fuera uno de los antiguos, un clásico», en cuya exclamación parece manifestarse el crítico estupefacto y escandalizado. Más adelante tilda á Stendhal de «húsar romántico»; confieso que no sé lo que quiso decir con esto; á pesar de lo dicho por Sainte-Beuve, nuestra idea sobre Stendhal es otra. No he de entrar en el análisis que él ha hecho del talento de Stendhal, más que para probar que éste tenía más sano corazón y amaba más la gracia de lo que se ha creído. Me bastará anotar esta citación: «Novelista; Bayle ha obtenido un gran triunfo», y añadir este juicio sobre *Rojo y Negro* y sobre *La Cartuja de Parma* (1). «Cuando se ha leído esto, piensa uno naturalmente en esas composiciones romancescas del genio francés, ó al menos que se le parece, en las cuales se exige una parte de verdad y otra de emoción saludable y á la par que una sencillez verdadera, tal como nos la ofrece la historia de *Los Novios*, de Manzoni, las buenas novelas de Walter Scott ó una adorable, breve y sencilla novela de Xavier de Maistre.» ¡He aquí á Xavier de Maistre superior á Stendhal! Jamás se ha reprochado con más sutileza en una novela el estudio del hombre en todo su rigor científico. Sainte-Beuve pide que le canten *Al clarear de la luna*. Pero señor... eso podía pasar muy bien como un gusto, más ó menos caprichoso, pero no como una crítica.

(1) Muy pronto verán la luz ambas obras en la *Colección de Libros escogidos*.

Adviértase que este artículo sobre Stendhal, á pesar de ciertas severidades, es, sobre toda ponderación, amigable. Sainte-Beuve no vierte aquí el negro rencor que muestra en todas por Balzac. La última palabra de Sainte-Beuve acerca de Stendhal la dijo en un artículo consagrado á M. Taine. Sabido es ya que M. Taine ha sido uno de los obreros más laboriosos y activos de ese renacimiento producido á la sombra de Stendhal, del cual nos habla Sainte-Beuve. En esta ocasión, este último no ha podido contenerse: «Otra vez—dice—y á propósito de Tito Livio, nombra M. Taine á Stendhal, sobre todo en su libro de *Los Filósofos*, calificándole con palabras del más subido elogio y llamándole «gran novelista, el más grande psicólogo de su siglo.» Dejando á un lado lo de poder exigir á M. Taine más severidad en los juicios acerca de los contemporáneos, diré que, habiendo conocido á Stendhal, gustado sus obras y leídas de nuevo, muy recientemente, sus novelas (novelas siempre incompletas, á pesar de tener algunas partes lindísimas), me es de todo punto imposible aceptar como justa esa admiración que manifiesta por ese espíritu sagaz, fino, punzante y excitador; pero descosido, afectado y desnudo de invención.» Por fin, he aquí la suprema palabra: las novelas de Stendhal son detestables. Y qué actitud más graciosamente cómica resulta cuando Sainte-Beuve dice: «Yo le he conocido, le he gustado, y, sin embargo, me le queréis hacer pasar por un gran hombre.» Esto se parece á lo que.

dijo aquella vendedora de frutas que Hoche sorprendió retozando en su tienda: «Un general... No es posible. Como que le doy yo mis manzanas.» La misma querrela de siempre. Sainte-Beuve se hace de la novela la misma idea que todos se hacían al final del siglo pasado, y no comprende nada de la fórmula que Balzac y Stendhal le han legado. Exige gusto é invención donde los otros ponen en juego el severo análisis y la psicología. Sainte-Beuve es toda una época juzgando la nuestra con la potestad de los primogénitos que prohíben á los segundones emprender su ruta por nuevo camino. De aquí su obstinación, lógica con su naturaleza misma, cada vez que un novelista de la nueva escuela cae bajo la pluma de Sainte-Beuve.

Esta misma causa es la que produce más tarde su hostilidad hacia Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt; y eso que, con respecto á estos últimos, hay que tener entendido que vivió Sainte-Beuve en la más estrecha amistad con ellos; lo que le hace atemperar un tanto sus censuras. Con efecto: respecto á los hermanos Goncourt, se presenta más amable, pero en el fondo le encontraremos siempre con su pavor y su inquina. Sainte-Beuve estudiando á *Madama Bovary*, reprocha á Flaubert sus amantes «sin delicadeza», y le dice que Bernardino de Saint-Pierre y Jorge Sand han sabido embellecer la naturaleza que vivieron, mientras que él describe su Normandía tal cual ella es. Más adelante se lamenta de no haber hallado en dicha novela un héroe.

«Quizá el autor se haya propuesto serlo él mismo», añade. Le acusa igualmente de haber hecho «de una imaginación vulgar, una interesante figura.» Y, por último, al final del artículo exclama: «Hijo y hermano de médicos distinguidos, Gustavo Flaubert maneja la pluma como los otros el escalpelo. Anatomistas y psicólogos... ¡yo os encuentro en todas partes!» Pues bien; si los encuentra en todas partes, convénzase de una vez. ¿No tiene ya la nariz sobre la pista? Vamos... adelante... explíquenos por dónde marcha el siglo en vez de desentenderse ante el movimiento de avance, como si intentara detenerlo. Y lo más raro del caso es que Sainte-Beuve estudió medicina, saturándose, no hay remedio, de la ciencia. Lo dicho por él con respecto á *Madama Bovary*, me parece enormísimo; porque yo no conozco nada más sorprendente y más profundamente humano que la última página de *Madama Bovary*. El hombre que haya pensado un momento tan siquiera instituir ó cambiar esa página bellísima; ese hombre, por muy inteligente que sea, ha demostrado palmariamente desconocer en absoluto la idea que engendran nuestras obras modernas. Sólo así puede uno explicarse el que Sainte-Beuve haya desconocido la influencia poderosísima de Balzac, que el crítico, así, con toda sencillez, compara á Eugenio Sué y á Federico Soulié, prefiriendo á este último.

Cuanto á los hermanos Goncourt, ya he dicho que fueron mejor tratados por Sainte-Beuve, debido, sin duda, más

que á otra cosa, á que el crítico no tuvo interés en leer ninguna de las novelas de estos escritores, y sólo se contentó con leer su libro *Ideas y sensaciones*, en donde halló menos que morder. El artículo que sobre esta obra trata está muy bien hecho, y es uno de los mejores que acabo de leer, pero en el que Sainte-Beuve se muestra con más severa disimulación que nunca. Así, él nos habla de «la irreverencia del juicio que tiende á faltar á su religión primera». Después modula su queja, la misma de siempre. Según su parecer, los hermanos Goncourt perfeccionan la crudeza. «¿Por qué — dice — sustraerse á sí mismo y á los demás, cuando se presenta ocasión favorable de emplear lo agradable, la emoción bienhechora y saludable?» Advierte que los novelistas naturalistas no lleguen á sustraerse por completo: si ellos perciben algunas veces lo negro, es que sus modelos se lo ofrecen. Pero tal es la palabra de orden de las gentes de gusto desalentadas.

Un poco más adelante escribe Sainte-Beuve, presa de un repentino deseo, de franqueza:

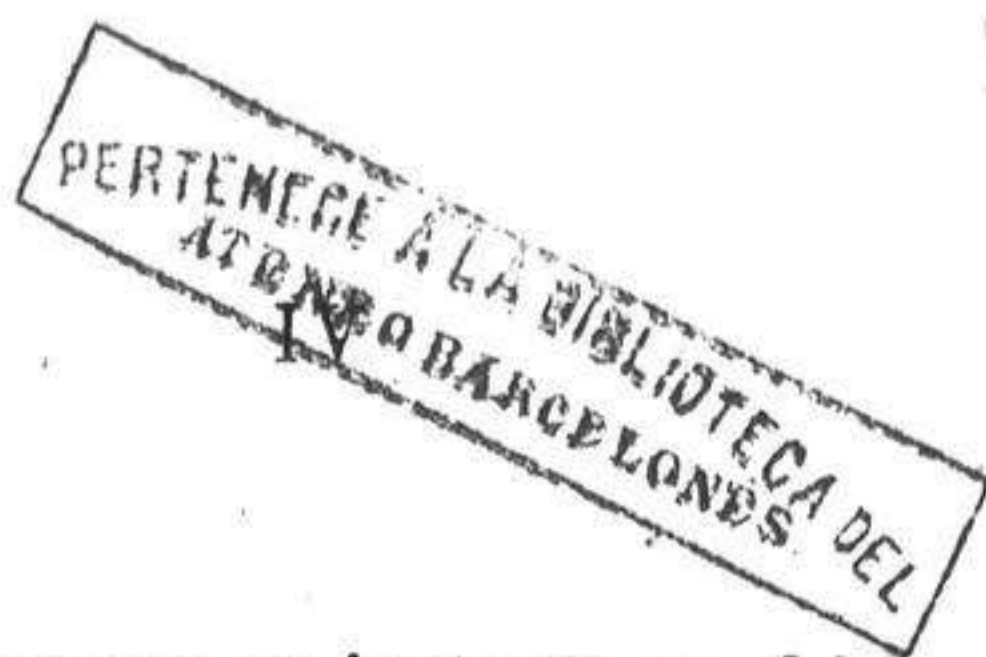
«Y puesto que ya he comenzado á descubrirme, no retrocederé en tan buen camino, y acabaré, si es preciso, de perderme en el espíritu de muchos de mis contemporáneos, y de los más queridos: sí, en materia de gusto yo tengo, lo confieso, una gran debilidad, por lo que es agradable.»

Vedlo, pues: he aquí á Balzac. Stendhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y demás pléyade de grandes

novelistas modernos arrojados de un solo golpe en la misma canasta. Ellos no son agradables y los condena.

Procuraré deducir lo más exactamente posible por qué causas Sainte-Beuve vino á desconocer el mérito de los modernos escritores. Evidentemente, existió en él un elemento femenino que le sustrae de nuestro siglo, para llevarlo, todo asustado, hacia los antiguos, convirtiéndole en hombre de biblioteca, gustoso de trabajar sobre los muertos, trabajo siempre más cómodo. A cada momento se le oye exclamar: «¡Oh! ¡Qué bueno es leer de vez en cuando los antiguos, bebiendo en sus propias fuentes!» Ciertamente: la erudición es excelente en literatura; pero yo siempre estimé que la lectura de los antiguos sólo debe tomarse como una gimnástica intelectual puramente, y como un medio para poder determinar la época contemporánea, estudiando de dónde vino, dónde ahora se halla, para prever dónde podrá ir á parar. Nada de esto hay en Sainte-Beuve; ó tan someramente se manifiesta en ese sentido, que no es posible tomarlo en cuenta. A mi juicio, el estudio de la literatura es una simple recreación del espíritu. Sainte-Beuve no llega á apasionarse, como M. Taine, por el estudio de las evoluciones que se manifiestan de siglo en siglo, que parten de los comienzos de una literatura y marchan en busca del porvenir. La enorme pira de los artículos de Sainte-Beuve, que podrían formar considerable número de volúmenes, ninguna indicación hacen, ni aun levisísimamente, á este objeto.

Sainte-Beuve estudia separadamente á cada escritor, pero apenas se remonta al grupo. Así, pues, él que pudo legarnos una historia del romanticismo muy interesante, sólo nos ha dejado retazos incompletos, imposibles de toda ilación. El más ligero sobresalto que le produjo la corriente de los tiempos modernos, hízole volver apresurado á los tiempos antiguos, perdida la serenidad de su espíritu. Así se le contempla, en su juventud, dándose cuenta del romanticismo: después, cuando el romanticismo todo lo invade, turbóse considerándolo síntoma de una catástrofe postrimera, y no vió más adelante. De estas esperanzas fallidas de su juventud, ha sembrado sus artículos. Y en esto estriba el que Sainte-Beuve retroceda tantas veces al pasado, contentándose con mirar de lejos el fragor del combate moderno; es un escéptico que desespera de la posibilidad de una victoria, que no comprende, por qué se baten, pero que, *dilettante* de la inteligencia, se paga de saberlo todo, de comprenderlo todo y todo tolerarlo. Jamás pudo concebir Sainte-Beuve que el movimiento literario de su época, había, por fin, de encauzarse en los novelistas que él no encontró agradables, Balzac, Stendhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y posteriores. Hé aquí el abismo; he aquí lo que á Sainte-Beuve le empequeñece; he aquí, por último, lo que le privará siempre de pasar á la posteridad como un crítico superior.



Imagínese por un instante una historia de la literatura francesa escrita por M. Taine. Esta historia reflejará, sobre todo, la grande armazón de nuestra literatura, de tal manera, que cada ciclo se halle allí representado. Así resultará un edificio completísimo con sus cimientos, sus primeros cuartos y pisos sucesivos, y el todo será deducido lógicamente, pudiéndose montar y desmontar con el auxilio de ciertas leyes. Así mismo podrá estudiarse seguidamente la arquitectura, se observarán los estilos diferentes de cada época, y podrá precisarse con exactitud por qué serie sucesiva de transacciones lentas se ha pasado de un estilo á otro. En una palabra: la obra será la historia misma de la evolución del espíritu francés á través de las edades. Seguramente que toda esta obra de M. Taine se apoyará en un sistema, condensándose en una fórmula puramente mecánica; mas, sin embargo, el plan y el método no dejarán de tener gran exactitud y claridad maravillosa sobre todo. En cambio examinemos la lenta labor de Sainte-Beuve, los numerosos volúmenes en que se han reunido sus cientos de artículos. A poco que nos fijemos, encontraremos allí la primera materia de una historia de nuestra literatura; pero habrá épocas en que no encontraremos muchos escri-

tores que Sainte-Beuve ha dejado de estudiar. Por lo tanto, estos artículos y sus estudios diversos no serán otra cosa que documentos desperdigados sin relación alguna entre sí, notas interesantes sobre algunos sujetos. Ya sé que es preciso tener muy en cuenta las condiciones en que esos artículos fueron escritos día por día y para llenar las necesidades apremiantes de un periódico, sin ningún plan preconcebido al efecto. Pero tampoco se halla diluido en sus artículos un pensamiento latente, la idea general de una filosofía, la idea de un fin determinado, constante. En esos artículos no se refleja más que la simple curiosidad del erudito; esa curiosidad inquieta ya señalada; esa curiosidad balanceándose á derecha é izquierda en constante equilibrio, que tiene por único objeto la satisfacción de sentirse inteligente, y de demostrar esa inteligencia entre el círculo de los amigos y en los salones donde los demás nos escuchan y nos admiran. Esta es la teoría de Sainte-Beuve; olvido del análisis, no concluir nada, huir de toda síntesis, causa cierta de todo error según él, y, por último, no dejar tras sí otra cosa que amasijo informe de documentos sin clasificar. He aquí la diferencia entre el plan de la historia de la literatura francesa, que, según nosotros, M. Taine hubiera podido escribir, y esta considerable pila de notas sin concierto escritas por Sainte-Beuve, y que, en suma, no son otra cosa que materiales aportados por un espíritu superior, que podrán un día servir, clasificándolos,

después de haberlos rigurosamente revisado y confrontado.

Justamente y á tal propósito, se me viene ahora al recuerdo una frase de Claudio Bernard que dice, con mucha razón por supuesto, que pueden amontonarse documentos durante siglos enteros, sin que por esto avance un paso la crítica, si no trata de sacarse en esos mismos documentos las leyes que rigen los fenómenos. Estudiar el pasado por fragmentos para conocerlo; estudiar los eslabones que les unen unos á otros, esto es de un resultado excelente, y por aquí es por donde debe empezarse. Pero continuar eternamente este sistema sin circunscribirlo á un momento dado, sobre todo cuando se han conocido todos los escritores de una época; abandonar el hilo que les une su ascendencia y descendencia; perder de vista la ley que rige la evolución literaria de las sociedades, es perder lastimosamente el beneficio de los primeros estudios, es limitar voluntariamente su horizonte, es sólo aportar las piedras para un edificio que otro ha de construir. Y este es precisamente el papel desempeñado por Sainte-Beuve, debido, sin duda alguna, á un estado especial de su espíritu. Jamás quiso admitir Sainte-Beuve que llegara á existir una ciencia crítica, como hay una ciencia química; y rehusó siempre penetrar en sus estudios hasta el fondo científico, por un vano escrúpulo de erudito.

La crítica de los periódicos, tal cual ahora se practica por muchos imbéciles y por algunos hombres mal intencionados, resulta por demás inútil ó alta-

mente perjudicial; esta es mi opinión, y para probarlo no hacen falta documentos, porque nada más elocuente que esos mismos artículos nada pensados y escritos al correr de la pluma, bajo la influencia del momento, impregnados todos del espíritu de la locura. Imposible encontrar en esos artículos una opinión que merezca, por su sensatez y claridad, la autoridad necesaria; pues los más sólo se apoyan en juicios absolutos, sin cuidarse del examen de cada escritor, sin remontarse al origen y á la parte que cada cual toma en el movimiento literario de su época. No son la impresión del momento, ni esos golpes de disciplina dados á grandes ó pequeños, según que les parezcan más ó menos sabios, lo que en verdad interesa; lo que interesa, sobre todo, es trazar los grandes rasgos de la literatura de un siglo, el agrupamiento de documentos, el estudio de las luchas entre las diferentes escuelas, la investigación de la marcha sucesiva de los espíritus hacia el porvenir. He aquí lo que es la crítica, esa crítica científica que consolida y engrandece. Un autor no es una frase vuelta en una página humana y social. Si yo me intereso por un artista y estudio con afán una obra, es porque hay un hombre y á través de él una novedad. En este caso, no soy sólo el artista quitando las cualidades de inteligencia de un autor y juzgándole una página de una obra como gramático y retórico; soy ante todo el sabio que analiza para poder demostrar, digámoslo así, el mecanismo fisiológico y psico-

lógico de un hombre, y por éste conocer el engranaje de una civilización. Sólo por este procedimiento lógrase poseer los documentos necesarios para seguir fácilmente la evolución de los espíritus á través de los siglos; sólo así pueden conocerse las leyes que rigen esas evoluciones, y prever, al fin, hacia dónde se dirige nuestra época.

Y vuelvo á Sainte-Beuve. Sus artículos, bien numerosos por cierto, sobre los escritores de los siglos pasados, son ciertamente los mejores suyos. Hay en ellos gran profundidad y penetración; pero, como siempre, fáltanles el verdadero punto de mira. No voy á entrar en el examen de tal bagaje; sólo haré referencia de uno sobre Mad. Dacier, que viene á confirmar una vez más cuanto llevo dicho. Sainte-Beuve hace resaltar muy acertadamente en este artículo que la querrela de los antiguos y los modernos, que conmovieron el fin del siglo pasado y comienzos del presente, se reproduce ahora, que es la misma en el fondo de todas nuestras disputas literarias. Pero Sainte-Beuve no se decide á estudiar ese movimiento para deducir la causa que lo motiva. No voy á hacer yo aquí la historia de esa misma querrela que el romanticismo reprodujo á su vez el año 1830, y que nosotros hemos resucitado al presente con el naturalismo. Las posiciones de los combatientes han podido variar; las cuestiones debatidas podían intentarse diferentemente; pero en el fondo, es verdad, en el fondo la cuestión es la misma; esto es, el espíritu científico moderno, rompiendo sus lan-

zas con el absolutismo pagano ó católico. En tiempos de Mad. Dacier libróbase la batalla sobre Homero, del cual acababa de hacer dicha dama una traducción, la que La Motte pretendió engrandecer adaptándole el nuevo espíritu francés. Sin duda alguna, la *Iliada* de este último era terreno detestable para el combate, como lo ha reconocido el mismo Sainte-Beuve, diciendo que sobre éste hubieran podido decir los modernos excelentes cosas y conseguir la victoria. Pero, en mi sentir, este fué el despertar del genio nacional después de los triunfos absorbentes de las literaturas antiguas en pos del Renacimiento. Fué, como el balbucir del espíritu científico, librándose de la tiranía clásica para dirigirse libremente hacia el estudio de la naturaleza sin pararse en los libros. Sainte-Beuve no ha visto esto, y, bien por mantenerse en su habitual equilibrio, bien por hacer alarde de su flexibilidad de inteligencia, decidióse al fin por Mad. Dacier. Sainte-Beuve se complace en ser hijo de sus tiempos, pero guarda sus ternezas para los antiguos. Cita al abate Tenasson, pero sin admirar en éste al gran geómetra que se adelantó á nuestro siglo doscientos cincuenta años.

Leamos lo que sigue:

«Tenasson—dice Sainte-Beuve—fué el que señaló que debía apreciarse esta querella como un caso especial y como una consecuencia de la evolución operada por Descartes en el orden intelectual. Según él, Descartes ha conmovido el espíritu humano, sustituyendo

la razón á la prevención. Esta prevención ya iba de capa caída en física y en otras materias científicas; pero aún subsiste en literatura. Homero y Aristóteles son los dos grandes nombres, los dos ídolos que aún quedan en pié en el terreno de la retórica y de la poética; y de lo que se trata ahora es de arrojarlos de sus últimos baluartes. «El examen de las obras de bellas letras—nos dice Tenasson—ha de hacerse como las experiencias en física; y el mismo espíritu que dirige las experiencias de lo uno, deben emplearse en el examen de lo otro.» Ciertamente: aquí resulta Tenasson contemporáneo de Claudio Bernard. Y continúa: «Las ciencias naturales han prestado siempre su justicia á las bellas letras, como éstas han prestado su elegancia y adorno á las ciencias naturales; pero para hacer fecunda esta unión es precisamente necesario retraer las unas y las otras á un principio común, y este principio común no es otro que el espíritu de la filosofía.» No lo expresaríamos con más claridad hoy mismo. El abate Tenasson es uno de los antepasados que yo saludo con el mayor respeto. Sainte-Beuve, que, después de todo, se paga de rendir justo tributo á Tenasson, concluye al fin de esta manera tan fría: «Jamás—dice—se ha esprimido lo bastante la confianza moderna, marchando en toda materia adelante con la resolución é intrepidez con que lo hizo el abate Tenasson. En este litigio sobre Homero ha procurado mostrarse discípulo de Descartes y un precursor de Turgot,

de Condorcet, de Augusto Comte y de Emerson; pero esto es revasar exageradamente los horizontes de Mad. Dacier.» ¡Qué reproche el de Sainte-Beuve! Le censura su falta de gusto de lo bello, y esto le basta y sobra para recusar al abate en materia literaria. Pero pudiera muy bien haber añadido: precisamente este sentimiento de lo bello es el punto filosófico de la querrela. Para mí los antiguos son tan sólo hechos históricos de manifestaciones intelectuales, producidas en condiciones dadas, y no tienen, por tanto, más interés á mis ojos que las manifestaciones intelectuales de mi tiempo. Para Sainte-Beuve, en cambio, son los antiguos dogmas de fe en los que es forzoso creer; de aquí el abismo que nos separa. La consecuencia de todo lo expuesto, es que Sainte-Beuve hace resultar como consecuencia un juicio que estimo absolutamente erróneo. Se opone á la victoria de los modernos los propios defectos de Homero como eternal modelo, y luego añade: «El siglo xviii fué punible por haber perdido todo sentimiento homérico, perdiendo asimismo todo el espíritu de la grande y generosa poesía. En asunto de versos creyó tenerlo todo con poseer la *Henriada* y la *Doncella*, y tuvo que esperar hasta los tiempos de Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand, para recuperar en parte esa religión poética antigua que madame Dacier defendió valientemente en la postrimería del siglo de Racine, Bossuet y Fenelon.» En mi sentir, esta manera de enjuiciar de Sainte-Beuve

carece de base por completo. Es graciosísimo eso de desconocer el trabajo todo del siglo xviii, á pretexto de que tal siglo no produjo un poema épico más que los siglos anteriores.

Pero aún resulta más inadmisible ese juicio de Sainte-Beuve, si se tiene en cuenta que ese sentimiento homérico que se atribuye á Mad. Dacier, se ha engrandecido justamente, según mi criterio, al contacto de los primeros trabajos filosóficos y científicos del siglo xviii. Háblese, por ejemplo, á Lecomte de Lisle, último traductor de Homero, del sentimiento homérico de Mad. Dacier, y ciertamente se sonreirá. Si hoy mismo ha comenzado á conocerse el verdadero espíritu de Homero y de la antigüedad, es, gracias á la libre información de nuestra edad, á nuestra crítica científica: de suerte que podemos afirmar, sin temor á equivocarnos, que entendemos nosotros mejor hoy, y de una manera más cierta, la antigüedad pagana, que la conocían al finalizar el siglo xvii. Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand son hijos legítimos del siglo xviii, á tal punto, que resultan radicalmente imposibles, al parecer, ante el grande movimiento que les ha producido. Así, pues, el triunfo de los modernos, con respecto á la época de Mad. Dacier, lejos de oscurecer las grandes figuras de los antiguos, consiste en haber señalado la evolución de entonces, produciendo un método para conocerlos mejor y poderlos colocar en su verdadero lugar. Es verdad que hemos cesado de mirarlos como

modelos incomparables é imprescindi-
bles: pero aun bajo este mismo punto
de vista, compárese el sentimiento ho-
mérico de Mad. Dacier y el sentido ho-
mérico de Andrés Chénier, y se verá
cuánta es la diferencia entre el espíritu
de fe limitado que solamente imita, y
el espíritu indagador que inspira. Entre
ambos sistemas circula la gran corrien-
te fecunda del siglo XVIII.

Vuelvo á insistir sobre el asunto, por-
que percibo en Sainte-Beuve marcadí-
sima repugnancia á deducir una con-
secuencia del verdadero movimiento de
los espíritus. Y sin embargo, gracias á
su vasta erudición, poseyó todos los
materiales precisos para señalar las
grandes fases de nuestra historia lite-
raria. Nada más interesante que el pa-
pel desempeñado por el siglo XVIII, re-
construyéndose sobre las ruinas clási-
cas del siglo XVII, y preparando á
nuestro siglo científico, con el golpe
de Estado del romanticismo, que abrió
la brecha, desembarazando de escom-
bros el camino del naturalismo. Sainte-
Beuve no ha querido ver esto; ha pre-
ferido condolerse por la ausencia en un
poema épico, sueño quimérico de im-
posible realización en nuestro ciclo so-
cial; ha querido mejor adelantar este
juicio: que el siglo XVIII es responsa-
ble, en poesía, de no haber seguido á
Mad. Dacier, puesto que esa poesía es
la que se debate en las últimas imita-
ciones de los clásicos, para llegar lue-
go al grito liberticida del romanticis-
mo. En último extremo, cada siglo
hace su deber, y el siglo XVIII ha sido
harto notable y su labor importante en

nuestra historia, para que nosotros, sus
hijos, agradecidos, no le prestemos
algún reconocimiento. Nada más limi-
tado y estéril, á mi juicio, que el pun-
to de vista en que se colocó Sainte-
Beuve respecto á este asunto, tanto
más, cuanto despreció materiales exce-
lentes para poder explicarnos los oríge-
nes de nuestra literatura moderna. No
creo sea necesario multiplicar las prue-
bas para evidenciar por adelantado lo
que acabo de decir. Señalaré, al efecto,
no más que el artículo de Sainte-Beuve
consagrado á M. Renan. Encuentra en
este escritor un espíritu de su temple,
espíritu erudito y agradable, sacrifi-
cándolo todo al gusto: así, lo loa sin
restricciones, entusiasmándose ante
esa *Vida de Jesús* que combate los dog-
mas, pero haciendo una excepción á
través de su idealismo. He aquí la filo-
sofía de Sainte-Beuve y su arte: una
negación, pero sin deducir conclusión
alguna.

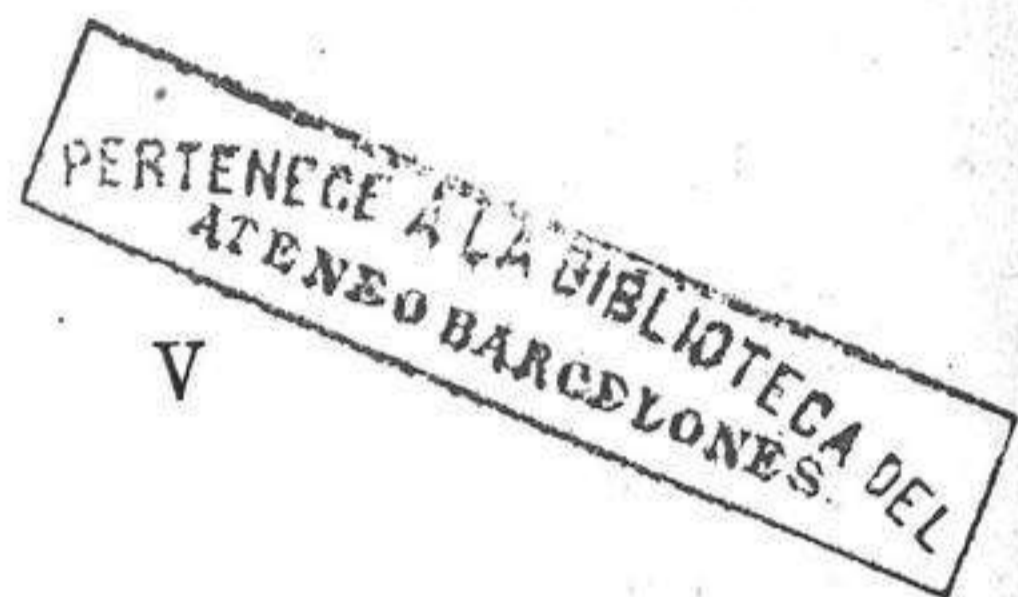
También hubiera podido hacer exce-
lentes observaciones en su estudio so-
bre Teófilo Gautier, pero se contenta con
hilvanar tres enormes artículos inco-
herentes, en los cuales no he podido
encontrar una opinión determinada.
El pasaje más sobresaliente es uno
donde compara á Teófilo Gautier con
Musset, admirándose de que el prime-
ro no haya tenido nunca la populari-
dad del segundo. Esta extrañeza es la
que más me admira á mí en un críti-
co de su talento. El autor de *Esmaltes
y Camafeos* no pudo ser tan popular,
por la sencilla razón de que fué un
puro artista, cuando debió ser un hom-

bre para saber tocar los corazones, Todo el mundo ha dicho esto mismo, que es innegable. Pero Sainte-Beuve ha preferido involucrar las cosas y ha insinuado que, si Musset entró sólo en el dominio del gran público, es porque éste, sin duda alguna, no admite más que un poeta cada vez. He aquí una opinión peregrina, y adviértase que esta razón no se apoya en ningún hecho probable, puesto que, al mismo tiempo que Musset, hemos tenido á Lamartine y Víctor Hugo.

Uno de los mejores retratos hechos por Sainte-Beuve en los artículos que acabo de leer, es el de Alfredo de Vigny; y sin embargo, es bastante mediano; pero quedará siempre porque es completísimo y justo en los grandes rasgos. Para terminar diré algo apropiado del estudio sobre Paul de Saint-Victor. Sainte-Beuve, que en el estudio de Teófilo Gautier, ha defendido eso que yo llamaría el *entortillement* (entortillamiento) *crítico*, es decir, la opinión disfrazada bajo el adorno de la frase, emite aquí una teoría: según él, la crítica, al juzgar un escritor, debe necesariamente tomar el tino de su modelo. A mi juicio, esta teoría peregrina de Sainte-Beuve basta para hacer su juicio. Si se habla de un voluptuoso, será preciso tomar el tono voluptuoso: si de un poeta hay que ser poeta, y así sucesivamente. ¡Qué extraña manera de agradar! Yo creo que debe penetrarse hasta la medula del hombre, como suele decirse, pero cuando se le posee, es preciso mostrarle superior, para ya dominado, po-

der expresar, digámoslo así, sobre su historia, un juicio definitivo. Esto es en Sainte-Beuve un abuso de flexibilidad, un festín de comprensión llevado hasta la servil imitación. Yo prefiero más la severidad de lo verdadero.

Estoy, pues, al fin de los ejemplos que yo deseaba señalar; y, por tanto, voy á concluir.



Pero antes de terminar, y para calmar un escrúpulo que me asalta, voy á mostrar cómo Sainte-Beuve tenía la intuición, al menos, del mundo moderno. A este fin me valdré de un estudio sobre Víctor Laprade, que considero digno de ser leído. Muéstrase en él terrible, aunque rindiendo justicia al poeta. « M. de Laprade — dice — como la mayor parte de esos que se precian de metafísicos, se cuida mucho de las palabras, razona sobre frases especiosas y vagas. En todo le domina la preocupación de una falsa nobleza del hombre, que le esteriliza, le mutila, le lleva al vacío, al seno de la inmensidad de las cosas, y le doblega á reunirse con todas las fuerzas generosas, que sólo él posee verdaderamente. — ¡Pero si esto es que Laprade está por el ideal! y Laprade, V. mismo lo ha dicho, después de mucho tiempo; V. es un... ¿el qué?... pues V. es un realista. » Tildar á Sainte-Beuve de realista es ir un poco lejos. El señala aquí perfectamente el gran pa-

pel que desempeña la psicología en el estudio analítico del hombre. Esto no es ya la concepción abstracta de la literatura clásica; esto es el modo de ser humano tomado en el gran cuadro de la naturaleza; esto es la información científica aplicada al estudio del mundo. El, que se presentó como adalid del gusto, revolviéndose contra los prosaismos de Balzac, reanima ahora en Laprade un idealismo inmaterial. «¡Cáspita! — exclama Sainte-Beuve. — ¡Váyanle á hablar de órganos á Laprade! ¿Acaso existen órganos para él? ¡Se pasa muy bien sin ellos!» Más adelante, él, Sainte-Beuve, el erudito refinado, el admirador de los clásicos, se arroja nada menos que á defender las ciencias. «Así, pues — escribe — Laprade, ultraabogado de las bellas letras y adversario de las ciencias, dice: «La era de los verdaderos sabios terminó ya; desde hace mucho tiempo no se hace otra cosa que explicar á la industria los grandes descubrimientos del pasado.» — ¿Por qué la era de los sabios ha terminado? ¿De dónde saca él esto? Basta sólo con que mire á su alrededor.» En fin: lanzado por completo en esta pendiente, llega Sainte-Beuve hasta á profetizarnos la poesía del mañana en estas palabras: «En cuanto á la verdadera poesía, que no consiste sólo en la descripción de las formas, llegará un día á renacer de las maravillas de este mundo moderno, y llegará á acomodarse al objeto sin espíritu de aventura. Ella encontrará su alma y su talento hecho á su medida, prestándole giros nuevos, que es el secreto de la

originalidad. Pero no incumbe á la crítica ni adivinarla ni proscribirla.» He aquí, pues, á Sainte-Beuve completamente con nosotros.

Si nos ceñimos á la crítica de esta época, le encontramos igualmente resuelto á decir la verdad, á juzgar los escritores con rigor verdaderamente científico. Encuentro en una de sus críticas, dirigida á Bersot, una página típica. «Yo no guardo ninguna animosidad contra nadie en mi corazón — dice — y aprecio á esos que, á pesar de todo, han sido mis maestros; mas he aquí que hace treinta y cinco ó más, que tengo delante á Villemain, gran talento, bello espíritu adornado y enriquecido de sentimientos generosos, liberales, filantrópicos, cristianos y civilizadores, etc., y el alma la más sórdida, la más mala y aduladora que existe. ¿Qué hacer en definitiva? ¿Cómo hacer por completo su retrato? ¿Los hombres de letras, los historiadores y moralistas predicadores no son acaso comediantes que desempeñan un papel exterior que en nada se relaciona con su manera de ser íntima? ¿Es preciso mirarlos sólo en la escena donde ellos representan? ¿O bien, es permitido que siendo conocido el sujeto y después de bien esgrimido el escalpelo, descubrirlos cual ellos son é indicar sus defectos, mostrando el punto de sutura entre su talento y su alma, loando el uno, pero haciendo resaltar los defectos de la otra que á la corta ó á la larga se reflejan en el talento mismo?... Tal vez perderá con este proceder la literatura; pero la ciencia y la moral

ganaría indudablemente. A eso vamos fatalmente. Desde que se penetra un poco á través de la sociedad como de la naturaleza, sólo guerras, luchas, destrucción y reconstrucción, es lo que se percibe. Esta lucreciana (1) manera de ser no es muy satisfactoria y agradable que digamos; pero una vez que uno se acostumbre á ella, resulta preferible con toda su tristeza, á la de rendir culto á los mentidos ídolos.» Esta última frase es profunda y valiente; ella contiene en sí toda la filosofía de la crítica científica. ¡Y qué sinceridad tan rara en Sainte-Beuve cuando dice «á eso vamos fatalmente!» El día en que Sainte-Beuve escribió esta página, se hizo digno de comprender á Balzac.

Ya puedo terminar, después de calmado mi escrúpulo, rindiendo estricta justicia á Sainte-Beuve. Mi conclusión ahora, no será más que un resumen. Tenemos á Sainte-Beuve al principio saturado del estudio de los grandes clásicos, habiendo tocado algo la medicina, á horcajadas sobre la ciencia moderna; un deseo ardiente de la mujer en su juventud le arroja en medio de la avalancha romántica; se hace poeta, y uno de los poetas más envejecidos y pervertidos; un proyectado enlace amoroso le detiene un instante en el campo del romanticismo y le convierte al catolicismo ecléctico y escéptico que le lleva á esa duda afanosa, á esa curiosidad por sondear todas las creencias. Pero se detiene á tiempo

en esa excursión lírica. Desde que deja de ser enamorado, ve perfectamente la realidad de la vida y mide las exageraciones locas de los poetas de su tiempo. Luego, empujado por este sentido crítico que relampaguea en su redor, vuélvese airado contra aquéllos que un día fueron su admiración. Se le tilda de tráfuga y, esto no es verdaderamente justo, puesto que él no ha nacido romántico por temperamento; sólo ha cedido un momento á la fiebre del tiempo; pasada esta crisis, vuelve á su ser, á esa curiosidad, á ese amor por lo verdadero, que le doblega á ese equilibrio equidistante de los extremos, que le subyuga y le caracteriza. Por lo tanto, su excursión por el romanticismo no tiene una consecuencia decisiva; había él condensado en éste todas sus esperanzas de joven, y cuando vió caer sus ídolos, perdida toda esperanza, refúgiase en las edades clásicas lleno de amargura y amedrentado, al propio tiempo, por las novedades que en adelante hanse de producir. Esta pena, esta repugnancia por lo desconocido, serán sólo combatidas por su grande inteligencia; bien que hasta el fin de su vida no llega nunca á aceptar el nuevo espíritu literario, aunque su temperamento le lleve á veces y á su pesar, á aplaudir con franqueza las producciones de este espíritu. Este va á ser Sainte-Beuve desde este momento. A las veces, irá muy lejos en sus escritos, poseerá principios excelentes, penetrará en el mundo moderno manifestándolo al azar en sus estudios y en algunos pasajes sobre cuestiones ge-

(1) De Lucrecia, la hija de Tarquino.

nerales. Solamente se declararía en abierta hostilidad, cuando el método moderno sea aplicado por un espíritu vigoroso en la violencia fatal á toda reacción. Entonces, el femíneo que en él dormita se revolverá ante la menor investida, ante el exceso de vigor, ante la crudeza que le asusta y abruma. El no puede dispensar á nadie las manifestaciones varoniles y vigorosas. Su inteligencia flexible, aunque de severidad excesiva, gravita siempre sobre la necesidad de la gracia; él preferiría al sutil, y el deseo del agrado le atormenta en holocausto á los desdeñosos amorosos que muchos cuentan ha sufrido. Su inextinguible emulación contra Balzac no reconoce otra causa, igual que su repulsa y admiración á la vez por Stendhal, y también sus restricciones en las obras de Flaubert y los hermanos Goncourt. Era su voluptuosidad que flajela á golpes de alfilerazo; no podía admitir de ningún modo esas entidades que se imponen á fuerza de puños; él no es de esa familia y jamás llegaría á comprenderlos.

He aquí el punto flaco de este espíritu tan amplio y relumbrante. El que tanto se pagó de saber gustarlo todo, de todo comprenderlo y penetrarlo, no ha sabido gustar, comprender ni penetrar á los grandes novelistas modernos, ni se percató de la influencia decisiva que ellos tienen sobre el siglo. Causa extrañeza el sorprender el espíritu de sus artículos y ver cómo prodiga sus elogios á los escritores mediocres, á esos novelistas de tercer orden, mientras demuestra miedo y confusión contra la

enteresa de Balzac y la superioridad de Stendhal. Su destino era el de mostrar los hombres de segundo orden, designándoles á cada cual el sitio que les correspondía, sin meterse á decir lo que los de primero merecían. Así, pues, su crítica resulta decapitada, no presta ninguna luz y nada aclara para el porvenir; no señala la gran corriente del siglo, ni puede impedir en ningún punto la marcha por el gran camino por do se dirigen nuestros genios modernos. Su crítica resulta tan sólo una charla continua, cayendo sobre la literatura sin ton ni son; en fin, un conjunto de notas aisladas, sin ilación, pero llenas de interés, de documentos que á pesar de todo, siempre debemos consultar; pero donde no hallaremos un juicio definitivo, puesto que la mayor parte de los pasajes están escritos bajo el imperio de la prevención, bajo la dictadura de su temperamento, á pesar de su último esfuerzo en pro de la sinceridad. Puede asegurarse que Sainte-Beuve ha puesto sobre el tapete todos los problemas de la crítica, pero sin llegar á resolver los más importantes por un defecto de su propia naturaleza, por miedo á lo enérgico y por una concepción clásica del gusto. La comprensión del genio moderno queda avasallada por esta última concepción clásica.

Para finalizar. Declaro que no he pretendido hacer aquí un estudio completo sobre Sainte-Breuve, sino ver de estudiar el papel por él desempeñado en la crítica moderna. Para completar el estudio de Sainte-Beuve, sería preci-

so meterse en el análisis de *Voluptuosidad*, esa novela suya tan complicada, de sentimientos tan quintaesenciados, que jamás he podido leer sin recordar el extraño reproche de Sainte-Beuve dirigido á Balzac, tildando á éste de obsceno y dificultoso de entender. Queda igualmente por estudiar el poeta y el historiador de Port-Royal. Yo no he hecho más que indicar las diferentes maneras del crítico, porque en Sainte-Beuve hay dos críticos: el que se conmueve y asusta retrocediendo al pasado, y el que se expansiona y penetra á fondo en el análisis humano. Pero ya he dicho sobre el particular lo que debía: de otro apenas me concierne; es decir, del Sainte-Beuve político. El trató de sincerarse siempre por haberse ocupado de política y pretendía hacerse pasar por un escritor purificado. Sobre este punto puédesele estudiar frente á frente de los gobiernos que se sucedieron durante su existencia, y arrojará algún interés. Con la monarquía de Julio, muéstrase siempre malcontento y rehusa dos veces el ser condecorado por Luis Felipe. Aunque ignoro las causas de esta repugnancia, pues no se percibe ningún detalle que lo justifique en sus artículos. La revolución de 1848 le exaspera, acordándose sin duda de esa suma de cien francos que tomaron en su nombre, perteneciente á una lista de fondos secretos. La acusación resultó negativa; Sainte-Beuve se defiende violentamente, presenta su dimisión de bibliotecario y se retira á Bélgica. Al fin pareció encontrar en el Imperio el gobierno de su gusto; así lo declara él mismo á vuelta de circunloquios, diciendo que miraba al Imperio como necesario y útil. En 1852, el 23 de Agosto, al día siguiente del golpe de Estado, publicó un artículo titulado *Les Regrets*, que produjo gran sensación. El se conduele de los liberales de 1830, que después de haber conseguido el poder con Luis Felipe mediante una revolución, no admiten ahora que otros puedan sustituirles durante el Imperio. Hay en este artículo una página bellísima sobre la ambición del poder y sobre lo que él llama «la enfermedad del poder perdido.» Pero, después de todo, muéstrase harto desdeñoso hacia la República, que titula un «intervalo anárquico.» Este espíritu de Sainte-Beuve, tan saturado de la antigüedad griega, no gusta ahora de la misma República atenien- se. Sin duda que él siente por la forma monárquica no más que una afición de erudito, una terneza sólo de hombre de gabinete que tiene horror á toda revuelta callejera. La marcha triunfante de la democracia moderna, es una de las causas que más le inquietaron: porque él pertenece, por temperamento, al siglo del gran rey, y ha soñado con ser un Boileau pensionado por la corte y dirigiendo las letras reinando á la par con Luis XIV. Sin embargo, puede afirmarse que el sillón del Senado, de que Napoleón III le hizo merced más tarde, fué una verdadera pensión de treinta mil francos, que él recibió. Y parece que lo disfrutó largo tiempo, pues M. Pons escribe sobre el asunto lo que sigue: «El no

podía sostenerse á pesar de los veinte ó veinticinco mil francos que ganaba con su pluma; pues los dispendios eran cada vez más crecientes, dispendios que le imponían el lujo de la esfera en que se agitaba y las relaciones de día en día más onerosas.» Sin duda que esta manera de vivir fastuosa se debió de hacer mucho más exigente, puesto que Sainte-Beuve se mostró más amoroso que nunca hasta el fin, por este Imperio saludado por él al nacer y que en realidad fué tan limitado y odioso en materia literaria. Cuando Sainte-Beuve escribió en su artículo *Les Regrets* «Yo estaré siempre agradecido á todo gobierno que me procure el orden, las garantías de la civilización y el libre desenvolvimiento de mis facultades para el trabajo, á un gobierno así, yo le saludaré y estaré pronto, por mi parte, á apoyarle...», los orleanistas podían muy bien haberle respondido que estaba en su papel saludando un nuevo régimen, del cual podía ser bien atendido, en tanto que ellos sólo les quedaba el lamentarse de no haberle podido atender, por lo menos en los últimos tiempos.

Y véase, aun en esto, á Sainte-Beuve, en continua lucha, en un constante equilibrio. El que está por el poder absoluto y que después aclama la fuerza, el día en que se siente en el Senado es para producir una tempestad en defensa del librepensamiento. Ya le tenemos por entero: hombre del pasado en sus gustos de erudito, amando la paz y la ordenanza, vuélvese hombre del presente, apenas reacciona

un momento su razón y su inteligencia, arrojándose sin trabas en reclamación de todas las conquistas del espíritu filosófico literario de nuestros días. En política desempeña el mismo papel que en su vida de crítico; él sueña con la dictadura de los espíritus en nombre del buen gusto y del orden, y en el momento mismo que vé amenazados estos espíritus en sus libres manifestaciones, clama por libertarlos en nombre de las libertades modernas.

A la verdad, Sainte-Beuve no hizo gran papel en la política, y pasó casi desapercibido durante el segundo Imperio, que no le comprendió. Cuando pagó su tributo á la muerte, fueron solos los republicanos los que le hicieron unos funerales dignos de un príncipe de las letrás.

VI

Acabo de leer la *Nueva correspondencia*, de Sainte-Beuve. Este tomo no tiene muy vivo interés, si se exceptúan ciertos detalles íntimos, sobre todo en los primeros años, y la larga carta del príncipe Napoleón (dada como apéndice), que sólo tiene una importancia política. Desde el punto de vista de la crítica, las cartas de Sainte-Beuve no añaden nada; son simples esquelas dando gracias, que llegan hasta el elogio, con algunas reservas para lo picante. El crítico no

escribía sino cuando no quería hacer artículos.

Sin embargo, me congratulo de que se haya publicado la *Nueva correspondencia*, porque me permite reanudar el estudio que he consagrado á Sainte-Beuve. A propósito de este estudio, he recibido varias cartas y me ha chocado una objeción. Hacíanme notar que había sido injusto no reconociendo á Sainte-Beuve una actitud muy audaz en la crítica de su tiempo. He reflexionado; en efecto, creo que relativamente se atrevió á mucho, y que es preciso tenérselo en cuenta.

Cuando se estudia un escritor, lo difícil es colocarse en su lugar, en su medio, en las circunstancias é influencias que ha tenido que soportar. Siempre se inclina uno, y yo sobre todo (lo confieso) á sustituir su personalidad á la del sujeto cuya disección se hace, á juzgarle en absoluto desde el punto de vista del tiempo actual. Por eso he podido asombrarme de las precauciones y los tiquis miquis con que Sainte-Beuve aderezaba la verdad. Sostengo que ciertamente había en ello, y mucho, cuestión de su temperamento; pero preciso es agregar que la época en que escribía y las gentes para quienes escribía, le impulsaban sobremanera á esas suertes de escamoteo. En el fondo, estad seguros de que se tenía por muy audaz, por el crítico más audaz de la época.

Y lo era realmente. Prueba de ello es, que todos sus contemporáneos le juzgaban así; porque á menudo los azoraba con apreciaciones que no se

hubiesen permitido un Nisard ó un Villemain. Hay una prueba de esto muy curiosa. En mi estudio he hablado del artículo que consagró á *Madama Bovary*. En mi concepto, ese artículo es severo, injusto, casi me atrevería á decir que es ciego é ininteligible. En él no se indica ni aun comprende el considerable alcance de tal novela. Nada más estrecho ni más inquieto. Pues bien: cuando en 4 de Mayo de 1857 vió la luz ese artículo, pareció de los más incendiarios. La historia es chusca y merece consignarse.

Paulino Limayrac se tomó el trabajo de contestar á Sainte-Beuve, el 10 de Mayo, en *El Constitucional*. Exhalaba gritos de desesperación, el Imperio estaba perdido. Sainte-Beuve, que no era muy sufrido, escribió acerca de este asunto una nota en la cual aparece muy ofendido, y donde hace notar que ha sido uno de los afiliados al 2 de Diciembre. Hablando de sí mismo, dice: «Si en el orden de sus trabajos ha prestado cuantos servicios ha podido, ¿qué manera es esa de agradecerse, haciendo que le critique públicamente uno de los escritores que se inspiran en los ministerios del Interior y de Instrucción pública? ¿Es un mal proceder y un proceder torpe? ¿Tenemos tantos amigos entre los académicos y en la prensa?» Según se ve, la cuestión iba agriándose.

Però lo que retengo, sobre todo, es el siguiente pasaje, donde, á pesar de su rebeldía, Sainte-Beuve parece excusarse por haber elogiado *Madama*

Bovary. « M. Sainte-Beuve ha cometido el grave delito de emitir una opinión literaria favorable, hasta cierto punto, acerca de un libro cuya dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones ha desaprobado, por otra parte. » No me parece nada suave eso de « hasta cierto punto », ni eso otro de « dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones ». No importa; claro es que Sainte-Beuve era muy audaz, á despecho de todo, puesto que *El Constitucional* se enfadaba y el mundo en que vivía el crítico ponderaba lo escandaloso de su actitud. Así, pues, hoy hacemos muy mal en recriminarle por su timidez, timidez que entonces consideraban casi como impudencia. Si le hubiesen dicho á Sainte-Beuve que le faltaban agallas, se hubiera quedado estupefacto y hubiera respondido: « Señor mío, mis agallas me indisponen con todos mis amigos y me hacen tratar como sospechoso por el Gobierno. ¿ Querrá V. que me guillotinen ? »

Acerca de las molestias de la crítica, encuentro precisamente una interesantísima confesión de Sainte-Beuve, en una carta que escribió á Julio Vallés. « Lo propio de todo crítico es no poder callar mucho tiempo las palabras que tiene en la punta de la lengua; eso le da comezón. De muy joven era yo así en un periódico, *El Globo*, por el año 1826-27; y hablaba con mayor franqueza y rigidez que después lo he hecho. Más tarde, mis vínculos y complicidad con los poetas románticos no me han permitido, durante largo tiempo, más que ser su paladín y abogado,

pero no su crítico. Sin embargo, con muchas precauciones y por medio de componendas, he reconquistado poco á poco mi libertad, aunque no por entero en un principio; de ahí la acusación que por tanto tiempo ha pesado sobre mí de sobreentender las cosas más bien que decir las y soltarlas con claridad. Hacíanme sufrir estas dificultades, que dependían de la misma situación, de compromisos de amistad y de antecedentes con los cuales no era posible romper de pronto. Con los años he llegado á ser « yo mismo »; y trato de no dejarme neutralizar de nuevo por esos pobres diablos de compromisos y conveniencias, los cuales recomienzan sin cesar, y cuando uno se ha desembarazado de ellos por una parte, le enlazan en seguida por otra.

El trozo es largo, pero lo he citado íntegro porque, en resumen, explica la actitud ondulante y vaga que Sainte-Beuve guardó tan á menudo. Esas pocas líneas debieran servir de prólogo á todas sus obras; explicarían muchos juicios y señalarían las diversas evoluciones del crítico. La verdad fué para él una querida, de la cual, por conveniencia, no ha hecho gala á menudo. Iba á verla á hurtadillas cuando podía. Siempre había allí gente, sus conocimientos, sus amigos; y respetos humanos le impedían confesar su amor. El mismo lo confiesa, le faltaba el valor, daba bordadas; empleó su vida entera en desatarse de las mentiras convencionales, y aun después de su victoria no estaba seguro de permanecer libre. Nada más triste.

Y es que se necesita verdadero valor para decir la verdad en todo y por todo. En primer término, se está seguro de ser acusado de brutalidad, de envidia y de orgullo. Pero lo peor es que hay que renunciar á toda compinchería, á toda relación social. Desde entonces ya no se es más que un oso, y se queda uno sin opción á las recompensas y á los cargos oficiales. Se cruza la existencia por en medio de enemigos y de combates, sin otra satisfacción, sino la de ser fuerte y la de decir la verdad. De cierto que esto es duro cuando gusta la sociedad, se tienen vanidades de literato y erudito, cuando se ambicionan los triunfos en las academias y en los salones. Es un derrumbadero, un oficio montaraz, que sólo puede convenir á un amante de la soledad, misántropo y trabajador, cuyos goces sean nada más que la producción literaria.

Sainte-Beuve se confiesa también en una carta que me escribió á consecuencia de una semblanza de él que hice en *El Figaro*. El pasaje me parece complemento del anterior, y lo transcribo:

«Conocí á Hugo antes de las *Orientales*. Había yo entrado de rondón como crítico en *El Globo*, dirigido por M. Dubois, en 1826-27. Fui encargado de dar cuenta de las *Odas y baladas*, sin conocer al autor, sino de nombre. Hice dos artículos. Con ese motivo vino á verme Víctor Hugo para darme las gracias: éramos vecinos sin saberlo, en la calle de Vaugirard, á la segunda puerta (él vivía en el núm. 90, yo en el 94). Me encontré con su tarjeta,

porque yo no estaba en casa. Al día siguiente fuí á devolverle la visita, y de aquí nació una rápida intimidad. Le confié versos que hasta entonces tenía guardados *in petto*, sintiendo que el medio de *El Globo* era más bien crítico que poético. En ese rincón eran muy tiesos; yo también lo era entonces. Por todo el oro del mundo no me hubiese hecho *presentar* á un poeta acerca de cuyas obras tuviera que emitir juicio. Esto es para decir á V. que desde ese momento había en mí el signo y el sello del crítico. Hubo algunos años de olvido y suspensión de esta facultad. En cuanto á lo que hubo en mí, después de Julio de 1830, de cruces en todas direcciones y de conflictos interiores (sansimonismo, Lamennais, *El Nacional*, etc.), desafío á que nadie, excepto yo, los entienda y posea su clave; y hasta podría acontecer que si yo mismo quisiera recordarlo todo, matiz por matiz, tuviera que desistir de ello.»

Ya se ve que no era un cerebro sencillo, capaz de una convicción que hubiese de guiarle toda la vida. Conforme llevo dicho, puso su empeño en echar brotes en todas direcciones, en darse el gusto de ser una inteligencia flexible y comprensiva. Pero lo que echo de menos, sobre todo, es que no nos haya legado una «Historia del Romanticismo», ó por lo menos unas Memorias acerca de su vida literaria de 1827 á 1840. Sólo él podía decirnos la verdad verdadera acerca de aquella época, que se encuentra en estado de leyenda. A veces he hablado con supervivientes

EL GUARDABARRERA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

Su majestad la reina de Bohemia (siempre habrá un reino de Bohemia para los cuentistas) viaja con el incógnito más estricto y modesto, con el nombre de condesa de los Siete Castillos y acompañada tan sólo por la anciana baronesa de Georgenthal, su dama de lectura, y por el general Horschowitz, su gentilhombre de servicio.

A pesar de los caloríferos y de las pieles, hace un frío continuo en el compartimento reservado; y cuando la Reina, cansada de su novela inglesa ó impacientada por la labor de punto del General (porque el General hace calceta), quería dar un vistazo al campo blanco de nieve, veíase obligada á frotar un momento con su pañuelo el vidrio de la portezuela del vagón, recubierto de chispeantes plaquitas y delicados helechos de escarcha. En verdad que es un capricho singular y bien

propio de una cabeza de veinte años el que ha tenido S. M. de ir á París en pleno invierno á reunirse allí con su madre la reina de Moravia, quien iría á Praga á visitarla en la primavera próxima. No importa; ha sido menester ponerse en camino con diez grados bajo cero; la Baronesa ha tenido que sacudir sus antiguos reumatismos; el General, desesperado, ha dejado allá un magnífico cubrepiés que estaba haciendo para su nuera, no llevando consigo, para entretener el aburrimiento del viaje, sino lo preciso para confeccionar un modesto par de medias de lana. El viaje ha sido rudo; toda Europa está cubierta de nieve, y acaban de atravesar la mitad de ella, con muchos retrasos y dificultades, por ferrocarriles, cuyo servicio está desorganizado por los rigores de la estación. Al fin se acercan á la meta; esta noche á las nueve han comido en la fonda de

Mâcon; y aun cuando los caloríferos apenas están tibios y por fuera revolotean en las tinieblas gruesos copos blancos, también esta noche la Baronesa y el General, dormitando bajo los abrigos forrados y las mantas, sueñan, cada uno en su rincón, en la llegada y estancia en París, donde la buena señora podrá satisfacer una pequeña devoción especial, y donde el viejo veterano se dirigirá sin tardanza á cierto almacén de géneros de lana en la calle de Saint-Honoré, único en el que podrá proveerse convenientemente de sus madejas verdes.

En cuanto á la Reina, no duerme.

Febril y escalofriada dentro de su gran abrigo de pieles de zorro azul, con el codo en el rehenchido brazo del asiento y la mano crispada entre el desorden de los magníficos cabellos de color pajizo que se escapan de su coquetón *talpack* de viaje, está meditabunda, con los ojos abiertos de par en par entre la semiobscuridad, escuchando maquinalmente las vagas y lejanas músicas que los fatigados viajeros creen oír con el férreo galope de los trenes exprés. La pobre joven Reina repasa en su memoria toda su existencia, y reflexiona que es bien desdichada.

*
* *

En primer término vuelve á ver-

se de Princesita de manos rojas y talle liso, junto á su hermana gemela, á la que han casado allá arriba, en el Norte, su hermana á quien tanto amaba y parecidísima á ella, hasta el punto de que, cuando llevaban el mismo traje, era preciso ponerlas en los cabellos lazos de cintas de colores diferentes para no confundirlas. Ocurría eso antes de que la revolución hubiese derribado el trono de sus padres, y amaba la atmósfera tranquila y soporífera de la pequeña corte de Olmutz, donde la etiqueta estaba ducificada por la sencillez de costumbres. Era por el tiempo en que su padre, el buen rey Luis V, muerto de pena más adelante en el destierro, la llevaba á pié á través del parque, sin quitarse su traje de corte y sus placas, á tomar con su hermana café con leche á las cuatro de la tarde á un pabellón chinesco, invadido por las campanillas y dulcamaras, desde donde se veía el curso del río y el remoto anfiteatro de las colinas enrojecidas por el otoño.

Luego venía su boda, y el gran baile de presentación en aquella hermosa noche de Julio, en que por las ventanas abiertas se oía subir el murmullo de la muchedumbre que se apretujaba en los jardines iluminados.

¡Cómo temblaba cuando la dejaron sola un instante en la estufa con

el joven Rey! Sin embargo, ella le amaba ya, le había amado desde la primera mirada, cuando se adelantó con el blanco plumero en el gorro, tan elegante y esbelto en su uniforme azul cuajado de diamantes, y haciendo resonar á cada paso las curvas espuelas de oro que sobresalían de sus botas grises de mil pliegues. Después del primer vals, Ottokar la había dado el brazo, y acariciándose el largo bigote negro, la había conducido á la estufa, la había hecho sentarse debajo de una gran palmera; después, poniéndose junto á ella y cogiéndola de la mano con la más noble desenvoltura, la había dicho, mirándola á los ojos: «Princesa, ¿queréis dispensarme el honor de ser mi esposa?» Entonces ella se había ruborizado, bajado la cabeza y respondido, comprimiendo con una mano las locas palpitaciones de su corazón: «Sí, señor.» Al paso que los rabiosos violines de los tziganos atacaban todos juntos las primeras notas de la marcha *tcheque*, ¡ese canto sublime de entusiasmo y de triunfo!

¡Ay, cuán pronto había volado esa dicha! Seis meses de error y de ilusión, seis meses apenas; y al cabo un día, en pleno embarazo, una casualidad brutal la hizo saber que era engañada, que el Rey no la amaba ni la había amado nunca, y que al día siguiente mismo de su

boda había cenado en casa de la Gazella, la primera bailarina del teatro de Praga, una perdida. ¡Y esto no era todo! Supo entonces lo que era la única en ignorar, las antiguas relaciones de Ottokar con la condesa de Pzibrann, de la cual tenía tres hijos, á quien jamás había abandonado en medio de cien caprichos, y de la cual había tenido la audacia de hacer la primera dama de honor de su mujer. El amor de la Reina quedó muerto de golpe, ese delicado y tímido amor que nunca se había atrevido á confesar á su marido y que ahora comparaba con aquel pájaro encogido á quien de niña ahogó dentro de su mano bruscamente cerrada al temblar oyendo el ruido de un jarrón hecho tiestos por una camarista.

¡Su hijo! Sin duda; tenía un hijo, y le amaba. Pero, ¡cosa horrible! con mucha frecuencia, sentada junto á la áurea cuna, timbrada con la corona real, donde dormía su pequeño Wladislao, la Reina había sentido pasar por su corazón como una corriente de hielo al mirar á ese niño engendrado por un hombre que la ultrajara atroz y cínicamente. Además, nunca era de ella, de ella sola por lo menos. No sucedía como en el palacio de sus buenos padres, á quienes — ¡nuevo dolor! — una revolución acababa de hacerlos emigrar; en esta antigua

y orgullosa corte de Bohemia todo se hacía según las leyes del ceremonial más riguroso. Un enjambre de ayas y amas secas agitábase en torno de la regia cuna; y cuando la Reina iba á informarse acerca de su hijo y á besarle, la decían con solemnidad: «Su Alteza ha tosido un poco esta noche... Su Alteza sufre de la dentición...» Y parecíala que los helados alientos de esas mujeres soplaban sobre su corazón de madre para helarlo y extinguirlo.

¡Ah! Verdaderamente, no podía más la pobre Reina, y su vida era demasiado mala. Por eso, á veces, sucumbiendo al pesar y al tedio, obtenía del Rey licencia para ir á ver á la reina de Moravia, refugiada en Francia; se escapaba, se evadía como de una prisión (sola, porque las tradiciones se oponían á que el Príncipe heredero viajara sin su padre), y corría á deshacerse en lágrimas, echando ambos brazos al cuello de su madre, de gris cabellera.

Esta vez había partido súbitamente, sin pedir permiso y después de dar un rápido beso en la frente á Wladislao dormido; estaba loca de asco y de vergüenza. La licenciosa conducta del Rey era cada vez más pública; á la sazón tenía hogar y familia en todas las ciudades de la Bohemia y en todos sus

cotos de caza. Era una mofa por todas partes; y en las calles de Praga cantábase coplas satíricas en que se preguntaba qué sería de aquella raza ilegítima, y si Ottokar formaría con todos sus bastardos un escuadrón de guardias de honor, cual en otros tiempos Augusto *el Fuerte*. Para sufragar los gastos de tal progenie, el Rey sacaba dinero de todo, agotaba y llenaba de deudas el Estado. En particular, era escandaloso el comercio de condecoraciones, y se citaba el hecho de un sastre de Viena que había hecho fortuna vendiendo por quinientos florines, á los aficionados á las cruces extranjeras, levitas negras en cuyos bolsillo y solapa se encontraban el despacho y la cinta de la orden más ilustre de Bohemia, de una orden militar que data de la guerra de Treinta Años.

*
*
*

¿Pero qué pasa? Desde hace un momento, el tren refrena su marcha; se detiene. ¿Qué significa este alto á campo raso, en plena noche? El General y la Baronesa se han despertado muy inquietos; y el gentilhomme de cámara, después de bajar el vidrio, se inclina hacia las tinieblas por la portezuela; y héte aquí que la linterna del jefe del tren, que corría por la nieve á lo largo de

los coches, se para, se levanta y alumbra de pronto los blancos bigotes de gato enfurruscado y el gorro de nutria del General.

—¿Qué hay? ¿Por qué es la parada?—pregunta el viejo Horschowitz.

—Lo que hay, señor, es que tenemos función lo menos para una hora... ¡Dos piés de nieve! ¡No hay medio de avanzar!... Los parisien- ses se pasarán mañana sin café con leche.

—¡Cómo! ¡Una hora aquí, con este tiempo!... ¿Sabe V.? Los caloríferos están fríos...

—¿Qué quiere V., señor?... Se acaba de telegrafiar á Tonnerre para que envíen una brigada de espaleadores... Pero, se lo repito á V., hay para una hora lo menos.

Y el hombre se aleja con su linterna, hacia el lado de la locomotora.

—¡Esto es abominable; V. M. va á coger un romadizo!—gruñó la Baronesa.

—En efecto, tengo frío—dijo la Reina tiritando.

El General comprende que ha llegado el momento de ser heroico; salta á la vía, se mete en la nieve hasta las rodillas y alcanza al hombre de la linterna. Le habla á media voz.

—Pues aunque fuese el Gran Mogol, no puedo hacer nada—res-

ponde el empleado.—Sin embargo, estamos delante de la casilla de un guardabarrera; debe de haber lumbré... Si quiere bajar esa señora... ¡Eh, Gabatier!...

Acércase otra linterna.

—Vaya V. á ver si el guardabarrera tiene lumbré en su casilla.

Por fortuna, la tiene. El General es más feliz que si hubiese ganado una batalla ó concluido la primera tira de punto de su famoso cubrepíes. Vuelve al compartimento de la Reina, á quien da parte del resultado de sus gestiones; y un instante después, los tres viajeros, golpeando en el suelo con los piés para que se desprenda la nieve acumulada debajo de sus calzados, se encuentran en la sala baja de la casilla, donde el guardabarrera, que acaba de introducirlos y conserva puesta su piel de chiva, se arrodilla ante la chimenea y echa una brazada de leña seca en el hogar.

*
* *
*

La Reina, sentada frente á las alegres llamas, ha echado atrás su abrigo de pieles sobre el respaldo de su silla de paja; se ha quitado los largos guantes de Suecia para calentarse las manos, y mira en torno suyo.

Es una habitación de campesino. Se anda sobre un piso áspero y seco;

de las ahumadas vigas cuelgan manojos de cebolla; encima de la chimenea hay, sobre dos escaupias, una escopeta vieja de cazador furtivo y algunos platos floreados en el vasar. El General ha hecho al punto una mueca, viendo clavadas en la pared, con alfileres, dos estampas de Epinal: el retrato de Thiers, con el gran cordón de la Legión de Honor y el de Garibaldi, con blusa roja. Pero á la joven Reina lo que le llama la atención, junto á la cama de matrimonio y medio oculta por las cortinas de percalina de rayas, es una cuna de mimbre, de donde acaba de salir el gañido de un niño al despertarse.

Bien pronto el guardabarrera deja el fuego, se acerca á la cuna y la mece con suavidad.

—Duerme, monina, duerme; no es nadie, son amigos de papá.

El hombre de la piel de chiva tiene el aspecto de un buen padre, con su cráneo calvo como San Pedro, sus ásperos bigotes de veterano y sus dos tristes arrugas grandes en las mejillas.

—¿Es de V. esa niñita?—le pregunta la Reina con interés.

—Sí, señora, es mi Cecilia... El mes que viene cumple tres años.

—Pero... ¿y su madre?...—pregunta la Reina con vacilación. Y al ver que el hombre meneaba la cabeza, le dice:—¿Es V. viudo?

Pero hace un nuevo ademán negativo. Entonces la Reina se levanta conmovida, se acerca á la cuna y mira á Cecilia, que se ha vuelto á dormir estrechando con ternura contra su pecho un perrito de cartón.

—¡Pobre niña!—murmura.

—¿No es verdad—exclama entonces el guardabarrera con voz sorda—no es verdad que necesita tener bien poco corazón una madre para abandonar á su hija en esta edad? Que me haya abandonado á mí, después de todo, es culpa mía... Hice mal en casarme con una mujer demasiado joven para mí; mal en dejarla ir á la ciudad, donde ha adquirido malos conocimientos... ¡Pero abandonar á este amor!... ¿No es una infamia eso?... En fin, ¡tendré que educarla yo solo á esta pobrecita criatura!... La cosa es difícil, á causa del servicio, vaya... Por la noche me veo á menudo obligado á dejarla ahí que grite y llore en cuanto oigo silbar el tren... Pero de día, me la llevo conmigo; y ya está bien aguerrida la nena, ya no tiene miedo del ferrocarril... Mire V., ayer la tenía yo en el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha presentaba el banderín. Pues bien, ni siquiera se estremeció al pasar el rápido... Vea V., lo que más me engorra es el coserla los vestidos y los gorritos... Por suer-

te, fui en mis tiempos furriel de zuavos, y conozco un poco el manejo del hilo y de la aguja.

—¡Pobre hombre, esa es una tarea muy difícil!—exclama la Reina.—Oiga V., quiero ayudarle... Habrá alguna aldea en los alrededores, y en esa aldea gentes buenas que se encarguen de cuidar á su hijita de V.... Si no es más que cuestión de dinero...

Mas el guardabarrera sigue meneando la cabeza.

—No, buena señora, no. No soy orgulloso, y aceptaría con gratitud todo cuanto bien quiera hacérsele á Cecilia... Pero no me separaré de ella jamás... ¡No, ni siquiera una hora!

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué?—responde el hombre con voz sombría.—Porque no me fio de nadie, sino de mí mismo, para hacer de esta niña lo que no ha sido su madre... ¡una mujer honrada! Pero, perdone V.; ¿me quiere hacer el favor de mecer un poco á Cecilia?... Me necesitan en la vía.

*
* *

¿Quién sabrá nunca en qué pensaba la joven reina de Bohemia en esa noche de invierno en la cual ha mecido durante una hora al hijo de

un pobre guardabarrera, al paso que dormían delante del fuego el General y la Baronesa, cuyo auxilio no había querido aceptar? Cuando el jefe del tren abrió la puerta gritando: «¡Señoras y señores, el exprés va á partir... vamos, al coche!», la Reina depositó en la cuna de la niña Cecilia el portamonedas lleno de oro y el ramo de violetas de su cinturón, y volvió á subir al coche.

Pero S. M. no ha pasado más que dos días en Paris; en seguida ha vuelto á Praga, de donde ya casi nunca se ausenta, y donde se consagra por completo á la educación de su hijo. Ya no tienen más que sincuras las ayas con treinta cuarterles heráldicos y que arrojaban sobre la infancia del príncipe heredero la sombra de sus fúnebres tocas. Si todavía hay reyes en Europa cuando el pequeño Wladislao sea mayor, será lo que no ha sido su padre: un buen rey. A los cinco años de edad es ya muy popular; y cuando viaja con su madre por esos largos caminos de hierro de Bohemia, donde los trenes andan como simones, y ve por la portezuela del coche-salón un guardabarrera con su hijito en un brazo y presentando con el otro el banderín, el regio niño, á quien su madre ha hecho una seña, le manda siempre un beso.

FRANCISCO COPPÉE.

UN CONDECORADO EN 15 DE AGOSTO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Una tarde, al finalizar un día de caza, me sorprendió en la Argelia una violenta tempestad, en la llanura del Chélif, á pocas leguas de Orléansville. No había á la vista ni sombra de una aldea ni de un fondak. Nada más que palmeras enanas, montañas de lentiscos y grandes tierras labrantías hasta los confines del horizonte. Aparte de esto, el Chélif, engrosado por el chubasco, comenzaba á rugir de una manera alarmante, y corría yo riesgo de pasar la noche en pleno marjal. Por fortuna, el intérprete civil de las oficinas de Milianah, que era mi acompañante, acordóse de que cerca de nosotros, y oculta en un repliegue del terreno, estaba una tribu, á cuyo agá conocía; y nos decidimos á ir á su casa, en demanda de hospitalidad por una noche.

Esas aldeas árabes de la llanura están de tal modo escondidas entre

las pitas y los nopales, sus chozas de adobe se hallan construidas tan al ras del suelo, que estábamos en medio del aduar antes de haberlo visto. ¿Era efecto de la hora, de la lluvia, del profundo silencio?... Lo cierto es que me pareció muy triste el país, y como si sufriera bajo la pesadumbre de una gran angustia que hubiese dejado en suspenso la vida allí. En todos los campos del contorno, las mieses veíanse en el abandono. El trigo y la cebada, recogidos ya en los hórreos en todas partes, estaban allí tumbados, en vías de podrirse en el mismo pegujar. Olvidados bajo la lluvia, yacían los rastrillos y los arados, cubiertos de herrumbre. Toda la tribu tenía análogo talante de ruinoso tristeza y de indiferentismo. Apenas si los perros ladraban al aproximarnos. De vez en cuando oíanse gritos de niño en el fondo de una choza, y se veía cruzar por el monte

bajo, la rapada cabeza de un chiquillo ó el agujereado jaique de un viejo. Aquí y allí, asnillos respingando entre las malezas. Ni un caballo, ni un hombre..., como si estuviésemos aún en los tiempos de la grandes guerras, y todos los jinetes se hubieran marchado hace meses.

La casa del agá, una especie de larga quinta, de paredes blancas y sin ventanas, no parecía estar más viva que las otras. Encontramos abiertas las cuadras, vacíos los arcones y pesebres, sin un palafrenero para hacerse cargo de nuestros caballos.

—Vamos á ver el café moro— me dijo mi compañero.

Lo que se llama el café moro es como el salón de recepciones de los castellanos árabes, una casa dentro de la casa, reservada para los huéspedes de paso, y donde esos buenos musulmanes, tan atentos y afables, encuentran el medio de ejercitar sus virtudes hospitalarias á la vez que conservan la intimidad familiar preceptuada por la ley. El café moro del agá Si-Sliman, estaba abierto y silencioso como sus cuadras. Las altas paredes enjabelgadas con cal, los trofeos de armas, las plumas de avestruz, el ancho diván bajo que circunvalaba la sala, todo ello estaba chorreando con los golpes de lluvia que á rachas pene-

traba por la puerta... Sin embargo, había gente en el café. En primer término, el cafetero, viejo kábila andrajoso, con la cabeza metida entre las rodillas, agachado junto á un brasero vuelto boca abajo. En segundo lugar, el hijo del agá, un hermoso joven febril y pálido, tumbado en el diván, envuelto en un albornoz negro, con dos grandes lebreles á sus piés.

Nadie se movió cuando entramos nosotros; gracias si á lo sumo levantó la cabeza uno de los lebreles, y si el mancebo se dignó dirigirnos una mirada con sus hermosos ojos negros, febril y languideciente.

—¿Y Si-Sliman?—preguntó el intérprete.

El cafetero hizo por encima de su cabeza un vago ademán señalando al horizonte, lejos, muy lejos... Comprendimos que Si-Sliman había partido para algún largo viaje; pero, como la lluvia no nos permitía volvernos á poner en camino, el intérprete, dirigiéndose al hijo del agá, le comunicó en árabe que éramos amigos de su padre y que le pedíamos asilo hasta la mañana siguiente. En seguida el muchacho se levantó, á pesar de la calentura que le abrasaba; dió sus órdenes al cafetero; después, mostrándonos los divanes con ademán cortés, como para decirnos «sois mis huéspedes», saludó al estilo árabe, con la cabe-

za inclinada y mandándonos un beso con la punta de los dedos; y envuelto altivamente en sus albornoces, salió con la gravedad de un agá y de un dueño de su casa.

Tras de esto, el cafetero volvió á encender su brasero, puso encima dos cafeteras microscópicas, y mientras nos preparaba el café, pudimos arrancarle algunos detalles acerca del viaje de su señor y el extraño abandono en que yacía la tribu. El kábila hablaba muy deprisa, con gestos de vieja, en un bello lenguaje gutural, ora precipitado, ora entrecortado por grandes pausas, durante las cuales oíase caer la lluvia sobre los mosaicos de los patios interiores, y el hervor de las cafeteras, y los aullidos de los chacales desparrramados á millares por la llanura.

He aquí lo que le ocurrió al infeliz Si-Sliman. Cuatro meses antes, el día 15 de Agosto, recibió aquella famosa cruz de la Legión de Honor que tanto tiempo le habían hecho aguardar. Era el único agá de la provincia que aún no la tenía. Todos los demás eran caballeros ú oficiales; dos ó tres de ellos, hasta llevaban alrededor de su jaique la venera de comendador, y se sonaban las narices con el interior de ella y con la mayor inocencia, según lo he visto hacer muchas veces al Bach'Agá Boualem. Lo que hasta entonces había impedido que con-

decorasen á Si-Sliman, fué una disputa que tuvo con su jefe de la oficina árabe, á consecuencia de una partida de *bouillote*: y es tan poderoso el compañerismo militar en la Argelia, que desde diez años atrás figuraba en las listas de propuesta el nombre del agá, sin conseguir nunca que se aprobase la suya. Por tanto, podéis imaginaros el gozo del bravo Si-Sliman, cuando en la mañana del 15 de Agosto se presentó un *spahí* de Orleansville á entregarle el estuchito dorado con el diploma de legionario, y cuando Baia, la más amada de sus cuatro mujeres le sujetó la cruz de Francia sobre su albornoz de pelo de camello. Esto fué para la tribu ocasión de *diffas* y *fantasías* interminables. Toda la noche resonaron los tamboriles y dulzainas. Hubo danzas, se corrió la pólvora y se degollaron qué se yo cuántos carneros. Y, para que no faltase nada en la fiesta, un famoso improvisador del Djendel compuso en honor de Si-Sliman una cantata magnífica, que comenzaba así: *Viento, enjaeza los corceles para llevar la buena nueva...*

El día siguiente, á la salida del sol, Si-Sliman puso en armas la flor y nata de su *gum* y marchó con sus jinetes á Argel para dar las gracias al gobernador. Según uso y costumbre, el *gum* se detuvo ante las puertas de la ciudad. El agá diri-

gióse sólo al palacio del Gobierno, vió al duque de Malakoff y le dió seguridades de su adhesión á Francia, valiéndose de algunas frases pomposas de ese estilo oriental que pasa por figurado, sin más que porque desde tres mil años ha, todos los hombres se comparan en él con las palmeras y todas las mujeres con las gacelas. Después de cumplir con estos deberes, subió á dejarse ver en la parte alta de la ciudad; al paso se entregó á sus devociones en la mezquita, distribuyó limosnas entre los pobres, entró en las barberías y en las tiendas de bordados, compró para sus mujeres diversos perfumes, sederías con flores y ramajes, justillos azules recamados de oro, botas rojas de montar para su pequeño agá, pagando sin regateos y difundiendo su alegría con buenos pesos duros. Viósele en los bazares, sentado sobre tapices de Smirna, y bebiendo café á la puerta de los mercaderes moros, quienes le felicitaban. Agolpábase en torno suyo la curiosa multitud, diciendo: «Ved á Si-Sliman... el *Emberadur* acaba de enviarle la cruz.» Y las moritas, que regresaban del baño comiendo pasteles, dirigían por entre sus blancos antifaces profundas miradas de admiración á aquella hermosa cruz de plata nueva, tan ostentosamente llevada. ¡Ah, la vida tiene á veces sus gratos instantes!...

Llegada la noche, preparábase Si-Sliman á reunirse con su gum, y había puesto ya el pié en el estribo, cuando cátrate que se le acerca jadeante un *chaouch* de la prefectura y dice:

—Al fin te encuentro, Si-Sliman; te estaba buscando por todas partes... ¡Ven pronto, el gobernador quiere hablarte!»

Si-Sliman le siguió sin inquietud. Sin embargo, al atravesar el gran patio morisco del palacio encontró á su jefe de la oficina árabe, quien le dirigió una sonrisa irónica. Esa sonrisa de un enemigo le infundió temores, y entró temblando en el salón del gobernador. El Mariscal le recibió á horcajadas sobre una silla:

—Si-Sliman — le dijo con su brutalidad usual y con aquella famosa voz nasal que daba temblores á su séquito — Si-Sliman, hijo mío, lo siento mucho... ha habido en esto un error... No es á ti á quien queríamos condecorar, sino al caid de los Zugs-Zugs... Tienes que devolver tu cruz.

La hermosa cabeza bronceada del agá enrojecióse como si le hubiesen acercado á una fragua encendida. Un movimiento convulsivo estremeció su arrogante cuerpo. Brillaron como ascuas sus ojos... pero no fué más que un relámpago. Casi al momento los bajó, é inclinóse ante el gobernador.

— Eres el amo, señor—dijo; y arrancándose del pecho la cruz, la dejó encima de una mesa. Temblaba su mano; en la punta de sus largas pestañas veíanse lágrimas. El veterano Pélissier se afectó al verlo:

— Vamos, vamos, mi valiente; el año próximo será.

Y le alargó la mano con ademán cordial.

El agá hizo como que no lo había visto, inclinóse sin contestar y salió de allí. Sabía á qué atenerse con respecto á la promesa del Mariscal, y se veía deshonrado para siempre por una intringuilla oficinesca.

El rumor de su desgracia había cundido ya por la ciudad. Los judíos de la calle de Bab-Azún le miraban pasar, con chacota. Los mercaderes moros, por el contrario, se apartaban de él con aire de lástima; y esta lástima hacíale aún más daño que aquellas risas. Marchaba rozando las paredes, en busca de los callejones más oscuros. El sitio de su cruz arrancada echaba lumbre cual una herida abierta. Y todo el tiempo iba pensando de continuo:

«¿Qué dirán mis jinetes? ¿Qué dirán mis mujeres?»

Entonces sentía bocanadas de ira. Veíase predicando la guerra santa allá abajo, en las fronteras de Marruecos, siempre rojas por los incendios y las batallas; ó bien, recorriendo las calles de Argel á la

cabeza de su hueste, saqueando á los judíos, matando cristianos y cayendo también él entre ese gran desorden con que habría ocultado su vergüenza. Todo le parecía posible, antes que volverse á su tribu... De pronto, en medio de sus proyectos de venganza, la idea del *Emberadur* surgió en él como una luz.

¡El *Emberadur*!... para Si-Sliman, como para todos los árabes, la idea de justicia y de poder resumíase en esta única palabra. Este era el verdadero jefe de los creyentes, entre esos musulmanes de la decadencia; el otro, el Estambul, aparecíaseles de lejos cual un ente de razón, una especie de Papa invisible, que sólo había conservado el poder espiritual; y en la hegira en que estamos, sabido es lo que vale este poder.

¡Pero el *Emberadur*, con sus grandes cañones, sus zuavos, su escuadra de hierro!... En cuanto Si-Sliman pensó en él, creyóse salvado. De seguro que el Emperador le devolvería su cruz. Era cuestión de una semana de viaje; y tanto lo creía así, que quiso que su hueste le esperase á las puertas de Argel. El vapor-correo del siguiente día le condujo hacia París; é iba lleno de recogimiento y serenidad, como en una peregrinación á la Meca.

¡Pobre Si-Sliman! Cuatro meses hacía que partiera, y las cartas que enviaba á sus mujeres no hablaban

aún del regreso. Cuatro meses llevaba el infeliz agá perdido entre la niebla parisiense, pasando su vida en recorrer los ministerios, burlado en todas partes, cogido por el formidable engranaje de la administración francesa, de oficina en oficina, ensuciando sus blancos albornoces con los bancos de madera de las porterías, á caza de una audiencia que nunca llegaba; luego de anochecer, veíasele con su alta y triste figura, ridícula en fuerza de ser majestuosa, aguardando la entrega de su llave en la administración de una fonda; y subía á su cuarto, fatigado de las caminatas y de dar tantos pasos en balde, pero siempre altivo, agarrado á la esperanza, empeñándose como un comerciante en quiebra en correr tras de su honra...

Durante aquel tiempo, sus jine-

tes, en cuclillas junto á la puerta de Bab-Azúm, esperaban con el fatalismo oriental; los caballos, sujetos á estacas, relinchaban hacia la dirección del mar. En la tribu, todo estaba en suspenso. Las mieses morían en los campos, sin segarlas por falta de brazos. Las mujeres y los niños contaban los días, con la cabeza vuelta hacia París. Y daba pena el ver cuántas esperanzas, inquietudes y ruinas pendían de aquel cintajo rojo... ¿Cuándo acabaría aquello?

—¡Sólo Dios lo sabe!—decía suspirando el cafetero.

Y por la entornada puerta, sobre la llanura violácea y triste, su desnudo brazo nos mostraba una estrecha y blanca media luna en creciente, que subía por un cielo con nubes...

ALFONSO DAUDET.

MARTIN ALONSO PINZÓN

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Llama la atención que en los momentos mismos en que todos los pueblos civilizados se disponen á celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando el nombre de *Cristóbal Colón* resuena en todos los ámbitos de la tierra y su gloria se recuerda por la humanidad entera, si así puede decirse, y se levantan estatuas y monumentos que perpetúen su memoria y la admiración que despiertan sus heroicos hechos, hayan aparecido opiniones exageradas de algunos pensadores que se oponen al torrente de las ideas, y buscan manchas en la conducta del genio que atrae la atención universal, mostrando, más ó menos embozadamente, la tendencia de amenguar sus grandes merecimientos, rebajar su carácter y discutir la gloriosa empresa de aquel para quien *la humanidad nunca tendrá sobrada gratitud ni*

sobrada admiración, porque rompió el velo que envolvía medio mundo. ¡Singular coincidencia, y más extraña muestra de las aberraciones de la razón humana!

Encontramos la causa de tal exageración en un sentimiento falso de patriotismo, que juzga rebajada ó colocada en lugar secundario la importancia de la nación española que acogió los proyectos del gran marino genovés, porque este aparezca como la primera figura del descubrimiento; en un alarde de supuesta imparcialidad, que con deseo de disimular las manchas que en el libro de la historia oscurecen las relevantes cualidades de muchos de los españoles ilustres que en aquella grandiosa empresa ayudaron á *Cristóbal Colón*, ó estuvieron á su lado por mandamiento expreso de los Reyes Católicos, entienden que se disimularán aquellas, si en las acciones del descubridor encuentran

algo digno de censura; y de un mal paso caen en otro peor, juzgando que las figuras de nuestros compatriotas crecerán y se verán á mejor luz si logran reducir las colosales proporciones del héroe que se les pone delante y atrae la admiración de todos.

Tal vez el intento es digno de alabanza; *pero equivocan lastimosamente el camino los que tal obra han comenzado*, y puede conseguirse el resultado apetecido y hacer justicia á los insignes españoles que tanta parte tuvieron en la arriesgada empresa, compartiendo la gloria de *Cristóbal Colón*, sin que ninguno pierda ni caiga del alto pedestal que debe á sus merecimientos, y antes por el contrario, elevándolos á todos al grado que les corresponde por los grandes servicios que prestaron á la causa de la civilización en aquellos importantes acontecimientos.

Noble y simpático campo puede recorrerse al vindicar á los compañeros de *Colón* y á los primeros descubridores que siguieron sus huellas, así como á los colonizadores y administradores de la contratación de Indias, de los cargos que la pasión ó la ignorancia haya podido formarles sin la justificación necesaria; que siempre es noble y grata la tarea del que se propone que brille la justicia y se aquilaten

y aprecien en su valor las acciones de los hombres ilustres; pero es ingratísima labor, y repulsiva para la inmensa mayoría de los hombres dedicados al estudio y aun para todos los pueblos cultos, la de pretender se arrojen puñados de lodo sobre las estatuas que por voto unánime de cuatro siglos se van á elevar á la gloria del revelador de un mundo nuevo, ó borrar del nimbo refulgente que rodea su nombre alguna de las brillantes cualidades que la humanidad admira, y por las cuales se prepara á honrarle proclamándole en todas las lenguas conocidas la primer figura, el más grande de todos los caracteres que conserva la historia.

Es un patriotismo laudable, pero exagerado, una idea plausible, pero equivocada, la que ha producido esas opiniones extrañas y guiado la pluma de los escritores que las sostienen; y aceptando de ellas lo que tienen de razonable, creemos que es muy fácil apartarlos del error en que corren á despeñarse, llevándoles por camino más recto y que ciertamente llegará á más favorable resultado.

Sin disminuir en un ápice el mérito de *Cristóbal Colón*, sin atentar á su gloria, pueden y deben traerse á nuevo examen y ponerse en el debido lugar las altas condiciones de los marinos que le acompañaron;

y aunque censuremos justificadamente los actos que merezcan vituperio, no por eso han de relegarse al olvido los grandes servicios que prestaron y la abnegación con que ayudaron al descubrimiento; que tal vez sin ellos no se hubiera llevado á cabo aquel acontecimiento, grandioso y trascendental como ningún otro de cuantos registra la historia.

En el próximo centenario se conmemorarán juntas la gloria de *Cristóbal Colón* y las de nuestra España; tan unidas ambas, que no es posible separarlas, ni puede un español denigrar al genio genovés á quien adoptó nuestra patria, y que forma con su ciencia y su fe una de nuestras mayores glorias, sin que sus censuras lastimen en algo á la nación que se hizo solidaria en su principio de sus proyectos y continuó luego sus empresas; logrando con el descubrimiento y la conquista la más brillante página de la historia de la civilización, que nos pertenece por entero, por más que la envidia ladre.

Pero á más de la causa indicada, existe otra de muy diferente índole, aunque ha venido á producir el mismo resultado.

Ley es de la condición humana tocar en todo los extremos; una injusticia provoca otra, de una inconsiderada apreciación se sigue

casi siempre la contraria, caminando constantemente de reacción en reacción, y así ha sucedido, á nuestro sentir, en el presente caso. Por largo espacio de cerca de cuatro siglos, los historiadores de todas las naciones han estudiado el descubrimiento de las Indias Occidentales bajo todas sus fases, y cada cual con diferente criterio, y sin interrupción han repetido las alabanzas del primer Almirante que las descubrió, sin hallar sombra en su gloria.

Pero el entusiasmo exagerado, la irreflexiva pasión de un escritor francés contemporáneo, que, forjando en su imaginación un ser privilegiado, un héroe semi-fantástico, quiso hacer un santo de *Cristóbal Colón*, ha dado origen á las exageraciones contrarias que deploramos. No se contentó el conde Roselly de Lorgues con ser el hagiógrafo y presentar al descubridor como santo; de éstos los ha habido harto pecadores, que por el arrepentimiento y los sacrificios, por la expiación y las santas obras, han redimido sus faltas siendo actualmente alto ejemplo para la humanidad. El Conde quiso dibujar al inmortal navegante como un ser excepcional é inspirado solamente por la divinidad en la concepción de su gran pensamiento, sin que debiera cosa alguna á la ciencia de sus contemporáneos, ni á las tendencias de su época ni

aun á su propia experiencia; y llevando todavía más allá su propósito, aspiró á demostrar que había sido impecable, y que prescindiendo de los datos históricos, escribiendo sus hechos más con el corazón que con los documentos, podía lavársele de toda culpa, y para ello borrar con elocuente palabrería cuantas faltas se notaban en su conducta como particular, en sus actos como gobernador y como jefe, como capitán y como administrador. *El Mensajero de Dios, el Enviado para extender la fe de Cristo, el Revelador de otro mundo* no había tenido mancha alguna, siendo todas las culpas de los que le rodeaban; no era posible dirigirle censuras, y cuantas faltas se le atribuían eran calumnias forjadas por los enemigos de la religión cristiana, por autores de tan escasa valía como Robertson, Humboldt, Prescott, Washington Irving y otros protestantes que monopolizaban la historia del *Héroe Evangélico*, y por fanáticos españoles tan ignorantes como D. Martín Fernández Navarrete y D. Juan Bautista Muñoz. El conde Roselly de Lorgues no escribió la historia, sino la leyenda mística de *Cristóbal Colón*.

A tamañas exageraciones responden las primeras censuras dirigidas á la conducta de *Cristóbal Colón*, que luego se han querido extender

á su carácter y á su ciencia misma.

Como el polo opuesto, como la antítesis más viva de la obra del conde Roselly de Lorgues, apareció en New-York, en 1874, la que se titula *Historia del carácter y de las empresas del llamado Cristóbal Colón* (1). Su autor, Mr. Aaron Goodrich, se propone, al parecer, patentizar el escaso valer de la obra del Conde francés, sin referirse á ella, poniendo en claro cuán fácil es hacer la demostración de los mayores absurdos, con visos de razón, y con el intento de minar una por una las piedras del edificio liviano levantado por el Conde, como dice con tanta verdad el docto escritor D. Cesáreo Fernández Duro (2), «ejercitando el frío razonamiento de la protesta anti-católica contra el ferviente deseo del biógrafo ortodoxo, apalancando con la fantasía el idealismo, con la pasión la pasión, el misticismo con la irreverencia, hasta poner al lado de la leyenda seráfica francesa otra leyenda mistológica de Ultramar.»

Pero el impulso estaba dado, y sin ir tan lejos como el anglo-americano Goodrich, hubo muchos que

(1) *A History of the character and achievements of the so-called Christopher Columbus*, by Aaron Goodrich, with numerous illustrations.—New York, Appleton, 1874, un tomo en 4.º

(2) *Nebulosa de Colón*.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1890.

á fuer de buenos españoles, dieron en pensar que se habían exagerado los merecimientos de *Cristóbal Colón*, y que entusiasmados por su gloria todos los escritores que del descubrimiento del Nuevo Mundo habían tratado, menospreciaban á los que ayudaron á tan gran suceso, oscureciendo con las alabanzas al genovés los méritos de los españoles, según antes decíamos. Creyendo que desde el P. las Casas hasta Washington Irving, todos los historiadores habían hecho la apotheosis de *Colón*, buscaron algo que decir en su contra para que, oscureciéndose el brillo de su nombre, lucieran mejor los de sus compañeros.

Y es doloroso ver que por ese falso camino se han comenzado á deslizar escritores de verdadero talento, y alguno entre ellos cuyas excelentes condiciones son justamente alabadas en otros terrenos, y muy señaladamente en cuanto á las cuestiones colombinas se refiere. Tal pensamiento ha logrado cegar á muchos espíritus, por más que el mayor número de pensadores lo rechaza por infundado, y se han puesto nuevamente en tela de juicio las condiciones de carácter, la fe, la generosidad y hasta la ciencia del descubridor, suponiendo que había tenido conocimiento de la existencia de las tierras occidenta-

les por las sagas de los islandeses ó por el fantástico piloto que murió en su casa, cuyo nombre nadie conoció, hasta que más de un siglo después lo estampó el inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios*, con animadversión bien conocida; y ya los detractores de Colón dan como indiscutible la existencia de Alonso Sánchez de Huelva y refieren su viaje, y que, por tanto, no pertenecía á aquél la originalidad de la concepción que tanto avalora su talento; y que era inferior en conocimientos náuticos, en práctica y aun en constancia y dotes de mando y de administración, á muchos de los que le acompañaron, siendo muy justos y razonables aquellos jueces pesquisidores que tantas violencias ejecutaron, y que durante cuatro siglos han merecido la execración de la posteridad.

No es nuestro intento en este ensayo discutir el origen de los proyectos de navegación hacia Occidente en el siglo xv, ni estudiar la extensión que fueron tomando las empresas marítimas, ni las noticias que circulaban de la existencia de tierras desconocidas al otro lado de los mares. En otro libro (1) hemos indicado algunas de las muchas opiniones que sobre estos extremos se

(1) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*. — Barcelona, Espasa y Compañía editores, 1888-91.

han manifestado, conformando la nuestra con la del sabio Alejandro Humboldt.

○ Aun admitiendo, como creemos debe admitirse, la certeza de los viajes de los escandinavos en los últimos años del siglo x, teníamos por resuelta la cuestión en favor de nuestros navegantes del siglo xv, y colocada en su verdadero terreno, del que no sería posible volverla á distraer, después de la sólida argumentación del Sr. D. Pedro José Pidal. Encontrar por casualidad no es más que fortuna, y no se funda en precedentes científicos; abandonar lo encontrado sin darse cuenta de su importancia, sin que produzca resultados tangibles en el progreso de la humanidad, no se llama descubrimiento y se olvida bien pronto. Los escandinavos pisaron el continente occidental: «Pero si
 » la gloria consiste en concebir, 'de-
 » cía aquel pensador profundo (1),
 » en medio de un siglo ilustrado que
 » unánimemente lo deniega, que hay
 » más allá de los mares frecuentados
 » por tantos siglos, un continente
 » y regiones nuevas y desconocidas,
 » en consagrar su vida á la inven-
 » ción de este Nuevo Mundo, en
 » arrostrar y vencer millares de
 » obstáculos y dificultades, y, sobre

» todo, en producir inmensos resul-
 » tados, ¿quién negará aquella glo-
 » ria á Colón y á la gran nación que
 » le supo comprender y apreciar?
 » La obra de Colón y de Castilla fué
 » la obra del saber, del genio y de
 » una alta y fecunda inteligencia; la
 » de los escandinavos, la del azar y
 » de la casualidad. La primera pro-
 » dujo resultados inconmensurables,
 » inmensos en el orden político y
 » social de las naciones, y causó una
 » completa revolución en las rela-
 » ciones de los pueblos; la segunda
 » no produjo la más pequeña utili-
 » dad, ni fué de la menor trascen-
 » dencia.»

No creemos que la fama de *Cristóbal Colón* puede ser oscurecida en este ni en otro concepto alguno: entendemos que los escritores que, guiados por el noble anhelo de vindicar á la nación española, han emprendido la tarea de rebajar el mérito del genio genovés, *han equivocado lastimosamente el camino*, como dijo un escritor muy celebrado, empleando medios que no han de conducirles al logro de su buen propósito, y, antes por el contrario, pueden resultar contraproducentes. El amor patrio ha turbado su vista.

En el libro titulado *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, recientemente publicado, hemos procurado, sin pasión y con ardiente anhelo de escribir la

(1) *Revista de Madrid*.—Segunda serie.—Tomo II, 1839.

verdad, colocar en su verdadera luz los altos merecimientos de Martín Alonso Pinzón y de otros muchos de los que ayudaron al primer Almirante que descubrió las Indias, para que pudiera llevar á la práctica su atrevido proyecto, pues por ellos puede decirse que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo es gloria de España.

El genio genovés la Europa entera corrió, pidiendo á guisa de mendigo, á sus tronos un rey para la esfera que al nacer á la luz trajo consigo; en vano, el Nuevo Mundo nunca fuera del saber de Colón noble testigo, si no hallara en Castilla una matrona cual nunca alguna que ciñó corona (1).

Isabel la Católica fué colocada por Dios en el trono de España para que pudiera realizarse la colosal empresa. Su genio comprendió al genio á quien tenían todos por loco y soñador. Pero al lado de la excelsa soberana de Castilla, brillan Fray Juan Pérez y Alonso de Quintanilla, Juan de la Cosa y Martín Alonso Pinzón, Deza y Santángel, Marchena y otros muchos, que declarándose favorecedores de *Cristóbal Colón* hicieron española su empresa.

Mas como después de haber circulado aquella obra, y no obstante nuestra convicción de haber hecho en ella cumplida justicia al mérito singular del marino de Palos y

(1) *Hernán Cortés*, por D. Patricio de la Escosura.

ponderado sus servicios, todavía no aparecen éstos bien apreciados en concepto de algunos diligentísimos y doctos colombistas, á quienes en vano hemos procurado convencer de la imparcialidad de nuestros juicios, nos hemos decidido á emprender nuevo estudio, con el solo y exclusivo objeto de dejar bien en claro las acciones de nuestro ilustre compatriota *Martín Alonso Pinzón*, y la gloria de su nombre como valeroso y entendido marino; porque juzgamos que no se ha entendido en todo su alcance la apreciación que de sus grandes servicios formulamos.

Siempre nos desvelamos porque nuestra historia, como espejo limpio, refleje las figuras de los personajes todos sin disimular sus imperfecciones; y este es un defecto, al parecer, en sentir de los nuevos críticos, que llevados, según decíamos, por un exceso de patriotismo, solamente quieren ver el lado bueno; como si los héroes más celebrados y de mayor renombre dejaran de formar parte de la humanidad, y de ser, como todo lo humano, compuestos de pasiones, que por inherentes á la naturaleza, ninguno puede librarse de ellas, y cuya pintura, lucha, contraste y narración es uno de los principales elementos de la historia. En la generalidad de los hombres, las pasiones están en

equilibrio más ó menos perfecto, sin haber ninguna sobresaliente; en los santos, los héroes y los genios superiores se encuentran algunas de las más excelentes en grado verdaderamente heroico, y esto los levanta sobre el vulgo y los hace objeto de veneración. Pero son muy pocos, tal vez ninguno, los que al lado de sus grandes cualidades no descubren faltas, propias de las otras pasiones menos elevadas que sienten todos los corazones. Así es el hombre; así hemos pintado á *Martín Alonso Pinzón*, porque tal resulta de la historia, porque tales son todos los actos humanos.

Toutefois aux grands cœurs donnez quelques faiblesses

.....
A ces petits défauts marqués dans la peinture,
L'esprit avec plaisir reconnaît la nature,

Como decía con tanta profundidad de observación el célebre Nicolás Boileau (1).

No es, pues, una obra nueva la que ahora publicamos; es una recopilación de cuanto en otra más extensa se contiene relativo á los hechos de *Martín Alonso Pinzón*, para presentarlos unidos, y con al-

gunas observaciones especiales para demostrar, por una parte, el alto aprecio que siempre hemos hecho del marino de Palos, llegando hasta el punto de consignar que sin él quizá no se hubiera llevado á efecto el descubrimiento del Nuevo Mundo; y por otra, que la falta en que pudiera incurrir, movido por una pasión poco noble, y que tal vez él mismo juzgó con la mayor severidad, en nada oscurece el brillo de sus grandes hechos; así como que su fama, por muy alta que se levante, como es justo y debido, nunca disminuirá la gloria de *Cristóbal Colón*.

Aspiramos, con el presente trabajo, á dar cumplida respuesta y satisfacción á esos escritores celosos que juzgan se ha obrado con injusticia al narrar el papel que los españoles, y muy señaladamente *Pinzón*, tuvieron en la gloriosa hazaña del descubrimiento, y que si mayor renombre no ha cabido á este, fué por su fin prematuro y desgraciado que le impidió tomar parte en los sucesivos viajes, privando á España de los grandes servicios que tan ilustre hijo pudiera haberle prestado, y á él de recoger el fruto de sus trabajos.

(1) *Art poétique*, Chant troisième.

PARTE PRIMERA

I

Al lado de *Cristóbal Colón*, y como factor indispensable para que pudiera tener feliz resultado el viaje primero que aquél emprendió para el descubrimiento del Nuevo Mundo, se levanta la figura de un ilustre marino español, cuyo nombre es una de las glorias de nuestra historia. *Martín Alonso Pinzón* parece designado por la Divina Providencia para que se realizaran los proyectos asombrosos que *Colón* había concebido; mas por desgracia suya, y quizá de ambos ilustres navegantes y aun de la nación española, desaparece en el momento crítico de regresar del descubrimiento, tras de un penoso viaje, y le arrebató la muerte sin que pudiera intervenir en la colonización, ni recoger los laureles que la gloria le ofrecía en sucesivos viajes.

Los hechos conocidos de la vida de aquel ilustre marino sólo pueden averiguarse en el *Diario de na-*

vegación que *Cristóbal Colón* abrió en el día mismo en que zarparon del puerto de Palos las tres carabelas que iban al descubrimiento, y en las declaraciones que muchos años después, en el pleito que siguió el segundo Almirante D. Diego Colón con el fiscal del Rey, que principió en el año 1508, prestaron muchos de los marineros y pilotos que fueron al primer viaje, y algunos vecinos de Palos que habían conocido á *Colón* y á *Pinzón* y presenciaron el regreso de ambos y la muerte de éste. Alguna luz pueden prestar los historiadores primitivos, Las Casas, Oviedo y D. Hernando Colón, que con buenas referencias escribieron aquellos sucesos; pero ninguno de ellos conoció personalmente á *Martín Alonso Pinzón*, ni pudo escuchar de sus labios la narración de los hechos, dato importante que no puede perderse de vista.

II

Las cuestiones que se debaten sobre la patria y familia del primer

Almirante que descubrió las Indias, de su edad y de su matrimonio, de su venida á Portugal y sus trabajos en aquel reino, así como de su vida en España y triste fortuna que corrió en el largo espacio de siete á ocho años, desde el de 1484 á 1492, reclaman largo estudio y exposición detenida, tanto por el interés que despiertan, como por la oscuridad que las rodea, y á ellas hemos consagrado ya un trabajo especial.

Vencidas las dificultades que á tan alta empresa se oponían después de largos años de fe y de constancia, favorecido por algunos y menospreciado por otros, obtuvo *Cristóbal Colón* las concesiones que deseaba, y los Reyes Católicos firmaron las capitulaciones en Santa Fe en 17 de Abril y luego en Granada en 30 del mismo mes de 1492.

Llevando los despachos á su favor, que con arreglo á ellas se le extendieron, llegó el Almirante á la villa de Palos, y en su iglesia, ante notario y con gran concurso, se leyeron los documentos, para que conforme á ellos fuera reconocido *Colón* como Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme que lograrse descubrir en el mar Océano, y para que por el regimiento de la villa se le facilitaran las carabelas con que estaba obligada á servir, por cierto tiempo y á su costa, por

pena impuesta en virtud de reales disposiciones (1).

El escribano Alonso Pardo causó el embargo de los barcos, en cumplimiento de la orden de los Reyes; pero aunque éstas eran muy terminantes, y *Colón*, por su parte, y por la suya los monjes de la Rábida, grandes favorecedores del navegante, procuraron enganchar tripulaciones y facilitar el viaje, tal vez nunca estuvo éste más dudoso, ni más comprometida la empresa que en aquel momento supremo.

Corrían por el pueblo las más absurdas consejas: se repetía de boca en boca que aquel viaje había sido calificado muchas veces de temerario; que los hombres de mayor sabiduría y experiencia de Portugal, como los de España, lo juzgaban imposible, y que aquel extranjero que tanto había importunado á los Reyes quería conducir á una muerte segura á los mejores marineros de Andalucía, llevándolos á perecer en un mar desconocido por satisfacer sus ambiciosas aspiraciones.

Los buques fueron embargados por orden de los alcaldes de Palos para cumplir el mandato real; pero los marineros desertaron de á bordo y no había posibilidad de emprender el viaje, porque ni un solo hombre

(1) Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos*, etc. Tomo II. Documento número VII.

quería embarcarse bajo la dirección del extranjero, como declararon muchos de ellos.

La contrariedad era grande, la situación difícilísima.

Colón acudió en queja á los Reyes porque, aunque en la Real cédula de 30 de Abril, al mismo tiempo que se disponía se entregasen á *Colón* las carabelas con que la villa de Palos estaba obligada á servir, se mandaba «se constringiera á los maestres y gentes de las naos que vayan con él para que las pudiera llevar adonde por los Reyes le habia sido mandado, pagando el sueldo que justamente por ellos é por la dicha compañía ovieren de haber el tiempo que en el servicio las tuvieren é devengaren», los hombres de mar no cumplían tales preceptos, y las autoridades de la villa los acababan con demostraciones de respeto, pero no se mostraban muy solícitos á obligarlos por la fuerza. Los Soberanos cometieron á su *continuo* Juan de Peñalosa el cumplimiento de aquella Real orden por otras dos, fechas 20 de Junio, dadas en la Puebla de Guadalupe (1).

Ni estas nuevas órdenes, ni el nombramiento de un corregidor especial para la villa de Palos, que recayó en el capitán Juan de Cepe-

da; ni la amenaza de hacer uso de la artillería de la fortaleza y las multas con que se conminaba, hacían desistir de su actitud á los hombres de mar; y ya el Almirante se disponía á hacer uso de la facultad que le habían concedido los Reyes para que se suspendiera el conocimiento de las causas criminales que pendieran contra los que tomaran parte en el viaje, y hubo testigo que oyó decir entonces que querían sacar los presos de la cárcel de Palos para llevarlos á tripular los buques; pero felizmente no hubo necesidad de recurrir á tan deplorable extremo.

Muchos años habían transcurrido desde que *Cristóbal Colón*, cansado y pobre, había desembarcado de *arribada* en las playas cercanas al monasterio de la Rábida, llevando de la mano á su pequeño Diego, único hijo de su matrimonio con doña Felipa Mogniz. Venía de Portugal desengañado y lleno de pesar por la conducta que con él habían seguido, triste además por la muerte de su esposa; y viéndose con un niño pequeño que necesitaba ciertos cuidados, se dirigía á Palos ó á Huelva en busca de una hermana de su mujer, llamada Violante, que allí vivía, casada con un español llamado Miguel Muliarte. Subiendo la colina donde está edificado el convento, llegó *Colón* á la portería á pedir una poca de agua para re-

(1) Navarrete, *Colección de los viajes*, etc. Tomo III. Suplemento á la *Colección diplomático*. Documentos núms. VIII y IX.

mediar el cansancio de su hijo, y desde aquel punto había encontrado amigos y protectores en los religiosos franciscanos que allí moraban, señaladamente en el guardián fray Juan Pérez y en otro fraile, al parecer muy ilustrado, que se nombraba Fr. Antonio de Marchena.

Ellos le dieron recomendaciones, ellos le alentaron en sus decaimientos, cuando tras de largas vicisitudes perdía la esperanza, y hasta interpusieron sus personales influencias para que los Reyes Católicos accedieran á las peticiones del extranjero, que aparecía con excesivas exigencias á los ojos de la corte; y cuando obtenido el consentimiento se firmaron las capitulaciones, el prior de la Rábida se encontró al lado de *Colón* en tanto se leyeron aquéllas, con las órdenes que las acompañaban, en la iglesia de San Jorge, en la villa de Palos, el miércoles 23 de Mayo de 1492, á presencia de los alcaldes y regidores, por el escribano Francisco Fernández.

Bien se puede comprender el disgusto que á aquellos religiosos causarían las últimas contrariedades que experimentaba la empresa por falta de navegantes, y cuántos serían sus esfuerzos para allanar las dificultades é impedir se acudiera al desesperado recurso de indultar á los criminales.

Buscando hombres decididos y experimentados que pudieran dar al proyecto la popularidad de que carecía, se fijaron en los hermanos *Pinzón*, marinos muy prácticos, armadores que contaban con algún capital y cuya reputación de honrados, valientes y peritos era de todos conocida en la villa. A ellos se dirigió el guardián Fr. Juan Pérez, y por su influencia entraron aquéllos en tratos con el Almirante nombrado por los Reyes Católicos.



Martín Alonso Pinzón era el mayor de los tres hermanos, y podría tener, según razonables conjeturas deducidas de las declaraciones que prestó su hijo, cincuenta años, poco más ó menos, en el de 1492. Sus hermanos Vicente Yáñez y Francisco Martín, también hombres de mar, eran menores que él.

Era *Martín Alonso* hombre esforzado y emprendedor, que toda su vida se había ocupado en la navegación, teniendo siempre á la continua un navío por suyo (1), y á ve-

(1) Declaración de Pero Ortiz. — Esta declaración y las que luego se citan, se encuentran extractadas de sus originales en el estudio del Sr. Fernández Duro, titulado *Colón y Pinzón*.

ces tenía dos, que eran una carabela y un barco (1), llegando en algún tiempo hasta ser dueño de tres (2), según las circunstancias; y era el más valeroso hombre de su persona que había en aquella tierra, y con un navío que tenía le temían los portugueses en su juventud que no había navío de portugueses que le osase aguardar (3), pues no había otro tan *ardil* para las cosas de guerra como él, ni más determinado, ni que tanto crédito tuviese su persona para hacer cualquier cosa.

Dedicado al comercio, parece que supo aumentar su fortuna, llevando los productos del país á varios puntos de Europa y hasta á algunos de Africa en las nuevas colonias portuguesas de la costa de Guinea; y tanto por su carácter como por su experiencia y por el trato que sostenía con todos los navegantes del vecino reino, era el mejor informado de todos los descubrimientos y novedades y el más dispuesto para comprender la posibilidad de realizar los atrevidos proyectos del genovés.

A él se dirigieron, por tanto, Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, y tan persuasivas fueron sus palabras, tantos sus esfuer-

zos y tal la claridad de los razonamientos que emplearon, que el valeroso marino se sintió atraído por ellos, celebró varias conferencias con *Cristóbal Colón*, tanto en el monasterio de la Rábida como en su propia casa, siendo el resultado que abrazara con entusiasmo la idea y entrara en negociación para concurrir al proyectado descubrimiento con sus barcos, con sus intereses y con su persona y las de sus hermanos y amigos. Desde el momento en que convinieron en hacer juntos el viaje, cambiaron por completo las condiciones en que éste se proyectaba. La influencia de *Pinzón* era grande entre sus convecinos, y su resolución bastó para que muchos marineros se dispusieran á acompañarle y la generalidad mirase ya con buenos ojos aquel proyecto que poco antes juzgaban descabellado, y concibieran esperanzas en el éxito de una empresa calificada de imposible.

Desde luego se dejaron libres las dos embarcaciones que á virtud de la orden de los Reyes estaban embargadas. *Martín Alonso* ofreció dos que á Colón parecieron muy aptas para la navegación que iban á emprender, y se volvió á negociar con un piloto natural de Santoña, dueño de otra carabela de más de cien toneladas que accidentalmente se encontraba anclada en

(1) Declaración de Fernando Valiente.

(2) Declaración de Francisco Medel.

(3) Declaración de Fernán Yáñez Montilla.

el puerto de Palos, y con el que ya *Colón* había entablado relaciones anteriormente, aunque sin obtener resultado.

Se empezaron á reclutar marineros, á los que se ofrecía buena soldada, anticipándoles cantidades para su equipo, y al mismo tiempo se apresuró el acopio de víveres para adelantar el tiempo perdido; y muy luego se comprendió que con el cuento de maravedís que *Colón* había obtenido para el viaje, no era posible acudir á todos los gastos.

Martín Alonso Pinzón estaba ya identificado con *Cristóbal Colón* en el deseo de llevar á cabo la empresa, y dispuesto á poner de su parte cuanto fuera necesario para allanar todas las dificultades; y así como facilitó los barcos para que no se demorase la salida de la expedición, se dedicó con empeño á buscar los marineros más prácticos, y llegó sin duda alguna á anticipar fondos, prestando al Almirante de los Reyes, no solamente la cantidad que debía gastar para tomar parte en las utilidades conforme á lo estipulado, sino cuanto fué necesario para que las carabelas salieran bien aprovisionadas y abastecidas para un largo viaje. Pero cada uno de estos extremos merece especial consideración.

IV

Venia asentándose como cosa indudable que, concertados los hermanos Pinzón con el Almirante, y decididos á tomar parte en la empresa, habían facilitado tres buques de su propiedad, en los cuales había salido la expedición.

Este, sin embargo, es uno de los puntos que con más fundamento pueden ponerse en duda; porque acerca de la propiedad de cada una de las embarcaciones, hay datos esparcidos en las informaciones y probanzas del pleito, que son contradictorias entre sí, y no se conforman tampoco con las anteriores, noticias de los historiadores, ni con las que constan en otros documentos indudables.

Datos existen para poder afirmar que ninguna de las tres carabelas era de la propiedad de *Martín Alonso Pinzón* ni de sus hermanos, aunque ellos contribuyeran á facilitar sus contratos.

Desde luego, la *Santa María*, que era la mayor de las tres, y en la que se embarcó *Cristóbal Colón*, pertenecía á un joven marino natural de Santoña, que ocupó el puesto de maestro de la nave. Llamábase Juan de la Cosa, y su nom-

bre es tan célebre cuanto conocido en la historia de los descubrimientos, no solamente por haber formado parte del primer viaje de *Colón*, por la intrepidez de su carácter y su heroica y desgraciada muerte, sino también por haber dejado trazados de su mano los mapas de los países nuevamente hallados y de todo el mundo conocido, que tan alto aprecio tienen entre los que se dedican á los estudios geográficos.

En las primeras páginas del *Diario de navegación* ya encontramos la noticia de que antes de llegar á las islas Canarias, cuando apenas contaban cuatro días desde la salida de Palos, se desencajó el timón de la *Pinta*, y sospechóse fuera por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, *cuya era la carabela* (1), porque les pesaba ir en aquel viaje. Así asentó *Colón* el suceso en el domingo 6 de Agosto; y sin entrar en otras averiguaciones, aparece desde luego que aquel barco, en el que iba por capitán *Martín Alonso*, y por piloto su hermano Francisco Martín, no era por lo menos en su totalidad de la propiedad de aquél, siendo, cuando menos, condueños Rascón y Quintero, que también iban á bordo.

Quedaba la *Niña*, la más peque-

ña de todas, que podría haber pertenecido á *Martín Alonso Pinzón* ó á sus hermanos, y haber sido traída por ellos; pero tampoco esto es exacto.

Llama desde luego la atención que á bordo de ésta iba por maestre de la nao Juan Niño, por piloto Pero Alonso Niño, y en calidad de simple marinero Francisco Niño; aunque no era esto indicio suficiente para atribuir á ninguno la propiedad del barco. Pero recientemente, en un documento muy curioso encontrado en el Archivo de Indias, y que en otro libro hemos dado á conocer (1), existe una indicación que manifiesta quiénes eran los dueños de aquél. Declarando Juan de Aragón, grumete en el año 1492, natural de Moguer, expresó que Juan Niño llevó al descubrimiento, por mandado de los Reyes Católicos, una carabela suya llamada la *Niña*, en la cual iba el dicho Juan Niño y sus hermanos y parientes. Si hemos de dar crédito, pues, á la manifestación de este tes-

(1) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, por D. José María Asensio.—Barcelona. Espasa y Compañía, 1889-1891.—Dos tomos en folio de 800 páginas con grabados.—Tomo I, pág. 262. (ARCHIVO GENERAL DE INDIAS.—Patr. I, 2, 6/26).—Información hecha en la villa de Moguer, viernes 29 de Enero de 1552... á instancia de Francisco Venegas, en nombre y con poder de Alonso Venegas, presbítero, vecino de Sevilla, en San Lorente.

(1) Navarrete, *Colección de los viajes*, etc. Tomo I, pág. 156 de la segunda edición.

tigo, que declaró en el año 1552, cuando ya contaba setenta años, y ningún interés podía tener en alterar los hechos, la *Niña* no era en todo ni en parte de la propiedad de la familia Pinzón.

Añádase á esto el testimonio del anciano piloto Hernán Pérez Mateos, testigo presentado en la isla de Santo Domingo en la probanza hecha por el fiscal del Rey, y quedará convencido el ánimo de que los buques no pertenecían á *Pinzón*, y aun dudará de la parte que tuviera éste en la negociación de los fletamentos.

En la pregunta undécima del interrogatorio repetido por el Fiscal presentando los hechos de una manera capciosa, se articulaba:—«*Iten:* »si saben que entretanto quel dicho »Cristobal Colon fué á la Vega de »Granada á capitular con los Reyes »Católicos, el dicho Martin Alonso »Pinzon, como compañero del dicho Colon, aderezó y aprestó tres »navios suyos y á sus hermanos y »parientes y amigos en el puerto de »Palos, para ir á hacer el dicho descubrimiento, en lo cual gastó el »dicho Pinzon mucha parte de su »hacienda, sin poner cosa alguna »el dicho Colon, porque estaba muy »necesitado y tenia mucha necesidad, y que esto es así verdad, etc.»

Declarando el anciano piloto, que

contaba más de ochenta años, no se dejó arrastrar por aquel engaño, y colocando los hechos en su verdadero lugar y carácter, contestó:—«No sabe más de que cuando vino »Don Christobal Colon con la merced de la navegacion para el descubrimiento destas partes, tomó consigo á Martin Alonso Pinzon, é á dos hermanos suyos llamados Vicente Yañez é Francisco Martin Pinzon; los cuales trajo consigo por personas principales para la navegacion, en tres navios nombrados la *Pinta*, en que venia el dicho Martin Alonso Pinzon por capitán y Francisco Martin Pinzon, su hermano, por maestro; el otro navio se nombraba la *Niña*, en el cual venia por capitán Vicente Yañez, y el otro navio se nombraba *Maria-Galante*, en el que venia el dicho Don Christobal Colon; é que los dichos navios, *el dicho Don Christobal Colon los fletó para venir á estas partes, é que no sabe otra cosa, é questo que dicho tiene este testigo lo vido, e se halló presente á todo ello (1).*»

Parécenos que basta con lo expuesto; pero aun dejando aparte lo declarado por otros, queda un testigo de mayor calidad, cuyo dicho, como de interesado, basta para alejar las dudas. Por el referido inte-

(1) *Colón y Pinzón*, pág. 103.

rrogatorio del Fiscal declaró Juan Martín Pinzón, hijo de *Martín Alonso Pinzón*, que era el que más favorecía las miras de la corona, á la que cedió los derechos que decía haber adquirido su padre, y contestando á la pregunta duodécima dijo:—«Que lo que della sabe es »que vió ir al dicho Martin Alonso »Pinzon é á ciertos parientes y her- »manos suyos y amigos con el di- »cho Don Christobal Colon á hacer »el dicho descubrimiento, é que lo »demás en la pregunta contenido »no lo sabe, *antes eran los navios »de otras personas, que ni eran de »Martin Alonso Pinzon y del dicho »Don Christobal Colon é que no se »acuerda como se llamaban las di- »chas personas.*»

Lo que este interesado no nos dice lo comprueban los datos que asentamos al principio; y es cuanto podemos consignar con relación á la propiedad de las carabelas.

V

En el reclutamiento y ajuste de los tripulantes, fué mucho más directa, activa y eficaz la acción de *Martín Alonso Pinzón*.

Testigos presenciales declararon haberle visto andar por las calles de Palos animando á los tímidos,

decidiendo á los indiferentes, y uniendo las palabras al ejemplo, decirles á todos:—*Amigos andad acá; idos con nosotros esta jornada: qué andais acá misereando; haced esta jornada, que segun fama habemos de fallar las casas con las tejas de oro, é todos verneis ricos é de buena ventura.*

Fernando Valiente expuso el poco crédito que tenía *Colón*, como extranjero, entre los vecinos de Palos, y que no hubiera encontrado entre ellos quien se embarcara; *pero como vieron que Martin Alonso, que era hombre honrado é rico se determinaba de ir, fueron. Es lo que sabe y se halló presente.*

Otros muchos testigos hacen iguales afirmaciones (1); añadiendo Juan de Quexo que estuvo determinado de ir con *Pinzón* y sus hermanos, sobrinos y parientes, y Pero Ortiz que había de ir con ellos, *é dejó de ir porque su suegro se lo estorbó.*

No puede, por tanto, desconocerse el gran beneficio que de haber tomado consigo *Colón* á *Martín Alonso* obtuvo la expedición, y el servicio que éste prestó con su influencia; aunque estas mismas cir-

(1) Dijeron que «Colon no era conocido ni tenía ningund crédito, ni hallara quien fuera con él, si no fuera el dicho Martin Alonso...»

Los testigos Francisco Medel, Antonio Romero, Antonio Gallego, Fernán Yañez Montilla y otros, diciendo todos que eso era muy público.

cunstances, que sencillamente exponen los testigos, dan á entender desde luego la posición respectiva en que habían de encontrarse los capitanes después de emprendido el viaje, y ofrecen datos importantísimos para juzgar cuál podría ser el papel que cada cual representara en todos aquellos sucesos en que pudieran intervenir las tripulaciones que bajo tales auspicios se reclutaron.

VI

Así se armó la expedición y se proporcionaron barcos y marineros para aquel viaje tan arriesgado y de tan dudoso éxito, cuyos resultados no era dado calcular á la previsión humana.

Pero queda otro punto, de igual importancia que los anteriores, que con todos los datos que pudimos reunir dejamos tratado en otra ocasión. Con el cuento de maravedís, decíamos, que *Cristóbal Colón* pedía á la Reina, y que se le concedió con el auxilio del Contador Luis de Santángel, se comenzaron los aprestos de la expedición y se hicieron los primeros gastos; pero muy luego se comprendería la insuficiencia de tan corta suma, que no debió al-

canzar á cubrir las precisas atenciones de anticipos á los navegantes y de provisiones de todo género. *Colón* se había comprometido además á contribuir con el ochavo, ó sea la octava parte de lo que montasen los gastos del viaje; pero no solamente como exigencia legal, cuyo recuerdo aún hoy se conserva en varias disposiciones, de que el capitán tenga una parte de interés en el barco que manda, para estimular su celo, sino también como galardón de sus servicios, tomando parte en las ganancias que de la expedición resultaran.

Por una y otra causa debió encontrarse *Colón* en la necesidad de buscar quien le prestase algunas cantidades, pues no podrá suponerse que con sus propios recursos pudiera hacer frente á tales desembolsos, el que por espacio de siete años había vivido en Castilla ayudándose con el producto de su trabajo y seguido con varia fortuna la corte de los Reyes Católicos, sostenido por la magnánima generosidad de los nobles, sus amigos, y con las cantidades que repetidamente le concedieron aquéllos del Tesoro por ocuparse en cosas de su servicio.

Y debemos considerar de igual manera, las graves dificultades con que tropezarían el mismo *Colón* y los Padres del monasterio de la Rábida, para encontrar personas que

quisieran exponer sus capitales en tan arriesgada empresa, y mucho mayores no siendo grandes los caudales que poseían los vecinos de la villa de Palos.

En tales condiciones, la idea del préstamo se impone, y está además comprobado el hecho por las declaraciones de muchos testigos. Haciendo sobre esto algunas indagaciones, y fundados en algún indicio que parece encontrarse en las mismas, nos inclinamos en otro tiempo á sospechar si la familia de doña Beatriz Enríquez, los Arana de Córdoba, ó por su mediación algunos otros hidalgos de aquella ciudad, habrían acudido con sumas bastantes á que *Colón* pudiera terminar los preparativos del viaje, cubriendo los crecidos gastos que se iban ocasionando, y contribuyendo con lo estipulado para tomar parte en las utilidades. Pero con las declaraciones que en las diferentes probanzas del fiscal del Rey se contienen, queda desvirtuada esa conjetura, pues en ellas se designa á *Martín Alonso Pinzón* como la persona que facilitó los recursos que faltaban después de gastado el cuento de maravedís. Lo que no dicen esos testigos son los términos del contrato, las condiciones en que el préstamo se hizo; y el dilatado silencio de los herederos de aquél hasta el año 1508, deja conocer que los convenios es-

tablecidos se cumplieron fielmente por *Cristóbal Colón*.

«Cosa es verosímil y cercana de la verdad—escribe el P. las Casas (1)—que el dicho Martín Alonso, según yo tengo entendido, prestó solo al Cristobal Colon el medio cuento, ó él y sus hermanos.» Más que por este auxilio, por el préstamo del medio cuento de maravedís, ofreciera *Colón* la mitad de todo el interés, honra y provecho que pudiera obtener del descubrimiento, como expresó únicamente el testigo Diego Fernández Colmenero, no se justifica de modo alguno, y entre una y otra cosa media gran distancia. Tan importantes ofrecimientos no habían de fiarse á la palabra. «Cierto—continúa el mismo Fray Bartolomé de las Casas—si le oviere prometido Cristóbal Colón la mitad de las mercedes, no era tan simple Martín Alonso, siendo él y sus hermanos sabios y estimados por tales, que no oviéranle pedido alguna escritura dello, aunque no fuera sino un simple conocimiento con su firma, ó al menos, pusiéranle algún pleito sus herederos; y Vicente Yañez, que vivió después muchos años, el cual yo cognoscía, oviera alguna queja ó fama dello; pero nunca ovo dello

(1) *Historia de las Indias*, libro I, capítulo XXXIV.

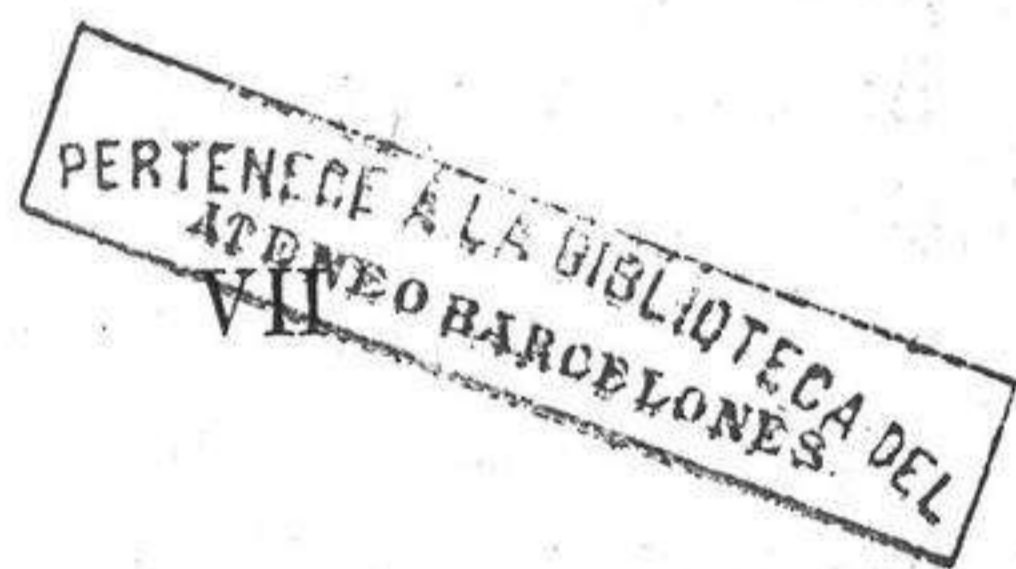
»memoria, ni tal se boqueó (lo cual
 »yo creo que á mi no se me encu-
 »briera, como yo sea muy de aque-
 »llos tiempos), hasta que el dicho
 »pleito se comenzó, que creo fué el
 »año de 1508, venido el Rey Cató-
 »lico de Nápoles.»

Esta manifestación del autor de la *Historia de las Indias*, es razonable y justa bajo cualquier aspecto que se la considere, como fundada en lo que significa la conducta observada por *Pinzón* y su familia, y en el exacto conocimiento de los hechos y de las personas.

Estudiado sin pasión este punto, teniendo en cuenta todos los antecedentes, nace el convencimiento de que si en efecto *Martín Alonso Pinzón*, á más de entrar en la empresa con su persona y de alentar á los que habían de tomar parte en ella con su influencia y sus reflexiones, hizo el préstamo en metálico á *Cristóbal Colón* por tratos que mediaron entre ambos, fueron cumplidos á su tiempo, sin que hubiera necesidad de recurrir á medios violentos, ni por lo tanto, produjeran diferencias ni cuestiones que tuvieran que ventilarse en público.

Que *Colón* tuvo necesidad del medio cuento de maravedís para completar el pago de los gastos de la expedición y hubo de buscarlos usando de su crédito, es punto que parece fuera de duda. ¿Pero no pu-

dieron proporcionárselo sus protectores en la corte? ¿No está en lo posible que lo adelantaran los monjes de Santa María de la Rábida, ó algunas otras personas por su mediación? Lo más verosímil es que lo recibiera del mismo *Martín Alonso*; pero en cualquiera de los casos, fuera quien fuese el prestamista, *Colón* debió cumplir religiosamente sus compromisos, tanto en lo tocante á la devolución de la suma, como á la utilidad ó recompensa que ofreciera.



Vencidas tales dificultades, se terminó el armamento de la expedición, ayudando *Martín Alonso Pinzón* con cuantos medios estaban en su mano. Desde el momento en que este experto marino de Palos tomó parte en la empresa, entró en vías de ejecución el proyecto, y pudo preverse un éxito favorable al pensamiento atrevido de *Cristóbal Colón*.

La Providencia puso en el camino de éste á *Martín Alonso*, sin cuyo concurso no es posible imaginar lo que hubiera sido de la arriesgada empresa. El fué el brazo en aquellos momentos; *Cristóbal Colón* era la cabeza. La actividad de *Pinzón*,

su pericia, la grande influencia que ejercía, el prestigio de su nombre en la comarca fueron gran parte á que desaparecieran todos los inconvenientes que impedían la realización del proyecto.

Y nos complace el creer que en aquellos momentos se despertó un verdadero afecto en los corazones de aquellos dos hombres superiores. La amistad fué sincera, noble, llena de gratitud por parte de *Colón*; leal, decidida, confiada, por parte de *Martín Alonso Pinzón*. Este ponía á disposición del Almirante, con noble desinterés, su fortuna, su nombre y hasta su propia vida; aquél se sentía poseído de profundo agradecimiento, y abrigaba la esperanza de compensar sus sacrificios dividiendo entre ambos los beneficios que se obtuvieran, y

su abnegación haciendo que los Reyes Católicos le concedieran honores que recordaran tantos servicios. Sin contrato expreso, pero por la fuerza misma de los sucesos, *Colón* quedó como jefe de la expedición con título despachado por la corona, y llevando su representación; *Martín Alonso* fué su lugarteniente, su auxiliar, el hombre de mayor confianza y autoridad después de la del Almirante. Este había concebido el extraordinario proyecto, y había trabajado con fe viva y perseverancia sin igual para que los Reyes lo aceptasen; aquél había facilitado la ejecución, difícil ó imposible sin su concurso, por los medios de que él solamente podía disponer. Ambos al lanzarse al mar arriesgaban su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna.

PARTE SEGUNDA

I

En estas condiciones se emprendió el viaje. Y hemos comenzado por repetir textualmente algunos conceptos de los que estampamos al

escribir la *Historia de Cristóbal Colón*, porque en nuestro vehemente deseo de que resplandezca en toda su grandeza la ilustre figura de *Pinzón*, queremos demostrar también que no nace nuestra convicción de las nuevas opiniones que ahora se sustentan, sino que se formó hace mucho tiempo, en el concienzudo

estudio de los hechos que hicimos para escribir la *Historia del Almirante*, y hoy las exponemos con separación, contribuyendo, en cuanto nuestras razones puedan hacerlo, á que se eleve la gloria de *Martín Alonso Pinzón* hasta la altura que de justicia le corresponde.

Dos pruebas, ambas muy significativas, se encuentran en hechos que tuvieron lugar durante el viaje, antes de descubrir las tierras del Nuevo Mundo, que son buena prueba de cuanto dejamos expuesto, manifestando las cordiales relaciones y la confianza mutua de *Colón* y de *Martín Alonso*.

A los tres días de viaje, cuando todavía no se avistaban las Islas Canarias, con mar gruesa que impedía á las embarcaciones acercarse las unas á las otras, ocurrió una avería á la *Pinta*, inutilizándosele el timón. Era grave la situación quedando sin gobierno la nave. *Cristóbal Colón* lo sintió mucho «y vídose en gran turbación, por no poder socorrer la carabela sin su propio peligro, pero dice que perdía alguna de la mucha pena que tenía por cognoscer que *Martín Alonso* era persona esforzada y de buen ingenio.»

Esta referencia da á entender con claridad el concepto verdadero que el genovés había formado de las cualidades del capitán de Palos. El segundo hecho es más terminante,

si cabe, porque se ven en acción los dos marinos.

En todo el *Diario de Navegación* no se encuentra vestigio de la sublevación de los marineros, de que tanto partido han sacado poetas y novelistas. Véanse en él, en repetidas ocasiones, referencias al disgusto de las tripulaciones cuando ya llevaban corridas 700 ú 800 leguas, siempre navegando hacia Occidente por un mar desconocido y llevados por vientos casi constantes; pero no existe indicación alguna de que faltasen al respeto á los jefes, ni mucho menos de que amenazaran á *Cristóbal Colón*, hasta el punto de que peligrase su existencia y tuviera que transigir con su tripulación sublevada, ofreciéndoles poner la proa con rumbo á España si en el preciso término de tres días no encontraba la anhelada tierra.

El disgusto de los marineros, sus murmuraciones, se consignan alguna vez por el Almirante en sus términos propios, sin acudir á extremos pormenores, hijos de la fantasía y puramente novelescos, aunque por desgracia son muchas las personas que los refieren como muy ciertos al hablar del descubrimiento.

Mas entre los centenares de declaraciones que se tomaron en las pruebas articuladas en el pleito ya citado, tanto á instancia de Juan *Martín Pinzón*, hijo de *Martín*

Alonso, como del segundo Almirante y del fiscal del Rey, hay algunas muy dignas de atención, y entre todas las que á los síntomas de insubordinación que durante el viaje se notaron á bordo de las carabelas se refieren, no puede dejar de tomarse en cuenta, como la más notable de todas, la del anciano piloto Hernán Pérez Mateos, que ya anteriormente hemos referido. Era este testigo primo hermano de los Pinzones, y que contaba más de ochenta años cuando declaró el 26 de Enero de 1536 en Santo Domingo, donde se había establecido después de sus largos viajes (1).

Dijo el piloto que no sabía más, y esto por haberlo oído á *Martin Alonso Pinzón* y á sus hermanos, que al ir camino de las Indias en el primer viaje, muchos días antes del descubrimiento, «la jente que venia en los navios, habiendo navegado muchos dias é no descubriendo tierra, los que venian con *Don Cristobal Colon* se querian amotinarse é alzar contra él diciendo que iban perdidos, y entonces el dicho *D. Cristobal Colon* habia dicho á *Martin Alonso* lo que pasaba con aquella jente, é que le parecia que debian de hacer, y el dicho *Martin Alonso* le habia respondido:—

»Señor, ahorque vuestra merced
 »media docena dellos, ó échelos á la
 »mar, y si no se atreve, yo y mis
 »hermanos barloaremos sobre ellos y
 »lo haremos, que armada que salió
 »con mandado de tan altos príncipes
 »no habrá de volver atrás sin
 »buenas nuevas; y que con esto todos
 »se animaron, y el dicho *Don
 »Cristobal Colon* habia dicho:—
 »*Martin Alonso*, con estos hidalgos
 »hayámosnos bien y andemos otros
 »dias, é si en estos no halláremos
 »tierra, daremos otra orden en lo
 »que debemos hacer, y ansi navegaron
 »otros siete dias, y sobre noche
 »vieron fuego en una tierra que se
 »decia *Las Princesas*, é agora se
 »llama *Los Lucayos*; y esto es lo que
 »le han dicho á este testigo, y lo
 »que le contaron los dichos *Martin
 »Alonso* y sus hermanos.»

El origen no puede ser más digno de atención. Hemos alegado esta notable declaración al historiar la vida del Almirante, para demostrar que no hubo insurrección armada, ni amenazas á la vida de *Colón*, cuando después de aquella manifestación de descontento navegaron otros siete días, y como gráfica pintura de los caracteres de ambos capitanes, enérgico y decidido siempre el de *Pinzón*, prudente, conciliador, templado el del Almirante. Mas ahora la traemos textual, para demostración de la confianza que

(1) *Colón y Pinzón*, por D. Cesáreo Fernández Duro.—Loc. cit.

mediaba entre ellos, sin sombra de emulación, sin vislumbre de disgusto; así continuaron sin duda alguna hasta que se efectuó el gran descubrimiento, ó, mejor dicho, hasta después del desembarco y toma de posesión de la isla de Guanahani.

II

Propensión natural es del corazón humano, sin mezcla de mezquina pasión, la de querer igualar en merecimientos á los mejores, y aspirar á la recompensa debida, que nunca se estima excesiva cuando recae sobre propios servicios. Esta es aquella clase de envidia que Cervantes decía noble y elevada, pero que rara vez se contiene en los límites de la justicia, y con harta frecuencia nos lleva á mirar con malos ojos los honores y beneficios que á otros se conceden, estableciendo desventajosas comparaciones, creyéndolas superiores á los actos que se trata de galardonar. Desde la noble emulación á la envidia es muy corta la distancia, y ésta se recorre casi siempre con demasiada rapidez; la envidia es, desgraciadamente, más general de lo que puede creerse; pasión que nos hace menospreciar lo propio y estimar con exceso lo ajeno, y muy

pocas veces se levanta á la altura que expresaba el inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo*.

Entendemos que sin darse cuenta de ello, y por un movimiento espontáneo, se despertó la emulación en el pecho de *Martín Alonso Pinzón*, al punto mismo de ver á su compañero y amigo tomar posesión á nombre de los Reyes Católicos de aquella isla hasta entonces desconocida, que llamó San Salvador, y ser reconocido como Visorey y Gobernador de ella y de todas las demás islas y tierra firme que pudieran descubrirse.

Y á la verdad, disculpable puede ser aquel sentimiento, si alguna vez puede serlo. Era *Pinzón* rudo y franco marino, capaz de acometer grandes empresas, sin otro móvil que el de ganar renombre de arrojado y emprendedor; carácter verdaderamente andaluz, con más anhelo de singularizarse que de buscar provecho; de imaginación ardiente más fantástica que calculadora. Así se unió á *Cristóbal Colón*, atraído con mayor fuerza por la ilusión de lo desconocido que por el deseo de medrar, pensando en vencer peligros y descubrir fantásticos países, como se desprende claramente de las palabras con que exhortaba á sus convecinos para que se embarcasen con él y le acompañaran en la expedición. Aunque

les hablaba para estimular su codicia de ciudades que tenían palacios de cristal y casas con las tejas de oro, bien se deja entender que *Pinzón* soñaba con empresas imaginarias, y fué en el principio de sus relaciones admirador de *Colón* y muy luego su amigo; trabajó con ardor para preparar el viaje, y le ayudó durante la penosa travesía con su pericia y con la influencia que ejercía su ejemplo sobre las tripulaciones, y sus palabras en aquellos hombres que la mayor parte le respetaban por ser de Palos, de Moguer, de Huelva y de otros pueblos cercanos donde era grande su prestigio y conocido su valor.

Pero en el momento del desembarco en la tierra de Indias, se estableció una diferencia harto notable en la consideración de ambos capitanes, y *Pinzón* la sintió sin darse tal vez cuenta de ello.

Cristóbal Colón, que había concebido el grandioso proyecto, veía satisfechas todas sus ambiciones al realizarse, y era Almirante y Virey. *Pinzón*, que había ayudado con todas sus fuerzas, con todos sus recursos á la realización, continuaba

siendo, al menos por entonces, el capitán de la carabela *Pinta*. Ambos habían arriesgado, al salir del puerto de Palos, como antes decíamos, su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna. *Colón*, al fijar su planta en aquellas tierras vírgenes, tocaba la recompensa; para *Pinzón*, caso de que la hubiera, quedaba todavía muy lejana. ¿No era cosa natural que la diferencia que en aquel punto se establecía saltara á la vista del intrépido *Martín Alonso* é hiriese en cierto modo su amor propio?

Cristóbal Colón, Almirante de los Reyes Católicos en el mar Océano, Visorey y Gobernador de las tierras que se descubriesen al Occidente, tomó posesión de la isla de Guanahaní ó San Salvador, é inmediatamente después de terminado aquel acto oficial recibió el homenaje debido al rango que acababa de conquistar, prestándole obediencia los oficiales enviados por la corona, los jefes y las tripulaciones. Para *Martín Alonso Pinzón*, en aquella hora, no había más recompensa que la gloria de haber contribuido á realizar tan alta hazaña.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

LA MÚSICA DE LA LENGUA CASTELLANA

(CONTESTACIÓN AL DISCURSO ACADÉMICO DE D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI).

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Ya lo habéis oído:

« *Música y poesía*

En una misma lira tocaremos. »

Tal escribió el buen Iriarte, en quien por caso no único, pero sí infrecuente, hubo de juntarse la mayor suma de discreción, cultura y amenidad de ingenio con la mayor penuria de sentimiento poético que imaginarse cabe; hombre que amando sinceramente la Música, y habiendo influido de un modo tan eficaz en la educación estética de sus compatriotas, dándoles á conocer, quizá antes que otro alguno, los portentos de la inspiración de Haydn, no acertó nunca á encontrar palabras dignas de la sincera emoción que embargaba su alma, como si una muralla de hielo se interpusiese por aquellos días entre las dos artes gemelas, que, en su primer

origen, habían sido una sola. Cuando en su prosáico *Poema de la Música* (al cual, para ser excelente tratado doctrinal, solamente le sobran los consonantes y la medida de las sílabas) escribía aquel insigne literato los versos con que tan oportunamente cierra su discurso el señor Barbieri, no podía sospechar, en manera alguna, que andando los tiempos había de llegar á ser realidad cumplida lo que él enunciaba como un voto quizá temerario, lo que hoy ha entrado en la cultura general como un principio de unidad y de armonía: la alianza perfecta é indisoluble entre el arte de la palabra y el arte del sonido. Sí: hoy, como en las primeras edades, la Música y la Poesía han vuelto á tocar en una misma lira; hoy volvemos á comprender aquel altísimo sentido con que los filósofos áticos

concebían el ideal pedagógico de su república, mezclando en él por partes iguales el oro y el hierro, la dulzura y la fuerza, la gimnástica y la música; y nadie ignora que, bajo este concepto de música, se incluían así las palabras como la armonía y el ritmo; en suma, toda la Poesía lírica, que sólo en tiempos de decadencia pudo considerarse como género destinado únicamente á la lectura, con lo cual la Musa perdió sus alas y la estrofa recortada y lánguida olvidó el perderse en la amplitud de los cielos. Hoy, lo que tradicionalmente conservó la canción popular, vuelve á ser norma soberana del arte más refinado y exquisito: gran parte de las poesías más bellas de nuestro siglo han sido realmente cantadas y escritas para cantarse; los *lieder* de Goethe y de Heine resuenan desde las playas del Báltico hasta las riberas del Danubio: las canciones de Beranger hicieron más daño á la monarquía de la Restauración que las mismas barricadas de Julio; y el grito libertador de Italia y de Grecia centuplicó su poder en Riga, en Berchet, en Rossetti y hasta en Alejandro Manzoni, con el fulgor terrible de la *espada del canto*. Hoy también, por otro movimiento no menos lógico, aunque parezca inverso, al paso que cesa el antiguo divorcio entre las formas líricas y la Música,

comienza el drama musical, abandonado por tan largo espacio al amaramiento y á la rutina de literatos mercenarios, á recobrar su antiguo carácter dramático; y la ópera, quizá la única forma del arte teatral que actualmente se muestra con arrogancia y plenitud de vida, tiende á convertirse en aquel vasto y complejo poema que concebía nuestro P. Arteaga, definiéndole «encantamiento del alma continuado, á cuyo efecto concurren todas las bellas artes.» Por este camino se ha ido lejos, y ya empiezan á levantar la cabeza interpretaciones místicas y taumatúrgicas, muy adecuadas á la crisis solemne que á esta hora atraviesa el espíritu humano, movido con irresistible fuerza hacia lo ideal, pero temeroso de concretarlo ó determinarlo demasiado. Hay quien sueña con que toda poesía llegará á resolverse en Música; hay quien por horror al pensamiento dialéctico quiere hacer de la Música no sé qué especie de misterioso ejercicio de metafísica inconsciente («*exercitium Metaphysices occultum nescientis se philosophari animi*») y llegar por ella á la clara y plena visión de los arcanos del mundo. El patriarca del pesimismo pedía á sus divinos ensueños una promesa de emancipación, la perfecta *euthanasia* de la voluntad contemplativa y resignada, ante la revelación inme-

diata del eterno dolor. Hoy la Música está en todas partes: hay sistemas filosóficos que son Música (y no siempre música celestial), y si existen cuestiones estéticas que tengan el privilegio de apasionar y dividir, no son ya las relativas á la Poesía y á la Arquitectura, como lo fueron durante el glorioso movimiento romántico, sino las relativas á la teoría y á la práctica de la Música. Una reforma radical en la técnica de la ópera es el mayor acontecimiento artístico de nuestros tiempos. Hoy los grandes compositores musicales piensan y crean *poéticamente*, y el más famoso de ellos ha escrito sus propios *librettos*, levantando el género de la mísera prostración en que yacía, é infundiéndole el jugo de la tradición y del mito nacional: hoy se aspira á restablecer sobre las tablas del renovado teatro aquella especie de relación ideal que ligaba la tragedia ateniese con la vida pública; hoy la Música vuelve á ser un arte de educación colectiva; él solo ensancha cada día el radio de sus conquistas, y si es cierto que el resultado no siempre responde del todo á ambiciones que empiezan á parecer temerarias, todavía salta á la vista que ella es el único arte que á la hora presente cumple con la ley de su propio ideal, y el único que aparece en evidente progreso, mientras que el sol de las

artes plásticas y gráficas, y el de la literatura misma, á lo menos en sus géneros más altos, parece que por días va anublándose, y hasta que nos amaga con un eclipse total.

Y si alguien puede desatender impunemente esta universal influencia de la Música, no será, en verdad, la Academia Española, que tiene bajo su custodia una de las lenguas más musicales que jamás han hablado los hombres; y que á cada paso, en sus obligadas y habituales tareas, tiene que indagar los fundamentos de la prosodia, las leyes del ritmo, los cánones de la fonología, sin cuyo conocimiento técnico y reflexivo ¿qué base tendrán las teorías métricas que no sea caprichosa y deleznable? ¿Creéis que si los humanistas, no ya antiguos, sino de ayer mañana, que tan temerariamente quisieron asimilar nuestros versos á los latinos, hubiesen poseído la recta noción de lo que es cantidad, de lo que es tono, de lo que es acento, de lo que es timbre, hubieran podido dar en la extraña imaginación de contar los versos castellanos por sílabas largas y breves, y hablar de *posiciones* y de *cesuras* que ningún valor tienen para nuestro oído? Si es cierto, como probó, antes que otro alguno, nuestro Eximeno, que «la Música no es más que una prosodia», un solo camino científico y racional se

ofrece hoy á quien intente construir la teoría de cualquiera de las formas del ritmo, y es no considerarlas como independientes y desligadas la una de la otra, sino buscar su principio de unidad en el mundo de las formas sonoras y movibles. Todavía no están maduros los tiempos para una síntesis del sonido, pero ¡qué prodigiosa luz comienzan á darnos los trabajos analíticos de la escuela experimental, y especialmente los de Helmholtz, sobre las impresiones sonoras como fundamento fisiológico de la teoría de la Música! Ya, merced á los instrumentos ideados por el ilustre físico de Heidelberg, es posible descomponer el sonido más complejo y determinar numéricamente sus elementos; ya el *laryngoscopio* nos permite observar las vibraciones que acompañan á la palabra; ya está demostrado que el *timbre musical* resulta de una fusión de notas agudas (más ó menos rápidas, más ó menos intensas) con un sonido fundamental; y aplicada esta doctrina á la teoría de las vocales, se las reproduce artificial y sintéticamente en el llamado *piano de Helmholtz*; ya el análisis del órgano del oído ha alcanzado un rigor anatómico y musical, que invalida y hace inútiles en su mayor parte las lucubraciones de los antiguos prosodistas. El que no ve esto, es porque no quiere ver; es porque en Estética y en Gramática hay preocupaciones tan duras y tenaces, que nadie puede vencerlas aisladamente, y sólo un nuevo sentido de cultura más ámplio y armónico puede disiparlas. A este sentido, que ya se manifestó entre nosotros con el establecimiento de la sección musical en la Real Academia de Bellas Artes, obedece hoy la Academia Española abriendo sus puertas á un varón insigne y popular, en quien dichosamente se juntan una vasta y exquisita cultura literaria y el numen de la creación musical española y castiza.

No es del momento juzgarle en lo que constituye su gloria más alta. Ni la incompetencia técnica de quien os habla, ni el lugar y ocasión presentes lo toleran. Pero al fin españoles somos, y nuestro espíritu y nuestro oído se han recreado mil veces, como los de todos nuestros conciudadanos, con aquella parte del alma nacional que va envuelta en las melodías del Sr. Barbieri. En el moderno movimiento musical de nuestra patria, al cual sólo los venideros darán su debido precio, Barbieri representa, sin ofensa de nadie, el esfuerzo más original y quizá el más fecundo: la transformación del canto popular en música dramática. Si de otros se ensalza la profunda ciencia de composición, lo

elevado de la aspiración estética ó la singular destreza de ejecución, en Barbieri hay que elogiar algo que está sobre el raudal de su gracia, sobre su fantasía vivacísima, sobre la continua amenidad y halago de su estilo; algo que no es solamente valor individual, sino fuerza acumulada, renovación de antiguas energías, expansión misteriosa del genio nacional que sobre el tronco que parecía despojado y mustio vuelve á tender á deshora la pompa de sus ramas y de sus flores, halagándonos con la esperanza de nuevos frutos; como los ha dado siempre, en música y en poesía, la canción popular, reintegradora de la conciencia de las razas; la canción popular, en cuyas frescas ondas vino á redimir la escuela romántica todos sus pecados de amaneramiento y fantasía arbitraria; la canción popular, que, después de haber emancipado nuestra poesía, conservándola su sello peculiar á través de las épocas más clásicas, emancipará también nuestra música, dándonos el único lauro artístico que quizá falta á la corona de nuestra Madre.

Tal fué la labor musical de Barbieri, en la cual dichosamente se compenetraron el prolijo estudio del arqueólogo y el genial desenfado y bazarria del artista. Nadie conoce tan á fondo como el Sr. Barbieri (y

este es el segundo rasgo de su fisonomía, estrechamente ligado con el primero) la historia de su Arte en España; nadie ha llegado á reunir mayor número de documentos relativos á la vida de nuestros compositores y maestros; su biblioteca musical es un archivo y un museo, al cual nada semejante puede hallarse en establecimientos públicos. Ella atesora la serie más completa de nuestros tratados didácticos, mil preciosidades de la inspirada música religiosa que en otro tiempo resonó bajo las bóvedas de nuestras catedrales, y cuantas reliquias han podido allegarse de nuestro arte popular, ya en la letra de los cancioneros y de las colecciones de entremeses y de bailes, ya en los tonos de los libros de vihuela y de *tañer fantasía*. Del estudio constante y reflexivo de tales libros; de la continua observación de las costumbres populares que tanto conoce, porque tanto las ama; de la frecuentación asidua de la España que se fué y de la España que á toda prisa se va, ha resultado esa singular naturaleza de compositor que ostenta tanta juventud y frescura en medio de tanto arcaísmo, y por virtud del arcaísmo precisamente. Cuando el Sr. Barbieri termine la historia que está escribiendo de nuestra música y teatro popular durante el siglo xviii, sabremos á punto fijo

quiénes fueron los que él da por sus precursores y maestros, pero entre tanto, lo que sabemos á ciencia cierta, es que él convirtió el embrión informe de la tonadilla y de la jácara en el producto realmente artístico de la ópera cómica nacional, que impropiamente llamamos zarzuela; y que fuese cual fuese el valor de los elementos que de ese teatro musical rudimentario aprovechara para el suyo, tanta y aun mayor distancia hay de la más dramática tonadilla del siglo pasado al fuego, al desgarró, á la poesía nacional, al derroche de luz y de alegría que hay en *Pan y Toros*, como puede haber desde el rudísimo *Auto del Repelón* ó desde el *Entremés de las Esteras* hasta el más perfecto de los sainetes de D. Ramón de la Cruz; con cuyas obras, en lo literario, tienen muchos puntos de contacto las de Barbieri en lo musical, siendo uno y otro, el primero con fuerza más honda, el segundo con más variedad y elegancia, los más cumplidos representantes de la genialidad y gustos artísticos del pueblo de Madrid, de la alegría ligera, confiada y bulliciosa de los últimos años del siglo XVIII, trocada en impulso heroico en la sangrienta aurora del siglo presente.

Por predilección de artista, Barbieri ha vivido principalmente en esa época, y á cuadros y escenas

de ella debe sus mayores triunfos y ha consagrado sus mejores notas; pero como investigador, como erudito y bibliófilo, ha remontado sus estudios mucho más allá, gustando de habitar en nuestras épocas clásicas. Porque Barbieri no ha escrito solamente música, como puede imaginar el vulgo ignorante ó algún ignorante que no es vulgo, sino que ha escrito de literatura musical y de los géneros poéticos que con ella se enlazan, casi tanto como de música; y si todo ello no ha alcanzado aún la luz pública, por tratarse de obras difíciles, costosas y de un género nuevo entre nosotros, basta con lo publicado para convencer al más empedernido de que el Sr. Barbieri no es uno de tantos artífices de solfa, sino el más eminente musicógrafo ó escritor musical que nuestros tiempos han producido en España. Y como tal, y aunque otros méritos todavía más estrictamente literarios no le adornasen, ganado tenía por derecho propio su asiento en la Academia Española, que no es solamente Academia de poetas, de oradores ó de novelistas, sino que ha de ser también Academia de escritores notables y señalados en cualquier ramo del humano saber, y dignos de servir de modelos de estilo didáctico, á la vez que doctos y capaces para acrisolar y depurar el tecnicismo de su respectiva ciencia

ó arte y ponerle al alcance del vulgo en las columnas del *Diccionario*. ¡Ojalá abundasen entre nosotros los buenos prosistas didácticos, y no veríamos, como á cada paso los vemos, afeados torpemente nuestros libros de ciencia ó de arte con un espeso matorral de locuciones bárbaras, de galicismos rechinantes y de pedanterías insufribles!

No hay género alguno en que nuestra lengua esté más necesitada de corrección y de estudio. El más incorrecto de nuestros escritores amenos puede pasar por un dechado de pureza, casi por un clásico, al lado de los que son tenidos por más literatos entre los tratadistas de Medicina, de Matemáticas, de Filosofía, y aun de Bellas Artes. Con la idea (que dista mucho de ser exacta) de que en ciencia los libros antiguos sólo sirven para la historia y la erudición, todo el mundo estudia en libros modernos; y como éstos, por nuestra inferioridad científica actual, son casi siempre libros extranjeros ó traducciones y rapsodias bárbaras, se ha ido formando al lado del castellano de la conversación y del castellano de la literatura, todavía no enteramente viciados, una especie de greguería ó lengua franca más propia de los antiguos arraces argelinos que de los profundos metafísicos, antropólogos, estéticos y sociólogos que nos traen y comu-

nican las últimas revelaciones del verbo de la ciencia. No basta la conservación de las tradiciones de la lengua patria en los géneros poéticos: no basta la conservación de las tradiciones de la lengua patria en los géneros poéticos: no basta tampoco que fulgure y relampaguee en la tribuna con efecto más inmediato que hondo: es menester que el arte de la palabra descienda hasta los últimos confines de la prosa técnica y la bañe con algún reflejo de hermosura. En las grandes épocas artísticas el Arte estaba en todas partes: en el hierro de una cerradura, como en la fachada de un palacio.

La limpieza, la pulcritud, el nativo donaire con que el Sr. Barbieri trata las cuestiones musicales, poniéndolas al alcance de los más indoctos, brillan en los numerosos artículos de crítica que comenzó á escribir desde su edad juvenil y andan dispersos por periódicos y revistas; y todavía más en opúsculos posteriores, tan importantes como su discurso de recepción en la Academia de San Fernando, donde se determina con gran copia de doctrina estética el puesto que corresponde á la Música en el sistema de las Bellas Artes; las dos Memorias que con tanto aplauso fueron oídas en el Congreso Católico de Madrid sobre los vicios introducidos en el

canto eclesiástico y en la música de los templos y sobre la necesidad de reformarla; su magnífico estudio sobre el gran revolucionario musical del siglo XVIII, el jesuíta Antonio Eximeno; sus multiplicadas y vigorosas campañas en pro de la ópera cómica nacional; sus defensas de la melodía italiana contra los excesos del fanatismo *wagnerista*; sus investigaciones sobre la notación musical de la Edad Media, con motivo del famoso canto de *Utreya*, entonado en remotos siglos por los romeros compostelanos; sus numerosas biografías de músicos españoles; sus declaraciones de antiguos instrumentos rústicos y populares, y hasta el saladísimo folleto en que narra muy menudamente, con extraña y regocijada erudición y picantes comentarios que dejan muy atrás las bromas claustrales del buen Padre Fernández de Rojas, las vicisitudes de aquellas incitadoras tejoletas que no se llamaron nunca *crótalos*, por más que hayan dado nombre á la *Crotalogía*, sino *crusmata*, como se prueba por los epigramas de Marcial en loor de las *saltatrices* gaditanas:

Edere lascivos ad Bætica crusmata gestus.

La peregrina bibliografía del Arte de la danza, ya popular, ya aristocrática y palaciega, ya teatral, ha sido una de las materias predilectas

de la erudición del maestro Barbieri, poseedor de una bella y rara colección de libros de baile y pantomima españoles, franceses, italianos y alemanes, sobre los cuales tiene hecho un curiosísimo estudio, que quizá veremos pronto de molde por solicitud de una de nuestras sociedades de bibliófilos.

Por otra parte, como el Sr. Barbieri no pertenece á aquel género de eruditos que guardan sus noticias cual tesoro de avaro, apenas hay libro moderno de arqueología musical á cuyo mayor lucimiento no haya contribuído franqueando generosamente lo más recóndito de sus papeles. Y por eso se lee su nombre repetido innumerables veces en el gran trabajo de Van der Straeten sobre los músicos flamencos y neerlandeses; en el de Joaquín de Vasconcellos sobre los *Músicos portugueses*; en el libro inglés del señor Riaño sobre la música española de la Edad Media, y (si es lícito citarse á sí propio) en mi *Historia de las ideas estéticas*, que debe á la biblioteca y á los consejos del Sr. Barbieri casi todo lo que de erudición musical contiene.

Pero sin detenernos en estos indirectos, aunque tan positivos servicios á la historia del Arte español, es imposible dejar de hacer especial conmemoración del libro eruditísimo que ha abierto de par en par las

puertas de este recinto al Sr. Barbieri, después de haber logrado la merecida honra de ser impreso á expensas de la Real Academia de Bellas Artes. Titúlase *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, y contiene el texto y la música de 460 composiciones, pertenecientes, en su mayor número, á la época de los Reyes Católicos, y contenidas todas en un incomparable códice de la Biblioteca patrimonial de S. M., que lleva el título de *Libro de Cantos*. Gran parte de estos versos son inéditos, y siempre hubiera tenido gran interés su publicación, aun considerada meramente como un suplemento á nuestros Cancioneros, mucho más si se repara que abundan en la nueva colección las poesías populares, villanescas y de burlas, sin que falten algunos romances de todo punto desconocidos, que será preciso añadir desde hoy á la serie de los *fronterizos*; todo lo cual salva este Cancionero del amaneramiento cortesano habitual en los de su clase y le acerca á las fuentes de la verdadera y natural Poesía. Pero el valor excepcional y único del manuscrito descubierto y admirablemente ilustrado por Barbieri, está en la parte musical. Este códice, solitario hasta la fecha, pues no hay noticia de ningún otro Cancionero castellano que nos dé *los sonos* al mismo tiempo que la letra, es tam-

bién el más copioso repertorio de música profana que de su tiempo nos queda, tiempo decisivo para el Arte, puesto que en él se consuma la gran evolución del Renacimiento, y mientras el español Bartolomé Ramos lanza desde su cátedra de Bolonia la nueva teoría del *temperamento*, comienza á abrirse paso la música expresiva, triunfando de los sutiles artificios de los contrapuntistas. El *Cancionero* nos conserva nombres y obras de más de cuarenta compositores españoles: unos enteramente desconocidos hasta hoy; otros, como Anchieta y Peñalosa, de nombre celeberrimo, pero de ignoradas obras. La figura culminante del *Cancionero* no es, sin embargo, ninguno de ellos. Es Juan de la Enzina, de quien se nos ofrecen nada menos que sesenta y ocho partituras, bastantes para probar que fué tan excelente en el Arte de la música como en el de la poesía, y que en la expresión melódica se adelantó de tal modo á su siglo, que pareció escribir para el presente.

No es hipérbole decir que, fuera del de Baena, ningún otro de los Cancioneros castellanos ha sido publicado con el amor y la inteligencia con que lo ha sido el presente; y adviértase que aquí eran mucho mayores las dificultades que había que vencer, comenzando por el trabajo formidable de traducir todas las pie-

zas musicales, no sencillamente á la notación moderna, lo cual les hubiera hecho perder su carácter, sino á un sistema sabiamente ecléctico, en que se conservan las mismas claves, los mismos signos de compás y la misma notación de breves y semibreves del antiguo; pero se reducen los grupos de ligaduras, las notas alfadas y las denegridas al valor correspondiente en figuras de aquel tiempo, y se reúnen luego las voces en partitura, con líneas divisorias de compás, al uso moderno. La prolijidad y delicadeza de este trabajo sólo se comprende reflexionando que hay composición que el Sr. Barbieri ha transcrito de su mano hasta tres veces, y que las composiciones son 460, como dicho queda.

El mismo esmero en la parte literaria. Sin alardes extemporáneos de erudición, pero con toda la que conviene al asunto, y ésta de la especie más rara y exquisita, el señor Barbieri nos da cuenta en sus notas de lo inédito y de lo impreso, de las variantes que los diversos Cancioneros arrojan, de las glosas que se han hecho de ciertas composiciones famosísimas (como *La Bella Mal Maridada*), y de toda particularidad interesante para la lengua ó para la historia. Y en una introducción escrita con la mayor sobriedad y modestia, reúne cuanto sabe acerca de los poetas y los músicos

del Cancionero, no lanzándose á vanas conjeturas, sino atendido siempre á la letra de los documentos que con diligencia tan desinteresada y loable ha desenterrado del polvo de los archivos de nuestras catedrales, principal depósito de nuestra historia musical. Los descubrimientos negativos interesan á veces tanto como los positivos. Así queda limpia de añejos errores la vida de Juan de la Enzina, probándose contra sus biógrafos que no se llamó Juan de Tamayo, y que no pudo ser en tiempo alguno maestro de capilla del Papa León X. Y con ocasión de una referencia inexacta de Don Bartolomé José Gallardo, que afirmaba hallarse en las epístolas del cardenal Bembo mención de nuestros músicos Enzina y Peñalosa, añade lisa y llanamente estas palabras, que son sencillo y sosegado testimonio de una conciencia de investigador para quien nada hay pequeño ni indiferente: «Yo he leído una por una y renglón por renglón todas las Epístolas del Bembo, y sólo en una he visto que se haga mención del cantor Peñalosa; pero á Enzina no se le nombra jamás, ni como cantor ni en ningún otro concepto.» Quien considere el largo espacio que las Epístolas del Cardenal ocupan en los cuatro enormes volúmenes en folio que contienen sus obras, comprenderá todo el es-

tudio que modestamente se oculta detrás de esas cuatro líneas. Porque en las obras de Barbieri, como en todas las de erudición sólida y de primera mano, con ser tanto lo que sale á la superficie, es incomparablemente mayor el trabajo que no se ve y que el hábil escritor disimula: las horas más ó menos sabrosamente perdidas en inútiles pesquisas, en tanteos y lecturas previas, en concordar opuestos testimonios y exprimir el jugo á los más inconexos documentos.

Notaréis que separándome de la costumbre generalmente establecida, he hablado de la persona del nuevo académico mucho más que de su ameno y primoroso discurso. Pero he creído deber hacerlo así, y detenerme tanto en la enumeración de sus méritos literarios, porque el Sr. Barbieri, popularísimo como artista, no tiene ni puede tener entre el vulgo de los lectores la notoriedad que fácilmente adquieren un novelista, un orador, un poeta. La erudición anda tan desvalida en España que, más que recomendación para nadie, es una especie de sambenito. Hay quien pondera la *memoria* de los que se dedican á estas cosas, como si de *memoria* pudiera escribirse una sola página de erudición sin caer en tantos dislates como renglones. Otros los consideran como una casta de hombres

ociosamente entretenidos y aun perjudiciales á la república. No la memoria, sino el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para buscarle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica, y por eso la historia de la Música Española ha dado un paso de gigante, al pasar, v. gr., de las manos de un Teixidó ó de un Soriano Fuertes á las manos de un Barbieri.

Mucho espera nuestra Academia de quien tan rico y depurado caudal de peregrinos datos aporta al estudio de todos aquellos géneros del Arte literario que con el Arte de la Música guardan más íntimas relaciones. La historia de nuestro teatro, en sus periodos más oscuros, es decir, en el de sus orígenes y en el de su declinación, y en sus obras más desdeñadas, esto es, en los cortos poemas llamados églogas, farsas, entremeses, loas, bailes y jácaras, á cuya recta estimación sólo puede llegarse mediante el estudio de los elementos musicales que en ellos se combinan con el elemento poético, le brinda con una materia en gran parte inexplorada. Y si algo pudiera mitigar en esta

Academia el acerbo duelo con que ayer acompañábamos al sepulcro los restos del crítico vigoroso y justiciero que tuvo alientos para recoger la pluma con que Moratín había trazado sus *Orígenes*, y de quien esperábamos una cumplida historia de la escena española antes de Lope de Vega, sería la esperanza de ver al Sr. Barbieri recoger esta parte de la herencia del Sr. Cañete, y poner sus manos en la continuación del edificio de que aquél nos dejó algunos sillares magníficamente labrados. La muerte heló la mano de nuestro inolvidable Censor precisamente en los días en que procuraba dar forma definitiva á su

estudio sobre Juan de la Enzina, y se regocijaba con el hallazgo de la rarísima y nunca vista *Égloga de Cristino y Febera*, única pieza que faltaba para la integridad del teatro del vate salmantino, que Cañete tenía reimpresso, pero que no quiso divulgar mientras la colección no fuese completa. En nuestros archivos duerme la edición de Cañete; ¿quién ha de ser el destinado á completarla y ponerla en circulación sino el que nos ha revelado á Juan de la Enzina como músico, y ha disipado tantas nieblas como envolvían la persona de aquel venerable patriarca de nuestra escena?

He dicho.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

EL PINTOR DE CORINTO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

I

Vivió en Corinto la bella
Un incógnito pintor,
Sin dejar nombre ni huella
De su genio creador.

Con las tinieblas, en vano
Luchaba, día tras día.
Ni extranjero ni paisano
Su oscuro nombre sabía;

Que á veces la muchedumbre,
Sin mirar la estrella de oro,
Toma por astro la lumbre
De algún fugaz meteoro.

Sólo el espectro del hambre
Visitaba su taller,
Mientras crecía el enjambre
De imágenes por nacer;

Y al hundirse en el profundo
Abismo del desaliento,
Pesábale como un mundo
La prole del pensamiento;
Porque es llama que rutila
Y crece la inspiración,

Con el óleo que destila
Estrujado el corazón.

Quiso, al fin, la suerte avara
Que un magnate principal
Por acaso adivinara
Aquel talento genial.

Y apareciendo á su vista
En el dintel de la puerta,
Saludó al mísero artista
Con la frente descubierta.

—Maestro—dijo, sonriendo
Cortés—mi mano de amigo
Y de admirador os tiendo;
Si os place, venid conmigo.

Anduvieron breve espacio
Extramuros de Corinto,
Hasta llegar á un palacio
De silencioso recinto.

Y una vez en su interior
Desnudo, virgen, intacto,
Dijo el noble, y el pintor
Escuchaba estupefacto:

—Ved: este alcázar entrego
A vuestro libre pincel,
Para que vaciéis el fuego
De la inspiración en él.

Derramad á manos llenas

Luz y color en sus muros,
Vuestras mágicas escenas,
Vuestros delirios oscuros.

No pongo tasa ni al oro,
Ni al tiempo, ni al albedrío...
Mas yo descubrí el tesoro
Y el tesoro ha de ser mío.

Del vasto mundo que abrumba
Vuestra mente, descargaos.
Imitad á Dios, en suma,
Cuando iluminaba el caos.

Mas ninguno, hasta que deis
La postrera pincelada,
Ver podrá lo que pintéis
Ni entrar en esta morada.

Encerraos sin zozobra
Como un mago solitario,
Hasta coronar la obra
Del artístico santuario.

Después, la gloria comience
Cual crepúsculo encendido
Entre el mundo, y se avergüence
De haberos desconocido.—

Dijo. Y turbado un instante
Por la duda de su genio,
Calló el pintor, vacilante
En suscribir el convenio.

Luego,—Sea—respondió.
Encerróse en el misterio;
Y largos años duró
Su fecundo cautiverio.

II

Como el sol, cuando amanece
Poco á poco el denso velo

De la niebla desvanece,
Y pinta el azul del cielo;
Luego las altas montañas,
Luego el bosque, luego el río,
El poblado y las entrañas
Del valle verde y sombrío;

Así, al contacto fugaz
De la brocha movediza
Del artista, como un haz
De rayos que se desliza,

Lentamente se traslada
A los muros incoloros,
La magnífica oleada
De sus mentales tesoros.

Juegos olímpicos, flores,
Ninfas, sátiros lascivos,
Pastorales, cazadores
Y venados fugitivos.

En el pórtico de Atenas
Los alumnos de Platón;
Las columnatas serenas
Del ingente Parthenón.

El festival de la Diosa
Del amor, las purpurinas
Velas en la mar undosa,
Los templos en las colinas.

El adiós del valeroso
Héctor á su compañera
Y al hijo tierno, medroso
De la crin de su cimera.

De los nautas el arrojo
Clavando el agudo extremo
De ardiente viga en el ojo
Del gigante Polifemo.

Ulises, cuando regresa
A su hogar, pobre y anciano,
Y el can moribundo besa,

Antes de caer, su mano.

Elena, en el ancho espejo
De sangre de su nación
Contemplándose, al reflejo
Del incendio de Ilión.

Medea, Tántalo, Edipo,
Las humanas agonías,
Y del hijo de Filipo
Los triunfos y las orgías.

Acrópolis, soledades
Agrestes, coros divinos,
Crímenes y tempestades,
Y alcázares submarinos.

El viento que en la garganta
De las Termópilas gime,
Clarín que los héroes canta
De la antigüedad sublime...

Así, de entusiasmo lleno,
Iba trazando el pintor
La aurora del mundo heleno,
Su ocaso deslumbrador.

III

Ora fluyendo copiosa
Y fácil de su paleta,
La ráfaga luminosa
De sus sueños de poeta;

Ora en sequedad terrible,
Porfiando ciegamente
Para dar vida imposible
A un aborto de la mente,

Deslizábase, ignorado,
El curso de su existencia,
Ya feliz, ya torturado
Por las horas de impotencia;
Que no brota sin combate

Del alma con la materia,
La obra que en el alma late,
Como la sangre en la arteria.

Entre abrazos y esquivaces
De la musa tornadiza,
A veces esfinge, á veces
Bacante que se encarniza;

Sus ojos relampagueaban
O en las órbitas se hundían,
Sus cabellos blanqueaban,
Sus sienes se deprimían,

Cual si de ellas, sin cesar,
Tirara, como vibrante
Cuerda próxima á estallar,
Su espíritu vigilante...

Por fin, libre de zozobra,
Aquel mago solitario
Puso término á la obra
Del artístico santuario.

De la victoria seguro,
La contempló satisfecho,
Y una ola de aire puro
Dilató su ardiente pecho.

Y aquella noche, sonriendo,
Decía en sueños: *¡Mañana!*
Y le arrullaba el estruendo
De una gloria soberana.

IV

Pero al brillar en Oriente
El alba del nuevo día,
Sonó el fragor imponente
De la turca artillería.

Era la horda salvaje,
Aborto de Lucifer,

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Que lucha por el pillaje
Y devasta por placer.

Culebra de fuego impura,
Estrangulando á Corinto,
Hirió la inerme blancura
Del pentélico recinto.

Aquel palacio, batiendo
El cañón de los infieles,
Precipita con estruendo
Bóvedas y capiteles.

Las bombas cayendo van,
Como golpes de herramienta
Con que destroza un titán
La granítica osamenta.

Y porque de aquel prodigio
Del arte no quede en pié
Ni una piedra ni un vestigio
Para decir *aquí fué*,

Surge el incendio bravío
De los globos estallantes,
Y deja... un ancho vacío
Sobre escombros humeantes.

Y perecen, sepultadas
En las ardientes ruinas,
Muertas y no contempladas,
Aquellas obras divinas.

Así el brutal otomano
Trituró, con planta odiosa,
El capullo del gusano
Antes de ser mariposa.

.....
.....

Entre los turcos quedó
Arrastrando su existencia

Un corintio, á quien salvó
Del suplicio su demencia.

Desgreñado, macilento,
Vistiendo harapos inmundos,
Disputaba su alimento
A los perros vagabundos.

Y le acosaban, audaces,
Siguiéndole confundidos,
Los perros y los rapaces,
A pedradas y ladridos.

Cuando la calma nocturna
Invadía la ciudad,
Como sombra taciturna
De la agreste soledad,

Por donde enterrada estaba
Su vida, según decía,
Entre la maleza brava
Los escombros removía.

Y á los enormes pedazos
Del hundido monumento
Asiase con los brazos
Hasta perder el aliento,

Fantaseando, en su locura,
Alzar de nuevo al espacio
La riñente arquitectura
Del espléndido palacio.

Inmóviles, impasibles,
Los fragmentos de granito
Arrancábanle terribles
Quejas de duelo infinito.

Y repitiendo sus voces
Los ecos de las montañas,
De las ruinas, veloces
Huían las alimañas.

JUAN ALCOVER.

RESEÑA CRITICA DEL CENTENARIO

II

Los centenarios anteriores.—Situación de España cuando se cumplieron.—Se celebró el tercero en Londres y en Boston.—Traslación de los restos mortales de Pizarro en Lima.—Obras de arte en honra de Colón.—Distracciones de los autores.—La señora Pardo Bazán.—Conferencias en el Brasil.—Libros y periódicos.—Descubrimientos sorprendentes.—El centenario no es centenario.—Jurado académico.—Las tres carabelas.—Proyectado viaje.—Breve de Su Santidad.

Es creencia general, sostenida diariamente en la prensa, que por vez primera se celebrará ahora el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, suceso cuya importancia no apreciaron en su justo valor las edades precedentes á la nuestra. Algo hay que objetar á la opinión: en primer lugar, porque las solemnidades aparatosas de la especie, lo mismo que las de las exposiciones y otros actos de carácter internacional, son producto del siglo del vapor, de la electricidad y del periódico, que facilitando las comunicaciones; tiende á la comunidad de las ideas; después, porque el aislamiento y modo de ser de las naciones dábales que discurrir en cuestiones harto más

graves que la de entenderse para cualquier cosa, sin dejar por ello de reconocer separadamente lo que en la humanidad influía la duplicación del mundo de los antiguos.

Las circunstancias en que se halló España al llegar los períodos seculares, justifican, por otro lado, lo que á desdén ó falta de memoria se atribuyera no teniéndolas presentes. En 1592, sosegadas por fuerza las alteraciones de Aragón, se apretaba la multitud en la plaza de Zaragoza por ver hecha cenizas, en auto de fe, la estatua de Antonio Pérez, mientras en carne y hueso él hacinaba en tierra extraña combustibles contra la honra y la integridad de su patria, después que la hubo revuelto. La ceremonia se ve-

rificó el 20 de Octubre, en aquellos días en que las carabelas de Palos rompían la barrera del mar de las Antillas. En 1692 no alcanzaba el esfuerzo de aragoneses y castellanos juntos á cubrir las partes vulnerables del territorio inmenso sometido por ellos: Flandes se desmoronaba, Alicante y Barcelona sufrían el bombardeo de navíos franceses. Con luto había de pensarse en el distinto aspecto de la ciudad cuando exhibió Colón en ella las primicias del orbe nuevo. En 1792, desatada la revolución en Francia, dominando en la Convención los jacobinos, daban suelta al furor contra *el déspota castellano* que se permitía intervenir en favor de Luis XVI. El genio de la guerra batía las alas en la tierra americana lo mismo que en la de sus descubridores al cumplirse el tercer centenario.

No pasó, sin embargo, inadvertido. En Londres hubo el 12 de Octubre reunión literaria, en que Mr. Elhanan Winchester pronunció un discurso de circunstancias historiando la expedición de los españoles; discurso que se imprimió con apéndice descriptivo de la ciudad de Washington y con el lujo de un grabado. En Boston se celebró el suceso de un modo parecido, estando la oración encomendada á Mr. Jeremy Belknap; además se

leyeron disertaciones oportunas sobre circunnavegación del Africa por los antiguos, sobre las pretensiones de Martín Behaim y sobre el avance de los europeos en el continente colombiano. Por haberse impreso también las Memorias hay constancia del hecho, si modesto, estimable.

En la importancia universal que ha de tener la solemnidad del centenario cuarto, habrá que reconocer primacía á la ciudad de Lima, en el Perú, porque se ha anticipado con honra á su fundador, el insigne Francisco Pizarro, trasladando los restos mortales desde la bóveda de la iglesia catedral, en que se hallaban depositados tantos años ha, á la capilla de los Reyes de la catedral misma, en decoroso sepulcro. El acto se verificó el 24 de Junio de 1891, con asistencia de las autoridades y del ministro plenipotenciario de España, galantemente invitado; se han distribuido las actas de exhumación y reconocimiento, acompañadas de los discursos pronunciados durante la ceremonia y de los documentos que acreditan las vicisitudes del cadáver desde el 26 de Junio de 1541, fecha del asesinato, ilustrados con el retrato del Conquistador en vida y el que la máquina fotográfica copia de sus restos momificados.

Indican éstos que fué el Marqués hombre de elevada estatura y de

constitución robusta; algunas partes han desaparecido, entre ellas las dos manos y los dedos de los pies, excepto dos, sustraídos probablemente por los que al deseo de poseer un recuerdo notable sacrifican toda consideración. No obstante, es bueno el estado general de conservación de la piel, apergaminada, dura y resistente, viéndose marcadas las heridas que recibió, y que sirven para acreditar la autenticidad del cuerpo: la primera y más grave, en el cuello; otra en la parte superior de un brazo; una tercera en la cabeza, que abolló el cráneo. Queda adherida á la espalda y brazo izquierdo parte de la ropa de seda, color negro, y fragmentos de lienzo blanco del vestido interior.

El Consejo provincial de Lima se propone, por complemento de su buen acuerdo, erigir en la Plaza Mayor una estatua al conquistador del Perú, que ofrecerá á la inspiración de los artistas variante en el tema obligado de las representaciones de Colón, inagotables.

De éstas ha llegado á la Academia de la Historia, hermosa fotografía de un cuadro pintado por M. Claudio Jacquard, en el Havre de Gracia, en que, según la leyenda, *El Almirante, moribundo, pide ser enterrado con las cadenas que le pusieron en la isla por él descubierta.* La cámara oscura traslada fielmen-

te la figura venerable de un anciano, en el sistema capilar abundosa. No aparece en el lienzo el lecho fermentado, las paredes encaladas, las vigas desnudas del mesón de arrieros en que describió magistralmente el conde Roselly de Lorgues el último suspiro del justo. M. Jacquard, desatendiendo las investigaciones de su compatriota, ha pintado un salón *confortable*, tapizado y con mueblaje que no desdeciría en un casino de los más exigentes del día. El descubridor reposa en cómoda butaca, vistiendo batín casero y abrigando las piernas con manta de viaje. Debió aquel año retrasarse la estación, como en el presente, y exigir á fines de Mayo precauciones dobladas contra los cambios de temperatura, no bastando la garantía de la melena y barba á lo capuchino del enfermo. Señala éste con la mano los hierros pendientes en la estancia á un jovencillo lloroso, bien portado, luciendo cuello puntiagudo, de aquellos sujetos á marca en la pragmática de D. Felipe IV *el Grande*.

No más escrupuloso en el estudio de los accesorios ha de ser otro pintor español que prepara en Roma obra para el centenario, si hemos de creer á los noticieros deseosos de anticipar la idea de su cuadro. «Colón, á la sombra de un *magnolio florido*, recibe homenaje del cacique

al desembarcar en Haiti.» En las historias de Indias no suena el nombre aplicado en la noticia al tal cacique; podrá ser, y bueno fuera, que el corresponsal lo haya equivocado, y todavía mejor que en la especie del árbol se equivocara también, porque *magnolio*, con flores ó sin ellas, haría en la Isla Española papel botánico tan apropiado como el *manzanillo* en la escena final de *La Africana*, si es que el cuadro no se destina al certamen bufo de la *Gran Peña*, que en tal caso alcornoques y camuesos pueden con igual razón figurar, adoptando aquella prudente resolución del famoso Orbaneja, respetada por el francés M. Jacquard, según antes se advierte, de escribir en el lienzo: *Esto es un gallo*.

La literatura va ofreciendo más abundantes y sazonados frutos al concurso honorífico que ensalzará la memoria de la invención americana. Por todas partes se escudriña con verdadero interés por penetrar la niebla del siglo xv, recogiendo datos dispersos, no por menudos despreciables, aplicándolos con soldadura crítica á los eslabones de la incompleta cadena formada.

Aquí han seguido cautivando la atención los conferenciantes del Ateneo, quedando satisfecha la expectación por oír á la señora doña Emilia Pardo Bazán explicar, como

un crítico ha dicho, que «mientras los navegantes y mercaderes veían en el descubrimiento una fuente ignorada de riqueza; mientras los conquistadores y políticos se fijaban en la extensión de los países con que engrandecer la patria, las Ordenes religiosas, la de San Francisco con más avidez que ninguna, encontraban en el orbe colombino una región de almas necesitadas de rescate para restablecer en las mismas la imagen del verdadero Dios, perdido en los caminos de la idolatría y del gentilismo».

Tuvo doña Emilia necesidad de emitir juicio sobre el Almirante primero de las Indias, así como de los que le acompañaron en la empresa inmortal ó la prepararon, y lo hizo discretamente, sin el recurso fácil de dejarse conducir por la corriente encauzada, pero sin chocar tampoco contra los escollos de la intransigencia. Colocó en su verdadero lugar al genio del geógrafo januense, que no ha menester de la hojarasca con que le desfigura el entusiasmo exagerado, arrancando su erudición y buen decir merecido aplauso á la concurrencia numerosa, excepcional, que, como en fiesta de gala, llenó aquella noche por completo el salón y las tribunas.

Casi al mismo tiempo ha leído en Río Janeiro una serie de conferencias sobre el descubrimiento, aná-

logas á las nuestras, el consejero Joao Manoel Pereira da Silva, coincidiendo en muchos puntos con la señora Pardo Bazán. Escuchado con atención, demostró que ni Colón, ni después de él Ojeda, Pinzón, Cabral, Amérigo, supieron que habían pisado una tierra virgen. Todos se creyeron allá en Asia, y fué la creencia general hasta el año 1513 y posteriores, en que viendo por vez primera Vasco Núñez las ondas del Pacífico y surcándolas Pizarro y Cortés, perfilaron el litoral cuyo extremo había de encontrar Magallanes.

O orador desce da tribuna muito applaudido e saudado por todo o numeroso auditorio; porque esta, como otras verdades poco ha no generalizadas, van corrigiendo las imperfectas nociones vulgares.

En libros ha crecido el caudal que al mismo resultado aspira. Tenemos recientes, uno del teniente de navío de la marina francesa M. A. Hautreux, *Christophe Colomb. Le voyage de découverte de l'Amérique*, estudio crítico y técnico de las derrotas de ida y vuelta, apreciable, aunque no definitivo. Otro de Mr. Jorge C. Hurlbut, de Nueva Yorck, *Winsor's Columbus*, en que juzga con bastante severidad la obra de su compatriota el bibliotecario de Ticknor. Reconociendo que ha reunido inmenso material de infor-

mación y que ha tenido á la vista los trabajos modernos de importancia; elogiando al mismo tiempo su cuidado al descartar en la vida del nauta genovés todo aquello que no está comprobado, expurgo que actualmente se hace en toda labor seria, le cree parcial porque defiende y enaltece á los Pinzones. Rechaza el crítico las acusaciones de avaricioso, ingrato, cruel y alucinado hechas al Almirante; encuentra que Winsor exagera los defectos y disminuye los méritos, y que por combatir la tendencia pagana de erigirlo en semidiós incurre en el error opuesto degradándole. En lo demás, acomoda Mr. Hurlbut su criterio al común de Irving, Prescott y Humboldt.

Fresca la tinta de la prensa norteamericana ha traído otro opúsculo, *The mystery of Columbus*, escrito por Mr. Eugene Lawrence con novedad tan atractiva como el título. Aboga el autor también, de un modo general, por la conveniencia de destruir las fábulas ingertas en la historia, y en el particular de Colón repugna las que nos lo disfrazan.

Todo en su vida—dice—es misterioso: la patria, la familia, la edad, el nombre, porque ese de Colón con que le conocemos era postizo, era mote de guerra, discurrido por quien tenía interés en ocultar el propio.

Acudiendo á la colección de documentos oficiales de Venecia, *Venetian State Papers*, dada á luz por Mr. Rawdon Brown, halla evidente que ciertos piratas griegos nombrados *Colombos*, ó sea *Palomos de mar*, espumaban en los años de 1468 á 1485 el Mediterráneo y el Océano, corriendo las costas hasta Flandes, ofreciendo servicios de armas á quien mejor los pagaba, maniobrando por su cuenta á falta de patrón y haciendo buena presa de cuanto habían á las manos. El Senado de Venecia entabló varias reclamaciones por atentados contra mercaderes de la República; hizo escoltar los bajeles por otros de guerra, y habiendo encontrado á los *Colombos* sobre la costa de Portugal, trabóse combate sangriento, incendiándose dos naves aferradas.

El combate refiere D. Fernando Colón en la historia de su padre; confiesa que el futuro Almirante era sobrino ó deudo de los jefes piratas, y que á nado se salvó, llegando á la costa; oculta cuidadosamente cuanto tiene relación con el nacimiento y la ascendencia de D. Cristóbal: por consiguiente, debe darse fe completa á las noticias del gobierno de Venecia, y admitir que era griego y no italiano.

Todo esto había ya escrito Goodrich en libro de malquerencia á la fama del descubridor: el propósito

de Mr. Lawrence es otro. Para él Cristóbal Colón, griego, negrero y pirata en los años de la juventud, judío ó cristiano á medias, fué luego un hombre del siglo xv, de energía heroica, de tesón hercúleo, de inteligencia superior; un hombre de los tiempos de los Borjas, de Luis XI, de Carlos VIII, de Ricardo III; avaricioso, cruel, pero con todo ello, hombre notable, gentil, estudioso, instruído, atrayente. Andando el tiempo, el cielo le guía, la aflicción le sigue, la majestad le acompaña, y por hacer, hace milagros, dejando memoria que nos produce admiración y simpatía.

Opina el autor que el más alto homenaje que cabe hacer en el centenario es estudiar su carácter, presentándolo cual fué; si llegara á descubrirse y demostrarse que en la cubierta de un navío pirata fué formándose el bienhechor de la humanidad, no habría nada con que compararle.

El libro de D. Fernando Colón, compulsado con los documentos venecianos, ofrece á la consideración una dificultad grave. En los últimos consta, y de su autenticidad no cabe duda, que el combate naval ocurrió en 1485, fecha en que estaba ya Colón en España, viudo de doña Felipa Muñiz y con hijo de diez años al poco más ó menos. ¿Cómo D. Fernando, que en efecto

huía de apuntar dato por donde pudieran conocerse el origen y procedencia de su padre, consignó el del combate, con cuya etapa tan fácilmente había de descubrirse su falsedad, habiéndola?

Para el estudio de la nacionalidad, tan discutido, observación me ocurre que no creo se haya tenido todavía en cuenta. Generalmente se supone á Colón italiano, discrepando las opiniones sólo en el lugar de la cuna, por no dar entero crédito á la declaración escrita en la institución de mayorazgo, *en Génova nací y de ella salí*; pero es el caso que no ha quedado autógrafo del Almirante, que sepamos, escrito en la lengua del Dante; las cartas familiares; las que dirigió al embajador de Génova micer Nicolo Oderigo, encomendándole sus intereses; la enviada á los señores del Oficio ó Banco de San Jorge en la misma República; la enderezada al Pontífice antes de emprender el último viaje, todas están escritas en castellano, por raro que parezca. Por única excepción se ha encontrado en volumen impreso de la Historia natural de Plinio, que posee la Biblioteca Colombina de Sevilla, una nota marginal de mano del Almirante, y demuestra que, si fué su primera lengua la toscana, la había olvidado en la vejez, sirviéndose, al redactar la anotación,

de una especie de *lingua franca*, mezclilla de todas las latinas.

Si existe el archivo de la casa de Anjou, tal vez guarde algún papel referente á servicios de los *Palomos de mar*, en que estén comprendidos los del olvidadizo, que estando al de los reyes de Castilla y de Aragón firmaba *Xpofereus*.

La imprenta española ha dado en este mes por contingente, la *Memoria de la Sociedad Colombina Onubense* correspondiente al año 1891; el discurso inaugural de las conferencias del Ateneo, del señor D. Antonio Cánovas del Castillo, al que seguirá con rapidez la serie completa, impacientemente deseada por los que no han escuchado á los oradores. Ha aparecido otra ofrenda al centenario: *Pinzón en el descubrimiento de las Indias, con noticias críticas de algunas obras recientes relacionadas con el mismo descubrimiento*, pero de este libreo me está vedado decir bien ni mal.

Sería muy larga la enumeración de impresos si comprendiera los artículos de periódicos donde el ingenio, como la flor, luce por breve espacio su belleza. Se ha hecho más notable, por la continuidad, la reseña crítica de las conferencias colombinas hecha en *El Heraldo de Madrid*, con escrupulosidad y competencia que, sin la firma, descubrirían al americanista D. Angel Stor.

La musa chispeante de D. Manuel del Palacio ha vagado con aplauso por la floresta donde vuelan sinson-tes y tomeguines, *En defensa de un ausente*. Visto—nos dice—lo que autores buenos y malos propalan,

«Fundado en esta opinión,
un libro tiene entre manos,
donde explica Gedeón
cómo los americanos
descubrieron á Colón!»

Hácenos comprender su facecia que si la sociedad *La Gran Peña* hubiera abierto sección poética en el certámen anteriormente aludido, no es dudoso que Colón obtuviera el lauro que en la sección de pintura ha conseguido inspirando á los opo-sitores, como la investigación pro-funda y la novedad de los descu-brimientos hechos por D. Patricio Ferrazón nos hace esperar que pre-mie la opinión, en concepto distin-to; el interés que ha sabido desper-tar con el comunicado que dió á luz *El Imparcial* del 18 de Abril.

El firmante declara ser iniciador de la solemnidad universal que va á celebrarse, pero cree necesario añadir que el centenario no es cen-tenario. Entendámonos; asegura que Colón descubrió las tierras de América en 1477, y que hace ya quince años, por consiguiente, que la invención debió ser festejada. Puede, sin embargo, disculpar el retraso la circunstancia de haber

guardado Don Cristóbal el secreto de su primer reconocimiento de Norte á Sur, desde Groenlandia á cabo SABLE, secreto que no ha reve-lado el Sr. Ferrazón de una manera clara por no estar la opinión sufi-cientemente preparada para cono-cerlo. Ahora, llegado el momento oportuno, demostrará, si Dios quie-re, el suceso sorprendente, iniciado por él, lo mismo que el impropio centenario, desde el año 1888.

Sirva esta breve noticia de esti-mulo para buscar el número de *El Imparcial*, en la inteligencia de que, como ha escrito la redacción en cabeza, todo en el comunicado es notable.

De libros manuscritos se ha de ocupar el jurado previamente ins-tituído en la convocatoria de la co-misión organizadora al ofrecer pre-mios á una historia nueva del des-cubrimiento. No habiendo ejercita-do el derecho que tenían los pleni-potenciarios por cuyo conducto vinieran obras de extranjeros, el Sr. D. Antonio Cánovas del Casti-llo, como presidente de la referida comisión, ha constituido el tribu-nal, compuesto según las condicio-nes del programa, por delegados de las Academias; á saber: uno de la Española, de la de Ciencias Mora-les y Políticas y de la de Ciencias exactas y dos de la de la Historia. En la reunión preparatoria han ele-

gido presidente al Rdo. P. D. Miguel Mir, representante de la primera, teniendo por local de sesiones el de la última. Han empezado, desde luego, su ardua tarea, distribuyéndose las obras, que parece son cinco: una escrita en inglés, dos en francés y dos en castellano. Entre las últimas, una cuenta trece volúmenes; el autor ha debido pensar que bien merece esfuerzo el premio excepcional ofrecido.

Pasó en las Cortes sin discusión el proyecto de ley de construcción de la carabela, y el mismo día de la aprobación en el Congreso telegrafió el señor ministro de Marina, ordenando el principio de las obras en el arsenal de la Carraca, con recomendación de seguirlas con la actividad requerida por el plazo que queda. Un representante del Gobierno de los Estados Unidos de América ha encomendado con igual premura la fábrica de las dos carabelas menores, representación de la *Pinta* y la *Niña*. Se cuenta con que el día 2 de Agosto se hallen las tres en Palos de Moguer, y que al cumplirse el momento dichoso salgan de la barra de Saltes, henchidas las velas por el viento terral, flameando las banderas de los castillos y leones, saludadas, como en otro tiempo, con el ¡*Buen viaje!* de los espectadores en la ribera.

Habrán de hacerlo en realidad

oportunamente, para figurar en la Exposición de Chicago fondeadas á inmediación del Monasterio de la Rábida, que allá se está levantando en copia fiel del nuestro; visitarán el puerto de la Habana, corriendo la costa de la Florida y Carolinas para la recepción solemnísimas que ha de hacérselas en Nueva York, antes de emprender el camino dulce de los lagos; tal es el proyecto, cuya originalidad deslucirá un tanto, caso de realizarse, la idea de la comisión de festejos de la Habana, de construir allí tres carabelas. Fuera mejor que la repetición, discurrir medios de alegrar la fiesta, de forma que pasada, reporten utilidad y perpetúen su memoria.

¿Se teme acaso que los marinos de nuestros días se expongan á los peligros arrostrados por la gente de Palos en las endeble embarcaciones? Tranquilícense las madres de familia. En todo se ha pensado. Un D. Julián Soriano proyecta instalar en el Océano cierto número de islas que han de ser por situación y condiciones lo que los paradores en las carreteras, más bien que las estaciones en las vías férreas. Una vez consolidadas las islas artificiales en las líneas de ida y vuelta entre ambos continentes, no más riesgo, incomodidad ni mareo; se irá mejor á Tacubaya que á Moscu.

Según el diario en que apareció

la noticia, sospecha el autor que, á pesar del humanitario y desinteresado objeto de un plan de realización tan fácil que pudiera aprovecharse ya en el centenario, encontrará oposición y chocará con el escepticismo; pero se tranquiliza con la evidencia de que lo mismo aconteció á Colón y á todo el que discurre proyectos un tanto atrevidos como éste.

Su Santidad León XIII ha contestado al mensaje que le dirigieron las corporaciones de Chicago, en términos muy semejantes á los de los Breves con que en el año pasado de 1891 lo hizo al arzobispo de Génova y á la Sociedad nombrada *Centro gallego de Buenos Aires*, tratando de preparativos para solemnizar el centenario. La prensa católica lo transcribe así:

«Mientras en todas partes se preparan á celebrar con fiestas espléndidas la memoria de un hombre altamente ilustre que mereció bien de la cristiandad y del universo entero, sabemos con placer vivísimo que los Estados Unidos de la América del Norte han entrado en la liza de este torneo honorífico de la manera que conviene á la riqueza de su país y á la memoria del varón

grande á quien se tributan estos honores. Nada será más espléndido que lo que se nos refiere de la magnífica Exposición de Chicago, que reunirá todos los frutos que produce la naturaleza y todas las obras creadas por el genio del hombre.

»El éxito de tal empresa suministrará una nueva prueba de la inteligencia superior y de la activa energía de un pueblo que emprende misiones tan grandiosas y las realiza con tanta audacia y fortuna. Tenemos el placer de declarar que el objeto es tan noble como grande la empresa.

»Preséntase como un testimonio de honor y de gratitud al hombre inmortal que, deseoso de encontrar nuevas rutas por donde pudiese llevar hasta las partes más remotas del universo la luz de la verdad y de los beneficios de la civilización, no se dejó espantar por los peligros que iba á correr, ni se dejó vencer por los más duros trabajos. Cristóbal Colón ha reunido las dos fracciones de la raza humana, largo tiempo separadas, y ha prestado á ambas tales servicios, que entre los bienhechores de la humanidad hay pocos que le sean iguales, y ninguno superior.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El contagio socialista.—Uniformidad militar en el requerimiento de la jornada de ocho horas.—Imposibilidad completa del socialismo en todos sus aspectos.—La manifestación del 1.º de Mayo.—Su carácter cosmopolita incompatible con el principio de variedad.—El 1.º de Mayo en París y Londres.—Indefinición de los republicanos en Francia y pesimismo de los realistas.—Agitación general en París.—Ravachol y el Jurado.—La catástrofe del boulevard Magenta.—Su coincidencia con el juicio de Ravachol.—Tranquilidad en Europa.—Cuestiones de Irlanda y crisis de Italia.—Conclusión.

I

El contagio socialista se pega hoy en Europa, no solamente á todos los espíritus, á todos los Gobiernos. A pesar de haberse mostrado por los teoremas de una sana lógica y por las revelaciones de una larga experiencia cómo contradicen todo el movimiento liberal y cómo detienen toda la emancipación humana esas designaciones legales del empleo de nuestro tiempo y del importe de nuestro jornal; el socialismo contemporáneo, venido de la estepa rusa con los nihilistas y agrandado en el mundo germánico al empuje de las últimas ideas brotadas en el pensamiento filosófico alemán, á quien inspiró la extrema izquierda hegeliana se impone y predomina merced á un ejército, cuyas huestes aterran, pero cuyas ideas agradan á los Poderes públicos, por lo mucho acaso que prosperan y favorecen las facultades y atribuciones del Estado. Desde Cádiz á Kiel, desde Tánger á Stokolmo, do quier hay trabajadores europeos, cumplen la universal consigna con exactitud y obediencia verdaderamente militares, en demanda, ¡parece imposible!, de que los atemos nuevamente á la vieja esclavitud, imponiendo límites á su jornada y tasas á sus jornales del todo incompatibles con la progresiva cultura y con la humana libertad, constitutivas de las sociedades modernas. Mas cuanto

mayores fuerzas ostenten los utopistas, menor probabilidad de realizarse tienen las utopías, digan y hagan cuanto les dicte su miedo los débiles ministerios hoy al uso en todas las naciones europeas. No se puede salir de la propiedad romana, tal como la entienden los pueblos latinos; de los derechos individuales y del Gobierno parlamentario, no se puede salir sin riesgo de retroceder; allende las facultades de reunirse y de asociarse, según las quiere nuestra democracia tradicional y las promulgó el espíritu de la Revolución francesa, no puede ningún horizonte nuevo vislumbrarse; y á lo sumo se llegará con el tiempo y con el esfuerzo continuo á la cooperación y á la coparticipación, mas por medio de libres y espontáneos contratos.

II

Inútil de toda inutilidad irle al socialismo con reflexiones de ningún género. Los creyentes de tal secta están empeñados en que la sociedad y la naturaleza deben acomodarse á sus particulares intereses y cumplir sus arbitrarios pensamientos, como si un deseo pudiera vencer á la fatalidad y un sofisma corregir las leyes universales de toda lógica y las imposiciones de una ineludible necesidad. El cos-

mopolitismo los enamora y se figuran todas las instituciones de conservación y de progreso rotas; la dinámica y la mecánica social suspensas; el poder y el derecho perturbados; el río de los tiempos vuelto hacia sus orígenes, con que únicamente muevan ellos los agitadísimos brazos y exhalen las utópicas ideas. Así el sueño de Alejandro, el sueño de César, el sueño de Carlo Magno, el sueño de Carlos V, el sueño de Napoleón se ha metido en la mollera de los jornaleros y les ha inspirado una idea tan utópica y extraordinaria como la de mezclar todos los pueblos en solidaridad consustancial de intereses, incompatible de todo punto con el principio de la humana variedad. Movidos un día por el ruso Bakounine, idearon la sociedad internacional de trabajadores, muy válida el año 70; y movidos más tarde por el germano Marx y su discípulo Bebel, han ideado las manifestaciones universales por la jornada de las ocho horas, hecha con la coparticipación de todos los jornaleros del mundo en todas las ciudades el día 1.º de Mayo. Cuando en el Congreso de París último los muñidores de la idea socialista decretaron tal manifestación, jamás pudieron imaginarse, dado tal decreto al terminar la Exposición y en las postrimerías de

sus propias sesiones, que alcanzara el debido logro y que se cumpliera y celebrase por pueblos de tan diversa índole y de tan contradictorios intereses. Y, en efecto, aquello no hubiera pasado jamás de un propósito más ó menos firme y de un plan más ó menos cumplidero, si el emperador de Alemania no cita al año siguiente la grande Asamblea internacional encargada de discutir las satisfacciones dables á los jornaleros de todas las zonas y las soluciones factibles del problema social. Empeñado en seguir una política del todo contradictoria con la tradicional de su predecesor, el férreo Canciller, suspendió Guillermo II los estados de sitio que había por tanto tiempo aplicado aquél, y derogó las leyes excepcionales que mantenían el socialismo fuera del aire de la libertad. Mas, no creyendo haber hecho bastante con todo esto, debido en justicia, intentó procurarles también aquéllo no debido de manera ninguna, y pidió á los cuatro vientos pensadores de todas las naciones, convocados para que procuraran lo imposible, la solución del problema social bajo el ala del águila cesárea. Y así creció mucho la idea socialista, porque todos los Gobiernos, incluso aquellos que más alardeaban de reacción, se imaginaron comprometidos por tan alto ejemplo á reunir alguna Junta ó pro-

mover alguna legislación encargadas de tratar y de resolver los problemas sociales. Con esto, el 1.º de Mayo se ha convertido en una fecha litúrgica, de resplandores benditos abajo y arriba de relampagueos siniestros.

III

La designación de un día fijo todos los años para manifestaciones de tal género, trae por necesidad esperanzas de un lado y temores de otro, los cuales, cual sucede con los colectivos afectos, que son intensos y vagos á un tiempo, debían agitar y conmover toda la sociedad. No obstante la ventaja evidentísima de las instituciones francesas sobre las instituciones británicas, aquella secular educación en la libertad individual del pueblo inglés no puede suplirse con veinte años de una República más ó menos contestada, por lo que París no conlleva, como Londres, con la serenidad prestada por un ejercicio secular del derecho, las procesiones al aire libre y la práctica de facultad tan compleja y difícil como la facultad colectiva de manifestación popular. Así, las leyes francesas no permiten lo frecuentísimo, por arraigado, en las costumbres sajonas, y toda manifestación en Francia tiene que recluirse dentro

de locales completamente cerrados y que trocarse del todo en un Congreso. Y á pesar de los muchos peligros que trae aparejada la manifestación pública y de los pocos que tiene la manifestación encerrada entre cuatro paredes, París estaba mucho más receloso que Londres al acercarse la fecha fatal de los desahogos comunistas. Instituciones en período crítico de formación las instituciones francesas, pues veintidós años de continua existencia no significan cosa en el geológico trabajo de las sociedades formadas con tantas dificultades y en tantos siglos casi como el planeta; no tienen la consistencia de aquéllas arraigadas en la historia de un pueblo y no pueden oponer contrafuertes á las cóleras y tormentas demagógicas como las que les oponen el tiempo, grande consolidador, y la razón colectiva, bien madura, grandioso y vivificante luminar. Y además, en tanto que un Gobierno británico suele preservarse del contagio de utopías hoy reinante sobre la epidemiada opinión europea, el Gobierno francés, y en su representación el más fuerte de todos sus gobernantes, M. Constans, ministro entonces, caen por su mal en la tentación y presentan descabelladísimos proyectos, á cual más irrealizables, so color de dilucidar y de resolver el problema social. En la vaguedad completa del Gobierno republicano francés; en las indeterminaciones consiguientes á la confusión allí entre todos los partidos gobernantes; en la serie de coaliciones más ó menos orgánicas que suelen sucederse hace mucho tiempo en el Gobierno; los Ministerios están compuestos de ministros conservadores y ministros radicales, constreñidísimos á darse con los socialistas la mano y formar con ellos una cadena, cuyo principal eslabón está en la cumbre misma del Estado. Coincide con todo esto el pesimismo, no diré de las clases conservadoras, pero sí diré de las escuelas y de las sectas, que se ufanan siempre con la representación del elemento social de fuerzas y estabilidad. Así como prefieren ver á la Iglesia corriendo borrascas deshechas en el mar de todas las pasiones encrespadas, antes que verla tomar puerto y echar ancla en la República, prefieren atizar las malas pasiones en las muchedumbres demagógicas á reconocer que se puede convivir en paz con la democracia, con la libertad, con la República. Los intransigentes de la derecha imbuyen á los clérigos las pastorales rebeldes; votan en los comicios candidaturas demagógicas, como la candidatura del yerno de Marx; escriben acerca de los defensores del orden público, en incidencias tan terri-

bles, como las producidas por el choque famoso de Fourmies entre la tropa y el pueblo, proclamas de aliento al incendio y al degüello; excitan todas las malas pasiones para que lleguen á desencadenarse como furias del Averno sobre la tierra libre de los viejos errores monárquicos; y forman una coalición, en la cual entran desde reaccionarios como Casagnac y arzobispos como Soulard hasta el elocuente radical Pelletan, cada día más fantaseador, y el aristofanesco libelista Rochefort, cada día más insultante, componiendo así una legión digna de compararse con los antiguos aquelarres, en cuyos desvaríos muchas familias católicas hacen milagros por el demonio y se tiran de cabeza en el infierno.

V

Pero, sea de todo esto lo que quieran ellos, resulta indudable una extraordinaria y excepcional agravación de la neurosis comunista predecesora del 1.º de Mayo en Francia, y sobre todo, en su maravillosa capitalidad. Cierta horrible noche una colosal casa del boulevard San Germán salta en pedazos, esparciendo humo y polvo en los aires, terror pánico en los ánimos. Otra madrugada igual catástrofe cerca de la Trinidad, en calle

tan concurrida como la calle Clichy, únicamente separada de la espina dorsal parisién por breve plazuela y conocidísima calzada. Los inquilinos de las casas destruidas pertenecen á la administración de justicia en su mayor parte. Así la opinión cree que se amenaza al hogar de los magistrados por maneras misteriosísimas, difíciles de contrastar; y que manos invisibles, las cuales asestan golpes certeros y se retiran como en los cuentos de niño, dictados y oídos por el miedo, se tienden allá en lo alto como telarañas apercibidas para coger al Gobierno y á la misma sociedad. El renombre de lista y diestra, por la policía francesa conseguido, se quebranta mucho; y los auxiliares, que suelen tener las investigaciones del poder público en Francia, desaparecen ahuyentados por el terror universal. Pero el autor de todos estos sacudimientos, generadores de una tan grande neurosis, no puede contenerse y se traiciona desatinado á sí mismo con sus gestos y con sus palabras. Asistiendo casi todos los días á un comedero popular dirigido por dos cuñados que se llaman Lherot y Very, explaya su ánimo en garrulidades anarquistas y se vende y entrega, Judas infame de sí mismo, diciendo el grosero labio aquello mismo que deseaba ocultar la desatentadísima voluntad. Hus-

méalo con buen olfato la policía y lo atisba con certeros ojos y lo escucha con el oído abierto, hasta caer sobre su codiciada persona y apresarla para la justicia. Desde tal día, el dinamitero parece condenado á morir; mas el delator ó delatores por su parte condenados á saltar. Sentencia legal de muerte fulminaban todos los labios sobre la cabeza de Ravachol; y sentencia ilegal de muerte unos cuantos anarquistas sobre los dos voluntarios auxiliares de la justicia, Lherot y Very. Hasta existían muchos que hablaban del terrible linchamiento americano, y querían aplicárselo al incendiario y á sus cómplices con una implacable frialdad. Pero la sentencia del tribunal de la opinión pública no se ha cumplido y se ha cumplido la sentencia del terrible club anarquista. Muy pocas noches hace, la familia de Very cumplía sus faenas ordinarias y corrientes sin olvido de la sentencia fulminada por los anarquistas, sobre un pié por tanto; muy circuida de guardias. Eran sobre las nueve de la noche, hora de grande concurso, y por lo mismo de suma dificultad para deslizarse cualquier persona por los sitios concurridos, y depositar un petardo, poniendo fuego á su mecha y poniéndose á sí misma ella en cobro. Entró en el restaurant un hombre muy extraño, y con el hombre

muy extraño dos mujeres desconocidas, los cuales, después de haberse asentado un ratillo á la mesa misma donde se asentaba Ravachol por hábito, apuraron sus *boks* de cerveza y salieron á una sin hacer misterio de su salida, como no lo habían hecho de su entrada, y sin despertar ningún recelo por sus palabras y por sus ademanes, del todo indiferentes y ordinarios. Pero lo cierto es que todavía no estaban estos tres personajes á cien pasos de aquel sitio, cuando de la bodega ó sótano se alza un estruendo como de reconcentrada erupción subseguido por un estremecimiento como de violentísimo terremoto. Con decir que se perforaron en guisa de grandes panales aquellos pesados paredones, y que á tierra se vinieron el techo de la bodega ó sótano con el techo de la salita del entresuelo, está dicho todo cuanto se parecería el torbellino de humo al ciclón que desarraiga los árboles y derriba los edificios en sus asoladoras espirales, semejantes á marinas trombas. Un silencio, como el silencio de la muerte, siguió al estruendo de la explosión aterradora. Parecía en aquella oscuridad que los sepulcros se habían subido de lo profundo á lo alto y tragádose con su muda voracidad á los vivos. Pero tras este natural silencio, generado por lo enorme del espanto, sobrevino

un clamoreo como el que levantan los náufragos entre las tempestades ó los heridos tras las batallas. Un parroquiano presente decía en sus explicaciones haber experimentado una sensación extraña, como si el sitio aquel y su propio cuerpo se hubieran dividido y separado en dos mitades. A Very le cercenaron las piernas, en términos de que ha sido necesario amputárselas. Claváronse los cristales de puertas y ventanas, hechos abrasadas chispas al calor de la explosión, en el rostro de Lherot. La hermana de éste, mujer de Very, perdió la cabeza del susto. Joven trabajador, parroquiano del restaurant, muere. Y solamente una muchachuela pudo conservar su sangre fría en tan horroroso fragor.

VI

Coincidiendo con la venganza de Ravachol el juicio sobre Ravachol. Criminal tan cobarde, que destroza como el huracán y mata como la peste, sin riesgo propio ninguno, envolviendo en las espirales de sus explosiones á las mujeres y á los niños, á gentes inofensivas que nada le han hecho, á los mismos jornaleros por cuyo pro llega en su insania y en su delirio hasta el asesinato anónimo, bien merecería que todos cuantos rigores guardan las leyes para el crimen cayeran sobre su cabeza

sin conciencia y sobre su corazón sin afectos. Así, aunque las leyes anteriores á la comisión de su delito no castigaran en su contexto con pena de muerte atentados tales como el suyo, para eso está el Jurado, para corregir las deficiencias inseparables de toda legislación y poner sobre la letra muda la viva y resonante conciencia. Pero se han cometido en este asunto multiples faltas de suma importancia. Primero se ha querido por el Gobierno un castigo pronto que precediese al 1.º de Mayo y sirviera de alto escarmiento y ejemplar castigo á los anarquistas. En segundo lugar, se han descartado para logro de tamaño fin del conocimiento de los Jurados los otros crímenes coexistentes con el crimen de las explosiones, ó poco anteriores á él en los empalmes de unos con otros, mediante lo cual quedaba el reo acusado por un solo concepto y sometido á un artículo muy claro de las leyes penales. A mayor abundamiento, éstas habían parecido de una manifiesta deficiencia á los Cuerpos Colegisladores que las corrigieron y agravaron tras el crimen de Ravachol, puesto por la razón pública y por la ciencia jurídica bajo apotegmas tan axiomáticos cual aquellos que prohíben aplicar al delito leyes promulgadas después de su comisión manifiesta. Precisa considerar todo esto con calma

para no perderse con manifiesta vulgaridad en el estruendo de maldiciones promovido por la sentencia del Jurado, que admitió las circunstancias atenuantes y condenó al terrible criminal á cadena perpetua. Dicho esto, precisa decir también lo más alarmante para la opinión así en el atentado á la taberna de Very como en el proceso á la persona de Ravachol. Alarma en el primero la torpeza de una policía, considerada en otro tiempo como la primera de todo el viejo mundo, y seguida en sus procedimientos de antiguo por ejemplo modelo. ¿Cómo? Llovían sobre Very los anónimos con amenazas; rondaban su mostrador las furias del desquite sin recato; á los parroquianos de la insana curiosidad que llenaran aquellos escenarios de una tragedia terrible, sucedió una soledad y un abandono sólo explicables por el husmeo de la catástrofe presentida en el espíritu general con sus adivinaciones inconscientes, así como señalada por los impulsos indeliberados del instinto colectivo; y todo un cuerpo de seguridad parisiense, obligado por lo grave de las circunstancias á concentrar allí su atención, deja huir entre los piés un petardo tan gordo con una mecha tan larga, como el que acaba de destruir la casa puesta en un entredicho terrible por las maldiciones anarquistas. Y si alarma la torpeza

del cuerpo de seguridad en sus investigaciones y en sus apercebimientos y en su prevención propia, no alarman menos las complacencias usadas por la magistratura con su empecatado criminal. El interrogatorio de la presidencia en este caso á tal hombre ha parecido como una especie de *interview* yankee. No parecía tener el magistrado delante de sí un perverso tan cínico y contumaz como Ravachol; parecía tener una doctrina ó un sistema. Lo trataba con la mayor deferencia; le decía las cosas y conceptos más suaves; le llamaba hombre de acción así con cierto dejo de loa; y cuando él mismo se metía en cualquier atolladero, lo sacaba con una misericordia, quizás humana en otros momentos, pero inoportuna bajo el terror universal.

VII

• Dejemos tales tristezas y reconocamos cómo la jornada del 1.º de Mayo ha transcurrido con una tranquilidad relativa, dadas las amenazas de los socialistas y las complacencias de los Gobiernos con los principios utópicos de aquéllos. Únicamente Lieja se nos aparece como en competencia con París por sus explosiones desoladoras y por su agitación exaltada. Ya por falta de número en las huestes innovado-

ras, ya por exceso de precaución en las autoridades y en la policía, el amenazador instante ha pasado como si tal cosa. Otros asuntos públicos han obtenido con preferencia el general interés y la general atención, como las próximas elecciones de Inglaterra y la crisis ministerial de Italia. Si pudiese haber duda respecto del crecimiento alcanzado por las huestes electorales del partido liberal en Inglaterra, bastaría de seguro á desvanecerla el discurso último, pronunciado por Salisbury en una reunión solemne de los conservadores británicos. Jamás un Gobierno ha tañido con tanto miedo la campana de rebato y socorro, hasta resucitar el veto de los Lores, que puede costarle á la noble Cámara su existencia, como le costaron á Carlos I y á Luis XVI las cabezas respectivas el ejercicio de sus maltrechos privilegios, incapacitados para resistir y contrastar el progreso. Como no tenga Salisbury otro dique mayor que oponer al crecimiento de las grandes aspiraciones liberales respecto de Irlanda, lucido está él y medrados los protestantes irlandeses. ¡Baldíos medios estos contra las inevitables Cámaras autóctonas próximas á establecerse por incontrastable necesidad en Irlanda! Algo más de temer que la Cámara de los Lores, antójanseme á mí las disidencias y

discordias entre los patriotas irlandeses, tan faltos, desde que murió Parnell, de jefatura y de disciplina. Grave la crisis de Irlanda; más grave la crisis de Italia. ¡Cómo se repite la historia en esta singular nación! Por el camino que van las cosas pronto habrán de resucitar los imperiales gibelinos, apoyados por la Monarquía y por Alemania, frente á los republicanos guelfos, asistidos del Pontífice y de Francia. Si el clero católico de Francia fuese más republicano, y el partido republicano de Italia fuese á su vez y por su parte más católico, ya estarían los términos del problema presentados así por la invencible dialéctica de los hechos. La última crisis no quiere decir, en suma, sino que precisa optar entre una política de guerra en acuerdo con Alemania y una política de libertad en acuerdo con Francia. El régimen militar establecido para su provecho propio y su política personal por el rey Humberto, de connivencia con los Brandeburgos prusianos, flaquea por la misma base por donde flaqueó el régimen monárquico y feudal en la última centuria, por el lado económico. Italia tiene que optar pronto sin vacilaciones entre la economía ó la guerra. Se lo impone así la incontrastable lógica.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Las Vengadoras, por E. Sellés.—*De buen humor*, discurso de Peña y Goñi.—*Cuentos del Vivac*, por Federico Urrecha.—*La Mosca blanca*, por R. Orgaz.—*Una conferencia con Emilio Zola*, por Rodrigo Soriano.

Aunque no han sido muchos los acontecimientos literarios de los últimos treinta días, ha habido, sin embargo, entre ellos, algunos de verdadera importancia. El estreno de *Las Vengadoras*, por ejemplo, no sólo ha logrado fijar la atención del público, sino que además ha servido de motivo á no pocas discusiones literarias. Si Sellés hubiese tenido necesidad de acreditar ante el público méritos que todo el mundo reconoce, puesto que bien patentados quedaron con la representación de *El nudo gordiano*, su último drama hubiera bastado para colocarle entre los primeros dramaturgos españoles. Pocos autores dramáticos hay que puedan aventajar al autor de *Las Vengadoras* en profundidad de pensamiento, en conocimiento de la escena y en habilidad para manejar el habla castellana. Pero si la comedia de Sellés merece toda especie de elogios en cuanto á su artificio dramático y en general á sus condiciones técnicas, fuerza es reconocer en ella dos defectos de no escasa importancia, uno en lo que se refiere á la elección del asunto, y otro en lo relativo á su tendencia.

El solo título del drama da idea del asunto y propósito del autor. Pintar á la mujer envilecida en lucha con la sociedad y dar á conocer los perniciosos efectos que su existencia produce entre las gentes honradas, han sido el objeto y fin del drama de Sellés. Lástima que no haya acertado á crear el tipo de esas mujeres tales como son en la sociedad española, tan peligrosas sí, como la Teresa imaginada por el autor, no menos *vengadoras*, pero distintas de ella en costumbres, género de vida, lenguaje y hasta en medios de seducción. Las *vengadoras* de Sellés son una reproducción exacta de las mundanas de París, pintadas por Dumas, las cuales no se parecen en nada á

las mujerzuelas más ó menos enco-
petadas que viven en Madrid vida
alegre y disipada. No existiendo, en
la forma que el poeta lo presenta, el
vicio que se propone castigar, claro
es que su drama no ha de hacer
sentir al público aquella emoción
honda, aquel interés vivísimo que
despiertan las obras escénicas, en
que se retratan con verdad nuestras
pasiones, nuestros vicios y nuestras
costumbres. Al ver representar el
drama de Sellés, admiramos al au-
tor, pero no nos atrae la obra, como
no nos atraería, por ejemplo, un
drama, en que de una manera ma-
gistral se censurase, atribuyéndo-
noslo, el vicio de la morfinomanía ó
cualquier otro de los que por fortuna
no han tomado carta de naturaleza
en España.

La tendencia de *Las Vengadoras*,
explicada por Sellés en el prólogo
que la prensa ha divulgado, es tam-
bién equivocada. Malo es querer
convertir el teatro en púlpito, pero
sería mucho peor querer trocarlo
en cadalso. Ya hace el autor bas-
tante, si no desmoraliza. Cumplido
este deber, exigible á todo hombre
honrado, no hay para qué preten-
der que se convierta en verdugo.
Además, la pretensión es de todo
punto irrealizable: la corrupción,
el vicio, las infamias, todo esto ne-
cesita, para ser corregido, de medios
más eficaces que los inofensivos del

arte escénico. ¿Habrá alguien tan
inocente, que crea que Molière *eje-
cutó* el vicio de la avaricia ó el de
la hipocresía en *El Avaro* y *El Tar-
tuffe*? ¿Ha disminuido el ansia de
lucro ilegítimo, con la representa-
ción de *El Tanto por ciento* ó de *Lo
Positivo*? No hay que sacar el arte
de quicio: su misión civilizadora no
está en lo que castiga, sino en lo
que nos ennoblece.

No quiere esto decir que en el
teatro no tengan cabida los grandes
y los pequeños problemas de la hu-
manidad y los que nacen de los erro-
res y vicios sociales. Todo lo que es
humano, expresado siempre sin tras-
pasar las reglas del decoro, puede ser
objeto de la obra escénica; pero no á
título de sermón moral, ni de diser-
tación filosófica, ni menos como sen-
tencia condenatoria, sino como ex-
presión de la lucha entre encontra-
dos intereses, afectos, ideas, pasio-
nes... en la cual lucha, estriba el
placer estético que produce el arte
dramático. Si el autor acierta á pre-
sentar el momento decisivo de esa
lucha, si posee el don feliz de ha-
cer que *converjan los afectos*, si *ma-
nifiesta concentrando*, como Taine
aconseja, y si sobre todas estas cua-
lidades brilla lo que el mismo autor
llama carácter benéfico de la com-
posición, bien puede decirse que el
poeta dramático ha hecho más por
el orden moral que *ejecutando* de

mentirijillas vicios sociales entre los bastidores del teatro.

* * *

Casi todos los escritores cuando cogen la pluma se hacen esclavos de cierto afectado y ceremonioso convencionalismo; suavizan, por decirlo así, sus pensamientos, no expresan de sus afectos más que aquello que les favorece, retocan la frase temerosos de incurrir en crudeza, y procuran, en una palabra, ser más atildados que sinceros, más retóricos que hombres. D. Antonio Peña y Goñi es el polo opuesto á esos literatos. Parece que se escribió para él la célebre sentencia «el estilo es el hombre». El suyo no es resultado de su inteligencia ó de su voluntad; es *todo él*: sus entusiasmos, sus pasiones, sus alegrías, sus tristezas, su bilis y sus nervios. No creo que haya en España autor moderno que con más verdad se retrate en sus libros que Peña en los suyos. Lo que rebosa en su alma eso se refleja en sus obras. Prueba de lo que acabo de decir, es su último libro *De buen humor*.

Desde el prólogo hasta el último artículo titulado *Tra la perduta gente*, todos los trabajos incluidos en la colección revelan esa total exteriorización de una personalidad vigorosa, cualidad que es como el

sello de todo cuanto sale de la pluma de Peña y Goñi. Revélanse además en el libro las varias aptitudes de su autor, su conocimiento profundo del arte musical, su buen gusto estético y el tino que posee para descubrir el lado risible de las cosas, y para manejar la sátira y el epigrama, lo mismo cuando pintá escenas entre taurófilos, que cuando describe costumbres donostiarras, que cuando fotografía aspectos, algunos no muy lisonjeros de la vida madrileña.

La viveza de su fantasía y lo apasionado de su carácter, le hacen ver á veces los objetos con cierta grandiosidad de que en rigor carecen; pero, ¡cuánta belleza se contiene en esas descripciones un poco fantásticas! ¡Qué relieve y qué color suele dar á los objetos más vulgares; y cómo, descritos por él, el torero y el pelotari nos parecen semejantes á aquellos combatientes de los juegos olímpicos cantados por la lira de Píndaro!...

No obstante, manejar con rara perfección el habla castellana, el espíritu de Peña pertenece más bien á la literatura francesa que á la española. Entusiasta de las obras de Zola, sigue en sus artículos los procedimientos y la manera del autor de los *Rougon Macquart* Y no se crea que es espíritu de imitación el que le guía. Peña y Goñi, se «escribe á sí mismo;» pero sus lectu-

ras, su modo de ver la realidad, su temperamento, su educación artística, todo le coloca en el número de los pocos discípulos verdaderos que tiene en España el autor de *La Terre*.

*
* *

Obra también notable y de gran importancia artística, es el discurso leído por Peña y Goñi en el acto de ser recibido como Académico en la de Bellas Artes de San Fernando. En las páginas de este discurso, llenas de amenidad y de vida, hace el autor rápida reseña del desarrollo del arte musical en España, describe los días de su humilde infancia, estudia los elementos que le nutren y síguele en su pasmoso crecimiento, hasta que, convertido en institución artística y castiza de nuestra patria, logra ser, bajo el nombre de zarzuela, regocijo de las muchedumbres y expresión de las alegrías del pueblo; resonando sus cantares en el taller donde alegra el trabajo del obrero, recreando los ocios de la doncella é interrumpiendo al son de la morisca guitarra el silencio de las noches españolas. «Hija del pueblo la zarzuela, dice elocuentemente el Sr. Peña; hija del pueblo fué siempre y sigue siéndolo é hija del pueblo morirá. Su gloria está ahí; con nutrirse de la

sangre del pueblo, en señalar los caracteres de una nación, en aquello que la nación tiene de más típico, de más individual que la separa y distingue de las demás naciones.

¡Cuán aplicable es esta teoría, desarrollada por el nuevo académico, á las demás artes, y principalmente al arte literario, tan raquíptico hoy y enfermizo, gracias á influencias extranjeras! En literatura tenemos una gloriosísima tradición, en la cual, como respecto de la zarzuela—dice Peña y Goñi—se contiene lo más individual y típico de nuestra raza; poseemos un Romancero en el que las generaciones de los siglos medios dejaron la memoria de sus hazañas, el recuerdo de sus regocijos, la honda huella de su piedad, sus amores, sus venganzas, sus ideales. Tenemos un teatro el más rico y vario de todos los teatros conocidos, en el que tienen perdurable monumento nuestras arrogancias, nuestro modo de comprender el honor, nuestro valor, nuestro fanatismo, nuestra nunca desmentida galantería; poseemos una literatura novelesca, cuyo mérito se pondera citando solamente el nombre de Cervantes y los inolvidables de Fernando de Rojas, de Hurtado de Mendoza, de Mateo Alemán, de Hita, de Guevara, de Quevedo y de tanto y tanto ingenio peregrino cuya enumeración sería

cansada é inútil por sabida. Si, pues, tenemos en estos géneros literarios manantial fecundo de inspiración y ejemplos que seguir, con las naturales modificaciones impuestas por los tiempos, ¿á qué buscar en literaturas exóticas modelos y tendencias que están en pugna con la índole de nuestro pueblo?

Tiene razón Peña y Goñi. La gloria del arte está ahí: en nutrirse de la sangre del pueblo y en expresar la individualidad nacional, conquistada por nuestros antepasados á costa de tantos sacrificios, y con tanta perseverancia mantenida.

* * *

D. Federico Urrecha, que á su nombre de ilustrado periodista unos de novelista y autor dramático, ha publicado, con el título de *Cuentos del vivac*, una colección de artículos de interesante y amena lectura. Muchos de estos cuentos, no obstante su brevedad, despiertan gran interés. Algunos de ellos hacen que se humedezcan los ojos del lector.

El Sr. Urrecha se deleita en pintar las cualidades del soldado español y en narrar las acciones heroicas é ignoradas de todos esos hijos de nuestra patria, á los cuales se les comprende bajo el nombre expresivo de carne de cañón. El inválido

que se deja matar combatiendo denodadamente al enemigo; el pilluelo de Madrid que, semejante á Gavroche, muere por la libertad sin saber lo que esa palabra significa; el viejo Recajo dando su vida por la patria; estas figuras y las demás que desfilan por la colección de *Bochetos militares* (que este subtítulo llevan también los *Cuentos del vivac*) dejan gratisima impresión en el ánimo del lector y le hablan de algo grande y hermoso, de algo que nos ennoblece y que nos hace pensar con orgullo en nuestros antepasados, y con esperanza consoladora en nuestros descendientes.

Acaso alguien califique de monótona esta colección. Ciertamente que la variedad de los asuntos no es grande; pero son, como he dicho, tan nobles los sentimientos que se desprenden de todas esas narraciones, que su lectura jamás cansa ni menos fatiga.

Las ilustraciones de Angel Pons prueban que el popular y hábil dibujante entiende mejor la caricatura que el dibujo serio.

* * *

La Mosca blanca es el título de una novela, original de D. Ricardo Orgaz, autor de otros libros ventajosamente conocidos del público. El asunto de esta novela no tiene una

gran novedad. Una mujer que paga el desvío de su esposo con una infidelidad conyugal, y que al cabo, arrepentida y desengañada, tiene la suerte de quedarse viuda, casándose con un tercer amante, modelo de constancia y de honradez, y al cual, por su abnegada paciencia, bien merece el nombre significativo de *mosca blanca*, forma toda la trama de esta novelita, en la que hay cuadros bastante bien pintados, pensamientos ingeniosos y originales, y reflexiones atinadas.

El estilo en que se expresan los personajes adolece de afectación; por esta causa en los diálogos siempre parece que es el autor el que habla. De todos modos, la obra se lee con gusto y da á conocer en el autor dotes de novelista.

La edición hecha por «La España Literaria» es buena; pero se conoce que la corrección de las pruebas ha sido algo descuidada. Así, por ejemplo, á cada vuelta de hoja se encuentran palabras como estas: *inte-*

rrucción, spicológico optimistas, y otras tales.

*
* *

Al escribir estas líneas recibo un libro recién puesto á la venta, titulado *Una conferencia con Emilio Zola*. Su autor, D. Rodrigo Soriano, ha sabido condensar en un centenar de páginas lo más saliente de las opiniones del gran novelista francés acerca de la literatura española, del presente y porvenir del libro, de la novela novelesca y de otros asuntos literarios no menos interesantes.

Termina *la Conferencia* con un fragmento de *La Debâcle* perfectamente traducido, en el cual fragmento narra el autor de *La Terre* el terrible derrumbamiento de la derrota sufrida por las armas francesas.

Contiene además este interesante libro el retrato de Zola seguido de unas cuantas líneas autógrafas.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

LIBROS

ALEJANDRO MANZONI, *Tragedias, poesía y obras varias*, traducidas directamente del italiano por D. Federico Baráibar. Madrid, 1891 (tomos 150 y 151 de la *Biblioteca clásica*, 3 pesetas tomo).—El insigne autor de *I Promessi Sposi* no necesita vulgares elogios: su nombre adquirió en vida la inmortalidad, y sus obras serán clásicas eternamente para quienes amen la belleza y la literatura de altos vuelos. Contienen estos dos volúmenes, correcta y elegantemente impresos, las célebres tragedias *Adelchi* y *El Conde de Carmagnola*,

el extenso *Discurso sobre algunos puntos de la historia de los longobardos en Italia*, las poesías líricas y varios trabajos en prosa acerca de la tragedia y la novela histórica, yendo al frente del tomo I una bien escrita biografía del poeta por su distinguido traductor. La casa Hernando, editora de la *Biblioteca clásica*, continúa prestando con su publicación, patriótico impulso á la cultura española en ambos mundos. La presente obra es una prueba más de ello y de la inteligencia del señor Navarro, director de la *Biblioteca*.

Obras completas de EMILIA PARDO BAZÁN.— Prosigue activamente la publicación de las *Obras completas* de Emilia Pardo Bazán, edición de lujo, con elegante cubierta blanquísimas y severa portada negra. A la reimpresión de *La cuestión palpitante* (que forma el tomo I), ha seguido el tomo II, que es la novela nueva *La Piedra angular*, y acaban de ver la luz los tomos III y IV, que contienen respectivamente *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, novelas celebradísimas y elogiadas sin distinción por la crítica, y que hoy, en su nueva forma tipográfica, cuestan la mitad menos que costaba la primera edición, en que cada novela se dividía en dos tomos. Por cierto que *Los Pazos de Ulloa* acaban de ser traducidos al francés (Francia es el país donde menos se traducen libros españoles), bajo el título *Le manoir d'Ulloa*.

Colón y la Rábida por el PADRE JOSÉ COLL.— Este año es el de las publicaciones sobre americanismo y sobre Cristóbal Colón en especial. Uno de los libros más ricos de noticias y más repletos de hechos, y al par uno de los pocos donde la figura del gran navegante é insigne descubridor sale bien tratada, es la del Padre Fray José Coll, de la Orden de San Francisco, titulado *Colón y la Rábida*, del cual acaba de publicarse la segunda edición, tan aumentada y enriquecida con nuevos estudios, que hace más del doble de la primera. El Padre Coll toca la mayor parte de los puntos controvertidos sobre la cuestión llamada «leyenda colombina», y su voto es en general muy favorable á Colón, lo cual ha de valer á este notable libro mucha popularidad y simpatías. En algunos capítulos sostiene viva polémica con el jesuíta Padre Fita y el eminente americanista D. Cesáreo Fernández Duro.

La Biblioteca de la Mujer.— Dirigida por un literato de la fama y originalidad de ideas, al par que del probado buen gusto de EMILIA PARDO BAZÁN, la *Biblioteca de la Mujer* promete ser el complemento indispensable de toda colección bibliográfica escogida. A pesar

del epígrafe *Biblioteca de la mujer*, creemos que los hombres de estudio y aficionados á libros de importancia, serán el verdadero público de tan notable publicación, de la cual han salido ya á luz los tomos I y II, que son, respectivamente, la *Vida de la Virgen María, según la Venerable de Agreda*, y *La Esclavitud femenina*, por JOHN STUART MILL. Ambas llevan interesantísimos y extensos prólogos crítico-biográficos por Emilia Pardo Bazán, y del éxito de la primera sólo podremos decir que la edición se agotó en ocho días, y que no tardará en reimprimirse por necesidad la obra. *La Esclavitud femenina*, de STUART MILL, es libro que ha de suscitar muchas polémicas y acaloradas discusiones por lo radical é innovador de las teorías que desarrolla respecto á la situación social y política de la mujer.

Vida de Benvenuto Cellini, escrita por él mismo, seguida de las *Rimas*, puestas en versos castellanos. Primera versión española, directa del toscano, con prólogo, notas, apéndices é índice sumarial, por el DR. LUIS MARCO. Tomo I (159 de la *Biblioteca Clásica*). XXXVI, 411 págs.

El famosísimo artista florentino es uno de los grandes maestros del habla toscana, y su célebre autobiografía, (que mereció ser traducida al alemán por el inmortal poeta GOETHE) es una de las principales joyas de la literatura italiana. Esta obra del insigne escultor del «Crucifijo de mármol del Escorial» tiene el encanto de una novela picaresca, histórica y de aventuras, como la existencia misma del aurífice-cinzelador del Renacimiento.

A las enormes dificultades que presenta para su versión, ha añadido voluntariamente el DR. MARCO la de emplear un castellano que, sin rebuscamiento de arcaísmo en las palabras, recuerda por su corte el de los buenos escritores de dos ó tres centurias atrás, conservando el estilo del autor y el sabor de época. Es notable la epístola en tercetos *A Lucas Martini*. El prólogo es un boceto de la original figura de BENVENUTO CELLINI, y está escrito con elegante y briosa corrección.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Extraña historia</i> , por Iván Turgueneff.....	5
<i>Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas</i> , por John Stuart Mill.....	22
<i>Una gran figura literaria</i> , por Emilio Zola.....	92
<i>El guarda barrera</i> , por Francisco Coppée.....	129
<i>Un condecorado</i> , por Alfonso Daudet.....	136
<i>Martín Alonso Pinzón</i> , por José María Asensio.....	142
<i>La música de la lengua Castellana</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	167
<i>El pintor de Corinto, poesía</i> , por Juan Alcover.....	179
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	183
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	193
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	202
<i>Libros</i>	207